

El general republicano Vicente Rojo Lluich fue el militar más completo y brillante que dio el Ejército español durante el siglo XX. Ya en los años veinte gozaba de gran prestigio entre sus compañeros, aunque sus méritos no fueron reconocidos por la monarquía, cuya deplorable política militar propició el encumbramiento de personajes tan mediocres como Francisco Franco.

A lo largo de la guerra civil, Vicente Rojo tendría ocasión de humillar repetidas veces al Invicto Caudillo, a pesar de que éste apoyado por las potencias fascistas, dispuso de una aplastante superioridad de medios, sobre todo aéreos, en unos tiempos en que se estaba iniciando la era de la aviación como arma decisiva. En esta obra se demuestra que Rojo, con su acertada dirección de operaciones y sus dotes de organizador, fue capaz de compensar la abrumadora superioridad del bando nacionalista, consiguiendo que la contienda se prolongara, contra todo pronóstico, durante casi tres años.

Carlos Blanco Escolá

## **Vicente Rojo, el general que humilló a Franco**

Título original: *Vicente Rojo, el general que humilló a Franco*

Carlos Blanco Escolá, 2004

## Introducción

En el seno del Ejército español se vivieron momentos difíciles durante los años que siguieron al Desastre del 98, como consecuencia del desairado papel jugado en el mismo por los oficiales de carrera; su comportamiento, al intentar eludir los riesgos y sacrificios que implicaba el destino a las colonias, daría lugar a críticas muy duras que no fueron aceptadas de buen grado, y acabó produciéndose un lamentable distanciamiento entre la sociedad civil y la militar, alimentado por el mutuo rencor. No faltaron, sin embargo, los militares que se sintieron empujados a participar, de alguna manera, en el movimiento regeneracionista que se manifestó por entonces en el país, y sería la toledana Academia de Infantería, principal vivero del Cuerpo de Oficiales, la que diera la nota más destacada a este respecto. En 1903, inmersos en el ambiente que se respiraba tras el «Desastre», dos profesores del referido centro, los comandantes Ibáñez y Angulo, publicaron un libro titulado *Los cadetes*, en el que no sólo se abstuvieron de censurar a las instituciones políticas, como era costumbre entre los militares de la época, sino que además optaron por analizar las deficiencias que presentaba la propia institución armada, y abogaron por llevar a cabo una reforma a fondo que habría de centrarse en el CAPÍTULO de la enseñanza. El regeneracionismo representado por esos profesores bien puede ser calificado de saludable, y es claro, por otra parte, que se adaptaba a la línea marcada por los más ilustres regeneracionistas. Pero, junto a este sano regeneracionismo, aparecería otro mucho menos edificante que, al apostar por el espíritu guerrero, obedecía realmente a un trasnochado revanchismo de signo corporativista; el objetivo que se perseguía, sin duda, era el de acallar las voces de todos aquellos que habían criticado el comportamiento de los oficiales de carrera durante las guerras coloniales. Este espíritu guerrero orientado al revanchismo, por lo demás, se desarrollaría bajo la égida del rey Alfonso XIII, a través, sobre todo, de las alocuciones dirigidas a los alumnos de la Academia de Toledo. El más trascendente de esos discursos fue pronunciado el 12 de julio de 1909, tres días después del incidente provocado por el ataque de una harca mora a unos obreros que trabajaban en Melilla; el joven monarca aprovechó la ocasión para dedicar un encendido elogio a los soldados que arriesgaban sus vidas luchando contra los moros en la zona melillense, y añadió que el ejemplo de patriotismo que estaban ofreciendo debería ser imitado por todos. Las palabras de don Alfonso fueron recibidas con grandes manifestaciones de entusiasmo entre los cadetes, y la mayoría de ellos llegaron a expresar de inmediato el deseo de acudir a la lucha en el inhóspito territorio marroquí; puede afirmarse sin demasiadas reservas que, en ese mismo instante, se fraguó la intervención militar española en África y comenzó a forjarse el grupo de los africanistas.

La decisión de intervenir militarmente en Marruecos adoptada por Alfonso XIII, con la intención, en principio, de regenerar el Ejército y devolverle el prestigio perdido en las finiseculares campañas de ultramar, acabaría dando lugar a una larga guerra colonial, en la que se consumió la sangre y el dinero de los españoles sin obtener beneficio alguno. Con su disparatado proyecto regeneracionista, el rey arruinó el más sensato y saludable defendido

por los comandantes Ibáñez y Angulo, y propició, por otro lado, la aparición del nefasto grupo de presión africanista, que habría de intervenir muy negativamente en el desenvolvimiento de la vida nacional. Los cadetes que se formaron en la Academia de Infantería en las dos primeras décadas del siglo XX, en fin, apenas se verían influidos por las ideas de los citados comandantes, pero un buen número de ellos, en cambio, encontraría atractiva la aventura africana emprendida por don Alfonso.

Francisco Franco Bahamonde permaneció como alumno en la Academia de Infantería desde 1907 hasta 1910, y durante ese tiempo dejó constancia de sus limitadas dotes intelectuales y de su escasa afición al estudio; nunca lograría destacar entre sus compañeros, que, ciertamente, lo consideraban un muchacho triste, introvertido y mediocre, cuyo único mérito consistía en someterle de buen grado a los reglamentos y a las rutinarias tareas de la vida académica. La intervención militar en Marruecos alentada por Alfonso XIII, el deplorable regeneracionismo que el monarca propugnaba, le permitirían, no obstante, realizar una rutilante carrera militar.

Por su parte, Vicente Rojo Lluch ingresó como cadete en el mismo centro de enseñanza el año 1911 y concluyó sus estudios en 1914, con el número 4 de su promoción. Rojo, al contrario que Franco, causó una excelente impresión en sus profesores y compañeros, que supieron valorar su inteligencia, su capacidad de trabajo, su afición al estudio y también su rectitud moral, basada en una sólida formación cristiana que excluía, por cierto, la adhesión al clericalismo y al integrismo. Sus inquietudes culturales y su elevado concepto de la profesión militar le llevarían a sintonizar con el ideario de los comandantes Ibáñez y Angulo, que trataría de poner en práctica, en lo que a la reforma de la enseñanza se refiere, algunos años después, al ejercer como profesor de la propia Academia de Infantería. Con todo, sus indudables méritos no le serían reconocidos oficialmente durante el período de la monarquía, y resulta bastante elocuente, por ejemplo, que no hubiera superado el empleo de capitán todavía cuando Franco ostentaba ya el de general de división, pese a que entre ambos no había más que cuatro promociones de diferencia. Para hacer atractiva la empresa africana, don Alfonso se había visto obligado a restablecer el sistema de ascensos por méritos de guerra (eliminado tras el Desastre del 98 por los abusos cometidos en las campañas ultramarinas), y Franco sería uno de los grandes beneficiados por esta medida, la cual, por otro lado, generaría un deplorable ambiente de favoritismo y corrupción que acabaría produciendo un profundo malestar en un amplio sector del Cuerpo de Oficiales.

En realidad, la rudimentaria guerrita colonial desarrollada en Marruecos no daba ocasión a demostrar grandes méritos, de manera que el criterio seguido por el rey de premiar con largueza a los que en ella participaban difícilmente habría de conducir a la regeneración del Ejército; pero todo parece indicar que eso no inquietaba demasiado a don Alfonso, cuyo interés sin duda se cifraba en elevar hasta la cúpula del mismo a un grupo de militares que, por los favores recibidos, habrían de ofrecerle una fidelidad sin fisuras, a la par que ejercían su dominio en la institución armada, contribuyendo así al mantenimiento del régimen. Las previsiones del monarca, sin embargo, fallaron; las campañas marroquíes, amén de provocar el malestar de un buen número de oficiales por la política de ascensos establecida, causaron otros muchos problemas, y todos ellos fueron minando a la

monarquía alfonsina hasta producir su derrumbamiento, sin que los militares africanistas que habían sido espléndidamente premiados movieran un solo dedo para tratar de evitarlo.

El primer gobierno republicano abordó de inmediato la reforma militar que el cambio de régimen exigía, pero, incomprensiblemente, los generales promocionados por el rey durante las campañas africanas no sólo continuaron ocupando sus puestos de privilegio, sino que además tuvieron en todo momento el control del ejército colonial, la única fuerza militar medianamente operativa que por entonces existía en España; y cuando vieron en peligro su privilegiada situación, con el triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero del 36, organizaron y ejecutaron un levantamiento que significaría el preludio de la guerra civil. El ejército africano, principal baza de los golpistas, fue puesto por el director de la conjura, el general Mola, en manos del general Franco, con la misión de avanzar rápidamente hacia Madrid, cuya conquista, según el propio Mola, debería representar la conquista del poder... El comandante Vicente Rojo se abstuvo de hacer causa común con los militares sublevados, manteniéndose fiel al gobierno legalmente constituido; tras el advenimiento de la República había realizado el curso de Estado Mayor y ocupaba ahora un destino más o menos burocrático en el Ministerio de la Guerra; nadie podría sospechar en esos momentos que, durante la contienda que acababa de estallar, habría de escalar hasta los puestos más altos del Ejército republicano, pero sus expectativas cambiarían radicalmente al ser nombrado, de forma un tanto inesperada, jefe del Estado Mayor de la defensa organizada en la capital de España, frente a las tropas africanas que pretendían conquistarla. Con ese nombramiento, Rojo tendría acceso al primer cargo importante de su ya larga trayectoria militar, un cargo que, ciertamente, se hallaba en consonancia con su bien probada competencia profesional, pero que, al serle otorgado en aquellos dramáticos momentos, constituía, en realidad, un regalo envenenado: el Ejército republicano, presa de la desorganización y la indisciplina, prácticamente había desaparecido, y había dejado paso a unas formaciones milicianas cuya capacidad combativa era bastante escasa; el gobierno y gran parte de los dirigentes políticos y sindicales habían salido huyendo de la ciudad; las sanguinarias tropas africanas amenazaban con invadirla para proceder a sus habituales asesinatos y saqueos; las calles se estremecían bajo los bombardeos aéreos y artilleros; el caos y el miedo reinaban por todas partes, y, en definitiva, nadie esperaba que la resistencia de los madrileños se alargase más allá de cuarenta y ocho horas. Para los engraidos africanistas, Rojo no era más que un «militar de gabinete», pero lo cierto es que sabría mantenerse en su puesto de vanguardia, afrontando todos los peligros con una excepcional sangre fría; y cuando, entre los defensores de la capital, se produjo la reacción propia de los desesperados, acertaría a canalizarla convenientemente, hasta hacer fracasar, uno tras otro, los sucesivos intentos realizados por las tropas franquistas para apoderarse de Madrid, las cuales, finalmente, se verían obligadas a abandonar el frente y a operar en el norte. El clamoroso fracaso cosechado por Franco contra todo pronóstico en Madrid ha sido negado sistemáticamente por sus propagandistas, que han recurrido incluso a las más ridículas patrañas para tratar de enmascararlo. Esto, en definitiva, nos da la medida de la humillación sufrida por el denominado Invicto Caudillo.

Por los éxitos alcanzados en la batalla de Madrid, Vicente Rojo fue ascendido a coronel el 20 de marzo de 1937 y fue nombrado jefe del Estado Mayor Central justamente dos meses más tarde. Desde su nuevo puesto iría perfeccionando el Ejército Popular, surgido durante las operaciones madrileñas, y se encargaría de dar la réplica a Franco en las

acciones desarrolladas en todo el teatro de la guerra. Por lo demás, las potencias fascistas, alarmadas sin duda por el imprevisto desenlace producido en la batalla de Madrid, decidieron incrementar sensiblemente la ayuda que, pese al acuerdo de no intervención, venían prestando a Franco, quien, desde ese momento y hasta el final de la contienda, habría de gozar de una aplastante superioridad de medios sobre su adversario, especialmente en artillería y aviación.

Para apoyar indirectamente a los republicanos que luchaban aislados en la franja cantábrica, Vicente Rojo ejecutó sendas maniobras diversivas en Brunete y Belchite, con resultados discretos, si bien conseguiría retrasar las operaciones llevadas a cabo por las tropas nacionalistas en el norte. En todo caso, Franco daría por terminada la campaña norteña en octubre de 1937, y, puesto que la correlación de fuerzas había evolucionado claramente a su favor desde la conclusión de la batalla de Madrid, optó por intentar de nuevo la conquista de la capital de España. Vicente Rojo (que había ascendido a general el 21 de octubre) era perfectamente consciente de que la caída de Madrid significaría la pérdida de la guerra, pero consideraba también que no podía oponerse frontalmente a la poderosa ofensiva que Franco planeaba, de modo que terminaría decantándose por efectuar un contragolpe estratégico sobre Teruel, con el fin de arrebatarse la iniciativa al adversario y obligarle a trasladar sus reservas lejos de la Zona Centro. La acción diversiva proyectada por Rojo se inició el 15 de diciembre, y alcanzaría el objetivo buscado al abandonar Franco sus planes sobre Madrid y acudir puntualmente a la cita fijada por el jefe del Estado Mayor republicano. En esta ocasión, sin embargo, la aviación franquista, cuya intervención había resultado decisiva en Brunete y Belchite, no pudo operar desde el principio, a causa del mal tiempo, y las tropas republicanas lograron apoderarse de la ciudad de Teruel; Franco no consiguió recuperarla hasta el día 22 de febrero de 1938, y, para entonces, sus proyectos relativos a la ocupación de Madrid habían quedado definitivamente descartados. Los dirigentes de las potencias fascistas, en particular Mussolini, criticaron muy duramente la conducta estratégica observada por el Caudillo; le reprocharon sobre todo su tendencia a perder la iniciativa y la libertad de acción ante las maniobras diversivas llevadas a cabo por Rojo. Es claro, por lo demás, que éste lograba compensar con su acertada conducción de la guerra la abrumadora superioridad de medios de los nacionalistas.

Al finalizar el episodio turolense, Franco lanzó una ofensiva hacia el Mediterráneo, amenazando en julio las ciudades de Sagunto y Valencia, mas, cuando se disponía a conquistarlas, fue sorprendido por Rojo con otra acción diversiva ejecutada en el Ebro, que, por enésima vez, le haría abandonar sus propósitos. Vicente Rojo no sólo evitó la caída de las citadas localidades levantinas, sino que además logró un señalado éxito táctico que obtuvo gran resonancia en el extranjero; en realidad, la ofensiva del Ebro había sido concebida, fundamentalmente, con el objeto de atraer la atención de las potencias democráticas, para que respaldaran a la República en sus intentos por entablar negociaciones de paz, y todo parece indicar que los republicanos llegaron a tener ese objetivo al alcance de la mano. Mussolini, mientras tanto, se sentía desolado; desde España, sus informadores le advertían que los errores cometidos por Franco frente a Rojo estaban ocasionando un enorme quebranto al Ejército nacionalista, el cual, entre otras cosas, apenas contaba ya con reservas. El gobierno alemán había sido informado por su embajador ante Franco de forma parecida... Pero las esperanzas republicanas terminaron esfumándose al celebrarse a finales de setiembre la Conferencia de Munich, durante el curso de la cual las

potencias democráticas se doblegaron ante Hitler, quien, por otro lado, decidiría a continuación incrementar considerablemente la ayuda a Franco, para que, de una vez por todas, consiguiera ganar la guerra. Como de costumbre, el Caudillo logró salir del atolladero gracias al apoyo de sus protectores alemanes e italianos, si bien, en esta ocasión, nadie pudo impedir que sufriera la más severa humillación de toda la guerra.

Después del Pacto de Munich, la República hubo de enfrentarse a un negro panorama, y la contienda se fue extinguiendo irremediamente, hasta finalizar con la victoria nacionalista. Vicente Rojo formó parte del grupo de exiliados que se establecieron en Sudamérica; allí prestó sus servicios como general, al serle reconocidos los méritos adquiridos en el Ejército hispano, y tuvo ocasión además de desarrollar su faceta de tratadista militar publicando obras de calidad contrastada. Con el paso del tiempo, sin embargo, terminaría sintiendo una irresistible necesidad de volver a España; tuvo que solicitar del gobierno franquista el correspondiente permiso, que le fue concedido sin demasiados problemas, y, finalmente, el ansiado regreso se produjo a principios del año 1957. Rojo sufría por entonces serios problemas de salud y tan sólo aspiraba ya a descansar, sin complicaciones de ningún tipo; pero, cuando llevaba varios meses en España y sin que nadie haya logrado averiguar los motivos, fue procesado inesperadamente por un delito de rebelión (por haber mantenido la lealtad en su día al gobierno republicano legalmente constituido...) y condenado a cadena perpetua (que no llegaría a cumplir, al aplicársele los beneficios del indulto decretado en 1945), con las accesorias que incluían la pérdida de empleo militar. Tal sería el triste final de quien, si se considera su ejecutoria, tanto en tiempo de paz como de guerra, bien puede ser calificado como el más completo y brillante profesional que ha dado el Ejército español en la pasada centuria.

## PRIMERA PARTE

### **Del desastre a la tragedia**



## CAPÍTULO 1

### Un tímido regeneracionismo

La pérdida de las últimas colonias de ultramar produjo en la ciudadanía española un impacto que bien puede calificarse de exagerado, si se tiene en cuenta que la mayor parte del imperio colonial había desaparecido algunos decenios antes, sin provocar grandes demostraciones de pesar. El Desastre del 98 hizo pensar a los más pesimistas que España se acercaba a su agonía, mientras otros parecían recordar los versos que Quevedo le había dedicado a la decadencia española del siglo XVII:

*Miré los muros de la patria mía*

*si un tiempo fuertes, ya desmoronados...*

No había, en realidad, motivo para tanto. Y, desde luego, no está de más advertir que el sombrío espectáculo ofrecido por las gentes tras la consumación del Desastre, bien pudo obedecer a un efecto de rebote, ya que con anterioridad se habían vivido momentos de euforia (absurda a todas luces), cuando el conflicto con Estados Unidos estaba a punto de estallar. La conciencia nacional, en todo caso, sufrió una violenta sacudida, y los políticos, los intelectuales, los inevitables arbitristas, aprovecharon el momento para lanzar al aire sus proclamas, que abogaban por un cambio en el rumbo seguido por la nave del Estado. La experiencia vivida en Francia, con la derrota cosechada ante Prusia en 1870, vino a la mente de muchos, que recordaban cómo el ejército francés había hecho el ridículo en Sedán, donde el propio Napoleón III cayó prisionero, y cómo surgió entonces el gran León Gambetta, el hombre carismático capaz de levantar el ánimo de la nación y de establecer más tarde un auténtico régimen parlamentario que dio al traste con el caduco régimen anterior. En la España del 98, ciertamente, no llegaría a surgir ningún Gambetta; tampoco la situación fue tan dramática como la francesa, ni la derrota tan dura. Sin embargo, la sensación de fracaso que invadía las calles y que trascendió a las páginas de la prensa daría paso también a una cierta reacción que habrían de protagonizar los denominados regeneracionistas, quienes, si bien no alcanzaron grandes logros, al menos realizaron una interesante labor crítica del sistema construido por Cánovas para la Restauración (un tinglado, una fachada, un puro formalismo), y consideraron incluso la posibilidad de llevar a cabo, de una vez por todas, la revolución burguesa eternamente aplazada. Los historiadores coinciden en afirmar que los resultados positivos obtenidos por el movimiento regeneracionista fueron ciertamente escasos; pero no han dejado por ello de dedicarle la debida atención, contemplando las diversas áreas (política, económica, cultural, social) en

que los regeneracionistas se desarrollaron. Entre los grandes nombres del regeneracionismo (Costa, Mallada, Maclas Picavea, Morote, Ramón y Cajal, Silvela, Canalejas, Gasset...), por lo demás, apenas aparece un solo militar, el general Polavieja, a pesar de que el denominado «Desastre del 98» consistió, realmente, en una derrota militar; la palabra «Desastre», en definitiva, no era más que un eufemismo, utilizado también en otros episodios menores (como el «Desastre del Barranco del Lobo», el «Desastre de Annual»...), con la intención de enmascarar una afrentosa realidad.

Deberían haber sido los militares, en verdad, los primeros en hacer el examen de conciencia, para abordar a continuación la parte que les correspondía en la tarea reformista, obviamente referida a la institución militar. Pero no lo hicieron. La labor desarrollada por el general Polavieja, que se inició con el manifiesto lanzado el 1 de setiembre de 1898, muy poco tuvo que ver con los verdaderos problemas que afectaban al Ejército; llegó a ocupar el cargo de ministro de la Guerra, en el gabinete formado por Silvela en 1899, pero no hizo nada digno de ser tenido en cuenta. Para Tuñón<sup>[1]</sup>, Polavieja no era más que un simple arbitrista que se creía capaz de resolver «los males de la política» uniendo autoritarismo y populismo. En cierta medida, pues, el general podría ser considerado como un precursor de los dictadores militares de talante fascistoide que vendrían después...

No sería justo, con todo, afirmar categóricamente que la aportación de los miembros del Ejército al regeneracionismo fue enteramente nula. Hubo algunos destellos que surgieron en medio de un ambiente de claro signo conservador y revanchista, poco propicio a la crítica de cualquier tipo, por más que su intención fuera noble. Tales destellos, desde luego, no produjeron consecuencias inmediatas de gran relevancia; pero es muy posible que, a la larga, llegaran a influir en el desarrollo de determinados acontecimientos de indudable trascendencia. Por eso merecen ser estudiados cuidadosamente.

Cuando el movimiento regeneracionista había ofrecido ya sus mejores frutos literarios, allá por el año 1903, apareció un libro titulado *Los cadetes*, cuyos autores parecían sintonizar con la actitud reformista propia de sus más caracterizados miembros. Se trataba de dos comandantes, José Ibáñez Marín y Luis Angulo Escobar, que ejercían como profesores en la toledana Academia de Infantería, y que, con la publicación del libro, dejaban de manifiesto una buena dosis de valor, al atreverse a formular duras críticas contra ciertas lacras que afectaban al Ejército, en unos momentos en que, como consecuencia de la derrota de ultramar, el corporativismo había alcanzado unos niveles alarmantes.

La obra iba dirigida, preferentemente, como cabría esperar (dado el título y sus autores), a los jóvenes que cursaban sus estudios en los centros de enseñanza militar, en aquella época de crisis y de confusión. El prólogo comenzaba aludiendo<sup>[2]</sup> al «alma nacional, dolorida por la derrota», y advertía que esa alma siempre habría de tener «su encarnadura varonil y enardecida en la juventud que por vocación abraza la carrera de las armas, en el cadete barbilindo e ilusionado y en el oficial ilustrado y gentil». Y a continuación añadía: «A ellos van encaminadas estas páginas; su espíritu mozo, con las bizarrías y los arrestos que son patrimonio de los guerreros meridionales, quiere volar, puede y debe vivir vida hidalga y resuelta, remontarse a esferas de donde salgan algún día los corazones y los ingenios que rediman a la madre tierra de sus quebrantos y de sus

rotas».

Los jóvenes a quienes los comandantes Ibáñez y Angulo se dirigían debían de estar sobradamente informados sobre el triste espectáculo ofrecido por los oficiales de carrera, en general, durante las campañas de ultramar; su comportamiento fue poco ejemplar, al tratar de evitar los riesgos y sacrificios que implicaba el traslado a las colonias. El 13 de marzo de 1895, el diario madrileño *El Resumen* denunció esta deplorable actitud de los oficiales, en el momento en que la guerra de Cuba se iniciaba; aquella misma noche, un grupo de tenientes asaltó la redacción del periódico y causó graves destrozos<sup>[3]</sup>. Al día siguiente, otro diario, *El Globo*, dio cuenta de este acto de vandalismo, y su redacción resultó igualmente asaltada. El capitán general de Madrid hubo de intervenir para poner orden entre los oficiales levantiscos, pero, de alguna manera, llegó a solidarizarse con ellos<sup>[4]</sup>, lo cual provocó la protesta de los directores de la prensa madrileña. Tercieron finalmente las Cortes, que optaron por pronunciarse contra los militares, y Sagasta juzgó oportuno dimitir, dando, una vez más, paso a un gobierno de Cánovas...

El espectáculo ofrecido por el Cuerpo de Oficiales durante el período de las guerras ultramarinas fue realmente bochornoso. El 80 por ciento de los capitanes y tenientes que servían en Cuba eran reservistas, mientras miles de oficiales perdían el tiempo en las rutinarias y en gran parte inútiles tareas cuarteleras de las guarniciones peninsulares. Para cubrir las vacantes de los territorios de ultramar fue preciso ascender a los voluntarios; se concedió, incluso, el empleo de teniente a los cadetes de las academias sin los estudios terminados. Tal fue el caso, por ejemplo, de José Millán Astray, que, habiendo ingresado en la Academia de Infantería en setiembre de 1894, dio por finalizados sus estudios en febrero de 1896, cuando apenas había cursado la mitad de su carrera, y partió a continuación hacia las islas Filipinas. Allí permanecería durante algo más de siete meses (desde el 3 de noviembre de 1896 hasta el 30 de junio de 1897), al mando de veintiocho soldados y dos cabos, sin participar en ninguna operación importante<sup>[5]</sup>. Con su corta estancia en Filipinas y sus irrelevantes servicios, sin embargo, Millán no sólo se libró de realizar los estudios completos en la academia, sino que además obtuvo como recompensa seis medallas y un pasador. Es así como se inició la leyenda de este pintoresco personaje.

Para afrontar la guerra cubana iniciada en 1895, España situó en la isla unos efectivos que sumaban 20 generales, 12 000 oficiales y alrededor de 193 000 soldados. Por aquella época, el Ejército hispano estaba formado, normalmente, por 500 generales, 24 000 oficiales y 80 000 soldados. La proporción era, pues, en el Ejército peninsular de un general por cada 48 oficiales y 160 soldados, mientras que en el Ejército de Cuba había un general por cada 600 oficiales y 9650 soldados. Las cifras resultan extraordinariamente elocuentes y nos indican, entre otras cosas, que no fueron sólo los oficiales de carrera los que trataron de evitar sacrificios en la zona de guerra de las Antillas, ya que los generales observaron un comportamiento muy parecido<sup>[6]</sup>. Por lo demás, en el conflicto cubano murieron en combate dos generales, 141 oficiales y 2000 soldados españoles, y, a causa de las enfermedades, ningún general, 440 oficiales y más de 53 000 soldados. Estas cifras son también harto elocuentes...

El prólogo de *Los cadetes* alude de pasada, aunque apuntando una dura crítica, a

estos hechos, a la vez que trata de explicarlos, ofreciendo un panorama general de la situación que atravesaba la España de la época: «Por doquier, en la masa neutra y pseudodirectora, la tradición arrullaba a unos; la ficción mantenida por la ignorancia de los órganos de ciertas clases del Estado Mayor social entretenía a las muchedumbres; la Santa Nómina amparaba a los derrotados sin pelea, víctimas de su decaimiento y de su pobreza moral... El huracán que limpia no turbó la plácida marcha, ni las brisas del tiempo nuevo, con su labor evolutiva, constante e inspirada, sirvieron para orear un edificio que, levantado sobre bases flacas y con sillares livianos, señoreaba con cúpulas y torreones de aparente fortaleza. Y así dormitábamos plácidamente en tanto el enemigo acechaba [...] Y así también llegó la hora del choque; pero al primer cañonazo del adversario, el edificio se desplomó y hundió en las aguas de Cavite y Santiago...».

Ibáñez y Angulo comentan seguidamente que la lección ha sido dura y que, por eso mismo, el renacimiento habrá de ser gallardo y benemérito, y añaden a continuación este significativo párrafo, con lo que dan por concluido el prólogo del libro: «La juventud militar de los viveros clásicos, formada en la atmósfera de estos tristes días, constituye la vanguardia de ese Ejército de hombres robustos de cuerpo y de espíritu, que no amoldándose a vivir en las estrecheces morales e intelectuales del tiempo viejo, quiere luchar en noble palenque, para salir a términos de mayor lucimiento, brío y porvenir, como demandan de consuno los prestigios del uniforme, y, sobre todo, el honor y el bienestar de España».

La actitud que los autores de *Los cadetes* muestran en el prólogo de la obra, amén de valiente, no puede resultar más digna y saludable. Conscientes de que el colectivo militar había cometido graves fallos, optaron por denunciarlos y asumirlos, para tratar de poner remedio a las cosas. Abandonaban así la mezquina y egoísta postura adoptada por otros, una mayoría tal vez, que, haciendo gala del autismo característico de los grupos cerrados, procuraban ignorar toda información molesta. Como ejemplo de esa deplorable postura, puede citarse lo ocurrido en la propia Academia de Infantería, en 1885, durante la celebración de un banquete, al que asistieron profesores y alumnos y que se ofreció en honor de los jefes y oficiales del Regimiento Húsares de la Princesa. Tal banquete se llevó a cabo cuando el Ejército español atravesaba un momento difícil, pues se estaba desarrollando en Cuba la denominada «guerra Chiquita», que, si bien no se caracterizó por los grandes combates, no obstante dio lugar a un buen número de bajas, causadas por las temibles enfermedades tropicales. Las penalidades las sufrían, fundamentalmente, los muchachos de las clases modestas, dado que el injusto sistema de reclutamiento vigente permitía librarse del servicio en ultramar a los jóvenes pertenecientes a las familias acomodadas, mediante el pago de la Sustitución o la Redención a Metálico. Por otro lado, los oficiales de carrera, como de costumbre, procuraban eludir el traslado a las colonias, para que fueran los oficiales de la reserva los que afrontaran los sacrificios. Todas estas circunstancias, en fin, deberían haber merecido alguna referencia por parte del general Modesto Navarro, que pronunció unas palabras para cerrar el acto celebrado en la Academia de Infantería en 1885. Pero el general prefirió ignorar lo que estaba ocurriendo en Cuba, para lanzar, en cambio, un grandilocuente discurso, pleno de frases lapidarias, en el que rindió culto a las excelsas virtudes que adornan a quienes tienen el honor de vestir el uniforme militar, y llegó a afirmar textualmente<sup>[7]</sup>: «La milicia no es una profesión; es una religión estrecha y sublime, cuya divinidad es la patria. Para comulgar en ella, para profesar

en ella, para ser admitido como sacerdote de ella, es preciso decidida vocación y la voluntad inquebrantable de llegar hasta el martirio».

Esta palabrería hueca, propia del peor barroco, aparecía con demasiada frecuencia durante los abundantes actos (más o menos folclóricos...) celebrados en los acuartelamientos y en las dependencias militares del territorio peninsular. El realismo, la objetividad, el sentido del ridículo, brillaban por su ausencia en las peroratas lanzadas por los jefes de las guarniciones peninsulares, mientras el Ejército colonial, que defendía los intereses de la patria en ultramar, era fiel exponente de las más graves deficiencias e injusticias.

Los comandantes Ibáñez y Angulo, ciertamente, no parecían dispuestos a seguir el juego de quienes deseaban mantenerse al margen de los verdaderos problemas que afectaban al Ejército, recurriendo a falsos idealismos y estúpidas peroratas. Había que afrontar la realidad de los hechos positivos con todas sus consecuencias. Y así lo hicieron, aun a riesgo de ganarse la inquina de muchos de los que vestían su mismo uniforme y que, por encima de todo, adoraban a la «Santa Nómina». Por otra parte, los reproches vertidos en la prensa sobre el deplorable comportamiento de los oficiales de carrera durante las campañas de ultramar, se vieron ampliados al concluir la guerra, y se produjeron, además, duras críticas de los políticos desde la tribuna del Parlamento. Todo ello contribuiría a reforzar el corporativismo de los militares, que se entregaron a una defensiva a ultranza de sus posiciones, frente a cualquier clase de crítica; quienes se atrevieron a realizar ésta desde dentro de la institución fueron calificados, a menudo, de traidores.

En todo caso, es oportuno advertir que el propósito reformista se había venido manifestando, con diversa intensidad, en el Ejército desde las primeras décadas del siglo XIX. Durante la guerra de la Independencia, y a la par que se gestaba en Cádiz la famosa Constitución de 1812, se pensó en elaborar una «constitución militar», que debería estar en armonía con aquélla y que, obviamente, implicaba una profunda reforma del Ejército; comenzaron los trabajos correspondientes, pero la abolición de la Constitución, el 4 de mayo de 1814, por Fernando VII, daría al traste con este proyecto. Tras el pronunciamiento de Riego y el restablecimiento de la Constitución, en 1820, se reanudarían las tareas para llevar a cabo la reforma del Ejército. La labor desarrollada, que para Casado Burbano<sup>[8]</sup> representa el momento estelar en la historia de la legislación militar española, daría como fruto la promulgación de la Ley Constitutiva del Ejército de 9 de junio de 1821, pero Fernando VII se encargaría de anularla con su vuelta al absolutismo en 1823. Durante la época isabelina y de la mano del general Narváez, en fin, terminaría de configurarse el modelo del Ejército decimonónico hispano, que se caracteriza por los siguientes rasgos<sup>[9]</sup>:

—Pésima organización, dotación y preparación que lo incapacitan para afrontar una guerra exterior, lo que no preocupa demasiado a los gobernantes, ya que prefieren encomendarle la función del gendarme.

—Hipertrofia del Cuerpo de Oficiales, fomentada en gran parte por los diversos conflictos armados que se desarrollan durante la centuria. Por otro lado, los abundantes pronunciamientos solían saldarse con un reparto de ascensos, lo que, obviamente,

contribuiría a recargar el escalafón. Además, existían muy diversas vías para acceder al empleo de oficial.

—Desinterés por la adecuada formación de los cuadros de mando, ya que se valoraba más la lealtad política que la competencia profesional.

—Desmesurado presupuesto militar, que representaba normalmente más del 50 por ciento del total. Ese presupuesto, sin embargo, se dedicaba, principalmente, a cubrir los sueldos de los profesionales, mientras los soldados arrastraban una vida miserable, y apenas quedaba dinero para atender debidamente las necesidades de armamento y material, ni para afrontar los gastos de los ejercicios y de las maniobras.

El Sexenio Revolucionario (1868-1874), caracterizado por la anarquía y el insensato idealismo, apenas conseguiría otra cosa, en lo que al Ejército se refiere, que provocar en los militares una clara tendencia hacia el conservadurismo. El golpe del general Pavía, ejecutado al iniciarse el año 1874 para acabar con el desorden reinante, encontró el apoyo de una buena parte de los hombres de uniforme, y propició un nuevo pronunciamiento al finalizar el año que abriría las puertas de la Restauración.

Instalado Alfonso XII en el trono, Cánovas creó para él la figura del Rey Soldado, con la finalidad de impedir la reproducción del «régimen de los generales», propio de la época de Isabel II. Cánovas pretendía desterrar a los «espadones», y para ello convirtió al monarca en «espadón», en el único «espadón». En 1890 (cinco años después de la muerte de Alfonso XII), ante el irresistible avance del movimiento obrero, Cánovas llegó a manifestar en el Ateneo madrileño que los ejércitos deberían constituir un dique contra las tentativas ilegales del proletariado, y a continuación asignó formalmente al Ejército la misión de guardián del orden, incapacitándolo así, todavía más, para afrontar un conflicto en el exterior<sup>[10]</sup>.

En 1887, el general Cassola, ministro de la Guerra, había presentado a las Cortes un nuevo proyecto de ley constitutiva del Ejército, en el que, entre otras, proponía las siguientes reformas:

—Nueva división territorial, que superaba la establecida en el Antiguo Régimen y que habría de facilitar las tareas de movilización.

—Unificación del escalafón para eliminar las distintas procedencias en el Cuerpo de Oficiales.

—Los ascensos se alcanzarían en tiempo de paz por rigurosa antigüedad, y por elección desde general en adelante.

—Servicio militar obligatorio y universal, sin las limitaciones de la Sustitución y la Redención a Metálico.

Esta reforma de Cassola no pudo llegar a buen puerto al encontrar la oposición de la

alta jerarquía militar y las clases acomodadas, que preferían seguir librando del servicio militar a sus hijos mediante el pago de cierta cantidad de dinero. (Durante las campañas de ultramar, por la Sustitución se pagaba entre mil y mil quinientas pesetas, y, por la Redención a Metálico, entre mil quinientas y dos mil. Todas estas cantidades resultaban prohibitivas para las familias de clase baja o media baja).

Por lo demás, lo que Cassola pretendía no era otra cosa que corregir las graves deficiencias que presentaba la Ley Constitutiva del Ejército de 1877 (adaptada a la Constitución de 1876, como la Ley Constitutiva de 1821 lo estaba a la Constitución de 1812) y que, verdaderamente, no había logrado solucionar ni uno solo de los problemas de fondo que afectaban al Ejército.

Algunos años más tarde de ser rechazada la reforma de Cassola, la organización armada hispana tendría ocasión de demostrar palpablemente su incapacidad para abordar un conflicto en el exterior. En 1893, efectivamente, los fallos saldrían a relucir en un pequeño incidente provocado por el ataque de una cabila mora a un fortín español en la zona de Melilla, ataque que terminó saldándose con la muerte del comandante militar de la plaza, el general Margallo. El ministro de la Guerra juzgó que no era suficiente la fuerza militar estacionada en Melilla (bastante considerable, por cierto, al menos en lo que se refiere al número de hombres) y decidió enviar refuerzos desde la Península, los cuales tardarían dos o tres meses en arribar a la zona de operaciones<sup>[11]</sup>. Hubo que llamar a filas a unos cuantos miles de soldados pertenecientes a la Primera Reserva, que fueron reclutados en puntos dispersos de la geografía peninsular; se compraron precipitadamente diez mil fusiles máuser; se aprovecharon al máximo los rudimentarios medios de transporte disponibles... Y cuando los veintidós mil hombres mal pertrechados, organizados y entrenados consiguieron desplegar en la zona de conflicto, los moros optaron por solicitar la tregua. Y así se dio por concluida la denominada guerra de Melilla de 1893... Este grotesco episodio resultaba hartamente elocuente y debería haber alertado a quienes tenían a su cargo la política militar española. Ya con ocasión de la guerra franco-prusiana (1870-1871), que tanto impacto causó en Europa, los ejércitos habían tomado buena cuenta de la brillante movilización realizada por los prusianos, frente a la desastrosa movilización francesa; en esta diferencia se hallaría una de las claves del resultado producido en la contienda. Cassola parecía estar al corriente de esta cuestión, pero sus consideraciones no fueron aceptadas. Y ahora, la esperpéntica movilización llevada a cabo para operar en Melilla ponía en evidencia el lamentable estado en que se encontraba la organización militar, sin que nadie denunciara públicamente el hecho, ni se tomaran las oportunas medidas para remediarlo.

Las consecuencias de esta falta de autocrítica, de esta insensata dejadez, se pagarían en la guerra que culminó en el Desastre del 98. Nadie en su sano juicio podría aprobar que España, tras el episodio melillense, se embarcara en una guerra con Estados Unidos que habría de desarrollarse en escenarios del Atlántico y el Pacífico, a miles de kilómetros de la Península. El Ejército, que había dejado bien patente su incapacidad para efectuar una simple movilización, sacaría a relucir, con ocasión de las campañas de ultramar, toda una serie de graves deficiencias: falta de medios y de preparación para el combate; fallos en la organización, que, entre otras cosas, impedirían el normal desarrollo de las funciones logísticas; escasas motivaciones de los soldados, plenamente conscientes de estar sometidos

a una injusta ley de reclutamiento; desmoralización y desgana en los oficiales de carrera (y esto puede servir como descargo a su deplorable conducta), que, por su pertenencia a un hipertrofiado cuerpo, se hallaban pésimamente instruidos y atendidos y, en general, carecían de ilusiones e inquietudes profesionales.

Don Santiago Ramón y Cajal advierte<sup>[12]</sup> que, si Cánovas no hubiera desaparecido de la escena política (fue asesinado por un anarquista el 8 de agosto de 1897), se habría encargado de evitar la entrada de España en la guerra con Estados Unidos de 1898, habría logrado «acallar la vocinglería de periódicos y patrioterros», desatada en las vísperas del estallido del conflicto. Don Santiago, cuya talla intelectual y honestidad están fuera de toda duda, tenía además un profundo conocimiento del ambiente político y social que reinaba en la España de su época, por eso su opinión debe merecer un gran respeto. Por otro lado, está sobradamente documentado el rechazo de Cánovas hacia cualquier clase de aventura en el exterior, siguiendo con esta actitud, al fin y al cabo, el camino elegido por España tras el Congreso de Viena (1815), cuando quedó convertida en potencia de segundo orden y apartada de las áreas de conflicto europeas. En todo caso, conviene recordar que Cánovas había asignado al Ejército simplemente la misión de guardar el orden interior; la institución armada constituiría así una pieza clave en el sistema creado por el propio Cánovas para la Restauración, que se caracterizaba por el dominio de la oligarquía terrateniente e industrial, el caciquismo, las elecciones manipuladas y el alejamiento de la cosa pública por parte de la gran masa popular. Si el sistema canovista, en fin, no era más que una pura ficción, otro tanto venía a sucederle al Ejército. Un militar, el comandante Benzo, llegaría a denunciar este hecho, cuando el período de la Restauración se acercaba a su final<sup>[13]</sup>: «Un ejército no es un conglomerado de generales, jefes, oficiales y aun soldados. Porque todo esto lo tiene España, y desde hace un cuarto de siglo las voces más autorizadas, incluso dentro de la profesión, han proclamado que no tenemos ejército».

El Desastre del 98 dio lugar a una crisis ideológica y política, en gran medida impulsada por el movimiento regeneracionista, que aspiraba a introducir los cambios necesarios para modernizar España y acercarla a Europa. En ese movimiento se integran los comandantes Ibáñez y Angulo al escribir su libro, puesto que ellos, como queda de manifiesto en el prólogo, no se conforman con aplicar al Ejército una serie de retoques de carácter más o menos administrativo, sino que abogan por una reforma a fondo que rebase, incluso, ampliamente el ámbito propio de la institución militar. Ibáñez y Angulo no dejan de comprender que la estructura, la organización y los modos del Ejército están íntimamente ligados al régimen político establecido, que es el que, en todo momento, marca la norma; en definitiva, conocen bien sus limitaciones y saben que no deben intentar una reforma militar global, pero se sienten capaces, no obstante, de influir, por su condición de profesores y a través de su libro, en los jóvenes que han elegido la carrera de las armas y se hallan todavía en período de formación. También han de tener presente, por otro lado, que los regeneracionistas han acabado llegando a la conclusión (en línea con lo defendido durante varias décadas por la Institución Libre de Enseñanza) de que la primera y principal tarea que había de acometerse, en la modernización del país, debería ser la de la reforma de la enseñanza, para aumentar la cultura de los jóvenes e inculcarles nuevas formas de pensar y de sentir. El libro de Ibáñez y Angulo, por lo demás, hubo de tener su influencia, especialmente, en los alumnos que se formaban en la Academia de Infantería, puesto que permaneció largos años en la biblioteca del centro, y cabe suponer que fue profusamente

leído, teniendo en cuenta, entre otras cosas, las alusiones que a él se hacen en otros libros escritos con posterioridad. Entre los alumnos que se educaron en esa academia, es interesante resaltarlo, figuraron Francisco Franco y Vicente Rojo, que cursaron sus estudios entre 1907 y 1910 y entre 1911 y 1914, respectivamente.

La Academia de Infantería había sido instalada en el alcázar de Toledo al comenzar el período de la Restauración, por un Real Decreto de 1 de mayo de 1875. Era la primera vez que un centro de enseñanza militar utilizaba el histórico y grandioso edificio del alcázar como sede. Su primer director fue el general José de la Iglesia y Tompes, que, por cierto, había jugado un importante papel en la disolución de las Cortes republicanas llevada a cabo por orden del capitán general de Madrid, Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque, el día 3 de enero de 1874. Pasados algunos años, la Academia de Infantería (como las del resto de las Armas y Cuerpos) fue clausurada, para dar paso a la Academia General Militar (primera época), creada en 1882, que también tendría como sede el alcázar toledano. La vida de este centro, sin embargo, tampoco sería demasiado larga, ya que fue suprimido en 1893 para volver al sistema anterior de academias independientes, quedando de nuevo ubicada la Academia de Infantería en el alcázar. Así estaban las cosas en 1903, cuando se publicó *Los cadetes*, y así seguirían hasta el 20 de febrero de 1927, fecha en la que, bajo la Dictadura del general Primo de Rivera, fue fundada la Academia General Militar (segunda época).

Los comandantes Ibáñez y Angulo comienzan su relato dedicando grandes loas al alcázar toledano, y seguidamente, a lo largo de dos CAPÍTULOS de la obra, glosan la vida cadetil<sup>[14]</sup>, aludiendo a las anécdotas más famosas acaecidas en las diversas academias hispanas durante los últimos decenios y cuyo recuerdo se ha ido manteniendo de generación en generación. Se habla también de las típicas novatadas, de las comidas que solían servirse a los alumnos, del argot especial que éstos utilizaban, y se ofrece, incluso, una relación de los antiguos cadetes que han logrado después el éxito en su carrera... Pero el tono cambia, al final del segundo de estos CAPÍTULOS, para dar paso a una dura crítica, que se dirige, en principio, contra el propio régimen de la Restauración y lanza después sus dardos contra la enseñanza militar impartida en España. De la Restauración se afirma que llevó confianzas al capital, mientras «los factores morales dejaban la primacía y el auge a los intereses materiales, abandonando así la orientación en manos que, a la postre, habrían de inclinarse del lado del egoísmo y de la flaqueza». Las disposiciones de la juventud militar no se han aprovechado para nutrir el alma con conceptos de un orden moral y patriótico, comentan nuestros autores, antes de expresarse de esta forma tan contundente: «La monomanía del ritual, de la rutina, de la fórmula teórica y a las veces empírica; el abandono de todo cuanto pudiera ensanchar y fortalecer la voluntad, el carácter, el buen gusto, el espíritu de iniciativa y de mando, contribuyeron al amadrigamiento de tendencias y pasividades que en nada han favorecido ni prosperarán la causa del país y de la fuerza pública [...] ¡Cuántos oficiales, de singulares condiciones, yacen arrinconados o deshechos en su moral y porvenir, por haber carecido de horizontes y de alientos sociales, hijos siempre de la educación, del gusto y de la voluntad animosa y cepillada por el trato de gentes!».

Este párrafo resulta extraordinariamente revelador. En el prólogo, Ibáñez y Angulo

han censurado con dureza a los oficiales que, amparados en la «Santa Nómina», se han permitido eludir toda clase de sacrificios, negándose a participar en las campañas de ultramar; pero ahora manifiestan claramente que no se debe exigir a esos oficiales toda la responsabilidad por su vergonzosa conducta, ya que ésta, en gran medida, ha podido ser consecuencia de la mala educación recibida durante la etapa de cadete.

Y así arriban nuestros autores al CAPÍTULO más interesante y brillante de su obra; lleva por título «Brisas del campo» y constituye un durísimo alegato contra los métodos de enseñanza mantenidos en las academias militares españolas, y muy particularmente en la Academia de Infantería<sup>[15]</sup>. «Tener al joven —comienzan afirmando— horas y más horas tras una papelera, rígido, silencioso, agobiado, con detrimento de su formación ósea...; llevarle después día tras día a la cátedra, para mantenerlo inamovible, sin pestañear, mirando en el profesor, no al amigo plácido y abierto a la confianza como superior moral e intelectual que es, sino acaso al jefe gruñón esquivo y ordenancista; tener, en suma, a nervios, imaginaciones y miembros tempranos, ceñidos por el ritual, aprisionados por el reglamento, amarrados por la rutina en locales cerrados y, en ellos, ahogados por montón de librotos y de cifras, no siempre de necesaria nutrición espiritual y técnica, es uno de los errores más tremendos y de más trascendentales perjuicios para la Nación y el Ejército».

Añaden nuestros autores que es preciso fomentar el deporte entre los alumnos; inducirlos a practicar la natación, el remo, la equitación, la esgrima, el ejercicio por breñales y valles, las marchas militares..., porque, en definitiva, la educación física no sólo resulta muy saludable y aumenta la fuerza de los músculos, sino que además contribuye a reforzar el vigor del cerebro.

Lo más llamativo de este discurso es que viene a sintonizar, de forma manifiesta, con las ideas de don Francisco Giner de los Ríos, pedagogo ilustre y fundador de la Institución Libre de Enseñanza (ILE), expresadas en su conocida obra *Pedagogía universitaria*. La ILE, que representa uno de los impulsos más notables hacia la modernización realizados en la España del siglo XIX, surgió, al iniciarse el período de la Restauración, por iniciativa de Giner y un grupo de profesores que se enfrentaron al ministro canovista Orovio, tras negarse a aceptar el dogmatismo que éste pretendía imponer a las cátedras. Ibáñez y Angulo se identifican de forma clara con la ILE al rechazar la enseñanza meramente instructiva y defender una enseñanza educativa, capaz de forjar un ideal moral, un amor a la cultura, una preocupación por los problemas sociales, un diálogo profesor-alumno y una especial atención a la higiene y a los deportes y actividades al aire libre, en contacto con la naturaleza. El idealismo laico que proclamaba la ILE, por lo demás, chocaba frontalmente con el confesionalismo religioso propio del régimen canovista (heredado de etapas anteriores, si se excluye el Sexenio Revolucionario), pero lograría, con todo, ejercer cierta influencia en los gobiernos, consiguiendo, por ejemplo, que, a instancias suyas, llegara a crearse en 1901 el Ministerio de Instrucción Pública, y, seis años más tarde, la Junta de Ampliación de Estudios.

En su afán por modernizar España y difundir la cultura, los miembros más destacados del movimiento regeneracionista se hartaron de proclamar, al igual que la ILE, las excelencias de la enseñanza laica, a la par que deploraban el freno que significaba el

rígido dogmatismo de la Iglesia católica. Los regeneracionistas lucharon también a favor de la libertad de cátedra y en contra de la invasión frailuna de las escuelas y universidades; y aprovecharon la ocasión de la derrota española ante Estados Unidos para manifestar que ese fracaso era la expresión de la inferioridad de la enseñanza hispana, en gran medida dominada por los clérigos, frente a la racional, humana y floreciente enseñanza yanqui. Algo parecido, añadieron, había sucedido con la guerra franco-prusiana, en la que la superioridad cultural alemana había terminado pesando decisivamente. Ibáñez y Angulo comparten estas consideraciones sobre la importancia del nivel cultural de cada país en el desarrollo de las guerras; advierten en su libro que en Alemania se rinde culto a los Stein, Fichte, Gneisenau, Humboldt, Bulow y Clausewitz, es decir, a los estadistas, los maestros, los sabios, los patriotas y los brillantes militares, porque se sabe que, sin ellos, no se hubieran alcanzado logros como el Estado Mayor, la unidad de mando, el instinto de iniciativa y compañerismo, la doctrina, los arsenales, las fuerzas militares que tan gallardamente manejara Moltke. Estos logros están muy lejos de obtenerse en España, explican, porque aquí «el atavismo y la falta de educación y consistencia constitucional y política nos empujan a quererlo todo por las maravillas rápidas del milagro y de la acción de un hombre, cuando tales negocios son siempre el fruto de larga y costosa preparación y la tarea de varias generaciones». Haciendo gala de su proverbial objetividad y valentía, nuestros autores se atreven incluso a enfrentarse al ambiente de ira y de rencor que se respiraba en aquellos momentos contra el coloso norteamericano, y manifiestan sin rodeos: «Y si remontamos el vuelo a la nación que nos venció tan cruel y tan fácilmente, el Día de la Independencia, el culto a Jorge Washington, el respeto a los fundamentos constitucionales, el amor apasionado por el ensanche del espíritu patrio y de la raza, nos explicarán los sorprendentes progresos de su industria y de su ciencia en general».

Al iniciarse la contienda hispano-norteamericana, la jerarquía eclesiástica había optado por apoyarla, lanzando toda una campaña propagandística a favor de las fuerzas católicas que se disponían a combatir contra un país protestante; las previsiones, sin embargo, fallaron, el desenlace no fue el deseado, y entonces la Iglesia se aprestó a proclamar que la derrota se había producido como consecuencia del alejamiento de la sociedad española de la doctrina católica...

Dada la excepcional importancia que concedían a la educación de la juventud, los regeneracionistas llegaron a establecer que resultaba vital acabar con la exagerada y perniciosa influencia religiosa en los centros de enseñanza, ya que la Iglesia tendía a oponerse a lo racional y fomentaba a menudo el fanatismo y la superstición. En la atribulada España del siglo XIX, el peso del clericalismo en la enseñanza había sido tremendo, y había dado muestras además de un neto talante antiliberal, desde que los clérigos comprendieron que los liberales pretendían no sólo acabar con su poder espiritual, sino también con el material, al emprenderse las tareas de la desamortización. El Concordato de 1851 estableció que la enseñanza habría de supeditarse a los preceptos de la doctrina católica, permitiéndose a los obispos ejercer la vigilancia para que tal disposición se cumpliera, y estas normas se mantuvieron durante la época de la Restauración, en la que, por otra parte, la Constitución vigente (la de 1876) declaraba la religión católica como la oficial del Estado.

A lo largo del siglo XIX, como apunta Juan Benet<sup>[16]</sup>, el pensamiento español se vio dividido en «dos ramas antagónicas», la de los progresistas y la de los reaccionarios, dos culturas que llegaron a coexistir sin convivir y que mantendrían durante toda la centuria sus espadas levantadas, para terminar batiéndose en 1936. El mayor éxito de la rama progresista consistiría en la creación de la ILE, primer centro de enseñanza laica y «origen de toda una corriente —más que de pensamiento, de un cierto modo de ser, de un talante intelectual— y de una nueva generación de ilustrados que sólo concluirá en la guerra civil con la muerte o el exilio». Frente a los progresistas, el bando de los reaccionarios estaba integrado por «todo aquel que se opusiera a la corriente ilustrada y cuyo más significado principio de diferenciación era la obediencia ciega a la doctrina de la Santa Madre Iglesia». Los reaccionarios, en definitiva, se aferraron resueltamente a sus modos de pensar y a su sistema de valores, sin modificarlos ni enriquecerlos desde los tiempos de Fernando VII.

En todo caso, no cabe duda de que, en la reacción absolutista protagonizada por Fernando VII a partir de 1814, la Iglesia representó un papel de primer orden; fue por entonces precisamente cuando se comenzó a hablar con insistencia de la alianza entre el altar y el trono. La abolición de la Constitución de 1812, que para Pierre Vilar significa el fracaso de todo un siglo<sup>[17]</sup>, repercutiría muy negativamente en el ámbito militar, y dio al traste, por una parte, con los trabajos realizados para dotar al Ejército de una progresista Ley Constitutiva, y, por otra, con la denominada Escuela Militar de la Isla, creada en San Fernando al calor de los ilustrados de Cádiz y puesta bajo la dirección del culto teniente coronel Mariano Gil de Bernabé. La creación de la escuela está íntimamente relacionada con la institucionalización de la enseñanza militar, que se desarrolló en Europa entre finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX y que marca una tendencia a la profesionalización, pero Fernando VII, amén de rechazar cualquier legado de los liberales, no tenía interés alguno en contar con oficiales competentes, preparados para intervenir en una guerra exterior, dado que prefería orientar al Ejército hacia la defensa interior. Finalizado el paréntesis del Trienio Liberal y aprovechando la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis de abril de 1823, Fernando VII llegó, virtualmente, a disolver el Ejército (a la par que, por supuesto, procedía a la anulación de la obra legislativa realizada por los liberales en el Trienio...), manteniendo a los invasores como ejército de ocupación durante cierto tiempo. Pronto, sin embargo, sintió la necesidad de levantar un ejército nuevo, y decidió, entre otras cosas, llevar a cabo la purificación del ejército disuelto. Fue en este momento cuando tuvo lugar la creación del Colegio General Militar<sup>[18]</sup>, por Real Orden de 29 de febrero de 1824, y su Reglamento se publicó el 20 de diciembre del mismo año. Por primera vez se reunían en una sola las academias de las diversas Armas y Cuerpos (Infantería, Caballería, Artillería e Ingenieros), medida que, probablemente, perseguía como objetivo principal el de mantener un estrecho control sobre los alumnos desde las altas instancias del Estado. Se volvieron a exigir las pruebas de nobleza (abolidas el 17 de agosto de 1811) a los futuros oficiales, quienes también deberían acreditar su condición de «hijodalgo notorio, según las leyes de la monarquía, limpio de sangre y de oficios mecánicos por ambas líneas». Por otro lado, la fuerte influencia clerical en el centro quedaría reflejada, por ejemplo, en el Artículo 20 del Reglamento, que afirmaba textualmente: «Así el jefe como los demás oficiales, profesores y maestros del colegio mirarán siempre como el más principal y sagrado objeto de sus obligaciones y responsabilidad inspirar a los cadetes el reconocimiento, amor y respeto al Ser Supremo, la observancia de sus Santos Mandamientos, la piedad filial, la conmiseración con los pobres

y desgraciados y una entera obediencia y sumisión al soberano...».

El Colegio General Militar, que tuvo su sede en el alcázar de Segovia y fue disuelto en agosto de 1837, dejaría una profunda huella en la enseñanza militar española del siglo XIX, y causó un notable perjuicio; la exagerada influencia clerical crearía un mal precedente, así como el recargado y escasamente coherente programa de asignaturas y el rigurosísimo régimen de internado al que estuvieron sometidos los alumnos. Los comandantes Ibáñez y Angulo le dedican este jugoso comentario en una nota a pie de página<sup>[19]</sup>: «Tan arraigado estaba el absolutismo en la enseñanza, que cuando se dio a la estampa uno de los libros mejor compuestos y de mayor enjundia de la cultura militar del siglo XIX, la *Geografía historicomilitar de España y Portugal*, la Junta Facultativa del Colegio de Segovia, donde el autor se había educado, estimó ser la obra de excesivo vuelo para una asignatura, que dentro del alcázar que baña el Eresma la explicaba el padre capellán...».

En el extenso programa del colegio no había sitio para una asignatura de geografía historicomilitar, pero, en cambio, sí lo hubo para materias como formación de procesos, manejo de papeles, ajustes de caja, levantamiento de planos de edificios... y baile.

Cuando los cadetes españoles fueron reunidos de nuevo en un solo centro para cursar sus estudios, con la creación en 1882 de la Academia General Militar, se tomaron algunas medidas para tratar de evitar las aberraciones en que había caído el Colegio General; la influencia clerical decayó bastante y los recargados planes de estudios (teóricos) sufrieron un notable recorte, a la vez que se dedicaba cierta atención a los deportes y a las prácticas en el campo. Los comandantes Ibáñez y Angulo celebran este progreso, y señalan<sup>[20]</sup>: «Con el establecimiento de la Academia General Militar, tomó cuerpo la idea del Campamento, recibiendo gran vuelo, y, para bien de todos, la amplitud del procedimiento y la esencia en la doctrina militar, entrándose ya franca y resueltamente por la vía que debemos ensanchar y perfeccionar sin tregua».

Con la Academia General, desde luego, aparecieron en la enseñanza militar española algunas ideas recogidas de la ILE; pero también, junto a ellas, saldrían a relucir elementos del prusianismo dieciochesco, como el automatismo, la rigidez, la obediencia ciega, el rechazo a la crítica..., que, al cabo, terminarían prevaleciendo, contando con la ayuda de valiosos instrumentos, como las interminables sesiones de instrucción en orden cerrado, la celebración de abundantes actos rituales, el apretado horario al que los alumnos se hallaban sometidos, siempre vigilados por los exigentes oficiales de servicio... Una vez más, el resultado de la guerra franco-prusiana había despertado el afán de emulación de los métodos prusianos, si bien en esta ocasión serían pésimamente interpretados, al tomar como referencia el dieciochesco mundo militar de Federico el Grande. El comandante Ibáñez Marín intentaría paliar este negativo influjo publicando, en 1906 y como autor único, la excelente obra titulada *La campaña de Prusia de 1806*, en la que explicaba cómo los propios prusianos se habían sentido obligados a abandonar una buena parte del legado de Federico, a raíz de su enfrentamiento con las tropas de Napoleón; las guerras de la Revolución y del Imperio provocaron un cambio radical en el dominio de lo militar y los prusianos comprendieron muy pronto que era preciso asumirlo. Ibáñez Marín<sup>[21]</sup> comienza

por exponer las aberraciones en que habían caído los mandos militares de la Prusia Post-Federico; en ella dominaba la «ciencia militar matemática», de modo que parecía imposible «tomar una trinchera sin llevar la tabla de logaritmos bajo el brazo». Y cuando alguien, como Bulow, se atrevía a acusar a las matemáticas de atrofiar la imaginación, proponiendo, de paso, la adopción de los métodos revolucionarios y flexibles de los franceses, podía acabar con sus huesos en la cárcel. De la táctica de Federico sólo se recogía «su lado caricaturesco y pedante»; del arte militar del «Rey Filósofo» se conservaba, simplemente, el gusto por las paradas y las revistas anuales. Las altas jerarquías se refugiaban en su orgullo de casta, ignorando cuanto ocurría en Europa, mientras se ceñían con rígido formalismo a las ordenanzas, cuidando los más mínimos detalles. Ajenos a los avances que se estaban produciendo en las guerras de la Revolución y del Imperio, los prusianos, al acudir al campo de batalla en 1806, se limitaron a poner en práctica lo que en las revistas y las paradas de Berlín, Potsdam y Magdeburgo habían aprendido. Y cosecharon un clamoroso fracaso.

Ibáñez Marín subraya, por otro lado, que en el ejército prusiano los oficiales constituían una casta privilegiada y eran reclutados entre la aristocracia; su soberbia alcanzaba niveles increíbles. Los pobres soldados tenían que aguantar la brutalidad y la grosería de esos oficiales, a la par que eran pésimamente atendidos; su comida era mala y su vestuario pobre. La deleznable formación de los oficiales y el abismo que los separaba de unos soldados maltratados y, por ende, escasamente motivados, terminarían pesando de forma decisiva en el resultado de la campaña... En la Francia de aquella época, ciertamente, el panorama era bien distinto; allí, tras abolirse en 1789 los privilegios nobiliarios, la mayoría de los oficiales nobles habían abandonado el ejército, quedando así los grados superiores al alcance de los más dotados. La Revolución había hecho cambiar el carácter del ejército, al inflamar a la nación francesa de entusiasmo democrático, como advierte el mariscal Montgomery<sup>[22]</sup>, que termina afirmando: «La nueva y especial cualidad de este ejército voluntario y nacional fue que los soldados seguían en él a sus oficiales, en lugar de ser conducidos por ellos».

Los prusianos de 1806, como apunta Ibáñez Marín, consiguieron salir de su error, tras la derrota sufrida ante los franceses. Y sería el general e ilustre tratadista Karl von Clausewitz uno de los principales conductores de la necesaria reforma; no sólo a través de su abundante obra escrita en la que analiza magistralmente el cambio radical operado en el dominio de lo militar durante las guerras de la Revolución y del Imperio, sino también aprovechando los relevantes puestos ocupados en la organización militar prusiana, entre los que cabe destacar el de director de la Kriegsakademie, en el que pondría especial empeño por dar la formación adecuada a los futuros oficiales. Clausewitz participó en la campaña de Prusia (y combatiría más tarde contra Napoleón formando parte del Ejército de Rusia); este hecho le permitiría ser testigo del choque entre el viejo orden del absolutismo prusiano y el nuevo de la Francia revolucionaria, de la que habría de convertirse en rendido admirador. Después de 1806, en fin, los prusianos renunciaron al Reglamento de Federico y trataron de eliminar del campo de batalla todo lo que tan sólo servía para los desfiles y las paradas; pero, además, implantaron el servicio militar universal sin trampas, sustituyendo el soldado-máquina por el soldado-hombre, dotado de la condición de ciudadano.

Ibáñez Marín analiza la experiencia prusiana de 1806, persuadido, sin duda, de que ha de resultar muy útil para España, que también había luchado contra las tropas napoleónicas y ha adquirido enseñanzas importantes. Esas enseñanzas, más o menos reflejadas en la obra realizada por los ilustrados, tanto en el ámbito civil como en el militar, fueron desechadas por Fernando VII, y el comandante entendió que había llegado el momento de subsanar este error.

Con la publicación de *Los cadetes* y *La campaña de Prusia de 1806*, es evidente que Ibáñez y Angulo pasaron por derecho propio a formar parte de la corriente regeneracionista; compartieron la postura de quienes contemplaban con especial inquietud los males que afligían a la nación y trataron de poner remedio a las cosas desde su condición de profesores de un centro de enseñanza militar, aportando interesantes consideraciones, que llegaron, incluso, a trascender la esfera estrictamente castrense. Su decisión de rebasar con sus reflexiones los muros del cuartel estaba, por otra parte, plenamente justificada; el propio Francisco Silvela, en su famoso artículo «Sin pulso», publicado en *El Tiempo* el 16 de agosto de 1898, ya había apuntado que las lacras que presentaba el Ejército y que le habían llevado a la derrota de ultramar no constituían sino un síntoma de los males que afectaban a la sociedad hispana en su conjunto y al régimen político en particular.

Sea como fuere, las propuestas de los regeneracionistas iban a verse sometidas, en un primer momento, a un compás de espera, ya que, a la desaparición del artífice de la Restauración, Cánovas del Castillo, se añadió el cambio operado en la cúpula del Estado, al finalizar el período de la Regencia e iniciarse el reinado de Alfonso XIII, cuyo acceso al trono se produjo en mayo de 1902. El nuevo rey, desde luego, no parecía muy inclinado a respaldar los proyectos del regeneracionismo; de él ha escrito Madariaga<sup>[23]</sup> que era «el heredero de una larga tradición de monarcas absolutos nunca convertidos por entero ni con toda sinceridad a las medias tintas del constitucionalismo», y añade además este comentario: «Su educación estuvo en manos de hombres austeros y estrechos, que no eran ni demócratas ni optimistas. Sacerdotes y oficiales de Artillería no suelen ser el terreno apropiado al florecimiento de las ideas de Rousseau. Si se hubiese confiado la educación de don Alfonso en sus tiernos años a don Francisco Giner, España habría quizá llegado a ser una nación pacífica y satisfecha».

El advenimiento de la monarquía alfonsina, ciertamente, terminó significando un duro golpe para las esperanzas de los regeneracionistas; los comandantes Ibáñez y Angulo no debieron de tardar mucho tiempo en sentirse especialmente defraudados. Alfonso XIII buscó desde el principio el apoyo del Ejército, pero actuando de acuerdo con la filosofía y los procedimientos de sus antepasados en el trono e imitando, sobre todo, a su padre, el «Rey Soldado» de inspiración canovista. En la Memoria de la Academia de Infantería correspondiente al año 1909 se ofrece una muestra de las particulares aficiones del nuevo rey: «La predilección de nuestro monarca por la Academia de Infantería quedó en evidencia desde niño, vistiendo ante los españoles el uniforme de cadete, uniforme que conserva con orgullo el Museo de la Infantería; con él se presentó a los diplomáticos como rey de España; con él hizo sus primeros actos de gobierno; con él asistió a la evolución de su espíritu caballeresco y generoso; con él hizo su aprendizaje militar; con él abrió sus ojos a

las esperanzas de la Patria...».

El mismo día en que juró la Constitución, don Alfonso decidió presidir su primer Consejo de Ministros, y demostró a lo largo de ese acto un especial interés por la situación en que se hallaba el Ejército, y advirtió además a quienes le acompañaban que, de acuerdo con determinados artículos de la Carta Magna, a él le correspondía el exclusivo derecho de conceder honores y títulos, y que no pensaba renunciar a ese derecho<sup>[24]</sup>. Para comprender este comportamiento del joven rey, quizá no esté de más recordar que Cánovas, al optar por convertir a Alfonso XII en el único «espadón», había dispuesto que se incluyera un artículo en la Constitución, el 53, en el que se establecía: «Concede [el rey] los grados, ascensos y recompensas con arreglo a las leyes». Esta prerrogativa real, desde luego, habría de restar mucha fuerza a los generales que, siguiendo el ejemplo de la época isabelina, pretendieran distribuir recompensas entre su clientela; los pronunciamientos, que se habían saldado siempre con un generoso reparto de ascensos, tenderían a extinguirse desde la puesta en vigor del citado artículo... Todo parece indicar, en definitiva, que el interés por hacer valer su derecho exclusivo a otorgar honores y títulos, mostrado por Alfonso XIII en su primer Consejo de Ministros, debía de estar relacionado con un firme propósito de no aceptar otras clientelas agradecidas que las propias.

El 23 de noviembre de 1905, por lo demás, estalló un incidente entre la prensa y los militares de características muy similares a los que tuvieron lugar en 1895, al publicar el semanario satírico catalán *Cu-cut* un chiste que resultaba ofensivo para los miembros del Ejército. Los oficiales de la guarnición de Barcelona asaltaron la imprenta y la redacción del semanario, y dirigieron además sus ataques a otros periódicos barceloneses de signo catalanista. El incidente terminaría conduciendo a la promulgación de la desdichada Ley de Jurisdicciones de 1906, que vio la luz el 23 de marzo. Si en 1895 la reina regente, siempre atemperada por Cánovas y Sagasta, había dado pruebas de exquisita prudencia para evitar males mayores, ahora su hijo dejaría bien patente su escaso tacto político al tomar resueltamente partido por el Ejército, anunciando así la apertura de un período marcado por el militarismo. Mientras tanto, la preocupante inestabilidad del *status quo* en el norte de África había llevado a británicos y franceses a firmar un pacto el 8 de abril de 1904, del que derivaría el Acuerdo Hispanofrancés del 3 de octubre del mismo año, por el que se asignaba a España una zona de influencia en el norte del territorio marroquí. En 1906 se convocó la Conferencia de Algeciras para evitar la intromisión alemana en Marruecos (repartido entre España y Francia) y, un año más tarde, Gran Bretaña, Francia y España establecieron los Acuerdos de Cartagena para coordinar sus acciones si la paz en el Mediterráneo corría algún peligro. Es claro que la serie de compromisos que España estaba adquiriendo, tras el acceso al trono de Alfonso XIII, podrían precipitar su intervención en el norte de África, algo que los gobernantes de la etapa anterior habían tratado de evitar. El nuevo rey parecía estar animado por un cierto espíritu belicoso, que saldría a relucir, por ejemplo, durante la visita que llevó a cabo a la Academia de Infantería el 14 de julio de 1908, en la que se dirigió a los cadetes con estas palabras: «Vivid, luchad para conquistar la inmortalidad; pero no olvidéis que el único camino para lograrla es el sacrificio de vuestra vida, cuando la patria lo exija, de vuestras comodidades y de vuestra voluntad en aras del deber que la disciplina impone».

El espíritu guerrero que animaba a don Alfonso guardaba, sin duda, relación con el deplorable comportamiento de los oficiales en las campañas de ultramar que desembocaron en el Desastre del 98. Se diría que, para el joven monarca, todos los males que afectaban al Ejército en aquellos momentos deberían quedar reducidos a la nada en cuanto unos miles de oficiales se mostraran dispuestos a sacrificarse y a entregar su vida por la patria. Esta convicción del rey, desde luego, nada tenía que ver con los criterios mantenidos por los comandantes Ibáñez y Angulo en *Los cadetes*, y podría, por otro lado, contribuir a reforzar el estúpido y malhadado revanchismo que venía manifestándose en el seno del Cuerpo de Oficiales desde la derrota de 1898. De las aficiones militares que albergaba don Alfonso, en todo caso, es fiel exponente un pintoresco episodio por él protagonizado a principios de mayo de 1909 en el campo de maniobras de la Academia de Infantería, del que la citada memoria de ese centro nos ofrece la siguiente versión: «Regia sorpresa. En la noche del 3 al 4 de mayo ataca don Alfonso XIII, al frente de dos compañías del Regimiento de León núm. 38, el Campamento de los Alijares, defendido por los alumnos de la academia; el honor dispensado por el rey a la Infantería en su academia constituye para la historia de este centro una fecha memorable por ser la primera operación militar mandada en persona por el monarca desde su advenimiento al trono. La defensa se efectuó con arreglo a las más novísimas doctrinas que enseñan las campañas recientes; el ataque fue preparado y dirigido por don Alfonso XIII, cuyas aptitudes militares se evidenciaron tanto en la dirección del fuego como en la marcha a pie de doce kilómetros sobre accidentado y desconocido terreno».

Un conflicto surgido en la zona de Melilla, el 9 de julio de 1909, terminaría precipitando la intervención militar española en Marruecos; el conflicto tuvo su origen en un ataque lanzado por un grupo de indígenas marroquíes, que se saldó con la muerte de seis trabajadores de la vía de ferrocarril que se estaba construyendo para unir con el puerto melillense las nuevas minas, establecidas en virtud del Acuerdo Hispanofrancés de 1904. España se limitaba, por entonces, a ocupar las tradicionales plazas de soberanía, Ceuta y Melilla, de manera que los obreros que sufrieron el ataque se encontraban, en realidad, fuera de la demarcación que las tropas hispanas tenían a su cargo en la zona melillense. El general Marina, gobernador militar de la plaza, decidió, pues, ampliar la citada demarcación más allá de los límites mantenidos hasta ese momento, a la par que emprendía algunas operaciones de represalia contra los indígenas. El 12 de julio, a los tres días de iniciarse el conflicto marroquí, se celebró en la Academia de Infantería, con la asistencia del rey, la ceremonia de entrega de despachos a los componentes de la XIII promoción, y don Alfonso aprovechó la ocasión para pronunciar unas palabras en las que dedicó un caluroso elogio a los soldados que luchaban contra los moros en Melilla, exhortando a los cadetes a que siguieran su ejemplo. Las palabras del rey causaron gran impacto, especialmente entre los trescientos alumnos que aquel día culminaban sus estudios académicos; entre ellos se hallaba Eduardo Benzo, que recuerda así la reacción provocada por las palabras del monarca<sup>[25]</sup>: «Con inusitada rapidez se tomó el acuerdo, expuesto inmediatamente al soberano, de ofrecerse para formar parte del ejército expedicionario, que todos creían había de organizarse sin tardanza». Benzo fue uno de los que acudieron a la lucha en el territorio africano, mas su entusiasmo no duraría mucho, al tener ocasión de comprobar «el espectáculo de imprevisión, de desorganización y de impotencia» que dieron los batallones trasladados a Melilla desde la Península. «En estas sangrientas jornadas — concluye Benzo — de alguna de las cuales fui coactor, la oficialidad, dejándose matar,

añadió a su ejecutoria nuevos timbres de heroísmo; pero en ninguna de ellas se ganó para España un jirón de provecho; antes bien, al ofrendarle el sacrificio estéril de nuestra juventud viril, inferíamos a la Patria desgarraduras de zarpa, por las que escapaban torrentes de energías, que encaminadas por derroteros sabios hubieran coadyuvado a reponer a España».

En las desdichadas jornadas melillenses, por lo demás, perdería la vida, el 23 de julio, el ya teniente coronel José Ibáñez Marín. Este hecho, en verdad, constituye todo un símbolo.

## CAPÍTULO 2

### **La disparatada aventura colonial**

La movilización llevada a cabo en julio de 1909 para enviar refuerzos a Melilla mostró los mismos fallos que la realizada en 1893, digna de ser calificada como desastrosa. Después de que fue rechazado el proyecto de Ley Constitutiva presentado por el general Cassola en 1887, no se corrigieron las deficiencias que afectaban al Ejército y éstas, obviamente, salían a relucir cuando era preciso afrontar algún conflicto en el exterior. Para actuar sin pérdida de tiempo en esta clase de conflictos, España contaba en 1909 con una especie de fuerza de intervención rápida compuesta por tres brigadas mixtas de cazadores, ubicadas en Madrid (la primera), en el Campo de Gibraltar (la segunda) y en Barcelona (la tercera); la capacidad operativa de todas ellas, desde luego, debía de resultar bastante escasa, ya que, entre otras cosas, no se hallaban al completo de sus efectivos... Y sucedió que, cuando el ministro de la Guerra decidió trasladar a Melilla la Tercera Brigada, de guarnición en Barcelona, hubo que llamar a filas a jóvenes de la primera y la segunda reserva, la mayoría de los cuales llevaban bastante tiempo sin recibir instrucción y habían, por otra parte, encauzado su vida, logrando un puesto de trabajo. El sistema de reclutamiento seguía manteniendo vigentes la Sustitución y la Redención a Metálico, a pesar de que, durante las campañas de ultramar, había llegado a estallar una generalizada protesta, que en gran medida dirigió el naciente partido socialista, y que utilizaría como lema: «¡O todos, o ninguno!». En julio de 1909, en definitiva, todo parecía indicar que se iba a repetir la injusticia del 98, y no sólo porque los sacrificios se fueran a reservar para las clases modestas, sino porque, además, los intereses que se pretendían defender en la guerra eran los de las clases acomodadas.

Ya en fecha tan temprana como la del 3 de marzo de 1908, *El Socialista*, periódico del PSOE, había dado la voz de alarma, advirtiendo: «Nadie ignora que los hombres que ocupan el gobierno tratan de hacer intervenir a España en los asuntos de Marruecos y que esa intervención será un hecho, ocasionando enormes males si una fuerte opinión y una actitud de resistencia no se oponen a tal locura». Y, en la siguiente celebración del Primero de Mayo, las organizaciones de izquierda dejarían escuchar su voz contra cualquier clase de aventura militar en el territorio marroquí.

El ambiente se fue caldeando, ciertamente, en los meses anteriores a julio de 1909, y, tras producirse el ataque de las harcas indígenas contra los obreros del ferrocarril minero, incluso desde la prensa conservadora se optó por recomendar prudencia. *La Correspondencia de España*, dirigido por el monárquico independiente Andrés Mellado, por ejemplo, publicó un artículo pleno de sensatez y ecuanimidad, que se expresaba como sigue: «Es imposible llevar adelante una guerra si el pueblo no la quiere, y el pueblo

español no quiere ni oír hablar de combatir en Marruecos. A excepción de una media docena de caballeros políticos, de unos pocos especuladores del mercado y de otros pescadores en río revuelto, nadie quiere aventuras, ni provocaciones, ni ocupaciones innecesarias, ni ningún tipo de empresas extemporáneas...».

España debería abstenerse de intervenir militarmente en Marruecos, explicaba el artículo, porque, si terminaba estallando una guerra, ésta habría de constituir un pésimo negocio. «Por todos nuestros esfuerzos —advertía— sólo conseguiríamos una cosa: malgastar la sangre de los soldados y el dinero de los contribuyentes». Nadie tomó en consideración estas palabras, pero lo cierto es que resultarían proféticas.

El 18 de julio, cuando embarcaba en el puerto de Barcelona uno de los batallones de la Tercera Brigada con destino a Melilla, se produjo una violenta protesta entre los cientos de personas que se agolpaban en los muelles. El diario barcelonés *El Progreso*, órgano del partido republicano de Alejandro Lerroux, ofrecería a sus lectores la noticia al día siguiente, aprovechando, por lo demás, la ocasión para extenderse en diversos comentarios que habrían de contribuir a caldear, todavía más, el ambiente: «Ayer al embarcar tropas expedicionarias en el comilluco *Cataluña*, la protesta que late en todos los corazones se exteriorizó de un modo unánime en gritos de “¡Abajo la guerra!, ¡abajo Maura!, ¡abajo Comillas!” en una formidable silba a la Marcha Real y en las petaquitas y medallas que desde la borda del buque se arrojaban al mar. Es el principio del fin, porque el pueblo, convencido de su obra patriótica, seguirá adelante, ya que su protesta ha encontrado el eco que debía en el corazón de todos sus hijos, de los que la burguesía insaciable pretende devorar en una guerra insensata».

La opinión pública parecía decantarse, en julio de 1909, en contra de la intervención en Marruecos, pero no dejaba de detectarse la existencia de determinados grupos de presión que pensaban de manera muy diferente y que esperaban imponer su criterio<sup>[1]</sup>. Uno de estos grupos, cercano a los círculos de poder, abogaba por la penetración pacífica en África, y proclamaba que este hecho habría de contribuir a la regeneración nacional; si en Francia, alegaban, había surgido, tras la derrota de 1870, un entusiasta movimiento a favor de la expansión colonial, otro tanto podría suceder en la España marcada por el Desastre del 98... Desde diversos sectores de la actividad económica y defendiendo, fundamentalmente, intereses industriales y comerciales, se manifestaron otros grupos (liderados más o menos por políticos y a la vez hombres de negocios, como el conde de Romanones y Miguel Villanueva), que pretendían encontrar en el territorio marroquí un imperio de recambio, capaz de compensar la pérdida del imperio ultramarino, proporcionando mercados y materias primas. Frente a estos falsos regeneracionistas, dignos representantes del tinglado montado por Cánovas para la Restauración, se alzaba la voz de los honestos y realistas miembros del regeneracionismo auténtico, que rechazaban cualquier clase de aventuras coloniales, al considerar, por una parte, que todos los recursos deberían dedicarse a la reconstrucción interna, y, por otra, que el pueblo no se mostraba dispuesto a afrontar sacrificios como los que se le exigieron en las colonias de ultramar; si el pueblo se sentía de nuevo injustamente tratado, añadían, era muy probable que surgieran graves conflictos sociales, con las correspondientes consecuencias para la estabilidad del país.

Las unidades de cazadores que habían partido de la Península para apoyar a las fuerzas del general Marina, amenazadas por las tribus marroquíes, fueron arribando al puerto melillense sin grandes problemas. El día 23 de julio, después de que Marina hubo intentado sin éxito ocupar posiciones dominantes en torno al monte Gurugú, punto de gran valor estratégico, los moros lanzaron un violento ataque contra Melilla, que corrió grave peligro, y las tropas recién incorporadas a la zona se vieron obligadas a intervenir, produciéndose en ellas centenares de bajas. En este luctuoso acontecimiento perdió la vida el teniente coronel José Ibáñez Marín, quien, por una cruel paradoja, vendría a pagar las consecuencias del lamentable estado en que se hallaba el Ejército, después de haberlo denunciado en su momento, aportando, además, todo un conjunto de soluciones para tratar de remediarlo. El regeneracionismo militar saludable y culto perdió con la desaparición de José Ibáñez a uno de sus más brillantes valedores; el otro regeneracionismo, el insano e irracionalista, defendido por quienes velaban por los meros intereses corporativos y aguardaban el momento de la revancha, parecía ganar terreno día a día, contando con el inestimable apoyo del monarca. La muerte del teniente coronel Ibáñez Marín, por lo demás, se produjo en las vísperas de dos terribles sucesos, la Semana Trágica y el Desastre del Barranco del Lobo, que vendrían a confirmar los malos augurios de quienes se oponían frontalmente a la intervención española en África.

Desde el embarque de tropas el 18 de julio, la tensión fue creciendo en Barcelona, alentada, sin duda, por los artículos de determinada prensa; las organizaciones obreras, mientras tanto, se entregaron a una febril actividad, que habría de culminar en la convocatoria de una huelga general contra la guerra, que comenzó a llevarse a efecto a partir del día 26.

La huelga general provocó el estallido de una serie de disturbios, desarrollados durante la denominada Semana Trágica. El propio día 26 se declaró en Barcelona el estado de guerra, y las tropas del Ejército salieron a patrullar por las calles, y, el 27, aparecieron las primeras barricadas, al tiempo que comenzaban a arder algunos edificios religiosos; las manifestaciones anticlericales terminarían constituyendo la nota más característica de este lamentable episodio, que, al cabo, habría de saldarse con la muerte de ciento once personas y varios centenares de heridos. Por otro lado, la justicia actuaría rigurosamente contra los considerados responsables de los disturbios, dictando cinco condenas de muerte que fueron ejecutadas; entre los condenados a la pena capital se encontraba el famoso anarquista Francisco Ferrer Guardia. De la Semana Trágica, en fin, derivaron ciertas consecuencias políticas, cuyo hecho más destacado consistió en la caída del gabinete presidido por Antonio Maura, a quien, posiblemente, se le asignara el papel de chivo expiatorio desde las altas instancias del Estado. Con el abandono del gobierno por parte de Maura se iría al traste un proyecto de revolución desde arriba, que, si no resultaba demasiado convincente, al menos suponía un paso adelante en el camino del progreso.

El día 27 de julio, mientras en Barcelona se iniciaban las luctuosas jornadas de la Semana Trágica, se produjo en el territorio marroquí el descalabro conocido por el nombre de Desastre del Barranco del Lobo. Fueron nuevamente las dichas obras del ferrocarril minero las que provocaron el incidente; los indígenas habían destruido por la noche un tramo de la vía y el general Marina se vio obligado a enviar las tropas necesarias para la

protección de los obreros encargados de reparar los daños. La misión de protección le fue encomendada a la Primera Brigada de Cazadores, a cuyo mando se hallaba el general Guillermo Pintos, que desconocía totalmente el terreno que pisaba y que ni siquiera contaba con planos de la zona; tales deficiencias le llevarían a penetrar de forma arriesgada con algunas de sus unidades en el tristemente célebre barranco del Lobo, donde habría de perder la vida junto a la mayoría de sus oficiales y alrededor de doscientos soldados; a estas bajas se sumarían las de un millar de heridos. La falta de organización que acusaba el Ejército, así como la pésima dotación e instrucción de sus tropas, fueron los verdaderos responsables del descalabro sufrido; a ello habría que añadir la ausencia de motivaciones de los soldados, que los llevaría a adoptar una actitud pasiva, «irrumpiendo en el campo de batalla como una manada de corderos camino del matadero<sup>[2]</sup>».

Acababa de comenzar la intervención en África y ya dos terribles tragedias sacudían a la sufrida sociedad hispana. Tenían razón los regeneracionistas, civiles y militares, al rechazar esa intervención, afirmando que el pueblo no se mostraría dispuesto a aceptarla y crearía problemas, y que, por otro lado, el Ejército no estaba en condiciones de afrontar empresa alguna en el exterior. Los episodios de la Semana Trágica y del barranco del Lobo, en todo caso, causaron un fuerte impacto en la opinión pública y las operaciones en Marruecos quedaron paralizadas durante algunas semanas. No obstante, el gobierno aprobó un plan elaborado por los mandos militares, que se ejecutaría en setiembre, con el que se pretendía asegurar el territorio ampliado por el general Marina, para lo que sería preciso ocupar Nador, Zeluán y el monte Gurugú, que dominaba toda la zona, con la plaza de Melilla incluida.

Las operaciones se emprendieron siguiendo el plan previsto, pero no tardaron en surgir graves dificultades, dado que el terreno resultaba muy favorable para la guerra de guerrillas, que los moros practicaban con especial destreza. Los pequeños éxitos alcanzados en aquella rudimentaria guerrita fueron magnificados por la prensa monárquica y conservadora, que lanzó toda una campaña de propaganda de claro signo triunfalista; se convocaron manifestaciones, se escribieron canciones, y hasta zarzuelas, para realzar las glorias de quienes luchaban contra las tribus marroquíes. De alguna manera, se estaba tratando de recrear el ambiente, patriótico y ridículo, de las vísperas del enfrentamiento con Estados Unidos en 1898. Francisco Franco, que realizaba su último curso en la Academia de Infantería (pertenecía a la XIV promoción y había asistido en el patio del centro, el 12 de julio, a la ceremonia, presidida por el rey, de entrega de despachos a los componentes de la XIII promoción), recuerda que la noticia de la ocupación del Gurugú por las tropas españolas fue celebrada en Toledo con desbordante entusiasmo, «lanzándose la Academia a la calle, detrás de la música, seguidos por el pueblo en sincera y popular [sic] manifestación». Los cadetes que se formaban en el centro toledano, añade Franco, ardían en deseos de concluir sus estudios para poder figurar entre las fuerzas que combatían en África<sup>[3]</sup>.

Al iniciarse las operaciones en el territorio marroquí, el rey se había sentido obligado a restaurar el sistema de ascensos por méritos de guerra, anulado tras las campañas de ultramar a causa de los abusos cometidos. La decisión adoptada por el monarca, es claro, representaba un paso más en el camino emprendido contra las ideas del

movimiento regeneracionista. Los abusos, en todo caso, volverían a producirse y fueron denunciados, a principios de 1910, por un grupo de oficiales, a través de una hoja impresa que distribuyeron entre sus compañeros y que enviaron, además, al periódico *La Correspondencia de España*, acompañada de una carta al director<sup>[4]</sup>. En ella se aludía a la aberración que suponía la generosa concesión de recompensas, otorgadas con ocasión de un fracaso tan sonado como el cosechado en el barranco del Lobo. La corrupción y el favoritismo, por otro lado, habían salido a relucir una vez más, como solía suceder cuando se aplicaba el sistema de ascensos por méritos. Uno de los grandes beneficiados por las recompensas concedidas en 1909 fue Dámaso Berenguer (pasó de capitán recién ascendido a teniente coronel), e inició así una meteórica carrera que habría de llevarle, entre otras cosas, a convertirse en uno de los principales miembros de la camarilla real. Además, el restablecimiento de los ascensos por méritos de guerra daría lugar a la formación de un importante grupo de presión, los africanistas, que terminarían imponiendo su ley, tanto en la época monárquica como en la republicana; sus intrigas y sus exigencias culminaron en la sublevación de 1936, preludio de la guerra civil<sup>[5]</sup>.

En 1910, el general Marina consideró concluida la campaña que había dirigido para asegurar el territorio ampliado en la zona de Melilla; ocupó algunos puntos estratégicos y estableció una serie de puestos avanzados (blocaos), que estarían protegidos y avituallados por columnas organizadas al efecto. Desde el gobierno se seguía anunciando el propósito de llevar a cabo una penetración pacífica en el territorio marroquí, pero esto no parecía convencer a los militares partidarios de la revancha, y de la lotería de ascensos por méritos; el ambiente que reinaba en determinados países europeos, que obviamente trascendía a España, contribuiría, sin duda, a reforzar su postura. Una muestra de ese ambiente nos lo ofrece, por ejemplo, un hecho ocurrido en Italia, precisamente en 1910. Se creó por entonces en Florencia la denominada Asociación Nacionalista Italiana (ANI), que aspiraba, sobre todo, a sustituir la lucha de clases por la lucha de las naciones; su fundador, Enrico Corradini, proclamaba que había que suscitar en Italia «el deseo de la guerra victoriosa<sup>[6]</sup>». Curiosamente, la asociación nació impulsada, en gran medida, por los sueños de revancha forjados como consecuencia de un «desastre» colonial, la derrota de las tropas italianas en Adua (Abisinia), el 1 de marzo de 1896, y también por la influencia del nacionalismo francés, a su vez fruto de la derrota sufrida ante los prusianos en 1870. Ya en 1911, Corradini fundó el semanario *L'idea Nazionale*, donde se abogaba por el Estado fuerte, se exaltaba al ejército y se declaraba la necesidad de la expansión colonial. Nada tiene de particular, pues, que la ANI terminara integrándose formalmente en el fascismo, el 26 de febrero de 1923.

Evidentemente, en España debieron de circular ideas muy similares a las que manejaba la citada asociación italiana; la que se refería a la sustitución de la lucha de clases por la lucha de las naciones, es decir, la de provocar un conflicto en el exterior para desviar la atención de los conflictos interiores, debió de resultar muy sugestiva a la oligarquía terrateniente e industrial, que durante décadas venía oponiéndose sistemáticamente a las reivindicaciones de los movimientos obreros, recurriendo a toda clase de procedimientos. También debieron de sintonizar con la ANI los africanistas, que en todo momento se mostraron partidarios del militarismo más radical y que (al igual que los militares franceses del ejército colonial) dejarían de manifiesto, a partir de la década de los veinte, una clara simpatía por el movimiento fascista que triunfaba en Italia, identificándose con su talante

antidemocrático y otros modos de pensar y de sentir.

Pacificada la zona melillense por el general Marina, Alfonso XIII se trasladó allí, realizando una especie de viaje triunfal a partir del 5 de enero de 1911; a la vuelta del mismo fue recibido con todos los honores en el Senado, y el presidente le dedicó un vibrante discurso que comenzó con estas palabras: «Acabáis, señor, de regresar de la tierra africana. Sois el primero de los monarcas españoles, que, después del grande emperador, ha puesto en ella sus plantas. Pero hay una diferencia capital entre Vuestra Majestad y aquel soberano de fama inmortal. El emperador descendió a la tierra del África como conquistador; Vuestra Majestad ha puesto en ella, por más que en su ambiente se aspiren aún efluvios de gloria desprendidos de los heroicos hechos de nuestro valiente Ejército, su planta en plena paz».

El presidente del Senado, tras ensalzar las presuntas gestas del Ejército tratando de seguir, sin duda, la línea marcada por la prensa monárquica, no parecía muy dispuesto a lanzar una proclama militarista, como se desprende de sus primeras palabras; a lo largo de su alocución tendría buen cuidado en resaltar que, España, pese a su derecho a instalarse en Marruecos en virtud de los tratados establecidos, desechara «todo pensamiento de conquista y todo procedimiento de fuerza», ya que era su propósito llevar a cabo una penetración pacífica. Es muy probable, por lo demás, que el rey no se sintiera demasiado entusiasmado, dadas sus aficiones militares, con el pacifismo pregonado por el presidente, aunque éste se atreviera a vaticinar, al final del discurso, que su reinado, consumada la ocupación del territorio marroquí, habría de pasar a la historia con el título de «Reinado de don Alfonso el Africano». El rey, en verdad, no sólo había arengado a los cadetes de la Academia de Infantería, a raíz del incidente provocado por los marroquíes el 9 de julio, animándolos a que imitaran el patriotismo de quienes estaban luchando en Melilla, sino que además envió por aquellas fechas un telegrama al general Marina con el siguiente texto: «Enorguléceme la primera acción de guerra librada en mi reinado. Han quedado plenamente confirmadas las grandes esperanzas que tengo cifradas en el Ejército y en el porvenir de la Patria<sup>[7]</sup>». La actitud militarista de don Alfonso, empeñado en encarnar la figura del Rey Soldado, como lo había intentado su propio padre a instancias de Cánovas, se hallaba en flagrante contradicción con las palabras pronunciadas por el presidente del Senado, eso está claro. En todo caso, la penetración pacífica no tardaría mucho tiempo en quedar descartada, como consecuencia de la creciente belicosidad mostrada por las tribus indígenas, frente a la presencia de extranjeros en su territorio.

Cuando la opción de la penetración pacífica parecía esfumarse, comenzó a detectarse en África la presencia de un embrión del ejército colonial, que se había ido forjando como consecuencia de las operaciones desarrolladas en 1909, en torno a Melilla. La prensa más adicta al rey había lanzado toda una campaña de propaganda a favor de los militares que peleaban en Marruecos, tratando, sin duda, de imbuir en la opinión pública la idea de que el Cuerpo de Oficiales se estaba regenerando, tras su lamentable forma de comportarse durante las campañas ultramarinas; se puso de manifiesto, ciertamente, un especial interés en resaltar los sacrificios y los riesgos que los oficiales afrontaban en un terreno inhóspito, donde muchos resultaron heridos, mientras otros perdían la vida. La idea, desde luego, llegaría a calar hondo en diversos sectores del Ejército, y quienes habían

participado en la campaña melillense empezaron a sentirse importantes, considerando que tenían a su cargo una sagrada misión que cumplir; fueron objeto de admiración y consiguieron atraer al territorio marroquí, con el inestimable apoyo de la prensa, a un buen número de oficiales entusiastas y ambiciosos, que probablemente deseaban lavar el buen nombre del Ejército, pero también recibir por los servicios prestados el premio del ascenso. Estos oficiales fueron, junto con el propio rey, el bloque oligárquico y los negociantes mineros, los que impulsaron en un primer momento la intervención militar en Marruecos. Sus propósitos, sin embargo, encontraban un serio escollo en la actitud, radicalmente opuesta a esa intervención, mantenida por el pueblo; sin contar con el apoyo popular, sólo se podría constituir un ejército de soldados desmotivados, cuya ineficacia ya estaba suficientemente probada; por otro lado, convenía tener en cuenta que las bajas que entre esos soldados se produjeran no serían tan fácilmente admitidas por la ciudadanía como las de los oficiales que acudían voluntariamente y llenos de entusiasmo a la lucha.

Esta serie de problemas, no obstante, había encontrado ya solución, al menos en parte, en determinadas potencias coloniales, como Francia, que recurrieron a los soldados mercenarios, reclutados en las tribus indígenas, y formaron así un conjunto de unidades que habrían de desenvolverse, exclusivamente, en el ámbito colonial. Tal medida terminaría siendo adoptada también por España, que, una vez más, decidiría imitar los modelos franceses.

En junio de 1911, el teniente coronel Dámaso Berenguer recibió el encargo de fundar el primer grupo de Fuerzas Regulares nutridas por soldados indígenas. Berenguer sabía muy bien que lo que realmente empujaba hacia la guerra a los berberiscos era la esperanza de botín: recoger armas y municiones del odiado enemigo, robar pieles de ganado a las cabilas sometidas<sup>[8]</sup>. La extrema ferocidad de estos indígenas, su sanguinario salvajismo, eran también rasgos que los distinguían y sobradamente conocidos... Al mando de semejante soldadesca habrían de actuar los oficiales destinados a las Fuerzas Regulares, las cuales, junto a la Legión, creada en 1920 e integrada igualmente por soldados mercenarios, habrían de constituir las denominadas Fuerzas de Choque africanas.

Jorge Vigón, que prestó sus servicios en África por aquellas fechas, señala que, para formar parte de las emergentes Fuerzas Regulares, se exigía a los oficiales cierta capacidad para «adquirir rápidamente un prestigio indiscutible» entre los soldados indígenas. «La lealtad de aquellos soldados —añade Vigón— había que ganársela a fuerza de valor, de audacia y de arte también; un arte de mandar que sería preciso ir descubriendo con la propia experiencia personal<sup>[9]</sup>». Uno de los primeros oficiales que se incorporaron a los Regulares fue el teniente Emilio Mola, que, en mayo de 1912, durante el transcurso de una pequeña escaramuza recibió «un balazo en un muslo», por el que, sin otros méritos especiales, le fue otorgado el ascenso a capitán.

El más destacado, sin embargo, de los militares que se integraron a las recién creadas Fuerzas Regulares fue, quizá, José Sanjurjo, quien había participado con el grado de capitán en la campaña melillense de 1909 y había obtenido en ella el ascenso a comandante por méritos de guerra. Como jefe de una compañía de cazadores, había llevado a cabo la misión de proteger la retirada de la Brigada Alfau, permaneciendo en su puesto,

pese a sufrir «una importante contusión en una pierna», hasta que las demás unidades estuvieron a salvo<sup>[10]</sup>. Al frente ya del Segundo Grupo de Regulares, Sanjurjo tomó parte en una operación de castigo montada contra los indígenas de unas tribus que se rebelaron contra la ocupación española; durante el combate recibió un tiro en el costado izquierdo que trató de ocultar taponando la herida con un pañuelo, pero algunos minutos después resultó herido en el brazo del mismo lado, y se vio obligado a descender del caballo para que un enfermero le aplicara un vendaje. A pesar de las advertencias del médico, Sanjurjo se mantuvo junto a sus tropas, aguantando fuertes dolores, hasta el final de la operación. Por su heroico comportamiento logró el ascenso a teniente coronel y, además, la Cruz Laureada de San Fernando. Es así como se inició la brillante carrera de Sanjurjo en África; no cabe duda de que llegó a demostrar un gran valor, amén de una excelente condición física, muy necesaria en aquel territorio abrupto de clima infernal, donde escaseaba el agua y donde los suministros, a falta de otros medios de transporte, tenían que ser trasladados, en medio de grandes dificultades, utilizando el ganado mular. Con todo, convendría apuntar que, probablemente, la ejecutoria de Sanjurjo no hubiera sido valorada tan positivamente, ni habría alcanzado su prestigio tan altas cotas, sin las heridas recibidas en combate. Este criterio de recompensar generosamente a los heridos de guerra, en aquella época, se manifiesta con cierta claridad a través de diversos indicios y resulta además bastante explicable, dado el ambiente creado en torno al Cuerpo de Oficiales con ocasión del Desastre del 98. Por otro lado, el testimonio de algunos militares parece confirmar su existencia; Franco Salgado, por ejemplo, afirma que, durante las campañas del Rif de 1909 y 1911, se solía «premiar con el empleo inmediato» a todo «jefe u oficial por el hecho de haber sido herido levemente en un brazo o una pierna<sup>[11]</sup>».

Con la creación de los Regulares fue tomando forma el ejército colonial, que habría de contar además con algunas fuerzas auxiliares, como las harcas o bandas de combate constituidas en las cabilas (tribus) más o menos conformes con la ocupación española, y la Mehala, especie de policía indígena con mandos españoles que vestía uniforme de color verde oscuro. En los Regulares, por lo demás, se fue forjando el grupo africanista (dos conspicuos miembros del mismo fueron Sanjurjo y Mola), que más tarde encontró el refuerzo de los oficiales de la Legión (con Franco y Millán Astray a la cabeza). Desde el primer momento, los militares que servían en las Fuerzas Regulares comenzaron a mostrar una serie de rasgos característicos, que distinguirían también, obviamente, a los africanistas; rasgos como el exagerado culto a la bravura con el consiguiente desprecio por la competencia técnica, el empleo de brutales métodos de disciplina (los soldados eran sometidos a menudo al castigo de apaleamiento) y la violencia salvaje en la lucha con el enemigo. Por otra parte, no tardarían mucho en descubrir que la guerra llevada a cabo en el territorio marroquí difícilmente podría rebasar el nivel de guerra rudimentaria, escasamente parecida a la que se desarrollaba entre países civilizados.

Ya durante el siglo XIX, las guerras coloniales habían recibido el calificativo de «irregulares», para diferenciarlas de la guerra regular, ortodoxa, que se practicaba y se estudiaba en Europa. Los alemanes, que en un principio apenas participaron en la aventura colonialista decimonónica, se convirtieron en los principales teóricos de la guerra regular. Gracias a la saludable reacción experimentada a raíz de la Campaña de Prusia de 1806 y de la mano de Karl von Clausewitz y otros tratadistas militares, analizaron las lecciones impartidas en el campo de batalla por Federico el Grande y Napoleón, fundamentalmente, y

llegaron a conclusiones correctas; y no olvidaron el enorme impacto producido por la revolución industrial en la guerra, que habría de traducirse en el empleo de nuevas armas, materiales, artificios, medios de comunicación... Los franceses y los ingleses, mientras tanto, descuidaron bastante ese estudio, tras las guerras napoleónicas, al orientar preferentemente su actividad militar hacia las colonias. Aquí se hallaron ante fuerzas deficientemente organizadas y dotadas, cuya incapacidad para lograr una concentración importante era notoria; si se optaba por la estrategia directa napoleónica para destruir el ejército adversario en una batalla decisiva, sólo se conseguía dar golpes en el vacío. Apenas había oportunidades para el empleo de la artillería (en las primeras campañas marroquíes se utilizó, casi exclusivamente, para aterrorizar al enemigo, mediante el bombardeo de poblados y campamentos); las dificultades para el movimiento y el abastecimiento obligaban a la organización de pequeños ejércitos. Prácticamente no existían los frentes; se operaba con columnas móviles ligeramente armadas, abundaban las emboscadas, los ataques por sorpresa y los combates de encuentro; se recurría con demasiada frecuencia a la estrategia del terror. En la guerra colonial, en fin, como apunta el mariscal Montgomery, «las tropas regulares se veían obligadas a olvidar su instrucción táctica formal para la guerra en Europa y adoptar los métodos de guerrilla y el modo de hacer la guerra al estilo salvaje<sup>[12]</sup>». La élite de los oficiales franceses que participaron en la guerra franco-prusiana, añade Montgomery, se había formado en las guerras coloniales; este hecho constituiría una causa más de la derrota cosechada por Francia.

Verdaderamente, el propósito, alentado por el rey, de regenerar el Ejército mediante la intervención militar en África, no resultaba muy convincente. En el territorio marroquí se iba a forjar un ejército que tal vez podría estar capacitado para desenvolverse en el ámbito de la guerra colonial, pero no para la lucha planteada en cualquier escenario europeo. Ese ejército, por otra parte, nutrido por soldados siervos y mercenarios y encuadrado por oficiales bravos y sacrificados, mas de escasa preparación técnica y propensos además a imponer una disciplina brutal, nada tenía que ver, en realidad, con el eficaz ejército de ciudadanos que irrumpió en los campos de batalla a raíz de las guerras de la Revolución. El ejército que nacía en África, en definitiva, no se identificaría apenas con los patrones defendidos por los verdaderos regeneracionistas, como José Ibáñez Marín, y difícilmente conseguiría atraer a los militares cultos y amantes de su profesión; los mediocres y los arribistas, sin embargo, los que continuaban guardando fidelidad a los trasnochados principios y modos de pensar de un mundo militar perdido en las brumas del pasado, no dudarían en prestarle su apoyo.

Por Real Orden de 6 de febrero de 1912, Francisco Franco, que había terminado sus estudios académicos en el verano de 1910, fue destinado al Regimiento de África número 68, de guarnición en Melilla; llegó a Marruecos, acompañado de sus inseparables Camilo Alonso Vega y Francisco Franco Salgado, dispuesto a afrontar toda clase de riesgos y con la esperanza de labrarse un futuro que mejorara las expectativas mantenidas hasta entonces. Durante su estancia en la Academia de Infantería, había dejado bien patente su radical mediocridad, de manera que ni sus profesores ni sus compañeros llegarían a sentir por él la más mínima admiración. Era un muchacho excesivamente serio, escasamente propenso a participar en las alegrías y el bullicio que caracterizan a los ambientes juveniles; como estudiante, desde luego, rendía muy poco, aunque «se sometía de buen grado a los reglamentos y aceptaba sin problemas las rutinarias tareas de la vida académica<sup>[13]</sup>»;

probablemente, por ello lograría ir superando los cursos, ya que en los centros militares de enseñanza se suelen valorar mucho estas cualidades. Al concluir su carrera, en todo caso, Franco ocupó el lugar 251 entre los 312 aprobados.

Algunos meses antes de la arribada de Franco a Melilla, en agosto de 1911, Vicente Rojo había logrado ingresar en la Academia de Infantería, y había pasado a formar parte de la XVIII promoción. Rojo pertenecía a una familia de clase modesta, cruelmente golpeada por los acontecimientos en que se vio envuelta España a finales del siglo XIX y por las injusticias sociales propias de la época. El padre había ingresado en el Ejército como soldado raso, y en 1885 había sido destinado a Cuba, donde, soportando toda clase de penalidades y a costa de perder la salud, había alcanzado en principio el empleo de sargento y, algún tiempo después, el de alférez. Tras seis años de servicio en ultramar, regresó a España, ya muy enfermo, y vino a morir en 1894, unos meses antes de que naciera Vicente, dejando viuda y seis hijos en una situación lamentable. Al pequeño Vicente no se le ofrecería mejor opción para resolver su futuro que la de acudir al colegio de huérfanos de oficiales, donde habría de encontrar cierta ayuda para ingresar en alguna de las academias de las Armas y Cuerpos del Ejército. En 1911 sentó plaza como cadete en la Academia de Infantería y tres años más tarde culminó sus estudios en el centro con el número 4 de su promoción.

Al contrario que Franco, durante su estancia en la academia, Rojo fue muy bien conceptuado por sus profesores y compañeros, que valoraron tanto su condición de buen estudiante como su honestidad y rectitud, fundamentadas, entre otras cosas, en unas sólidas creencias religiosas que conservaría hasta el final de sus días. Destacaba, ya en su época de cadete, por su sincera vocación militar y sus grandes inquietudes culturales (con el tiempo llegó a constituirse una extensa biblioteca particular que contenía, preferentemente, obras militares); es bastante probable que leyera por entonces el libro *Los cadetes*, de los comandantes Ibáñez y Angulo. En todo caso, a lo largo de su vida demostraría estar claramente identificado con las ideas que en ese libro se vierten. No cabe duda, en fin, de que, si Franco estaba abocado, desde su etapa en la academia, a incorporarse al «regeneracionismo malo», el de los esforzados y ambiciosos milites africanos, Rojo parecía destinado a integrarse en el «regeneracionismo bueno», del que, en realidad, Ibáñez y Angulo no eran más que dos de sus representantes, puesto que ese regeneracionismo, auténtico y saludable, contaba en el Ejército con un entusiasta número de seguidores, pese al desprecio que hacia él se manifestaba desde las altas esferas del poder.

La intervención militar española en Marruecos inició una imparable escalada a partir de 1911. La campaña de 1909, con la que el general Marina había ampliado el territorio en torno a Melilla, parecía exigir una continuación, y no se tardaría mucho en comenzar las operaciones necesarias para alcanzar una línea que habría de apoyarse en el río Kert, obstáculo natural que, obviamente, proporcionaría mayor seguridad al territorio ocupado. Por otro lado, en el extremo occidental de la esfera de influencia marroquí asignada a España, el Ejército lanzó una expedición a Larache, donde establecería una base militar. Además, desde Ceuta se llevaba ya algún tiempo realizando ciertas maniobras secretas que tenían como objetivo fijar las bases para una futura ocupación de Tetuán, la más importante de las ciudades marroquíes del norte. Para el gobierno, tanto la campaña del Kert como la

constitución de una base militar en Larache estaban plenamente justificadas; sin embargo, lo cierto es que terminarían provocando graves complicaciones. Con la campaña del Kert se pretendía limpiar de merodeadores la zona minera melillense, obligándolos a retirarse de forma permanente al otro lado del río; pero tales previsiones no llegaron a cumplirse, y las operaciones en esta zona acabarían por alargarse indefinidamente. El establecimiento de una base en Larache, por su parte, llevaría a entrar en contacto con un famoso personaje, El Raisuni, líder de la tribu de Beni Aros, que habría de causar al ejército colonial problemas muy graves durante años. El encargado de mantener conversaciones con El Raisuni, en un primer momento, fue el teniente coronel Manuel Fernández Silvestre, jefe de la base de Larache, y además uno de los favoritos del rey, desde que éste comprobó que «ambos compartían una misma pasión por la supuesta vocación africana de España<sup>[14]</sup>». En 1912, por lo demás, Francia y España convertirían, en virtud del Tratado de Fez, sus respectivas esferas de influencia en protectorados. La capital del protectorado español pasó a ser Tetuán, donde habría de residir el alto comisario, cargo que en principio le fue otorgado al general Alfau.

Franco fue destinado, en abril de 1913, a las Fuerzas Regulares de Melilla, y, a mediados de junio, se trasladó junto con su unidad a la zona de Ceuta, que por aquellas fechas reclamaba la máxima atención del ejército colonial, como consecuencia de la belicosa actitud adoptada por El Raisuni. Las acciones realizadas en torno a Ceuta no alcanzaron en aquella época gran importancia; sin embargo, a Franco le fue concedido el ascenso a capitán, con antigüedad del 1 de febrero de 1914, por los servicios prestados en los cuatro primeros meses del citado año. En su Hoja de Servicios no se especifica claramente cuáles fueron los méritos exhibidos para merecer esa recompensa y ni siquiera sus hagiógrafos han sido capaces de ofrecernos una explicación al respecto medianamente aceptable. Pero, en definitiva, Franco lograría el acceso al empleo superior y, algún tiempo después, sería de nuevo destinado en plantilla a la unidad de las Fuerzas Regulares en las que había servido anteriormente.

Por su parte, Vicente Rojo, que concluyó sus estudios en la Academia de Infantería en el verano de 1914, conseguiría dos años más tarde, a finales de julio de 1916, ocupar una vacante en el Grupo de Regulares de Ceuta, cuyo mando desempeñaba el teniente coronel Sanjurjo. La familia Rojo seguía atravesando graves dificultades económicas, y en África los oficiales ganaban un sobresueldo; estas consideraciones debieron de pesar bastante en el ánimo de nuestro personaje al solicitar destino al Grupo de Regulares, aunque más tarde llegara a comprender que él, verdaderamente, no encajaba en esa unidad.

En junio de 1916, unas semanas antes de la incorporación del teniente Rojo, el Grupo de Regulares de Ceuta, mandado por el teniente coronel Sanjurjo, había intervenido, formando parte de la columna del general Sánchez Manjón, en una importante operación que tenía por objeto asegurar las comunicaciones entre Ceuta y Tetuán. En la operación participó también la columna del coronel Génova, que desarrollaría su acción en la zona de El Biutz, y en la que se integraban las Fuerzas Regulares de Melilla, a las que pertenecía el capitán Franco. Por su actuación en este hecho de armas, Sanjurjo obtuvo el ascenso a coronel, mientras que Franco, tras presentar una serie de reclamaciones, fue premiado con el empleo de comandante. En realidad, Franco no llegó a realizar ningún acto distinguido o

heroico en esta ocasión, ya que al iniciarse la operación recibió un tiro en el vientre y tuvo que ser evacuado de inmediato al puesto de socorro y seguidamente al hospital<sup>[15]</sup>; sin embargo, se atrevió a solicitar como premio, por su escasa e irrelevante intervención en el combate, nada menos que la Cruz Laureada de San Fernando, la más alta condecoración del Ejército, declarando en el juicio contradictorio abierto al efecto que, después de resultar herido, se había mantenido al frente de su compañía, en la que se produjo «la baja de sus cuatro oficiales y 56 más», hasta alcanzar el objetivo que se le había asignado. Es claro que, con su declaración, Franco trataba de ajustarse a la ley de 18 de mayo de 1862, en la que se fijaban los requisitos necesarios para obtener la Laureada. En el título cuarto, artículo 27, de la citada ley, el caso segundo establece como condición: «Defender el puesto hasta perder entre muertos y heridos la mitad de la gente». Mientras que en el caso séptimo se exige: «En el ataque a una posición o en una carga al enemigo, marchar al frente de su tropa después de ser herido de gravedad». Ninguno de los testigos corroboró las declaraciones de Franco y, consecuentemente, la Laureada le fue denegada; pero él se manifestó dispuesto a llevar sus reclamaciones hasta el propio rey, y, aunque finalmente no logró la preciada condecoración, al menos se vio recompensado con el ascenso a comandante... Y esto a pesar de haber quedado meridianamente claro que había prestado un testimonio falso durante el juicio contradictorio, por lo que, realmente, mereció que se le aplicara una sanción.

A diferencia de lo que sucedía con la concesión de la Laureada, sometida a un proceso notablemente riguroso, la concesión de los ascensos por méritos de guerra no ofrecía demasiada garantía, y daba lugar al favoritismo y a la corrupción. La propuesta de ascenso solía hacerla el jefe del interesado, abundando normalmente en meros juicios de valor, ya que atribuía, sin concretar por qué, una serie de virtudes (arrojo, valentía, dotes de mando, iniciativa...) a quien aspiraba al ascenso; virtudes que habrían quedado de manifiesto durante el desarrollo de determinada acción. El jefe concluía sentenciando que el oficial propuesto para el ascenso reunía las condiciones necesarias para ejercer el empleo superior, y, dada la ausencia de juicio contradictorio para esta clase de recompensas, tal criterio terminaba siendo aceptado... si el aspirante al ascenso y su jefe se hallaban debidamente arropados, ya que la propuesta debía pasar por un filtro, compuesto por determinados mandos superiores y el propio ministro de la Guerra, hasta llegar al rey, que era quien tenía la última palabra. Este sistema de ascensos, ciertamente, se prestaba a la formación de camarillas, a las intrigas de los grupos de presión establecidos y a toda clase de abusos, que a menudo salían a relucir. Un hecho en el que se vio involucrado Franco resulta bastante elocuente. Se encontraba éste, en 1920, prestando sus servicios como comandante en el Regimiento del Príncipe de Oviedo, junto a sus buenos amigos los capitanes Alonso Vega, Franco Salgado y Sueiro Villarino, cuando fue destinado a la Legión; tras instalarse en su nuevo destino, consiguió la incorporación al mismo de los referidos capitanes, y todos ellos terminaron ascendiendo al empleo superior por méritos de guerra.

Las protestas contra las recompensas otorgadas en África, llevadas a cabo en 1910, volvieron a producirse en 1912, cuando el periódico *La Correspondencia Militar* lanzó una campaña para denunciar los excesos que se estaban cometiendo en la concesión de ascensos por méritos de guerra a quienes participaban en las operaciones de Marruecos. Este movimiento de protesta se mantuvo más o menos latente hasta 1916, cuando comenzaron a

asomar las denominadas Juntas Militares de Defensa, que en sus primeros debates se ocuparon de la espinosa cuestión de los ascensos. Ya en 1918, los afanes de las Juntas se vieron recompensados, al conseguir que los ascensos quedaran regulados de la siguiente manera: tras la propuesta del general en jefe (consecuente con la emitida por el jefe inmediato del interesado), se instruiría un expediente contradictorio, que debería ser favorablemente informado por el Consejo Supremo de Guerra y Marina; finalmente, el ascenso se otorgaría mediante una ley votada en las Cortes. (Este último trámite fue anulado en 1922, para asignar al Consejo de Ministros la facultad de conceder el premio, una vez cumplidos los otros requisitos). Evidentemente, se trataba de someter la concesión de ascensos por méritos a un proceso que, si bien no alcanzaba el rigor del que se seguía con la Laureada, al menos se le acercaba bastante. Por lo demás, hubo especial interés en dejar bien sentado que esa clase de ascensos se limitarían a «casos extraordinarios y repetitivos» en los que «se pusieran de manifiesto, en la dirección y mando de tropas en campaña, relevantes y notorias condiciones».

La regulación de los ascensos llevada a cabo en 1918 produjo unos efectos fulminantes; baste decir que, mientras la ley reguladora mantuvo su vigencia, entre 1918 y 1923, no fue concedido ni un solo ascenso por méritos de guerra. Estaba claro, pues, que los ascensos otorgados hasta entonces, en general, no merecían demasiado aprecio; que, en definitiva, los abusos, el favoritismo, la corrupción, habían estado campando por sus respetos debido al vacío legal existente, a la ausencia de una normativa jurídica adecuada. Por supuesto, el monarca se había mostrado poco propenso a establecerla, ya que entendía que, para llevar adelante la campaña africana, era preciso repartir recompensas con extraordinaria generosidad; por otro lado, al promocionar a un determinado grupo de militares hasta la cúpula de mando, se aseguraba el control del Ejército, dado que habrían de ser hombres de su confianza y supuestamente agradecidos por los favores recibidos los que ocuparan los puestos de honor en la institución armada. Los miembros de la oligarquía y demás privilegiados del régimen, por su parte, apoyarían la política seguida por el rey a este respecto, puesto que eran perfectamente conscientes de la necesidad de contar en todo momento con un ejército gendarme debidamente controlado.

Las Juntas Militares, ciertamente, llegarían a constituir una grave amenaza para el desarrollo de las campañas africanas, al dejar a los ambiciosos militares que participaban en ellas sin la golosina de los ascensos por méritos; don Alfonso deseaba acabar con esta situación y dio una clara muestra de ello, por ejemplo, el día 7 de junio de 1922, cuando se trasladó a Barcelona para asistir a una comida con los oficiales de la guarnición, y aprovechó este acto para intentar desarticular el movimiento juntero<sup>[16]</sup>. Las Juntas, en todo caso, se irían desacreditando paulatinamente por su tendencia al corporativismo, su intervencionismo político y su falta de coherencia; la postura adoptada al principio (oposición a los africanistas, a los ascensos por méritos, a la camarilla palaciega) se fue enturbiando, y este hecho, obviamente, le privaría de muchos apoyos, tanto militares como civiles<sup>[17]</sup>.

Cuando corría ya el año 1919, Vicente Rojo abandonó definitivamente el protectorado marroquí y pasó a incorporarse al Regimiento de Vergara número 57 de guarnición en Barcelona, ciudad en la que las Juntas se hallaban muy arraigadas; a ellas y a

determinadas circunstancias que se dieron en su etapa africana se refiere en este expresivo párrafo<sup>[18]</sup>: «El favoritismo en la época de operaciones (asistí a todas las de mi tiempo, por no haber ejercido en ningún momento funciones o destinos burocráticos) me repugnaba, y para luchar contra él me embarqué en la disciplinada reacción con que se crearon las Juntas de Defensa, llamadas a velar por la justicia y a imponer la moralidad (aunque luego se desviarán sus rectores hacia el confuso campo de la política, verdadero origen y fuente de las inmoralidades); por eso, en los asuntos en que tuve que intervenir salí defraudado».

Con todo, no es ocioso recordar que fueron precisamente las Juntas de Defensa las que iniciaron la crisis de 1917, que no constituiría una mera crisis de conciencia, como la de 1898, puesto que llegó a afectar a lo social y a lo político; se habían ido produciendo importantes cambios en la economía, en la estructura social, en los medios de comunicación, en las formas de pensar y de sentir... y la ciudadanía parecía haber adquirido la madurez necesaria para apoyar un cambio en el régimen político. La denominada Generación del 14, integrada por brillantes intelectuales como Ortega, Marañón, Pérez de Ayala, Sánchez Albornoz, Madariaga, Américo Castro y Azaña, impulsaba ese cambio, apostando por el acercamiento a una Europa que representaba la ciencia y el positivismo, pero también la revolución social. Al lado de las Juntas, en fin, iniciadoras de la crisis del 17, se situarían los burgueses reformistas y la corriente obrera, para protagonizar entre todos un fallido intento con el que se pretendía, fundamentalmente, rejuvenecer el trasnochado sistema de la Restauración construido por Cánovas.

Vicente Rojo fue promovido al empleo de capitán el 2 de diciembre de 1919, y poco tiempo después contrajo matrimonio con Teresa Fernández, que habría de darle siete hijos. Después de su ascenso continuó prestando sus servicios en la guarnición de Barcelona durante más de dos años, para pasar seguidamente a formar parte de la plantilla de profesores de la Academia de Infantería, en la que ejerció como profesor de táctica y secretario de estudios. Por fin obtenía Rojo un puesto acorde con sus cualidades de hombre inteligente, estudioso, sensato, trabajador y amante de su profesión; los méritos que en África no habían querido reconocerle saldrían a relucir ahora, proporcionándole un considerable prestigio, que traspasó ampliamente los muros de la academia toledana. Pronto dejaría de manifiesto su pertenencia al selecto grupo de militares cultos y realistas, con capacidad suficiente para llevar a buen puerto la reforma intentada un día por militares afectos al regeneracionismo, como los comandantes Ibáñez y Angulo.

Mientras tanto, los esforzados milites africanos seguían protagonizando sus inútiles hazañas en la rudimentaria contienda marroquí. El 20 de setiembre de 1920 se creó la Legión, procurando imitar, como en el caso de los Regulares, al ejército colonial francés. Para ostentar el mando de la Legión, fue nombrado el teniente coronel José Millán Astray, curioso personaje que consiguió ir ascendiendo hasta el grado de general, pese a no tener ocasión de demostrar otros méritos que el de recibir varias heridas, fruto más bien de su mala suerte que de su amor por el riesgo y su participación activa en los combates<sup>[19]</sup>. El comandante Francisco Franco pasó a ocupar el puesto de lugarteniente de Millán Astray y jefe de la Primera Bandera en la nueva unidad, que en principio quedó instalada en Ceuta. A partir del 8 de octubre comenzaron a llegar los primeros soldados de la Legión, la cual habría de caracterizarse por una durísima disciplina, propia de los ejércitos mercenarios del

Antiguo Régimen, y también por el culto a la violencia y a la muerte; Franco confesaría algunos años después que en la Legión había logrado el «afianzamiento de la personalidad<sup>[20]</sup>».

La Legión tardó bastante tiempo en merecer la confianza del alto mando para intervenir en los combates. El 18 de abril de 1921, la bandera que se hallaba a las órdenes de Franco fue incorporada a la columna del coronel Castro Girona, que trataba de progresar hacia Xauen; y Franco refleja en su diario la frustración que le causa ver a sus legionarios realizando trabajos propios de las tropas de Ingenieros. Su obligado ocio le deja tiempo para leer algunos artículos de prensa, como el que publica la revista *Memorial de Infantería*, en el que se habla de un proyecto relativo a la creación de un ejército colonial, que habría de constituir una fuerza independiente del ejército peninsular y cuyos oficiales, consecuentemente, deberían figurar en escalafón aparte. Franco ve sus intereses particulares amenazados y de inmediato envía a la citada revista un artículo de réplica que lleva por título «El mérito en campaña» y que, amén de mostrar su oposición al proyecto del ejército colonial, constituye un verdadero alegato en favor de los ascensos por méritos de guerra, tan difíciles de conseguir desde la promulgación de las leyes de 1918. Franco sostiene que la campaña de África es «la mejor escuela práctica» para los oficiales hispanos y que quienes en ella participan han de ser un día «el nervio y el alma del ejército peninsular», por lo que es preciso, indispensable, que se otorgue «el justo premio al mérito en campaña». Si no se restablecen, viene a concluir Franco, las normas anteriores a 1918, las Fuerzas de Choque acabarán quedándose sin mandos en sus unidades<sup>[21]</sup>.

Las razones que esgrimía Franco en su artículo tenían muy poco fundamento. Al afirmar que los militares hispanos sólo contaban con la «escuela de África» para mejorar su nivel profesional, estaba, en realidad, apelando a un trasnochado criterio, desechado ya en el siglo XVIII, según el cual, de nada servían los estudios teóricos, ya que, sólo guerreando, se aprendía a hacer la guerra; la institucionalización de la enseñanza militar terminaría dando al traste con semejante criterio. Por otro lado, es claro que la experiencia de los oficiales de las Fuerzas de Choque (los africanistas, por excelencia) se refería exclusivamente a la guerra irregular y a la conducción y el control de los soldados mercenarios, de manera que apenas tenía aplicación para la guerra regular, propia de los ejércitos europeos, y para el mando de los soldados ciudadanos que nutrían a tales ejércitos. Quienes abogaban por la creación de un ejército colonial independiente del ejército peninsular, en definitiva, parecían estar cargados de razón.

El 22 de julio de 1921 tuvo lugar el luctuoso episodio conocido como Desastre de Annual, en el que murieron unos quince mil soldados de reemplazo, pertenecientes en su inmensa mayoría, como había sucedido en las campañas de ultramar, a las clases humildes. Canalejas había establecido en 1912 la figura del «soldado de cuota», para eliminar las injusticias derivadas de los sistemas de Sustitución y Redención a Metálico, pero, pese a esta medida y otras tomadas después, las familias acomodadas siguieron disponiendo de una vía de escape para librar a sus hijos de los sacrificios que impone una guerra; de manera que las consecuencias del nuevo desastre vinieron a pagarlas los de siempre. Con la derrota de Annual saldrían a relucir todas las deficiencias de un ejército mal organizado e instruido y de una campaña pésimamente conducida; como apunta Raymond Carr, «el fruto

de diez años de guerra costosa e impopular se había desvanecido ante unos pocos miles de cabileños<sup>[22]</sup>». Las flamantes Fuerzas de Choque, ciertamente, hicieron muy poco para evitar este segundo desastre; los legionarios no llegaron a participar en los combates, y los Regulares vieron a sus tropas afectadas por las deserciones en masa, con las correspondientes consecuencias negativas.

El sonoro fracaso del ejército colonial dejaba en muy mal lugar a todos los que, de una manera u otra, habían contribuido a forjarlo, pero no quisieron darse por aludidos. La gran masa ciudadana se sumió en el estupor y el dolor ante la nueva tragedia, y, mientras tanto, quienes habían alentado y apoyado la insensata empresa africana trataron de atribuir la responsabilidad del desastre a las Juntas de Defensa. Hubo cartas dirigidas a éstas por destacados africanistas que se expresaron en ese sentido, y, todavía el 10 de noviembre de 1922, cuando la comisión presidida por el general Picasso había emitido ya su informe sobre las responsabilidades en el trágico episodio, el diario monárquico y conservador *ABC* se atrevió a publicar un artículo en el que se afirmaba textualmente: «Las Juntas han hecho un estrago aterrador en las virtudes y en los ideales del Ejército. La obra de las Juntas culmina en el desastre afrentoso de Annual». Esta clase de manifestaciones, propias de quienes se hallaban especialmente interesados en defender la disparatada aventura marroquí, carecían obviamente de objetividad y, desde luego, eran escasamente compartidas. Un oficial de talante liberal, Antonio Cordón, que por entonces prestaba sus servicios en África, nos resume la opinión que imperaba entre los militares como él, acerca de las responsabilidades de Annual: «La culpa, pensábamos, la tenían los que querían mantener Marruecos, pero sin proporcionar al Ejército los medios necesarios; la política que sólo había sabido crear a los africanistas, que eran los que en último término habían provocado la hecatombe con su actitud de permanente agresividad, su ambición y su caza de recompensas<sup>[23]</sup>».

Evidentemente, no tenía sentido tratar de hacer responsables del Desastre de Annual a las Juntas de Defensa; los responsables eran quienes, prestando sus servicios en el territorio marroquí, habían dado claras muestras de egoísmo, corrupción e incompetencia. Todo ello quedaría de manifiesto en el informe del general Picasso, a pesar de los obstáculos que encontró a la hora de elaborarlo, a causa, fundamentalmente, de la publicación de una serie de Reales Decretos. En dicho informe se criticaba<sup>[24]</sup> la desmesurada extensión de las líneas establecidas, la inadecuada dispersión de las tropas, la gran diferencia existente entre la «fuerza oficial» y la mucho más reducida «fuerza disponible», la temeraria penetración en territorio insumiso y foco de rebeldía, la falta de seguridad en la retaguardía... Por añadidura, cuando el ministro de la Guerra pretendió enviar refuerzos desde la Península, tuvo que desistir de hacerlo, como consecuencia de los problemas que seguían presentándose al Ejército cada vez que precisaba poner en pie de guerra unas tropas bien instruidas, para trasladarlas urgentemente a cualquier zona de conflicto.

El coronel Domingo Batet fue destinado el día 8 de abril de 1922, junto a otro coronel y tres tenientes coroneles, para desempeñar «las funciones de juez de causas en los procedimientos derivados del expediente instruido por el general de división don Juan Picasso González». La labor desarrollada por Batet en Melilla, a partir del 21 de abril del

citado año, ha quedado reflejada en los documentos que contiene su archivo, al que ha tenido acceso el historiador Hilari Ragner<sup>[25]</sup>. Al parecer, Batet vio su tarea obstruida por diversas «trabas y cortapisas» y tuvo, además, que afrontar una grave cuestión de conciencia, al constatar «la implicación personal del rey», de la cual derivarían ciertos favoritismos, que llevaban a aplicar medidas distintas según quien fuera el acusado. Batet nos deja constancia de estas y otras importantes cuestiones, pero, sin duda, el documento más interesante de su archivo es un borrador compuesto por veintitrés cuartillas escritas a mano, que probablemente estaba destinado a su uso particular, pues tiene todo el aspecto de unas simples reflexiones expresadas por escrito. En todo caso, tales reflexiones merecen ser objeto de nuestra atención por afectar de lleno al tema que estamos tratando.

Batet comienza aludiendo en su borrador a cierta visita efectuada a la zona melillense por el general Ricardo Burguete (comandante en jefe de Marruecos y alto comisario desde el cese del general Berenguer en julio de 1922), en la que se había visto obligado a dictar «dos órdenes generales: una sobre la forma de prestar el servicio de descubiertas, seguridad, convoyes, etc., y otra sobre la estancia y permanencia en Melilla de todos los jefes y oficiales de las fuerzas llamadas pomposamente de choque y de los cuerpos de plantilla en el territorio (nada de los peninsulares que estaban siempre en sus puestos), que por sí solas califican a un ejército y son una vergüenza para los que a ellas dieron lugar». Añade Batet que la orden de mantenerse en sus puestos no tardaría en ser incumplida, y seguidamente le dedica este párrafo a Francisco Franco: «El comandante Franco del Tercio, tan traído y llevado por su valor, tiene poco de militar, no siente satisfacción de estar con sus soldados, pues se pasó cuatro meses en la plaza para curarse una enfermedad voluntaria, que muy bien pudiera haberlo hecho en el campo, explotando vergonzosa y descaradamente una enfermedad que no le impedía estar todo el día en bares y círculos. Oficial como éste, que pide la Laureada y no se la conceden, donde con tanta facilidad se ha dado, porque sólo realizó el cumplimiento de su deber, militarmente ya está calificado».

A finales de 1933, según el relato de Franco Salgado<sup>[26]</sup>, Franco observaría un comportamiento parecido al que censura Batet, al trasladarse desde su destino en Baleares a Madrid para ser atendido en el hospital por unas supuestas molestias producidas por la herida que recibió en El Biutz diecisiete años antes... Franco Salgado no habla para nada de visitas al hospital ni a cualquier otro centro médico, por parte de Franco, durante los dos meses que permaneció en Madrid, pero en cambio sí se refiere a su participación en las animadas tertulias que se organizaban diariamente en diversos cafés de la capital. Franco, por lo demás, sacaría buen provecho de su estancia en Madrid, ya que poco tiempo después de su regreso a Baleares, el ministro de la Guerra, con el que había tenido ocasión de entrevistarse, le otorgaría el ascenso a general de división. No cabe descartar, pues, sobre todo conociendo a Franco, que su dilatada estancia en Melilla, a la que alude Batet, pudiera tener por objeto mantener contacto con los periodistas (está bien probado que se relacionaba mucho con ellos) que, en aquel entonces, pululaban por la citada plaza para pregonar las glorias del ejército que trataba de recuperar el terreno ocupado por los moros tras la debacle de Annual. Millán Astray, que mandaba las tropas legionarias participantes en esa campaña, había resultado herido al comenzar los combates, en setiembre de 1921, y había sido sustituido por Franco, cuya fama, por cierto, a partir de ese momento, subiría como la espuma, impulsada por la prensa. Lo que Franco perdía, pues, en la consideración

de jefes ecuánimes y honestos como Batet, que investigaban las conductas observadas por los oficiales africanos, lo ganaba en la opinión pública, merced a la delirante propaganda lanzada por los periódicos conservadores y monárquicos.

«Algunos oficiales de Regulares y del Tercio —sigue narrando Batet— se sienten valientes a fuerza de morfina, de cocaína o alcohol; se baten, sobre todo los primeros, en camelo: mucha teatralidad, mucho ponderar los hechos y mucho echarse para atrás y a la desbandada cuando encuentran verdadera resistencia. De la confianza que inspiran los Regulares y Fuerzas Indígenas, lo demuestra que cuando hay una posición de verdadero compromiso, la fían a batallones peninsulares, tan despiadadamente y con tanta injusticia tratados por Berenguer. Todos ellos, exceptuando muy pocos, cuya culpa cae de lleno sobre el jefe, cumplieron y cumplen perfectamente y a satisfacción del mando sus deberes».

Conviene resaltar aquí la buena opinión que los soldados de reemplazo merecen al coronel Batet, la cual es compartida por diversos autores, que coinciden en señalar la mejora experimentada en el rendimiento de tales soldados desde la época del primer desastre, el del barranco del Lobo. Batet alaba, además, la actuación de determinados jefes de unidades peninsulares, como los tenientes coroneles Barrera y Ordóñez; del primero afirma que, enfermo grave, no quiso dejar el mando de su batallón, y que ingresó en el hospital para morir al día siguiente, y del segundo explica que, tras resultar herido en Tiza, salió del hospital sin estar restablecido para tomar de nuevo el mando de su batallón. Y a continuación comenta: «Compárense estas conductas con la del teatral y payaso Midan [Astray], que tiembla cuando oye el silbido de las balas y rehuye su puesto (el coronel Serrano Oribe del 60 y el general Berenguer, don Federico, pueden dar fe de ello, si quieren estar bien con su honor y su conciencia), y explota de la manera más inicua una herida que en cualquier otro hubiera sido leve y que por condescendencia de médicos llega a ser grave. El comandante Sánchez Recio puede hablar de esto, pues fue testigo presencial de escenas verdaderamente cómicas».

Para terminar, Batet emite el siguiente juicio sobre Sanjurjo: «Se bate, es valiente y nada más; disposición como organizador, ejercicio de sus deberes como militar, completamente nulos».

El Desastre de Annual, en fin, se había producido al fracasar un plan elaborado por quienes, quizá, eran los dos miembros más destacados de la camarilla real, los generales Dámaso Berenguer y Fernández Silvestre, que por entonces ejercían como alto comisario y comandante militar de Melilla, respectivamente. El plan perseguía, por una parte, acabar con el reducto de Abd el-Krim en el Rif central, y, por otra, llevar a cabo la unión por tierra entre las plazas de Ceuta y Melilla. Silvestre, que durante el transcurso de las operaciones en torno a Annual fue jaleado por el rey a través de cierto telegrama, se comportó, evidentemente, de forma un tanto temeraria en la conducción de su fuerza, pero nadie puede negarle arrojo y decisión, al ponerse, con todas las consecuencias (perdió la vida en el desdichado episodio), al frente de unas tropas destinadas a enfrentarse a peligros muy serios. Por lo demás, en julio de 1922, se constituyó una comisión parlamentaria para recoger el informe realizado por el general Picasso y establecer las correspondientes responsabilidades. El socialista Indalecio Prieto, que formaba parte de esa comisión, emitió

en noviembre del citado año un dictamen muy duro con los oficiales del ejército colonial y, también, con el propio rey, al que llegó a acusar incluso de ser el inductor del comportamiento observado por el general Silvestre<sup>[27]</sup>. La prensa monárquica, mientras tanto, seguía desarrollando su campaña propagandística a favor del «ejército reconquistador», pero esa campaña, en realidad, parecía estar condenada al fracaso, dado que, en julio de 1923, se formó en el Congreso de los Diputados una segunda comisión para que se encargara de examinar y juzgar el Expediente Picasso, y, aunque las vacaciones obligaban a suspender temporalmente la actividad parlamentaria, todos sabían, como apunta Carr<sup>[28]</sup>, que al terminar el verano, «con la apertura de las Cortes, el Ejército y el rey se encontrarían con un tribunal público...». Así estaban las cosas cuando, el 13 de setiembre, el general Primo de Rivera protagonizó un golpe de fuerza, organizado por ilustres miembros de la camarilla palaciega (los generales Cavalcanti, Federico Berenguer, Saro y Dabán), que terminó dando al traste con las esperanzas de quienes confiaban en el citado tribunal público. Es claro que los involucrados en el Desastre de Annual no tenían demasiado interés en hacer valer sus razones; preferían, sin duda, como más tarde defendería el siniestro Goebbels, suplantar la realidad con la propaganda.

En el manifiesto lanzado el 13 de setiembre, el general Primo de Rivera se aprestó a decir que el país no quería «oír hablar más de responsabilidades», y, aunque prometió exigirlas «pronta y justamente», lo cierto es que no llegaría a hacerlo nunca; se daba así carpetazo final a un episodio que había amenazado seriamente a la monarquía alfonsina. El problema de la intervención en Marruecos, no obstante, seguía en pie. Primo trazó un plan bastante sensato que contemplaba el repliegue o «retirada estratégica» de las fuerzas que ocupaban el territorio marroquí, hasta una denominada «Línea Estella»; pero los africanistas no lo aprobaron, y esto condujo, por ejemplo, al famoso incidente de Ben Tieb (febrero de 1924), en el que Franco y Varela, al parecer (existen diversas versiones del hecho y las de los hagiógrafos de ambos son muy poco fiables), se atrevieron a enfrentarse abiertamente con el Dictador. En todo caso, el repliegue terminaría llevándose a cabo, si bien Primo de Rivera hubo de restablecer la lotería de los ascensos por méritos de guerra, y dejó sin efecto las leyes promulgadas e inspiradas por las Juntas en 1918.

Al iniciarse el año 1924, el general Queipo de Llano, junto a otros caracterizados miembros del grupo de presión africano, fundó en Ceuta el periódico *Revista de Tropas Coloniales*; «no era una publicación dedicada a problemas técnicos —apunta acertadamente Payne—, sino que más bien servía como órgano político de los africanistas<sup>[29]</sup>». En el primer número de la revista, Queipo escribió un editorial en el que ensalzaba el golpe del 13 de setiembre, afirmando que España se había salvado de la anarquía, propiciada por la degeneración en que había caído el régimen de la Restauración, gracias «a unos cuantos hombres de corazón que, arriesgándolo todo, afrontaron la ardua tarea de hacer resurgir el espíritu español adormecido...». Para Balfour<sup>[30]</sup>, no hay duda de que, al hablar de «unos cuantos hombres de corazón», Queipo se está refiriendo a los oficiales coloniales y al Dictador, y entiende además que, en tales palabras, sale a relucir «esa propensión de los africanistas a darse importancia a sí mismos y a crear su propio mito». La realidad es que, probablemente como consecuencia del sistema de ascensos por méritos al que estuvieron sometidos, los ambiciosos e intrigantes africanistas vivían con la perpetua obsesión de proclamar a toda costa sus supuestas virtudes y hazañas, dejando así en evidencia su desmesurado afán de estimación, su insano egocentrismo. Y no sólo Queipo, sino también

otros militares africanos, como Millán Astray, Franco o Mola, darían repetidas pruebas, a través de su obra escrita, de esa obsesión por hacer valer sus dudosos méritos, dedicándose a menudo alabanzas tan grotescas que producen auténtica vergüenza ajena. No tiene desperdicio, en fin, el comentario que emite Balfour al respecto: «Encerrados en este universo hermético de sangrientas escaramuzas y guarniciones aisladas, los africanistas llegaron a creerse su propia propaganda sobre la trascendencia histórica y militar de su guerra. Por una cruel ironía de la que ellos fueron los últimos en enterarse, la guerra sólo fue importante para España en breves intervalos, en los momentos en que se producían los desastres militares, de los cuales precisamente los oficiales coloniales eran responsables en parte».

Esta afición de los africanistas por la delirante propaganda constituía, sin duda, un claro exponente de sus tendencias fascistas, las cuales quedaban también de manifiesto en otros rasgos, como la glorificación de la guerra y la violencia, el culto a la muerte, el voluntarismo irracionalista, el talante antidemocrático y el nacionalismo a ultranza.

En el segundo número de la *Revista de Tropas Coloniales*, por lo demás, Queipo de Llano se atrevería a señalar que la élite militar que se iba forjando en las campañas marroquíes estaba destinada a conducir la regeneración de España...

Los africanistas demostraron palpablemente, al manifestarse en la revista que constituía su órgano político, que carecían de inquietudes profesionales, y dieron abundantes pruebas, en cambio, no sólo de sus tendencias fascistas, sino también (y ello resulta bastante coherente) de sentirse irresistiblemente atraídos hacia el denominado militarismo vuelto hacia dentro o pretorianismo<sup>[31]</sup>; ese militarismo propio de los países débiles que no pretenden hacer ni ganar guerras contra otros países y cuyos militares dominan en la política interior. La «escuela de África», que tanto ensalzaba Franco, venía a revelarse, en definitiva, como una mera escuela de pretorianos, en la que realizarían su aprendizaje los arribistas sin escrúpulos, los ansiosos de poder, que participaron en la malhadada aventura colonial. Los milites africanos, desde luego, nada hicieron por regenerar el Ejército, como tendrían ocasión de comprobar, por ejemplo, los oficiales peninsulares que acudieron al territorio marroquí para tratar de paliar las consecuencias del descalabro de Annual. Uno de esos militares, el capitán Antonio Cordón<sup>[32]</sup>, que fue trasladado a Marruecos con su unidad desde Galicia, nos da cuenta (coincidiendo notablemente con las apreciaciones de Batet) de la situación en que se hallaba el protectorado. Nos habla de la desorganización e ineficacia que caracterizaban al ejército colonial; de la falta de dirección, coordinación y control en las operaciones; de la actuación de las fuerzas sin disponer de la debida información; de las esperpénticas órdenes emitidas por algunos generales como Miguel Cabanellas; de los héroes de verbena como Cavalcanti; del salvajismo de los legionarios; de la crueldad de Franco; del estridente histrionismo de Millán Astray, a quien el diario *ABC* intentó convertir en héroe (sería Francisco Franco, más tarde, el beneficiario de esos intentos); del empeño de cierta prensa en glorificar a los africanistas, mientras despreciaba el digno comportamiento de los peninsulares; de las graves deficiencias logísticas; de la proliferación de enfermedades entre los soldados (disentería, sobre todo) y el ganado mular... Al contemplar este lamentable espectáculo, comenta Cordón, el ímpetu guerrero disminuyó sensiblemente entre los oficiales

peninsulares que se habían incorporado a la campaña de reconquista llenos de ilusión. Y Cordón concluye: «Nos preguntábamos al ir recuperando aquellos campos áridos del territorio que se llamaba “zona del Protectorado Español” quién aprovechaba la sangre y el dinero que se vertían para conquistarlos o reconquistarlos. Y algunos empezábamos a admitir que era verdad que aquella guerra no se hacía en beneficio de España, sino, como ya denunciaban muchas voces de políticos autorizados, en beneficio, por una parte, de los poseedores de las minas del Rif, entre los que se encontraban el ultramonárquico conde de Romanones y el rey mismo, y, por otra parte, en beneficio también de los africanistas...».

Clara prueba de la incapacidad del ejército colonial para llevar a buen término la ocupación del territorio marroquí nos la proporciona un hecho celosamente ocultado por quienes (periodistas de la época monárquica e historiadores comprometidos con el franquismo, fundamentalmente) han pretendido cantar las supuestas glorias de la que denominan «epopeya africana». Es sobradamente conocido que, para derrotar a las huestes de Abd el-Krim, Primo de Rivera necesitó establecer una alianza con los franceses, pero, en cambio, apenas ha trascendido, hasta hace poco tiempo, que además el Dictador, apoyado en todo momento por el rey, terminaría optando por el empleo masivo de gases tóxicos para tratar de vencer la resistencia de un adversario que, pese a sus escasos medios materiales (carecía de aviones y de artillería antiaérea y pesada), demostró su superioridad en los combates de aquella irregular guerra. Viñas<sup>[33]</sup> y Balfour<sup>[34]</sup> han estudiado a fondo esta cuestión, y de sus estudios se desprende que los gases, en realidad, se utilizaron a raíz del Desastre de Annual y hasta el final de la contienda, haciéndose de forma masiva entre 1924 y principios de 1926. El principal impulsor del empleo de las armas químicas, según los citados autores, sería el propio rey, quien, ya en 1918, logró establecer una serie de contactos con determinadas autoridades militares de Alemania; esos contactos, entre otras cosas, habrían de conducir a la instalación, en 1922, de una fábrica de gases tóxicos en La Marañosa (Madrid), la cual llevaría significativamente el nombre de «Fábrica de Alfonso XIII». Por aquellas fechas, además, se adquirieron algunos aviones capacitados para transportar bombas de gases tóxicos, ya que éstos se lanzaban por medio de bombardeos, tanto aéreos como artilleros. El persistente fracaso del ejército colonial, en definitiva, hubo de obligar al rey y sus colaboradores más cercanos a recurrir al uso de las armas químicas; armas que, por cierto, desecharían los franceses, a pesar de su colaboración con los españoles en África. Parece, en todo caso, que la retirada estratégica dispuesta por Primo de Rivera debió de tener como finalidad principal la de colocar a las tropas españolas convenientemente alejadas de una determinada y extensa parte del territorio enemigo, que pudo así ser sometida a intensos bombardeos aéreos con gas mostaza, sin hacer peligrar por ello a las fuerzas propias. Durante la preparación del famoso desembarco de Alhucemas, no obstante, se utilizaría también el gas mostaza, aunque sólo sobre objetivos situados a cierta distancia de la zona reservada para la operación, tales como poblados y alturas circundantes. El aviador Hidalgo de Cisneros, que por entonces prestaba sus servicios en África, contempló desde su avión el desarrollo de las operaciones de Alhucemas<sup>[35]</sup>, en las que intervinieron la escuadra española y parte de la francesa, con su acorazado *París*, uno de los navíos de guerra más potentes del mundo. Hidalgo recuerda que resultaba ridículo ver al inmenso acorazado «disparando sus enormes cañones contra los acantilados, donde se suponía que los moros habían emplazado alguno de sus contados cañoncitos». Por si fuera poca la ventaja de usar las armas químicas, el Dictador había conseguido, además, la cooperación de los franceses, que no sólo apoyaron el desembarco de Alhucemas, sino que

también actuaron desde la zona de su protectorado para fijar una buena parte de las fuerzas adversarias. «Abd el-Krim no podía hacer milagros —apunta Hidalgo—, la desproporción de medios era demasiado grande; los inmensos recursos acumulados por España y Francia acabaron, no sin una valiente resistencia, con sus fuerzas».

La campaña marroquí dirigida por el general Primo de Rivera se saldó con un verdadero festival de ascensos, del que salieron especialmente beneficiados Sanjurjo, Goded, Franco, Mola y Varela; ellos formarían el núcleo de la conjura de 1936 que llevó a la guerra civil. Algunos compañeros de promoción de Vicente Rojo aprovecharon también la generosidad del Dictador (y su escaso respeto por las leyes...) para realizar una fulgurante carrera que les permitiría ostentar, según los casos, los empleos de comandante, teniente coronel y coronel, cuando él seguía ejerciendo como capitán. Esta circunstancia, sin embargo, no pareció preocupar demasiado a Rojo, que, en la Academia de Infantería, continuó desarrollando su tarea con el mismo empeño e ilusión de siempre; firmemente convencido, como estaba, de que la regeneración del Ejército habría de producirse si se lograba una adecuada formación de los mandos. En mayo de 1926 dirigió un informe a la dirección del centro<sup>[36]</sup>, en el que criticaba muy duramente el plan de estudios que allí se estaba siguiendo. Denunciaba sobre todo la deficiente sistematización, la ponderación inadecuada de las materias, tanto en extensión como en intensidad, y la falta de enlace entre las enseñanzas teóricas y las prácticas; censuraba el vasto conglomerado de asignaturas que el alumno se veía obligado a estudiar, sin tener ocasión de establecer la debida conexión de contenidos; de esta manera, sólo llegaría a adquirir una educación deplorable, que habría de llevarle, incluso, a «aborrecer el estudio». El vigente plan de estudios, añadía Rojo, pecaba de «ampulosidad, pedantería y ropaje externo» y eso, necesariamente, tendría que contribuir a formar oficiales analfabetos y convencidos de que los libros no servían para nada. Este informe elaborado por Rojo, objetivo y valiente, era sin duda fiel reflejo de la realidad y concluía con el siguiente párrafo, que guarda una clara relación con las ideas defendidas por la ILE: «De la situación actual somos responsables únicamente los educadores, porque mantenemos orientada la enseñanza como medio para alcanzar un fin mediocre (la tan cacareada aptitud que no la alcanzan) y no como un medio para desenvolver, fomentan desarrollar e impulsar las facultades individuales que en su día (no aquí) han de dar su fruto».

Al proponer una reforma del plan de enseñanza de la academia toledana, es claro que Rojo estaba tratando de dar continuidad a la labor iniciada, veinte años antes, por los comandantes Ibáñez y Angulo, que se había visto interrumpida como consecuencia de la nefasta empresa colonial. Primo de Rivera, por lo demás, tras coronar con éxito las campañas marroquíes, decidiría llevar a cabo una reforma en la enseñanza militar, cuyo elemento clave sería el restablecimiento de la Academia General Militar, que habría de tener su sede en Zaragoza; y Rojo fue nombrado miembro de una de las comisiones que trazaron los correspondientes planes de estudios, encargándose de elaborar los programas de Táctica, Armamento y Tiro..., pero la nueva academia sería puesta en manos de Franco, que asumió el cargo de director, teniendo como colaboradores a una cohorte de africanistas, entre los que, obviamente, se contaron los inevitables Alonso Vega, Franco Salgado y Sueiro Villarino. Finalizada la intervención militar en África y sin otras aventuras exteriores a la vista, estaba claro que el rey pretendía restaurar el ejército gendarme, utilizando como nervio del mismo a los héroes de la epopeya marroquí, regeneradores del

Cuerpo de Oficiales, los cuales, por otra parte, al sentirse generosamente premiados, deberían brindar una inquebrantable lealtad al monarca. Había que solucionar, no obstante, un pequeño problema originado por los oficiales de Artillería (sobre todo) e Ingenieros, que, por su tradicional apego a la escala cerrada, apenas se habían beneficiado de la lotería de los ascensos por méritos, y que más tarde mostraron una rebelde actitud, cuando Primo de Rivera intentó imponerles la escala abierta. El rey y el Dictador se alarmaron ante el peligro que corría la unidad de la «familia militar» y, en definitiva, este peligro sería el motivo principal que los llevaría a restablecer un centro en el que estudiarían juntos, recibiendo la misma formación, los aspirantes a oficial de todas las Armas y Cuerpos del Ejército. El 20 de febrero de 1927 se publicó el Real Decreto por el que se creaba la Academia General, la cual (según el artículo primero, base segunda) tendría como objeto «educar, instruir y preparar moralmente a los futuros oficiales a fin de darles el espíritu, compañerismo, temple de alma, dignidad y austeridad que exige la profesión de las Armas en todas sus especialidades». Esta tendencia a la uniformidad en la formación de todos los oficiales del Ejército era, sin duda, muy del agrado del monarca, siempre interesado en controlar debidamente los centros de enseñanza militar; de otro lado, con la academia ya en marcha, Franco mandaría establecer un *Decálogo del cadete*, al estilo del que existía en la Legión, cuyo primer artículo decía: «Tener un gran amor a la Patria y fidelidad al rey, exteriorizado en todos los actos de su vida».

Vicente Rojo, cuya confianza en sí mismo y capacidad de trabajo eran proverbiales, lejos de desanimarse con la entrega de la Academia General a Franco y sus africanistas, reaccionó de inmediato, fundando, con su compañero de promoción y de profesorado en la Academia de Infantería (que continuó existiendo, al igual que las de las otras Armas y Cuerpos, para impartir las enseñanzas de un segundo período académico), Emilio Alamán, una publicación de carácter mensual, con el título de *Colección Bibliográfica Militar*, cuyo primer número saldría a la calle precisamente, en setiembre de 1928, al mismo tiempo que la Academia General abría sus puertas. El éxito de la Colección sería enorme; se editaría ininterrumpidamente hasta el mes de julio de 1936, y llegaría a contar con una media de dos mil suscriptores, que permitieron totalizar la venta de unos doscientos mil ejemplares.

Al comenzar el año 1930, el régimen monárquico parecía hallarse sumido en la crisis definitiva. El remiendo de la Dictadura, último intento para apuntalar el tinglado del sistema canovista, terminó desgarrándose, y dejó al monarca en una situación extraordinariamente delicada. Don Alfonso anunció su propósito de restaurar la legalidad constitucional y procedió a establecer, en principio, un denominado gobierno de transición, que prácticamente no sería apoyado por nadie. Los intelectuales, los políticos, las masas obreras, los estudiantes, mostraban sin reparos su oposición a la monarquía; y el monarca tendría ocasión de comprobar, incluso, como su guardia pretoriana (compuesta por los supuestamente leales africanistas) le abandonaba. El 14 de abril de 1931 se produciría el advenimiento de la República. El general Franco, director de la academia en la que el rey había depositado toda su confianza, se limitó ese día a dictar una orden para sus alumnos que se expresaba así: «Proclamada la República en España, concentrados en el gobierno provisional los más altos poderes de la nación, a todos corresponde en estos momentos cooperar con su disciplina y sólidas virtudes a que la paz reine y la nación se oriente por los naturales cauces jurídicos...». A continuación, Franco modificó el primer artículo del *Decálogo del cadete*, sustituyendo la expresión «fidelidad al rey» por la de «lealtad al

gobierno legalmente constituido», y dio la cuestión por zanjada<sup>[37]</sup>.

## CAPÍTULO 3

### **Pretorianistas contra militares**

Una de las víctimas de la desdichada aventura colonial marroquí fue el propio rey Alfonso XIII, su principal valedor. De tal aventura, en la que España derrochó ríos de sangre y dinero, en realidad sólo obtendrían beneficio los negociantes mineros, algún proveedor del Ejército (como Juan March) y, sobre todo, los ambiciosos y arribistas sin escrúpulos que integraban el grupo de presión africanista. El hecho, por lo demás, de que uno de los miembros de ese grupo, Francisco Franco, haya dominado la política española con mano de hierro durante cuarenta años, ha contribuido a ocultar las verdaderas dimensiones del daño que causó a España la intervención militar en Marruecos, una de cuyas consecuencias más terribles habría de ser la guerra fratricida desatada en 1936.

Alfonso XIII, que terminaría abandonando el trono, fue desde luego uno de los grandes perjudicados de la empresa africana; sus aficiones militares, su deficiente formación y su irresistible tendencia al poder absoluto labraron, sin duda, su ruina. Desde el principio, se negó a escuchar las razones de quienes clamaban contra la insensata aventura y, al cabo, los problemas que muchos preveían fueron apareciendo uno detrás de otro de forma irremediable: el Desastre del Barranco del Lobo; la Semana Trágica de Barcelona; fuerte rechazo popular a la guerra marroquí; malestar en el Ejército ante la corrupción y el favoritismo que solían acompañar a los ascensos por méritos en campaña; aparición de las Juntas de Defensa, que, entre otras cosas, ayudarían a provocar la crisis de 1917; el Desastre de Annual, en el que quedaron implicados el monarca y sus favoritos y protegidos; golpe de Primo de Rivera para salvar, precisamente, a los involucrados en ese desastre; alejamiento de la monarquía por parte de los políticos, los intelectuales y la gran masa ciudadana, al considerar a don Alfonso responsable del asalto a la legalidad constitucional que la Dictadura significó... Tras la caída de Primo de Rivera, por otro lado, el rey se encontraría con la manifiesta oposición de un considerable número de militares. Muchos artilleros, como consecuencia del conflicto surgido en torno a la cuestión de la escala abierta, impuesta por el Dictador, se enfrentaron con éste, y más tarde optaron por trasladarse a las filas republicanas. La arbitrariedad en la concesión de recompensas por méritos durante la Dictadura, además, había creado un importante grupo de descontentos, en el que se incluían tanto los que se consideraban injustamente tratados, como los que, simplemente, rechazaban toda clase de componendas e irregularidades; y esos descontentos terminarían convirtiendo al monarca en objeto de su rencor. Por una curiosa paradoja, entre los militares beneficiados por Primo de Rivera también abundaron los que se apartaron de don Alfonso; así sucedió con los que habían ejercido (aproximadamente quinientos) como delegados gubernativos en el militarizado régimen dictatorial y con los que, habiendo resultado especialmente favorecidos en la concesión de ascensos, llegaron a sentirse, bien

contrariados por la destitución del Dictador (como, por ejemplo, Sanjurjo), bien insatisfechos con las recompensas recibidas (como sucedería con Goded). Una cosa estaba clara en todo caso, y es que, concluidas las campañas marroquíes, el rey ya no podía recurrir al favor para mantener la adhesión de los ambiciosos e insaciables africanistas. El joven monarca que en 1909 se había lanzado a la aventura africana, confiando en ganarse el aprecio de los esforzados milites que en ella participaron, hubo de experimentar en 1931 uno de sus más tremendos desengaños.

El domingo 12 de abril se celebraron las elecciones municipales que dieron el triunfo a los candidatos republicanos y, dos días después, quedó instaurada la República, sin que el rey encontrara otro apoyo militar de última hora que el que le prestaron los miembros de la camarilla palaciega, encabezados por Cavalcanti y los hermanos Dámaso y Federico Berenguer; en esas dramáticas horas, los africanistas más caracterizados le abandonaron. Sanjurjo, que venía manteniendo contactos con políticos de los partidos republicanos, como Alejandro Lerroux, se negó a utilizar a la Guardia Civil, bajo su mando, para enfrentarse a los activistas antimonárquicos; por todo ello llegaría a recibir el calificativo de «padrino de la República». Goded y Varela, que también se habían relacionado con miembros de los partidos republicanos, no movieron un solo dedo para defender la monarquía. Mola, por su parte, nombrado director general de Seguridad por Dámaso Berenguer (durante la denominada «Dictablanda»), seguiría desempeñando su cargo (aunque con escaso acierto...) hasta el último momento; pero, al producirse la precipitada marcha de don Alfonso hacia el exilio, se encontró en situación muy comprometida, por lo que, desde entonces, guardaría un inmenso rencor a la institución monárquica... De entre todos los africanistas, no obstante, puede que fuera Franco el que se comportara de forma más mezquina con el monarca.

Es evidente que Alfonso XIII había depositado grandes esperanzas en la Academia General Militar gobernada por Franco y su cohorte de africanistas. Si ya desde los primeros años de su reinado, don Alfonso había mostrado gran interés por ganarse el respeto y el aprecio de los cadetes de las academias militares, no cabe duda de que, a partir de la creación de la Academia General, ese interés se vería considerablemente reforzado. Todo su empeño por regenerar el Ejército a través de la guerra emprendida en Marruecos venía a culminar en la fundación de esa academia, donde habrían de educarse los futuros oficiales de todas las Armas y Cuerpos bajo la atenta vigilancia de los héroes africanos, quienes, por otro lado, no dudarían a la hora de inculcarles la suprema virtud de la inquebrantable lealtad al rey.

Don Alfonso giró la primera visita al nuevo centro el día 5 de junio de 1930, para hacerle entrega de la bandera que la reina María Cristina, después de bordarla con sus propias manos, había donado a la antigua Academia General, en 1887. Tras la entrega de la bandera se celebró el acto de la jura de la misma por parte de los cadetes, y Franco pronunció el obligado discurso, en el que, entre otras cosas, dijo: «Ésta es, caballeros cadetes, la gloriosa enseña que recibimos y que vais a jurar en este día. Guardadla como preciada reliquia, besadla con los más puros amores, y si algún día llegase a vacilar en vuestro pecho la lealtad y la disciplina que vais a jurar, que su recuerdo detenga vuestros pasos, que hidalgos y caballeros os formamos y en el altar de la Patria habéis prestado

vuestro más solemne juramento, y no olvidéis que la sangre de varias generaciones de oficiales hicieron más rojos los pliegues y el brillo de la gloria aumentó el oro de esos queridos tafetanes».

Franco daría por terminado su discurso con las siguientes palabras: «Ésta es la bandera que ha de unirnos y cobijarnos contra los enemigos de la Patria, la que representa, según la fórmula tradicional, al rey, a la Constitución y a las leyes; en ella se encierra desde este día vuestro honor y por ella habéis de llegar al sacrificio de vuestra vida».

España atravesaba, cuando tuvo lugar este acto en la Academia General, unos momentos muy delicados. El Dictador había abandonado el gobierno a finales de enero (de ahí que Franco citara la Constitución en su discurso), había fallecido pocas semanas después en su exilio parisino, y el gobierno instaurado por Berenguer se enfrentaba a una crisis que amenazaba muy seriamente la monarquía. Los viejos partidos republicanos desarrollaban una notable actividad y competían con los nuevos, en los que se integraban quienes habían dejado las filas monárquicas, y don Alfonso iba perdiendo apoyos día tras día; probablemente por ello decidió celebrar el acto de la entrega y jura de la bandera en la academia, ya que, en definitiva, él habría de constituir un homenaje a su persona y a la institución monárquica; las palabras del director, por otra parte (aun contando con la astucia y la prudencia que solían caracterizar a Franco...), deberían refrendar ese homenaje. El rey, en todo caso, se aprestó a manifestar tras la conclusión de la ceremonia académica que ésta había sido de su agrado, y a continuación tuvo a bien conceder a los cadetes el honor de prestar, unos días después, el servicio de guardia exterior en el Palacio Real. Este servicio se llevaría a cabo el día 9 de junio, y no cabe duda de que, con él, se trataba de simbolizar el respaldo de los futuros oficiales del Ejército a don Alfonso...

Todos estos actos rituales más o menos cargados de simbología, no obstante, vendrían a revelarse perfectamente inútiles cuando llegó el día de la proclamación de la República. En la mañana del 14 de abril de 1931, Franco recibió en su despacho de la academia la llamada de Millán Astray, que hablaba desde Madrid; Millán deseaba consultarle sobre la actitud que debería adoptarse en aquellos dramáticos momentos, ya que había partidarios de defender al rey a toda costa, mientras que otros preferían que dejara el trono y partiera de inmediato hacia el extranjero. Franco quiso saber, antes de nada, cuál era la opinión que al respecto mantenía Sanjurjo y si se podía confiar en la Guardia Civil. «Me ha dicho Sanjurjo —respondió Millán— que con la Guardia Civil no se puede contar y que él creía que a Su Majestad no le quedaba otra solución que marcharse hoy mismo fuera de España<sup>[1]</sup>». Franco, entonces, se limitó a contestar que, dada la situación, él opinaba lo mismo que Sanjurjo.

Manuel Azaña, ministro de la Guerra del gobierno provisional republicano, instaurado el 14 de abril, decretó el 30 de junio la clausura de la Academia General, la cual cerraría definitivamente sus puertas el 15 de julio, a la par que se daba por concluido el curso de 1930-1931. Franco encajó bastante mal este cierre y, desde luego, estuvo muy lejos de mostrar el conformismo y la serenidad que había exhibido el día en que se produjo la caída de la monarquía. En el patio de armas de la academia dirigió un discurso de despedida a los cadetes en el que sacaría a relucir tanto su resentimiento como su afán (muy

africanista, ciertamente) de hacer valer los logros alcanzados durante su etapa de director. Comenzó diciendo que la academia llevaba tres años de vida y que «su esplendoroso sol» se acercaba ya «al ocaso», y seguidamente añadió: «Íntimas satisfacciones recogimos en nuestro espinoso camino cuando los más capacitados técnicos extranjeros prodigaron calurosos elogios a nuestra obra, estudiando y aplaudiendo nuestros sistemas y señalándonos como modelo entre las instituciones modernas de la enseñanza militar».

Estas manifestaciones del general no tenían, en realidad, fundamento alguno. Franco pretendía basarse en un comentario que supuestamente había emitido el ministro de la Guerra francés, André Maginot, tras realizar una mera visita de cumplido a la academia, el domingo 26 de octubre de 1930, en la que apenas pudo contemplar otra cosa que la clásica parada que se organiza en estos casos y el correspondiente desfile. Los hagiógrafos de Franco («la voz de su amo») suelen aludir al apócrifo comentario del señor Maginot, pero hasta la fecha no se han dignado aclarar dónde, cómo y cuándo fue expresado...

Franco afirmaría además en su discurso que, tras analizar los «vicios y virtudes» del Ejército, había conseguido llevar a cabo una «revolución profunda en la enseñanza militar», contando en todo momento con el «empuje de un profesorado moderno, consciente de su misión»... Y, ya sin duda satisfecho por haber proclamado sus éxitos, pasó a dar rienda suelta a su resentimiento, y dejó a la par constancia de su impotencia a través de las siguientes palabras: «¡Disciplina!, nunca bien definida y comprendida. ¡Disciplina!, que no encierra mérito cuando la condición del mando nos es grata y llevadera. ¡Disciplina!, que reviste su verdadero valor cuando el pensamiento aconseja lo contrario de lo que se nos manda, cuando el corazón pugna por levantarse en íntima rebeldía, o cuando la arbitrariedad o el error van unidos a la acción del mando».

Manuel Azaña tomó buena cuenta del discurso de Franco, y en sus *Diarios* le dedicó este comentario: «Completamente desafecto al gobierno, reticentes ataques al mando; caso de destitución inmediata si no cesase hoy en el mando. Le paso la alocución al asesor, para que vea si hay materia punible. Me entrega un informe escrito, diciendo que se puede proceder en forma judicial; que cabría gubernativamente corregirlo». En otras anotaciones, Azaña expone que el cierre de la academia se había intentado ya «en tiempo de Berenguer» y que contra ella «había muy mal ambiente en el ministerio<sup>[2]</sup>».

La Academia General dirigida por Franco, ciertamente, fue objeto de muchas críticas entre los militares, sobre todo entre los que se identificaban con el ideario liberal y democrático, que recibieron con alborozo el advenimiento de la República. Los métodos de enseñanza impuestos por Franco y sus leales africanos, desde luego, no encajaban en el nuevo régimen establecido el 14 de abril, como bien señala Antonio Cerdán<sup>[3]</sup>: «Franco, secundado por una serie de oficiales africanistas, que actuaban como profesores, sus adictos, reaccionarios en su mayoría, se esforzó por inculcar en sus alumnos el “espíritu legionario”, una mentalidad de casta, un concepto del Ejército que le atribuía la calidad de columna vertebral del país y árbitro supremo de sus destinos, un sentido de la disciplina y de la lealtad ciega respecto al jefe. Así pues, la supresión de la academia significaba la abolición de un centro reaccionario. Era una medida política de defensa del régimen republicano».

La academia regida por Franco y sus africanistas, en definitiva, sería receptora de todo el ambiente militarista y fascista que se respiraba en las Fuerzas de Choque africanas, particularmente en la Legión; sobre esta cuestión se ha realizado ya algún estudio<sup>[4]</sup> y no merece la pena insistir más. No cabe en principio, pues, poner reparos a este juicio que aporta Cerdón: «Quizá hubiera sido más lógico que el gobierno hubiera mantenido la academia cambiando a los profesores, y al director en primer lugar, por otros sinceramente partidarios de los cambios sociales y políticos que entrañaba el régimen republicano». Pero, dejando a un lado las consideraciones políticas, lo cierto es que la Academia General zaragozana presentó muy graves deficiencias en lo que respecta al nivel de las enseñanzas impartidas; este hecho, por otra parte, resulta bastante explicable si se tiene en cuenta la escasa preparación teórica y técnica del grupo de profesores seleccionado por Franco. Al coronel Miguel Campins, que ejerció el cargo de jefe de estudios en el centro, le afectaron notablemente las críticas que se vertieron en torno a este asunto y, por eso, decidiría escribir un libro (titulado *La Academia General Militar de Zaragoza y sus normas pedagógicas* y, no publicado finalmente), con el que se propuso, según él mismo confiesa, salir al paso de las «falsas imputaciones que al personal que formó la Academia General Militar se achacan<sup>[5]</sup>». En otro pasaje de su inédita obra, Campins apunta<sup>[6]</sup>: «Dícese por algunos, en particular miembros de ciertos cuerpos [se refiere a los artilleros y los ingenieros] que a sí mismos se llaman especiales, olvidando que [...] especiales, técnicas y facultativas son hoy todas las armas, cuerpos e institutos del Ejército, dícese, digo, que la Academia General Militar es una interrupción en su plan de estudios...».

Campins no estaba dispuesto a aceptar estas críticas y puso todo su empeño en rebatirlas. Pero quizá convendría puntualizar que, aunque tratara de defender la labor desarrollada por la Academia General, lo cierto es que no sintonizaba en absoluto con las formas de pensar y de sentir del grupo africanista, que, al cabo, marcarían el tono de la enseñanza del centro; en cambio, y éste es un dato interesante, parecía guardar ciertas afinidades con Vicente Rojo. Ambos eran, en efecto, personas de mentalidad abierta y grandes inquietudes intelectuales y profesionales, propensos a prestar servicio a los demás (y no sólo a su propio ego, como los ambiciosos africanistas), militares competentes y cercanos al ideario liberal, pese a su condición de sinceros católicos; muy aficionados al estudio, realizaron el curso de Estado Mayor, y obtuvieron el número uno en sus respectivas promociones. Campins había servido largos años en África, y había participado, además, en el desembarco de Alhucemas, pero no era precisamente un africanista, como se desprende claramente de las páginas de su libro; repudiaba la disciplina prusiana, el militarismo, la mentalidad fascistoide y otros rasgos característicos de los milites africanos, entre los que, naturalmente, hay que incluir el antiintelectualismo. Dadas las limitaciones culturales y profesionales de los africanistas, y especialmente de Franco, Campins fue seleccionado (sin olvidar, por supuesto, la circunstancia de haber servido en África) para que llevara a cabo la organización de la academia y trazara su plan de estudios. Sería, sin duda, el propio Franco, cuya habilidad para utilizar a los demás era proverbial, quien decidiría elegirlo para formar parte de la plantilla del centro, ya que, habiendo compartido con él destino en Oviedo, conocía de sobra las virtudes que le adornaban. En todo caso, las grandes cualidades de Campins no contribuirían demasiado a elevar el nivel de las enseñanzas del centro, sobre todo en lo relativo a las áreas cultural y teórico-técnica, pues Franco, evidentemente (al igual que el rey y el Dictador, partidarios del vulgar ejército gendarme), no estaba interesado en ello y, por otro lado, había llegado a rodearse de un

cuadro de profesores en el que dominaban los pertenecientes al africanismo puro y duro, poco capacitados para desarrollar sus tareas en las citadas áreas.

Por lo demás, si los alumnos de la Academia General recibieron una formación técnica muy deficiente, todavía lo sería más su formación humana, CAPÍTULO importante de la enseñanza militar, dado que a través de ella los futuros oficiales han de adquirir la capacidad de discernimiento y el espíritu de ciudadanía necesarios para ejercer su profesión con garantías en el seno de una sociedad democrática. La formación humana, que ha de significar, ante todo, el antídoto contra las inclinaciones absolutistas, pretorianistas y fascistas, no tenía, obviamente, sitio en un centro de enseñanza creado por Alfonso XIII y el Dictador y puesto, más tarde, en manos de Franco y su cohorte de africanos. El monarca pretendió que los alumnos de la General se educaran teniendo como divisa la fidelidad hacia su persona, pero, al cabo, Franco y su grupo de profesores terminarían imprimiendo en ellos el inevitable sello africanista<sup>[7]</sup>; y en julio de 1936, como era de esperar, pasarían a integrarse en masa, junto con la mayor parte de sus profesores, en el bando rebelde liderado por los africanos. Miguel Campins daría, una vez más, la nota discordante, al negarse a participar en la rebelión; Franco le había tanteado cuando la conjura se encontraba ya en fase muy avanzada, pero Campins le respondió que era su propósito mantener la lealtad al gobierno legalmente constituido y que, por otro lado, rechazaba la intromisión de los militares en la esfera de la política<sup>[8]</sup>. Cuando las primeras noticias de la sublevación iniciada en Marruecos llegaron a Madrid, Hidalgo de Cisneros, que se hallaba en estrecho contacto con el ministro de la Guerra, llamó por teléfono a su amigo Campins para informarse de cuál era su actitud en esos momentos. Campins, que había ascendido ya a general y desempeñaba el cargo de gobernador militar de Granada, percibió la excesiva cautela con que se expresaba Hidalgo de Cisneros, propia sin duda de la delicada situación que se atravesaba, le interrumpió y, de repente, exclamó<sup>[9]</sup>: «Bueno, Cisneros, déjese de rodeos, lo que usted quiere saber es si yo estoy con los sublevados o con la República. Sepa usted, y dígaselo al ministro, que prometí por mi honor ser fiel a la República y yo cumplo siempre lo que prometo».

Por el «delito» de guardar la debida fidelidad al régimen republicano, a cuyo servicio estaba, el general Miguel Campins Aura sería juzgado y condenado a muerte por los militares rebeldes que lideraban los africanistas; la sentencia se ejecutó el día 16 de agosto de 1936.

La clausura de la Academia General de Zaragoza vino a representar, ciertamente, la culminación del fracaso cosechado por Alfonso XIII en su empeño de regenerar la institución militar, y especialmente su Cuerpo de Oficiales, tras el Desastre del 98; las campañas marroquíes no habían contribuido a forjar el ejército que España necesitaba, y los militares que destacaron en ellas, los africanistas, demostraron, por otra parte, que no eran precisamente los más idóneos para protagonizar la reforma de la enseñanza militar, por la que se clamaba desde los primeros años del siglo. Con la caída de la monarquía, en definitiva, el CAPÍTULO de la política militar abierto por don Alfonso debería quedar cerrado para partir otra vez de cero. Así pareció entenderlo Manuel Azaña, al asumir la cartera de Guerra del gobierno provisional de la República, pero las medidas adoptadas con su reforma militar, bien concebidas en líneas generales, terminarían pecando de timidez y

falta de coherencia.

Azaña se proponía, fundamentalmente, acabar con el ejército gendarme y la intervención de los militares en el campo de la política, y crear un ejército operativo, cuya exclusiva misión consistiría en hacer la guerra a una potencia exterior. Esto exigía, en primer lugar, la reducción del hipertrófico Cuerpo de Oficiales, que, amén de representar un desmesurado gasto, contribuía notablemente a fomentar la desgana, el desaliento y la frustración entre los profesionales del Ejército. También sería preciso abordar otras cuestiones importantes, como la modernización del armamento y el material, la mejora de la preparación de los mandos por medio del estudio y la participación en ejercicios y maniobras, así como la racionalización de la organización territorial. Todos estos extremos fueron tenidos en cuenta en la reforma emprendida por Azaña, quien, además, trataría de restaurar la legalidad conculcada por Primo de Rivera, al establecer su particular sistema de ascensos por méritos de guerra. Para poder premiar sin problemas a sus favoritos y a los del rey, el Dictador había eliminado los filtros que constituían el informe del Consejo Supremo y el expediente de juicio contradictorio, que fue sustituido por el dictamen de una Junta de Generales creada al efecto, e incluso se dispuso que aquellos ascensos que hubieran sido denegados por gobiernos anteriores al de la Dictadura pasaran a ser revisados por éste; con dicho sistema, Primo de Rivera no sólo se permitiría favorecer a quienes participaron en las campañas marroquíes del período de la Dictadura, sino también a los del período anterior, iniciado tras la promulgación de las leyes de 1918. Con el fin de corregir estos abusos del Dictador, Azaña publicaría un decreto el 3 de junio de 1931, cuyo único artículo se expresaba así: «Los ascensos que por circunstancias y servicios en campaña se concedieron a generales, jefes, oficiales, clases y soldados desde el 13 de setiembre de 1923, se clasificarán y calificarán como sigue: a) Los que fueron denegados por gobiernos anteriores a esa fecha [...] se declararán nulos; b) Los que fueron precedidos de todos los requisitos exigidos por las leyes [...] podrán ser convalidados; c) Los que fueron obtenidos a propuesta de la Junta de Generales, sin previa instrucción de expediente o en contra del informe del Consejo Supremo o, en general, con falta de los requisitos esenciales señalados por las leyes, se declararán nulos».

Este decreto no fue aplicado con el debido rigor, por lo que, prácticamente, todos los militares promocionados por Primo de Rivera siguieron conservando sus empleos, aunque algunos de ellos llegaron a perder puestos en el escalafón. Si el decreto se hubiera cumplido, por ejemplo, Goded habría descendido desde general de división a coronel, Franco y Mola desde general de brigada a teniente coronel, y Varela desde coronel a comandante. Los compañeros de promoción de Vicente Rojo, por otra parte, habrían perdido todos y cada uno de los ascensos obtenidos por méritos de guerra, ya que ellos habían sido otorgados de acuerdo con las normas impuestas por el Dictador; Rojo se hubiera evitado así el agravio que suponía ver cómo algunos de sus compañeros, sin fundados motivos, ostentaban el empleo de coronel, mientras él seguía ejerciendo como capitán.

Líster<sup>[10]</sup> critica duramente las reformas de Azaña, afirmando que «no afectaron en absoluto al cogollo de la cuestión, sino a lo circundante»; pese a la reforma, añade Líster, «en los puestos de mando principales continuaron los generales y coroneles reaccionarios y

desde ellos seguían persiguiendo a los mandos republicanos». El fallo principal de Azaña, no obstante, pareció residir en su pretensión de forjar un ejército operativo manteniendo en sus privilegiados puestos a unos militares cuya experiencia se refería a una vulgar guerra irregular, cuyos conocimientos profesionales habían sido adquiridos en la «escuela de África». En una organización tan jerarquizada y disciplinada como es el Ejército, la presencia de esos militares en la cúpula habría de constituir un impedimento serio para esa modernización y acercamiento a los modelos que imperaban en Europa. Si los africanistas, en fin, habían sido descalificados a la hora de regir los destinos de un centro de enseñanza militar, ¿cómo podría confiarse en ellos para controlar, desde sus altos cargos, la difícil y delicada tarea de poner el Ejército al día? Azaña no supo resolver esta incongruencia, lo que, unido a su falta de coraje, terminaría por arruinar la empresa reformista iniciada con el advenimiento de la República y en la que muchos militares habían depositado sus esperanzas.

Inmediatamente después de establecerse la República, Vicente Rojo decidió acudir a la Escuela Superior de Guerra para realizar el curso de Estado Mayor. Había dejado pasar esta oportunidad durante largos años (el citado curso se reservaba para los tenientes y capitanes, y él era ya un capitán muy antiguo), y su cambio de actitud debió de estar íntimamente relacionado con el cambio operado en el gobierno de la nación; atrás quedaban la monarquía y su particular sistema de promocionar a los militares, y existían razones suficientes para pensar que las cosas iban a variar sustancialmente. Rojo, pues, se presentó en la Escuela Superior de Guerra con sus años auestas y una familia numerosa a su cargo; esta circunstancia, sin embargo, no le impediría culminar sus estudios tres años más tarde con el número uno de su promoción. La estancia en la Escuela Superior, desde luego, contribuyó a aumentar su prestigio entre los compañeros y a completar su cultura profesional, especialmente en lo relativo a las ciencias humanas y sociales, ya que en el curso se concedía gran importancia a las asignaturas de historia, geografía, economía política, derecho internacional e idiomas. Por entonces, alcanzó el honor de ganar el Premio Villamartín, concedido a los autores militares.

Vicente Rojo, por lo demás, no abandonó las tareas de publicista, iniciadas en setiembre de 1928, en compañía de su buen amigo Emilio Alamán. La *Colección Bibliográfica Militar* había surgido con la Dictadura, pero continuaría publicándose con la denominada Dictablanda de Berenguer y tampoco se vería afectada por el tránsito de monarquía a república. Se trataba, concretamente, de una revista mensual, enviada a los suscriptores que abonaban la cuota de 1,50 pesetas; editada en rústica, con formato en octavo, su extensión rondaba en torno a las ciento sesenta páginas. Cada tomo solía contener una o dos obras (inéditas, la mayoría de las veces), cuyos temas se referían a alguno de los diversos aspectos de la técnica militar, y además una sección bibliográfica en la que se dedicaba un comentario a aquellos libros considerados interesantes para los militares. En la contraportada se incluía esta llamada a los lectores para fomentar su participación: «Realiza esta *Colección* una obra de divulgación y perfeccionamiento cultural, por lo que recabamos su colaboración y apoyo, rogándole nos comunique cuantas iniciativas u observaciones personales tiendan a su mejoramiento».

El primer tomo de la colección salió a la luz pública con un trabajo de autor

anónimo, titulado «Instrucción de la Infantería alemana»; ya en los tomos siguientes (desde el II hasta el V, ambos inclusive), los trabajos aparecerían firmados, y figuraban como autores el propio Rojo y dos compañeros suyos de promoción académica, los capitanes Alfredo Sanjuán Colomer y Fernando Ahumada López. Los problemas de tiro fue el tema elegido por Rojo, mientras que Sanjuán (número uno de la promoción, diplomado en Estado Mayor y piloto aviador) escribió sobre la aviación militar; por su parte, Ahumada publicó un largo artículo que ocupó los tomos II y III y que llevaba por título «La Infantería en la Gran Guerra. Su evolución táctica». La colaboración de otros autores, tanto españoles como extranjeros, en todo caso, no se haría esperar mucho, de manera que la revista alcanzó muy pronto un notable prestigio y una gran difusión; de los autores extranjeros de la primera hora, cabe destacar al doctor León Wauthy («Psicología del soldado en campaña»), al coronel Lebaud («Mis impresiones de guerra») y al famoso tratadista militar británico J. E. C. Fuller («La guerra futura»). Estaba claro que los editores Rojo y Alamán pretendían dar cabida en las páginas de la colección no sólo a las materias que tradicionalmente han sido consideradas como específicas de la profesión militar (estrategia, táctica, logística, organización, armamento, tiro, balística, fortificación, topografía...), sino a todas aquellas que, dada la complejidad de los modernos conflictos bélicos, pudieran mejorar la preparación de quienes tenían como oficio hacer la guerra.

Por aquella época, como es bien sabido, inició su andadura la Academia General Militar de Zaragoza; el general Franco pronunció el discurso de inauguración en el patio del centro, el día 5 de octubre de 1928, en el que empezó saludando a los nuevos cadetes, para pasar seguidamente a presentarles a sus profesores, con estas palabras: «En ellos encontraréis constante guía, ejemplo edificante, pues no en vano atesoran las más puras y acendradas virtudes. A la experiencia de los que encanecidos en la profesión dedicaron su vida al trabajo y al estudio, se unirá la de aquellos otros que, más afortunados, en la guerra pudieron constatar su pericia y entusiasmo, y que hoy cubren su pecho con los más preciados galardones militares».

Franco quiso dejar bien claro, ya en el primer párrafo de su discurso, que, de entre los profesores de la academia, eran los africanistas los que constituían la élite y quienes marcarían la pauta; ellos, «más afortunados», habían tenido ocasión de formarse en la «escuela de África» y sus méritos eran indiscutibles. Los otros, los que simplemente se habían entregado al trabajo y al estudio, no merecían para Franco una gran consideración, por lo que su papel en las tareas docentes habría de tener muy escasa relevancia<sup>[11]</sup>.

Tras descalificar a los estudiosos frente a los héroes de la guerrita colonial, Franco pasó, más o menos, a exponer los principios en los que pensaba basar las enseñanzas del nuevo centro; habló de la necesidad de emular a los soldados de los tercios del siglo XVI y de la vigencia que conservaban las «sabias Ordenanzas de Carlos III», y concluyó el discurso con estas advertencias dirigidas a sus alumnos: «No es la vida militar camino de regalo y deleite, como os hemos anunciado, encierra grandes penalidades y trabajos, sacrificios. ¡Gloria también!... mas como las rosas surge entre espinas y trabajos. No olvidar que el que sufre vence, y ese resistir y vencer de cada día es la escuela del triunfar y es mañana el camino del heroísmo».

De la alocución de Franco, verdadera declaración de principios, se deducía que él se proponía educar a los cadetes de la academia en los valores que primaban entre los africanistas (la bravura, el desprecio por las actividades intelectuales, el heroísmo, el espíritu de sacrificio), haciendo énfasis en lo viejo (los soldados del siglo XVI, las Ordenanzas del siglo XVIII) e ignorando, a la vez, las realidades nuevas (el carácter de la guerra moderna con sus soldados ciudadanos y avanzada tecnología, las experiencias recogidas de la Gran Guerra...). El criterio mantenido por Franco en su discurso, por lo demás, sería muy escasamente compartido en la revista editada por Rojo y Alamán, que salió a la calle justamente cuando la Academia General abría sus puertas.

Durante los casi tres años de existencia de la academia dirigida por Franco, los temas tratados en la *Colección Bibliográfica Militar* (además de los ya citados) se refirieron a la guerra química, la movilización industrial, la importancia del saber en la carrera militar, los procedimientos tácticos vigentes, la lectura de planos, las bases navales, el VII Ejército alemán en la cobertura de agosto de 1914, el ejército del porvenir, la organización y mando de las grandes unidades en Francia, el individuo y la unidad en el combate, la evolución de la artillería en la Gran Guerra, el arte de la guerra, el ejército ante las teorías colectivistas, la educación ciudadana desde el punto de vista militar, la defensiva en la historia, la guerra en su esencia, el momento de la caballería, la cooperación de las armas, la iniciativa, la moderna División de Caballería, la dirección de la Gran Guerra, la batalla de Bainsizza, y el arte de la guerra en la época contemporánea. Tan sólo uno de los 34 tomos publicados en ese espacio de tiempo (el tomo XXVIII) contempló la intervención española en Marruecos, a través de dos artículos firmados por el comandante José Díaz de Villegas y el capitán Andrés Sánchez Pérez, que, respectivamente, llevaban por título «Lecciones de la experiencia» y «La acción decisiva contra Abd el-Krim». Muy poca cosa, sin duda. Por su actuación en las campañas marroquíes, Franco y sus africanistas habían recibido el encargo de educar a los cadetes de la Academia General, pero lo cierto es que las referidas campañas parecían interesar muy poco a los oficiales que, a través de la revista dirigida por Rojo y Alamán, trataban de perfeccionar sus conocimientos militares.

La labor desarrollada por la colección en el seno del Ejército muy bien puede ser calificada de trascendente, aunque los historiadores de la órbita franquista hayan tratado de minimizarla y ocultarla. Rojo y Alamán consiguieron dar salida a unas inquietudes culturales y profesionales que habían permanecido en la sombra hasta entonces, como consecuencia, probablemente, de la pésima política militar llevada a cabo durante decenios. La influencia de la revista, desde luego, hubo de ser considerable, ya que contaba con unos dos mil suscriptores, y, con la República, los jefes y oficiales en activo sumaban aproximadamente ocho mil, como afirmó Azaña en un discurso pronunciado en el Congreso de los Diputados, el día 2 de diciembre de 1931, y como fácilmente puede comprobarse si se consulta el anuario correspondiente al año 1933, que contiene las plantillas resultantes de la reforma azañista y en el que constan 4223 jefes y oficiales de Infantería, 868 de Caballería, 1603 de Artillería, 768 de Ingenieros y 710 de Intendencia, con un total de 8172. Fueron muchos, en verdad, los militares que acudieron a la llamada de Rojo y Alamán para compartir sus inquietudes culturales y profesionales, y esto, necesariamente, habría de traducirse en un cambio de cierta importancia en las formas de pensar y de sentir de los miembros del Ejército. El mito de los africanistas se iba desvaneciendo a la par que en el Cuerpo de Oficiales se dejaba notar una corriente de aire

fresco que venía de Europa y que echaba por tierra el mezquino y trasnochado concepto que los milites africanos tenían de la profesión de las armas, con su bravura, su antiintelectualismo, su culto a la violencia y su glorificada «escuela de África», que, en realidad, había surgido del contacto con unas tribus indígenas que apenas habían rebasado la época medieval. Frente a la «escuela de África», los editores, colaboradores y lectores de la *Colección Bibliográfica Militar* parecían apostar por la «escuela de Europa», la de los países civilizados, entre los que debería tener su sitio España.

La colección se había fijado como principal objetivo el perfeccionamiento de los oficiales a través del estudio, teniendo en cuenta que era precisa una formación continua para poner al día y ampliar los conocimientos adquiridos en la academia. Azaña llegaría a compartir este propósito de la revista, al establecer los cursos de aptitud para el ascenso a jefe (comandante) y a general, con la particularidad de que el curso de jefe debía dar lugar a cambios en el escalafón con arreglo a las calificaciones obtenidas. Los africanistas ascendidos por méritos de guerra lograron acceder a los empleos de comandante y general sin haber realizado ninguno de los referidos cursos, por lo que, de acuerdo con los criterios y las normas que ahora prevalecían, la capacidad para desempeñar los cargos que ostentaban se hallaba en entredicho. El general Mola, con esa irresistible tendencia de los africanos a hacer valer sus virtudes en todo momento, sintió, al parecer, la necesidad de salir al paso de las ideas que se estaban imponiendo, y en uno de sus libros publicados por entonces se atrevió a lanzar este disparatado y desabrido comentario<sup>[12]</sup>: «Con motivo de la campaña de Marruecos y la evolución determinada por la guerra mundial, se creó poco a poco el tipo de general culto y capacitado para el mando. En 1930 poseíamos un núcleo selecto. A raíz de proclamarse la República se cometió el grave error de expulsar y perseguir a casi todos que lo constituían [...]. Si por desgracia estallara ahora una guerra (que puede estallar) ya veríamos qué pasaba. Desde luego auguro que a los “llorones de ocasión”, los “judaizantes”, los “socialpolienchufados” y los energúmenos no los habríamos de ver en la zona de los ejércitos».

En otro lugar de su obra, Mola afirma<sup>[13]</sup>: «Al terminar la guerra [de Marruecos] contábamos en nuestro Ejército con una selección de cuadros de mando y con unas tropas en África que nada tenían que envidiar a las mejores del mundo. Hoy, de aquellos cuadros y de estas tropas no queda apenas nada. A los que allí actuaron con éxito indiscutible se les ha perseguido con saña y con rencor».

La obsesión de los africanistas por hacerse la propaganda sale a relucir también en los guiones (extractos de las explicaciones que los profesores habían de impartir en clase) utilizados en la Academia General Militar. Como muestra puede servir el siguiente párrafo, que corresponde a la 19 conferencia del guión de Educación Moral: «En nuestra campaña de Marruecos hemos visto cómo soldados como los del Tercio, físicamente inferiores por formar entre ellos un considerable núcleo de alcohólicos, sifilíticos, degenerados, de todas las edades, de todas las clases de procedencias, aunque entre ellos hubiera un corto número de románticos, han resultado formar una de las mejores tropas del mundo por la sola virtud de tener una oficialidad y un mando entusiasta y selecto, que les supo inspirar una moral inmejorable, y no escatimar ningún sacrificio cuando era necesario hacer el de la propia vida».

Este párrafo es exponente fiel del egoísmo y de la falta de escrúpulos que caracterizaban a los africanistas; no dudaban, a la hora de proclamar sus méritos, en denigrar incluso a quienes, haciendo de carne de cañón en una salvaje y rudimentaria guerrita, habían contribuido de forma decisiva a impulsar sus rutilantes carreras.

Los africanistas, por lo demás, que con su pasividad habían propiciado la caída de la monarquía, comenzaron ya a sentirse incómodos con la República desde el momento en que Azaña publicó el decreto del 3 de junio sobre la clasificación de los ascensos por méritos en campaña; pero, a medida que transcurría el tiempo, llegarían a comprender también que ellos no encajaban en el ejército moderno y propio de un régimen democrático que Azaña estaba tratando de organizar y que desde las páginas de la colección se defendía. Las intrigas y maquinaciones de los militares favorecidos por el régimen anterior y que se consideraban agraviados por el republicano se dejaron notar hacia el mes de julio de 1931, sin que Manuel Azaña, sobradamente informado acerca de ellas<sup>[14]</sup>, se inquietara demasiado. El día 14 del citado mes se llevó a cabo la apertura de las Cortes republicanas con un brillante y emotivo acto, coronado con un desfile militar, ante la escalinata del Congreso, que vino a simbolizar el homenaje del Ejército al nuevo régimen. Dos semanas más tarde, el diputado y prestigioso intelectual José Ortega y Gasset alzó su voz en el Parlamento para elogiar la reforma militar emprendida por Azaña; sus palabras fueron refrendadas por una clamorosa ovación de los miembros de la cámara puestos en pie. La República se iba consolidando, a la par que las reformas azañistas encontraban el debido respaldo; el 9 de diciembre se aprobó la nueva Constitución, y seguidamente Alcalá-Zamora fue nombrado presidente de la República, mientras que Azaña, tras disolverse el gobierno provisional, formó un gabinete en el que continuaría detentando la cartera de Guerra.

El tiempo transcurría sin demasiadas complicaciones para la República, y, justo cuando se cumplía el primer aniversario de su instauración, el capitán Sanjuán Colomer entregó a la revista dirigida por Rojo y Alamán un interesante trabajo, que llevaba por título «Mandos y estudios militares» y que sería publicado algunos meses después en el tomo XLVIII (agosto de 1932) de la colección. La fecha de finalización del trabajo fue, sin duda, el motivo que animó al capitán a inscribir estas palabras en la primera página del mismo: «A la gloriosa eclosión de la soberanía popular el 14 de abril de 1931, orto de la Historia de España, en el día de su primer aniversario».

Sanjuán, además, decidió incluir en su artículo una dedicatoria al lector, con este elocuente texto: «Principal el tema y grandes las exigencias para poderlo tratar, sirva de disculpa al intento la necesidad de que todos aportemos solución para formar el Ejército que se merece la República española e indudablemente tendrá; que estamos lo bastante dispuestos a impedir la nefasta influencia de torpes propagandas, dándolo a conocer al pueblo, del cual es parte y propiedad, y a construir, desde nuestra función profesional, todo lo que precisa para ser digno de su cariño y confianza».

El ejército que los demócratas españoles querían forjar en aquellos inciertos primeros años de la República estaba encontrando una fuerte oposición, no sólo entre los africanistas y entre determinados sectores de las fuerzas reaccionarias, sino también entre

las organizaciones de la izquierda proletaria, especialmente las anarquistas, las cuales recogían todo el resentimiento que, durante casi un siglo, había ido generando en el pueblo el ejército represor, fiel guardián de los intereses de la monarquía y de los privilegiados estamentos que la apoyaban. Al servicio de los reaccionarios y de los militares que se consideraban agraviados por la República se pusieron determinados periódicos, que, criticando entre otras cosas las reformas de Azaña, trataban de crear malestar en el Cuerpo de Oficiales. Uno de esos periódicos, *La Correspondencia Militar*, a través de los ejemplares publicados el 18 de junio y el 31 de julio de 1931, denunció que Azaña se había jactado, en un discurso pronunciado el 6 de junio en Valencia, de haber «triturado» el Ejército; en realidad, el ministro no había hablado para nada de triturar el Ejército, sino de eliminar las impurezas que en él se habían ido acumulando a lo largo de todo un siglo, como consecuencia de la desdichada política militar llevada a cabo. No obstante, la expresión «trituration del Ejército» fue muy celebrada entre las filas reaccionarias, y el propio general Mola la utilizaría como *leitmotiv* en un infame panfleto, titulado «El pasado, Azaña y el porvenir», que escribió contra don Manuel. *La Correspondencia Militar*, por lo demás, defensora a ultranza de Primo de Rivera durante la Dictadura, había sido subvencionada con largueza por Juan March<sup>[15]</sup>, quien recibiría del Dictador como premio, en 1927, el monopolio de la venta de tabaco en las plazas de Ceuta y Melilla; pero el gobierno republicano retiró a March ese monopolio... y precisamente el día 6 de junio de 1931.

Al comenzar el verano de 1932 se dejaba sentir un cierto revuelo entre los generales del Ejército, que sin duda debió de contribuir bastante a provocar el incidente que tuvo lugar por aquellas fechas (concretamente, el 27 de junio) en el madrileño Campamento de Carabanchel; como consecuencia de ese incidente, que adquirió todo el aspecto de un motín, perderían sus cargos los generales Goded (jefe del Estado Mayor Central), Villegas (jefe de la Primera División Orgánica) y Caballero (jefe de la Primera Brigada). El 5 de julio, Azaña anotó en sus *Diarios*<sup>[16]</sup> que lo ocurrido en el Campamento de Carabanchel podía representar el primer brote de un complot militar del que ya hablaba todo Madrid; don Manuel estimaba que «los militares desafectos» no se atreverían a chistar, «invocando tan sólo sus intereses de clase o sus propias opiniones políticas», y que si ahora se sentían dispuestos a sublevarse es porque se hallaban en contacto con algunos políticos que les proporcionaban «principios justificativos de la acción violenta». En todo caso, no deja de considerar que quizá resultaría beneficioso permitir que estallara un alzamiento, para después aplastarlo: «Vencer un pronunciamiento fortificaría la República, sanearía el Ejército dando una lección a sus caudillos, y contribuiría al progreso de las costumbres políticas».

En esos momentos, las fuerzas reaccionarias se mostraban muy inquietas, como consecuencia del debate que se estaba desarrollando en las Cortes en torno al Estatuto de Cataluña y la Ley de Reforma Agraria, y los militares que se juzgaban perjudicados por la República querían aprovechar la ocasión para estrechar lazos con esas fuerzas y organizar entre todos una rebelión contra el gobierno; la conjura terminó por materializarse, pero culminó en el fracasado golpe del 10 de agosto, conocido por el nombre de «la Sanjurjada». En el golpe llegaron a participar, además del general Sanjurjo (que se había enemistado con Azaña por haber sido destituido como director de la Guardia Civil), los generales Barrera y Fernández Pérez (que habían sido cesados en el mando de las capitanías generales de

Barcelona y Burgos, respectivamente), Cavalcanti y el coronel Varela, entre otros militares. Los conjurados, por otra parte, contaban con la adhesión de algunas unidades del Arma de Caballería, cuyos oficiales se habían disgustado con Azaña por haber visto reducidos los regimientos de 28 a 10, a la par que se suprimía la cría caballar como servicio militar... La generosidad, en fin, de quienes se alzaron el 10 de agosto, alegando motivos patrióticos, no salió a relucir por ningún lado, como deja de manifiesto Cabanellas en este jugoso comentario<sup>[17]</sup>: «Sanjurjo rectifica su posición ante la República, dolido no por España, sino por habersele quitado el cargo de director general de la Guardia Civil. Hacia él se habían vuelto otros resentidos. El 10 de agosto se convierte, así, no en un alzamiento de liberación al que impulsan móviles ideológicos, sino en una confabulación de intereses destinada a imponer un cambio de régimen en beneficio de los desplazados».

La citada «confabulación de intereses», evidentemente, no logró arrastrar a demasiados militares hacia la rebelión. Mientras tanto, la *Colección* seguiría mereciendo el respeto y el aprecio de los oficiales del Ejército, quienes, al parecer, asumieron de buen grado el homenaje que, precisamente en el tomo correspondiente al mes de agosto, el capitán Sanjuán Colomer rindió a «la gloriosa eclosión de la soberanía popular» que había significado la instauración de la República.

En el otoño de 1932, el gobierno presidido por Manuel Azaña se mostraba más sólido que nunca, tras haber logrado aplastar el golpe militar, cuyo estallido se esperaba desde el principio de la etapa republicana. Sin embargo, las cosas comenzaron a torcerse en los primeros días del año 1933. Los anarquistas, que rechazaron siempre su integración en el régimen republicano, oponiéndose resueltamente incluso a la reforma militar de Azaña, provocaron, a partir del 8 de enero, una serie de incidentes que terminarían desembocando en el conocido y luctuoso episodio de Casas Viejas (Cádiz), en el que las fuerzas del orden causaron diecinueve muertos, pertenecientes a las filas del anarcosindicalismo. Los grupos reaccionarios aprovecharían este hecho para atacar al gobierno, el cual, por otra parte, se vería privado de la colaboración del partido socialista, cuyas bases no aceptaban la participación de sus líderes en un gabinete al que se hacía responsable de la brutal represión llevada a cabo contra la clase obrera. Los partidos conservadores, que se habían ido reponiendo poco a poco, consiguieron, a través de los debates desarrollados en las Cortes en torno al suceso de Casas Viejas, establecer una cierta alianza con el partido centrista de Alejandro Lerroux; se sucedieron unos cuantos gabinetes, más o menos efímeros, hasta la convocatoria a elecciones legislativas del 19 de noviembre, en las que, como era de esperar, obtuvieron un indiscutible triunfo las formaciones de centro-derecha. El 18 de diciembre, Lerroux constituyó un gobierno sin el concurso de los miembros de la CEDA, que no participaría en los sucesivos gabinetes que se irían formando hasta octubre de 1934; no obstante, el poderoso partido liderado por Gil Robles no dejó de ejercer su influencia entre los que gobernaron en esta época. Con las elecciones de noviembre de 1933, en definitiva, concluyó el Bienio Reformista, y dio entrada al Bienio Restaurador, en el que se intentaría echar por tierra la labor realizada por Azaña, especialmente en lo que se refiere al ámbito agrario y al Ejército.

Desde el momento en que inició las tareas de gobierno, Alejandro Lerroux decidió atraerse a los generales encumbrados por la monarquía, mostrando una especial

predilección por Francisco Franco, a quien premió con el ascenso a general de división, en marzo de 1934, haciéndole pasar por delante de otros generales más antiguos. Un mes más tarde, Lerroux conseguiría sacar adelante la ley de amnistía, por la que abandonaron la prisión Sanjurjo y el resto de los militares involucrados en el golpe de agosto de 1932.

Los conservadores ya se habían recuperado del estupor que les había producido la caída de la monarquía y de la consecuente pasividad que los llevó a ceder la iniciativa a liberales y demócratas. Y al instalarse en el poder, a finales de 1933, trataron de restablecer las condiciones que se dieron durante la Restauración, con el dominio de la oligarquía, apoyada por el Ejército y la Iglesia. La izquierda, mientras tanto, se estaba resquebrajando, sometida a la corrosiva acción de unos anarquistas que apostaban por la destrucción de todo poder político y la revolución desde abajo, a base de comunas y sindicatos, y un líder socialista como Largo Caballero que rivalizaba con ellos, llegando a proclamar que los proletarios nada podían esperar de la República; sólo Azaña y los miembros de la izquierda burguesa parecían dispuestos a poner orden en aquel caos causado por tanta irracionalidad. Haciendo gala de una despiadada actitud revanchista, los patronos, en especial los del sector agrario, contribuían a crear malestar entre los trabajadores, ofreciéndoles míseros salarios en unos momentos de grave crisis económica, a la par que les gritaban: «¡Comed República!». Azaña llamaba a la calma, pero las fuerzas proletarias, alentadas por los extremistas, se aprestaban para la lucha, proponiéndose, en el colmo de la insensatez, reverdecer las efemérides de la revolución rusa de 1917. Es muy posible, como sugieren diversos autores, Colodny<sup>[18]</sup> entre ellos, que las derechas trataran por entonces de provocar el estallido revolucionario para aplastarlo en un momento que consideraban muy favorable; pero lo que está claro, en todo caso, es que habían tomado las correspondientes medidas preventivas, atrayéndose, entre otras cosas, a los militares que habrían de llevar a cabo la represión. Resulta bastante significativo, por cierto, que el 1 de octubre de 1934 (es decir, tres días antes de estallar la revolución), el gobierno publicara un decreto para rehabilitar a los militares que habían resultado perjudicados por el famoso decreto azañista del 3 de junio de 1931; uno de los militares beneficiados por el nuevo decreto fue el teniente coronel Yagüe, que precisamente recibiría el mando de las tropas marroquíes que actuaron en Asturias para reprimir a los revolucionarios...

La denominada Revolución del 34, en gran medida planeada por Largo Caballero y a la que se opuso frontalmente Azaña, fracasó de forma estrepitosa en Madrid, fue sofocada con facilidad por el general Batet en Cataluña y tan sólo contó con un brote importante en Asturias, donde los legionarios y regulares de Marruecos, trasladados por Franco en funciones de jefe del Estado Mayor Central, se comportaron con singular brutalidad; desde ese momento, las organizaciones obreras guardarían un inmenso rencor al ejército de África.

Los reaccionarios, de nuevo en el poder, habían vuelto a recurrir al Ejército para utilizarlo como dique contra el movimiento obrero; pero en esta ocasión optaron por reservar las principales acciones represivas a las unidades mercenarias africanas, dado que no se fiaban de las unidades integradas por soldados de reemplazo. El ejército de Marruecos, en definitiva, pasaría a convertirse en el verdadero ejército gendarme de los gobernantes del Bienio Restaurador o Bienio Radical-Cedista, a la par que los generales y

oficiales africanistas eran objeto de la mayor consideración. En febrero de 1935, Franco dejó su destino en la Comandancia Militar de Baleares (el que realmente tenía cuando ocurrió la Revolución de Asturias) para hacerse cargo del mando de las fuerzas militares de Marruecos, que los conservadores le entregaron por juzgarlo persona de confianza. No obstante, al constituirse un nuevo gobierno, el 6 de mayo, con la participación de cinco cedistas y Gil Robles detentando la cartera de Guerra, tuvo que abandonar el protectorado marroquí, por haber sido designado jefe del Estado Mayor Central; la jefatura de las fuerzas de Marruecos le sería otorgada a Mola, mientras Goded recibía el nombramiento de inspector general del Ejército, Varela el ascenso a general y Fanjul (al igual que los anteriores, premiado por Primo de Rivera con dos ascensos por méritos en campaña) obtenía el puesto de subsecretario de Guerra. Los africanistas, que generosa e ilegalmente fueron promocionados por el Dictador, y a quienes Azaña no quiso aplicar con el debido rigor las leyes, se colocaban ahora resueltamente al servicio de las fuerzas reaccionarias, garantizando, entre otras cosas, la recuperación del ejército gendarme; la «escuela de África» volvía a imponer su dominio sobre la «escuela de Europa», que, a través de la reforma azañista y de la labor desarrollada por la *Colección Bibliográfica Militar*, había comenzado a despuntar.

La revista editada por Rojo y Alamán, en todo caso, seguiría gozando del mismo prestigio y de la buena aceptación de siempre; en enero de 1934 se convocó el V Concurso de Trabajos sobre Temas Militares, y ofrecieron premios por valor de 1500 pesetas, lo cual nos lleva a pensar, teniendo en cuenta la modesta cuota (2 pesetas, tras la subida de 1932) que abonaban los suscriptores, que éstos no escaseaban precisamente. El éxito de la *Colección*, por lo demás, se mantendría hasta la publicación de su último tomo, en julio de 1936.

Después de que los notables del africanismo se vieron instalados por Gil Robles en los puestos clave de la institución armada, se aprestaron a colocar al frente de un buen número de pequeñas unidades (regimientos, batallones...) a militares de su entera confianza, preferentemente africanistas; configurarían, así, toda una red con la que resultaba factible controlar al Ejército y que, curiosamente, habría de permanecer, prácticamente intacta, hasta el estallido de julio, pese a que los citados notables perdieran sus puestos algunos meses antes.

Diversos escándalos (el del estraperlo, el de Nombela) debilitaron notablemente la coalición de centro-derecha que ostentaba el poder, y Lerroux hubo de abandonar, al iniciarse el otoño de 1935, la Jefatura del Gobierno, dando paso a dos gabinetes de Chapaprieta y uno de Pórtela Valladares, que se estableció el 12 de diciembre y que significaría la salida de Gil Robles del Ministerio de la Guerra, a la par que el cese de Goded y Fanjul en sus respectivos cargos. Mientras tanto, Manuel Azaña lograba restablecer la unidad de la izquierda que había permitido ejercer el gobierno durante el Primer Bienio, de manera que, al convocarse elecciones legislativas para el 16 de febrero de 1936, obtendría el triunfo el recién creado Frente Popular en el que se integraban la Izquierda Republicana de Azaña, la Unión Republicana de Martínez Barrio, el partido socialista, la Unión General de Trabajadores (UGT), las Juventudes Socialistas y el partido comunista. Azaña presidiría el gabinete instaurado el 19 de febrero, en el que sólo tuvieron

cabida los representantes de los partidos burgueses, Izquierda Republicana y Unión Republicana; Franco y Mola, únicos generales africanistas que conservaban sus altos cargos desde el cese de Gil Robles como ministro de la Guerra, fueron relevados, y recibieron destino, respectivamente, en la Comandancia General de Canarias y en la XII Brigada de Infantería, de guarnición en Pamplona.

Desde el mismo momento en que quedó constituido el gobierno del Frente Popular, los generales africanos comenzaron a conspirar para tratar de derribarlo. Mola había aprovechado su estancia en Marruecos para iniciar allí una conjura con los más caracterizados jefes de las unidades del protectorado, que, por otra parte, parecían dispuestos a la sublevación, plenamente conscientes del mal ambiente que se respiraba entre los militantes de las organizaciones obreras contra el ejército de Marruecos. La brutal actuación de las Fuerzas de Choque africanas durante la Revolución de Asturias había dejado muy mal recuerdo en los izquierdistas, muchos de los cuales, los más cercanos a la sensibilidad proletaria, ansiaban que el nuevo gobierno aplicara duras medidas de represalia; esperaban que se exigiera a los autores de la represión asturiana las correspondientes responsabilidades y que, por otra parte, se diera fin a la existencia del protectorado marroquí, lo que, por supuesto, debería llevar consigo la disolución del ejército colonial; los socialistas venían reclamando la retirada española del norte de África desde hacía bastante tiempo y el propio Azaña, ya en la época de la Dictadura, se había manifestado en el mismo sentido... El negro panorama que amenazaba a los africanos facilitaría, sin duda, la labor de Mola, encaminada a conseguir la participación de las tropas marroquíes (baza importantísima) en la rebelión que los generales africanistas se proponían llevar a cabo contra el gobierno de la República. Gil Robles se había propuesto, si ganaba las elecciones, establecer un gobierno de orden con el apoyo del Ejército, y es claro que le hubieran respaldado los generales que con él colaboraron en su etapa de ministro de la Guerra; pero, tras la derrota cosechada por el jefe de la CEDA, esos generales prefirieron ignorarlo, y, si pensaron en sublevarse, sería con el propósito de instalar una dictadura militar. Los pretorianistas de la «escuela de África», alcanzada su madurez, parecían desechar ya la idea de ponerse al servicio de monarcas o líderes políticos, y optaban simplemente por ejercer el poder ellos mismos, sin despreciar, no obstante, la colaboración que pudieran prestar determinados sectores, obviamente reaccionarios, de la sociedad.

La campaña de las elecciones se había desarrollado en un clima de extraordinaria tensión, en gran medida provocado por los miembros de las clases trabajadoras, que se lanzaron a las calles para desahogar su rencor, no sólo contra las represoras tropas africanas, sino también contra los despiadados patronos, agrarios e industriales, cuyo comportamiento durante la etapa de la derecha en el poder había sido deleznable. A raíz del triunfo en las urnas del Frente Popular, los alborotos callejeros arreciaron, y adquirieron especial protagonismo los comunistas, que tan sólo habían logrado el 4 por ciento de los votos, y los anarquistas, que se habían negado a presentar candidaturas. La atmósfera de tensión que invadía las calles y la sensación de caos generalizado, por lo demás, propiciarían, como había sucedido en el período republicano del siglo XIX, el reforzamiento de las tendencias conservadoras en el seno del Ejército; porque es un hecho sobradamente probado que los militares, amén de repudiar cualquier manifestación de indisciplina social, suelen entender más fácilmente las razones de los conservadores y de los denominados partidos de orden, que las de aquellos que defienden las reivindicaciones

de las clases trabajadoras. Este hecho debe de guardar estrecha relación con la deplorable educación recibida tradicionalmente en las academias, sobre todo en lo relativo a la formación humana.

El regreso al poder de Azaña y sus aliados de la izquierda, tras el paréntesis del Bienio Radical-Cedista, causó gran inquietud en las filas de los africanistas, los cuales temían el restablecimiento, con todas sus consecuencias, de la ley del 3 de junio de 1931, sobre la clasificación de los ascensos por méritos, que había sido más o menos derogada por los gobernantes de centro-derecha. Los africanistas, en general, parecían dispuestos a participar en la previsible rebelión de los generales que colaboraron con Gil Robles y que deploraban haber sido relevados de sus puestos en la cúpula de la institución armada. De entre todos esos generales, desde luego, el más motivado para lanzarse a la sublevación era Mola, pues, por los duros ataques dirigidos contra Azaña, al concluir su primera etapa de gobierno, esperaba un trato aún peor que el de sus compañeros. Como Sanjurjo en agosto de 1932, Mola se propuso impulsar una «confabulación de intereses» en la que habrían de integrarse los africanistas y sus líderes, contando con el apoyo de los políticos reaccionarios apartados del poder y el de todos aquellos (terratenientes, grandes industriales, patronos, clérigos) que se sentían perjudicados por el cambio de gobierno producido en febrero. La confabulación del año 1932, ciertamente, había terminado en fracaso, pero Mola confiaba en obtener mejor resultado, al considerar que las cosas habían cambiado bastante desde entonces y que, por otro lado, disponía de ventajas importantes (la que representaba el ejército de África, por ejemplo) sobre los golpistas encabezados por Sanjurjo.

El 4 de marzo, Mola partió de Marruecos con destino a Pamplona y, aprovechando la escala en Madrid, celebró una serie de reuniones con los notables africanistas (Goded, Franco, Fanjul, Varela) y otros generales partidarios de la rebelión (Orgaz, Ponte, Kindelán, Saliquet, Rodríguez del Barrio), y también con el teniente coronel de Estado Mayor Valentín Galarza, intrigante personaje que solía llevar los hilos de todas las conspiraciones tramadas contra la República. Mola, además, contactó con relevantes miembros de la policía, con los que mantenía buenas relaciones desde su paso por la Dirección General de Seguridad, en el período final de la monarquía. Sin embargo, tras incorporarse a su destino en Pamplona, no tardaría mucho tiempo en comprender que no iba a ser tarea fácil la de reclutar militares en la Península para llevar adelante la conjura. Un intento de pronunciamiento protagonizado por Orgaz y Varela en Madrid, el 19 de abril, se saldó con un estrepitoso fracaso; y, mientras tanto, un sondeo realizado por la Unión Militar Española (UME), organización manejada por el inevitable Galarza que se puso al servicio de los conjurados, dejaba de manifiesto que los oficiales peninsulares dispuestos a secundar un alzamiento eran muy escasos<sup>[19]</sup>. Entre los oficiales que por entonces desechaban la aventura golpista se hallaría, seguramente, la inmensa mayoría de los suscriptores y colaboradores de la *Colección Bibliográfica*, a quienes habría de entusiasmar muy poco la idea de participar en una empresa en la que se defendían los intereses de los africanistas y su peculiar concepto de la profesión militar. Los proyectos de futuro que pudieran ofrecer los mediocres e intrigantes africanos, expertos en rudimentarias guerritas coloniales, no atraían, evidentemente, a una buena parte de los oficiales españoles que, por el contrario, se sentían ilusionados con la vuelta de Azaña al poder y la posible recuperación de su obra reformista, destruida (con la inestimable ayuda de los generales africanistas, precisamente) por los gobiernos reaccionarios. Uno de esos oficiales ilusionados era Antonio Córdón, que

se expresa así<sup>[20]</sup>: «En las elecciones de febrero de 1936, el triunfo fue de las izquierdas. Millones de españoles pensaban que iba a nacer una nueva República, fortalecida por la experiencia. Muchos militares pensábamos que iba a nacer también un nuevo Ejército».

Durante la primavera de 1936 persistió la grave alteración del orden público que se había iniciado a raíz de las elecciones celebradas en febrero; Azaña siempre se mostró preocupado por la reacción popular provocada por los sucesos acaecidos en el bienio anterior, ya que entendía que, con el desorden y la violencia que reinaba en las calles, no resultaría fácil desarrollar las tareas de gobierno. Confiaba, no obstante, en que la euforia originada por el triunfo de la izquierda en las urnas y la liberación de los encarcelados por la revolución asturiana iría amainando poco a poco, hasta permitir la normalización de la vida política. Pero los reaccionarios y los militares golpistas no dejaban de advertir también el grave problema que para el gobierno suponía la atmósfera de tensión creada por los brotes de violencia y la permanente algarabía de las calles, de manera que tratarían de contribuir al mantenimiento de esta situación a través de una estrategia de desestabilización, que se basó en la utilización del terrorismo y la caja de resonancia que el Parlamento significaba. En todo caso, se perseguía encrespar los ánimos hasta niveles insoportables para dar lugar a la intervención de los militares. Los pistoleros ultraderechistas, instruidos por militares cercanos a la UME, y entre los que se encontraban algunos exlegionarios, iniciaron sus atentados en los primeros días del mes de marzo, con el intento de asesinato del ilustre jurista y miembro del partido socialista Luis Jiménez de Asúa, que pudo salvar la vida; en cambio, su escolta, el policía Gisbert, resultó muerto. A este atentado seguirían otros, como los que causaron la muerte del magistrado Manuel Pedregal y de los militares demócratas Carlos Faraudo y José del Castillo; esos asesinatos incitaron a otros parecidos, que cometieron los militantes de la izquierda proletaria, y la estrategia de desestabilización que se estaba desarrollando recibió así cierto impulso. Tal estrategia, por lo demás, sería asumida por el propio Mola, como bien patente queda en este informe reservado que emitió en su calidad de «director» de la conjura<sup>[21]</sup>: «Se ha intentado provocar una situación de violencia entre dos sectores políticos opuestos para apoyados en ello proceder. Pero es el caso que hasta este momento —no obstante la asistencia prestada por algunos elementos políticos— no ha podido producirse, porque aún hay insensatos que creen posible la convivencia con los representantes de las masas del Frente Popular».

Para derribar al gobierno, Mola concibió un alzamiento que habría de iniciarse con la declaración del estado de guerra y de la movilización en cada división o comandancia militar, seguida de una marcha sobre Madrid. Mola consideraba que la conquista de la capital de España significaría la conquista del poder, pero esperaba que en ella fracasara el pronunciamiento, lo que obligaría a tomarla desde el exterior. En principio, Mola dispuso que fueran las columnas procedentes de las divisiones quinta (Zaragoza), sexta (Burgos) y séptima (Valladolid) las que marcharan sobre Madrid, encargando, más o menos, a las fuerzas de las demás divisiones que dominaran el territorio de sus respectivas jurisdicciones; mientras tanto, las fuerzas de Marruecos, Baleares y Canarias se mantendrían en reserva. Este primigenio plan, sin embargo, hubo de ser modificado, al reparar Mola en que sólo las unidades marroquíes ofrecían la debida garantía, por lo que tendrían que ser ellas las que realizaran la acción principal de la sublevación desde el primer momento; acabaría disponiendo, pues, que en Ceuta y Melilla se formaran sendas columnas, las cuales deberían atravesar rápidamente el Estrecho, para confluir en Córdoba

y avanzar juntas hacia Madrid<sup>[22]</sup>.

Desde su llegada a Pamplona a mediados de marzo, Mola había tenido ocasión de constatar que la conjura no progresaba satisfactoriamente en las guarniciones peninsulares; la campaña desestabilizadora llevada a cabo por los pistoleros ultraderechistas, evidentemente, no estaba proporcionando los resultados apetecidos. Desde Marruecos, el teniente coronel Yagüe, jefe de la Primera Legión del tercio y principal enlace de Mola en el territorio, apremiaba al general para que el alzamiento se ejecutara cuanto antes, pero éste respondía que en el ejército peninsular no se compartía el entusiasmo conspirador de los oficiales marroquíes. A finales de junio, Mola calculaba que tan sólo un 12 por ciento de los militares peninsulares simpatizaba con los conjurados, y, desolado ante tanta contrariedad, emitió el 1 de julio un sombrío informe reservado en el que exponía su propósito de abandonar la empresa golpista<sup>[23]</sup>. Por otra parte, Franco, cuya adhesión a la conjura nunca había estado demasiado clara, decidió por aquellos días apartarse de ella de forma expresa.

El 12 de julio concluyeron en el Llano Amarillo marroquí unas grandes maniobras en las que llegaron a participar, prácticamente, todas las unidades de las Fuerzas de Choque africanas; Yagüe aprovechó la ocasión para entrevistarse con los jefes de esas unidades integrados en el complot, y les dio cuenta de las instrucciones que, el 24 de junio, le había remitido Mola antes de que cayera en el desánimo. La maquinaria golpista del protectorado quedaba así puesta a punto... Y fue entonces, justamente, cuando se produjo el asesinato de Calvo Sotelo, jefe del Bloque Nacional, que causó gran impresión entre los oficiales del Ejército, allanó muchas voluntades, y que, desde luego, habría de ser utilizado como pretexto para iniciar la sublevación; Mola recuperó el ánimo perdido y el propio Franco reconsideraría su postura de abandonar a los conspiradores. El abominable crimen, en todo caso, fue perpetrado por militantes izquierdistas como represalia al cometido unas horas antes con el teniente Castillo por pistoleros de la ultraderecha, que bien podría ser considerado como un episodio más de la estrategia de desestabilización.

La noticia del crimen de Calvo Sotelo se propagó por Madrid y otras capitales en la mañana del lunes, 13 de julio. Los líderes socialistas mostraron de inmediato su preocupación, al comprender que el lamentable suceso no sólo iba a perjudicar seriamente al gobierno del Frente Popular, sino que además podría desencadenar la rebelión militar que, todos lo sabían, se estaba gestando. Diego Martínez Barrio, presidente de las Cortes, se puso en contacto con Gil Robles para advertirle que sería conveniente evitar un enfrentamiento en el Congreso entre diputados de partidos opuestos, ya que existía el riesgo de que ese enfrentamiento terminara convirtiéndose en el prólogo de la guerra civil. El jefe de la CEDA se negó a aceptar las advertencias de Martínez Barrio, de modo que la siguiente sesión de las Cortes fue aprovechada, una vez más, por los derechistas para reforzar la atmósfera de tensión. Los militares conjurados contra el gobierno, por su parte, constataron con la natural satisfacción cómo, a raíz del asesinato de Calvo Sotelo, una gran masa de oficiales indecisos se movilizaba hacia sus filas; Mola, con su renovado ánimo, realizó una febril actividad para atar los últimos cabos del alzamiento; el primer brote de éste se produciría el 17 de julio en Melilla y se extendería rápidamente por todo el territorio del protectorado. En los dos días siguientes, una buena parte de las guarniciones españolas

seguiría el ejemplo de los africanos.

Desde el inicio del período republicano había venido desarrollándose una lucha, más o menos larvada, en el seno del Ejército, entre los militares amantes de su profesión, favorables a las reformas de Azaña y en gran medida reunidos en torno a la *Colección Bibliográfica*, y los mediocres y ambiciosos africanistas, que tuvieron como órgano la *Revista de Tropas Coloniales*, sucesivamente dirigida por Queipo de Llano y Franco; en ambas revistas se vería reflejado el talante de cada uno de los grupos en liza. La *Colección* era una publicación dirigida a los oficiales con inquietudes culturales y profesionales, convencidos de que, en tiempo de paz, los militares deben formarse en el estudio, porque, como señala Clausewitz, la teoría «se convierte en guía de quien por libros quiere familiarizarse con la guerra, le ilumina el camino por todas partes, facilita sus pasos, educa su juicio y le preserva del error<sup>[24]</sup>». Los africanistas, en cambio, dejarían meridianamente claro en su *Revista de Tropas Coloniales*, auténtico órgano político, que sólo se preocupaban realmente por hacer valer sus méritos, ganar prestigio, adquirir poder; era evidente su adhesión al militarismo vuelto hacia dentro o pretorianismo, de larga y penosa tradición en España. La larvada lucha entre militares y meros pretorianistas, en fin, quedaría interrumpida con el alzamiento de julio del 36, para dar paso a la más terrible tragedia que ha golpeado a la sufrida nación española a lo largo de su historia.

## CAPÍTULO 4

### **La invasión de los africanos**

El proyecto golpista elaborado por Mola, en verdad, era escasamente realista, presentaba enormes lagunas y, en definitiva, estaba condenado al fracaso. De hecho, el pronunciamiento falló, y sólo al producirse determinadas incidencias, con las que Mola no había contado para nada, terminaría convirtiéndose en un conflicto duradero, en la guerra civil.

Mola había comenzado a trazar los planes de la sublevación en un ambiente muy favorable, cuando se hallaba destinado como jefe de las fuerzas militares del protectorado, y este hecho, probablemente, fue lo que le llevó a cometer algunos errores de apreciación; evidentemente, no era lo mismo preparar un golpe para las unidades marroquíes que para las peninsulares, y Mola no supo o no quiso tener en cuenta esta circunstancia, por lo que sus planes, al cabo, resultaron bastante inconsistentes. En Marruecos, con las inevitables excepciones, los oficiales se mostraban manifiestamente contrarios al gobierno del Frente Popular y se sabían odiados por las organizaciones obreras que lo apoyaban; esos oficiales, por otro lado, mandaban a soldados mercenarios sin apenas convicciones políticas, pero que no dejaban de estar también alertados acerca del odio que la clase obrera sentía por ellos. En las guarniciones peninsulares, sin embargo, el panorama era bien distinto; los oficiales (como quedaría patente en diversas encuestas) no compartían, en general, las ideas y los sentimientos de los africanistas, y, además, mandaban a unos soldados que no eran precisamente mercenarios, sino ciudadanos que aceptaban de buen grado al gobierno legalmente constituido y que, desde luego, nada tenían que ver con los aborregados soldados decimonónicos, a quienes sus jefes manejaban a su antojo cuando ejecutaban un pronunciamiento. No es de extrañar, pues, que, desde su llegada a Pamplona, Mola encadenara un desengaño detrás de otro, hasta sentirse completamente hundido y dispuesto a abandonar la empresa golpista. El asesinato de Calvo Sotelo, con la reacción provocada en el Cuerpo de Oficiales, le haría recuperar el ánimo y desarrollar una febril actividad; pero su proverbial vehemencia y el temor a sufrir represalias le llevaron a tomar decisiones demasiado precipitadas, con las correspondientes consecuencias negativas.

Se ha censurado mucho la pasiva actitud observada, ante el previsible estallido de un alzamiento militar, por parte del jefe del gobierno, Casares Quiroga, y del propio presidente de la República, Manuel Azaña; lo cierto es, no obstante (como aquí venimos exponiendo), que no había fundados motivos para pensar que el alzamiento fuera a triunfar y que, por añadidura, se habían tomado determinadas medidas para salir al paso del mismo. En un discurso pronunciado el 18 de julio de 1937 en la Universidad de Valencia, Azaña hizo este comentario sobre el golpe ejecutado un año antes: «Tal como aparecía el suceso, en sus

formas, en sus fines y en sus fuentes, para el Estado español el hecho era una alteración gravísima del orden público, un problema formidable de paz interior; pero no era más [...] Pasamos unos días críticos, y la rebelión, vencida en Madrid, vencida en Barcelona, abortada en Valencia y en otras regiones, vencida también en el norte, estaba moral y casi materialmente derrocada. Si la rebelión, la perturbación gigantesca del orden público en España, no hubiera tenido más que los elementos y las fuerzas y los fines que demostró el primer día y en los inmediatos, hace ya muchos meses, a las pocas semanas de su comienzo, que la rebelión se habría agotado [...], sin auxilio de las potencias extranjeras, la rebelión militar española habría fracasado».

Además de la intervención extranjera, otro factor imprevisto actuaría a favor de los sublevados, para compensar los fallos cometidos por Mola en la preparación del alzamiento; ese factor no fue otro que el caos producido entre las filas republicanas, tras la rebelión militar y como consecuencia de un curioso efecto de rebote, que afectaría muy gravemente a las estructuras del Estado y a la existencia misma del ejército regular, mientras brotaban por doquier los comités y las milicias de partido y de sindicato. Azaña conocía también este hecho, pero, por razones obvias, optó por ignorarlo en su discurso de Valencia; algún tiempo después, no obstante, ya con la guerra concluida, le dedicó estas palabras<sup>[1]</sup>. «Al siguiente día del alzamiento militar, el gobierno republicano se encontró en esta situación: por un lado, tenía que hacer frente al movimiento que desde las capitales de provincia ocupadas tomaba la ofensiva contra Madrid; y por otro, a la insurrección de las masas proletarias que, sin atacar directamente al gobierno, no le obedecían [...] La amenaza más fuerte era sin duda el alzamiento militar, pero la fuerza principal venía, por el momento, de que las masas desmandadas dejaban inerte al gobierno frente a los enemigos de la República. Reducir aquellas masas a la disciplina, hacerlas entrar en una organización militar del Estado, con mandos dependientes del gobierno, para sostener la guerra conforme a los planes del Estado Mayor, ha constituido el problema capital de la República».

Cuando la noticia de la sublevación africana, llevada a cabo el 17 de julio, llegó a Madrid, el gobierno trató de evitar, por todos los medios, que la alarma cundiera, proclamando que era muy improbable la extensión del levantamiento a tierras peninsulares; pero las calles madrileñas se llenaron de manifestantes que, partiendo de las sedes de las organizaciones proletarias y aleccionados por periódicos como *El Socialista* y *Mundo Obrero*, desfilaban gritando: «¡Armas, armas, armas!». Casares Quiroga se negó a entregarles armamento a las masas y a continuación dimitió, y formó un nuevo gabinete Martínez Barrio, en la noche del 18, que apenas duró unas horas, al fracasar en su intento de conciliación, a la par que provocaba el rechazo de las fuerzas obreras. El día 19, finalmente, se constituyó el gobierno Giral, con el general Castelló como ministro de la Guerra, cuyo criterio favorable a la entrega de las armas al pueblo terminaría prevaleciendo. Aunque Castelló se sentía bastante preocupado por la actitud que pudieran adoptar los anarquistas cuando contaran con militantes armados, aconsejó a Giral que se entregaran las armas a quienes las pedían, alegando que, al fin y al cabo, «del pueblo había salido el ejército de Napoleón<sup>[2]</sup>».

La entrega de las armas al pueblo representaba, desde luego, una operación muy arriesgada, dado que las masas obreras se mostraban poco inclinadas a someterse a la

disciplina del gobierno y, sobre todo, a obedecer a unos militares que, en general, les inspiraban una enorme desconfianza, incrementada a raíz del alzamiento, y por los que no sentían demasiado aprecio, a causa de la función represiva desarrollada por la institución armada desde tiempo inmemorial. En definitiva, como apunta Jellinek<sup>[3]</sup>, el Ejército español había venido siendo, simplemente, el cuerpo permanente de oficiales impuestos sobre una soldadesca de reclutas que no deseaban servir. Tenía razón el general Castelló cuando afirmó que el ejército de Napoleón surgió del pueblo, pero el problema era que en la España de 1936 no se había producido una revolución como la francesa.

El 9 de abril de 1936, *Claridad*, el órgano de Largo Caballero, había expresado la necesidad de formar las milicias del pueblo para garantizar los intereses de la clase trabajadora; no cabe duda de que, en esta ocasión, el periódico supo reflejar con bastante fidelidad el sentir de una buena parte de los trabajadores, por eso, no debe extrañar que, en el mes de julio, después de llevarse a cabo el reparto de las armas, tanto los socialistas como los anarquistas y los comunistas se aprestaran a organizar grupos armados que llegarían a detentar el poder efectivo, mientras los militantes de los partidos republicanos quedaban barridos. Todos esos grupos, por lo demás, tenían objetivos, programas y fines diferentes y pronto habrían de contar con «sus unidades de milicianos, sus policías, sus intendencias y hasta sus finanzas<sup>[4]</sup>». La revolución, que dejaría al gobierno sin autoridad, iba fraguando, a la par que emergía un poder popular disperso y de difícil control. Por una cruel paradoja, el gobierno de Casares Quiroga había contribuido a sembrar el caos al publicar un decreto, el día 18, con el que se pretendía lograr la disolución de las unidades sublevadas y el licenciamiento de los soldados pertenecientes a ellas; obviamente, tales soldados se guardarían mucho de abandonar el servicio, pero sí lo haría, en cambio, la mayoría de los que servían en el territorio ocupado por la República, cuyas unidades terminarían quedándose en cuadro...

El domingo 19 de julio fue un día relativamente tranquilo en Madrid; aprovechando el calor, muchos madrileños se acercaron a las orillas del río Manzanares para pasar allí la jornada. Sin embargo, era evidente que se vivían momentos de tensión, y los miembros de las clases acomodadas, junto con señalados militantes de la derecha, se mostraron dispuestos a dejar la ciudad, partiendo en sus coches hacia lugares que consideraban más seguros. Por la noche comenzaron a arder numerosas iglesias (San Cayetano, San Nicolás, San Lorenzo...), a las que prendieron fuego algunos exaltados tras extenderse el rumor de que, desde sus torres, se había disparado contra las gentes que paseaban por las calles<sup>[5]</sup>; gran parte de las iglesias y de los conventos que se salvaron de la quema serían posteriormente utilizados como almacenes de guerra por los milicianos. En la mañana del día 20, una multitud se concentró en las inmediaciones del cuartel de la Montaña, donde se habían refugiado militares rebeldes y falangistas bajo las órdenes del general Fanjul, que ejercía como jefe de la sublevación en Madrid y que llegó a emitir un bando declarativo del estado de guerra. En el cuartel se guardaba gran cantidad de armamento (pistolas, municiones, miles de cerrojos pertenecientes a los fusiles depositados en el parque), lo que venía a reforzar el propósito de asaltarlo por quienes lo estaban rodeando. El general Castelló había trazado un plan, aprobado por Giral, para dominar, con el apoyo de la aviación, todos los cuarteles de Madrid y sus cantones; según ese plan, el cuartel de la Montaña debería ser, en principio, sometido a un bombardeo artillero y, concluido éste, la aviación arrojaría unas octavillas conminando a la rendición a sus defensores; si la

rendición no era aceptada, se efectuaría un bombardeo aéreo que habría de resultar —o al menos eso se esperaba— definitivo. Cuando Castelló decidió acercarse a la zona, acompañado del diputado socialista Juan Simeón Vidarte, para observar el desarrollo de las operaciones, se encontró con un monumental desbarajuste. «Nadie —explica Vidarte— estaba encargado de nada, ni mandaba nada. Era una versión siglo XX de la toma de la Bastilla<sup>[6]</sup>». El cuartel, finalmente, fue ocupado tras un sangriento combate que causó abundantes bajas, y gracias a la eficacia del bombardeo aéreo, y, consumada la rendición, las masas enloquecidas se entregaron a una terrible matanza. El aeródromo y el Regimiento de Artillería de Getafe, así como los cuarteles del campamento de Carabanchel, fueron también dominados por los leales a la República, en tanto que el Regimiento de Ingenieros de El Pardo abandonó su sede para dirigirse en camiones al otro lado de la sierra de Guadarrama, donde los mandos de la unidad esperaban encontrar un ambiente más acorde con sus ideales.

El éxito logrado frente a los militares rebeldes en Madrid provocó una desmedida euforia entre los milicianos; no alcanzaban a comprender que la guerra asomaba ya por el horizonte, y que una cosa era asaltar los cuarteles de los militares sublevados con la ayuda de la aviación o participar en la lucha callejera, y, otra, pelear en campo abierto contra un ejército de mercenarios bien adiestrado, como el africano, que al otro lado del Estrecho estaba preparando el salto a la Península para marchar sobre la capital de España. El sublevado ejército marroquí permanecía, por entonces, prácticamente inmovilizado en el territorio del protectorado a causa del bloqueo realizado por la Armada, cuyos barcos situados en el Estrecho permanecían fieles a la República, tras haber abortado las tripulaciones la rebelión intentada por sus jefes. El general Queipo de Llano, mediante una audaz operación y el empleo de grandes dosis de terror, había conseguido dominar Sevilla, mientras el general López Pinto, gobernador militar de Cádiz, se alzaba en esta ciudad, que ocuparía, al igual que Algeciras, con la ayuda de Varela y otros militares. López Pinto solicitó de inmediato refuerzos a Yagüe, y éste le envió desde Ceuta, el día 19 y antes de que la Marina estableciera el bloqueo, dos tabores de Regulares y un escuadrón de Caballería; por su parte, Queipo recibió al día siguiente, por vía aérea (se utilizaron tres trimotores Fokker), un pequeño grupo de legionarios, que, al mando del comandante Castejón, no tardarían mucho en iniciar las operaciones de «limpieza» en Sevilla y su provincia. Los africanos disponían, pues, en esos primeros momentos del conflicto, de una cabeza de puente en Andalucía, pero estaba claro que no contaban con los suficientes barcos de guerra y aviones para realizar con las debidas garantías el traslado de tropas.

Ignacio Hidalgo de Cisneros, que ejerció como jefe de la aviación republicana durante la guerra civil, señala<sup>[7]</sup> que, el 18 de julio de 1936, quedaron del lado de la República alrededor del 80 por ciento de los aviones y casi todos los aeródromos. Al parecer, el gobierno tenía previsto aplastar la sublevación militar con el decisivo apoyo de la aviación, pero este proyecto se vendría abajo con la caída del director de Aeronáutica, el general Núñez de Prado, en poder de los rebeldes (fue detenido en Zaragoza por el general Cabanellas y más tarde fusilado), lo que impediría a los republicanos desarrollar el plan de conjunto. Howson<sup>[8]</sup> puntualiza, no obstante, que la República, en realidad, sólo logró retener dos terceras partes de los aparatos de la aviación militar y naval, si bien la mayoría de los civiles, y que, por otro lado, la superioridad numérica de aviones quedaba contrarrestada por la falta de pilotos y de personal experimentados. Sea como fuere, en los

días que siguieron al levantamiento militar, las tropas africanas hubieron de permanecer, contra su voluntad, en el territorio marroquí, hasta que los rebeldes se pusieron en contacto con las potencias fascistas y éstas les suministraron (cuando finalizaba el mes de julio) grandes aviones de transporte y bombardeo (Junkers Ju-52 y Savoia SM-81), con los que conseguirían organizar un puente aéreo y neutralizar, en gran medida, la acción de los barcos de guerra republicanos.

Después de que el ejército africano se sublevó en Marruecos, el 17 de julio, hubo una segunda oleada de alzamientos, a lo largo de los días 18 y 19, que afectaron a toda la España peninsular e insular. Pero ya el día 21 resultaba evidente que el pronunciamiento liderado por los generales africanistas, en tanto que fulminante golpe de Estado, había fracasado. En las islas Canarias, Franco había logrado imponerse con la ayuda del general Orgaz, y se había trasladado después a Marruecos, y en las Baleares, los rebeldes capitaneados por Goded (que más tarde se dirigiría a Barcelona) apenas conseguirían dominar Mallorca. Los levantamientos de las diversas guarniciones peninsulares, por su parte, habían concluido con variada fortuna, y dejaron más o menos definidas las zonas correspondientes a los rebeldes y a los leales a la República. Bajo el dominio de los sublevados se hallaba la cuenca del Duero, ampliada hacia el este por Álava, Logroño, Navarra y la mitad occidental de la región aragonesa, y hacia el oeste por Galicia y gran parte de la provincia de Cáceres; a estas tierras se añadían el corredor Sevilla-Cádiz y otros enclaves andaluces que se limitaban virtualmente al territorio urbano de ciudades como Granada, Córdoba y Algeciras. El mismo día 21, además, tres generales de la élite africanista habían desaparecido de escena: Sanjurjo, que resultó muerto en un accidente de aviación, y Goded y Fanjul, que se hallaban en prisión esperando el Consejo de Guerra, tras el fracaso de sus respectivos intentos de levantamiento en Barcelona y Madrid. Las deficiencias del plan trazado por Mola salían a relucir ahora.

Al parecer, el general era consciente de los grandes obstáculos que habría de salvar el alzamiento en la Península; sin embargo, no fue capaz de aportar soluciones válidas a este problema. Sabía, por ejemplo, que las organizaciones obreras atraían notablemente a los jóvenes y que entre los soldados de reemplazo habría de resultar muy difícil encontrar el apoyo necesario. El 1 de mayo había tenido lugar en Madrid una grandiosa manifestación obrera, y muchos soldados, de forma espontánea y sin preocuparse por la ira que mostraban algunos oficiales, se habían unido a ella. Este hecho impresionó favorablemente a los dirigentes de las clases trabajadoras, puesto que señalaba el resquebrajamiento de la disciplina del Ejército, como apunta Manuel Tagüeña, que además comenta<sup>[9]</sup>: «No hay duda de que aquella noche, en todos los cuartos de banderas y en otros lugares de reunión de los oficiales derechistas, se habló con más fuerza que nunca de la necesidad ineludible de sublevarse antes de que fuera demasiado tarde».



### *Situación e 21 de julio de 1936.*

Mola trataría de paliar el grave inconveniente que representaba el escaso entusiasmo de los soldados de reemplazo por la causa golpista recurriendo a los militantes de Falange y El Requeté, lo que no constituía realmente una buena solución, dada la escasa entidad de las milicias derechistas; por otro lado, las gestiones que realizó a este respecto no alcanzaron el resultado apetecido. Estaba claro, en todo caso, que entre la ciudadanía española, al igual que entre los oficiales peninsulares, no hallaban el suficiente respaldo las razones de los generales africanistas, pero Mola guardaba una última baza (amén de la del ejército africano); era la baza que utiliza sistemáticamente toda minoría que intenta imponerse por la fuerza, la baza del terror, la venerada por los fascistas, la que conocían de sobra los militares africanos, por haberla empleado con profusión en la guerra sucia practicada en el territorio marroquí. En las instrucciones emitidas como «director» de la conjura, Mola había lanzado esta terrible advertencia<sup>[10]</sup>: «Se tendrá en cuenta que la acción [golpista] ha de ser en extremo violenta para reducir lo antes posible al enemigo, que es fuerte y bien organizado. Desde luego, serán encarcelados todos los directivos de los partidos políticos, sociedades o sindicatos no afectos al movimiento, aplicándoles castigos ejemplares».

Las instrucciones de Mola serían cumplidas con bastante fidelidad por los conjurados, como pondría de manifiesto, por ejemplo, un documento elaborado por el Colegio de Abogados de Madrid y publicado por la embajada de España en Londres<sup>[11]</sup>. Por medio del terror, los sublevados pretendían destruir la moral del adversario, acabar con su espíritu de lucha para poder someterlo fácilmente. Ya en el primer episodio del alzamiento, el de Marruecos, los rebeldes se emplearon con especial crueldad, asesinando a las autoridades civiles, a los dirigentes y militantes de las organizaciones de izquierdas, a los simpatizantes de los partidos del Frente Popular e, incluso, a sus propios compañeros, por el mero hecho de no querer sumarse a la rebelión; mientras tanto, las unidades integradas por soldados de reemplazo quedaban vigiladas por tropas de Regulares y la Legión con ametralladoras estratégicamente situadas. En el protectorado marroquí fueron asesinados por los rebeldes el alto comisario en funciones Arturo Álvarez Buylla, el general Manuel Romerales Quintero, el teniente coronel Luis Blanco Novo, los comandantes Edmundo Seco Sánchez, José Márquez Blanco, Ricardo de la Puente Bahamonde y otros jefes y oficiales. Además se establecieron varios campos de concentración para internar a los que no mostraban su adhesión al alzamiento o resultaban sospechosos. «Cientos de seguidores republicanos, obreros, soldados, miembros de las logias masónicas y judíos —señala Balfour— fueron apresados y trasladados a estos campos y a la fortaleza de El Hacho (en Ceuta) en condiciones infrahumanas. Muchos fueron obligados a hacer trabajos forzados durante el día, y cada mañana los soldados marroquíes a las órdenes de oficiales españoles ejecutaban a docenas de ellos, después de que los falangistas del lugar seleccionaran a las

víctimas<sup>[12]</sup>».

En el territorio peninsular, los sublevados, cumpliendo las instrucciones del africanista Mola, se entregaron igualmente a una brutal represión, precedida por el bando de declaración del estado de guerra, que, por cierto, solía expresarse en un tono manifiestamente amenazador. Como muestra puede servir el bando emitido por el propio Mola el 19 de julio en Pamplona, que contenía el siguiente párrafo: «El restablecimiento del principio de autoridad exige inexcusablemente que los castigos sean ejemplares, por la seriedad con que se impondrán y la rapidez con que se llevarán a cabo, sin titubeos ni vacilaciones».

Pese a su decidida apuesta por la estrategia del terror, Mola vería cómo el pronunciamiento fracasaba estrepitosamente en la Península, anunciando, así, el inicio de una guerra civil que él no había sabido prever y para la que, consecuentemente, no estaba preparado en absoluto.

El día 21, por lo demás, tras la caída del cuartel de la Montaña, las multitudes en Madrid eran presa del entusiasmo por el éxito alcanzado<sup>[13]</sup>. Desfilaron por la Puerta del Sol unidades de las Fuerzas de Orden Público, camiones repletos de milicianos armados y soldados, y todos los que, de alguna manera, habían participado en el asalto al cuartel o simplemente habían asistido al mismo como espectadores; una gran muchedumbre recibió el desfile en medio de una atronadora ovación, mientras la banda de música del Regimiento de Infantería número 2 interpretaba el himno de Riego. Desde aquel día, el panorama de las calles madrileñas variaría de forma notable; se vería a milicianos y a soldados confraternizando con sus jefes, desaparecerían algunas prendas del uniforme militar, como las gorras y los tricorpios, se llevarían desabrochadas las guerreras, y, finalmente, terminaría imponiéndose el mono entre quienes se hallaban más o menos militarizados. Los obreros, pretendiendo evitar las confrontaciones entre las diversas facciones, restablecieron el grito «¡UHP!» (Uníos Hermanos Proletarios), utilizado durante la revolución asturiana, y circularon por las calles en automóviles requisados, portando brazaletes con los colores rojo y negro y exhibiendo fusiles y pistolas. Arturo Barea<sup>[14]</sup> recuerda, no obstante, que en aquellos momentos había más entusiasmo que cohesión y que los grupos políticos rivalizaban entre sí, haciendo prevalecer el orgullo de cada partido sobre el sentimiento de defensa común; por otro lado, los milicianos se mostraban bastante reacios a aceptar cualquier clase de instrucción militar. En todo caso, el éxito del cuartel de la Montaña daría lugar a un considerable auge de las milicias; bajo el efecto de las alocuciones de radio, los carteles que inundaban las paredes, los innumerables mítines, los artículos de la prensa, se iban formando batallones de milicianos y, más tarde, columnas que se lanzaban al campo abierto para defender la ciudad de los ataques desde el exterior. Se trataba de columnas un tanto heterogéneas, constituidas por milicianos, restos de unidades militares (por ejemplo, del Regimiento de Wad-Ras, cuyos soldados fueron aleccionados por La Pasionaria y Líster), y algunos miembros de las Fuerzas de Orden Público. Las mandaban líderes populares o bien militares profesionales de acreditada filiación izquierdista (pertenecientes a la UMRA, sobre todo). Pero la exagerada desconfianza hacia los profesionales del Ejército, que llegarían a ser sometidos a una depuración por el denominado Comité de Información y Control, supuso un grave inconveniente en unos momentos en que,

desaparecida prácticamente la vieja organización armada, no se disponía del armazón necesario para levantar la nueva; además, no se supo aprovechar como núcleo aquellas unidades de la Guardia Civil y la Guardia de Asalto que habían guardado fidelidad al gobierno republicano.

Hacia Toledo, donde el general Moscardó se había sublevado, refugiándose después en el alcázar con unas mil novecientas personas y gran cantidad de munición recogida en la fábrica instalada en la ciudad, se dirigía la columna madrileña número 1, que mandaba el general Riquelme, jefe de la Primera División. A continuación partieron las columnas número 2, hacia los puertos de la sierra, número 3, hacia Alcalá de Henares, número 4, hacia Guadalajara, y número 5, que bajo el mando del teniente coronel Mangada se dirigió a la sierra de Gredos. Todas estas fuerzas, con un importante componente miliciano, debían de tener una capacidad combativa bastante escasa, pues, como apunta Alpert<sup>[15]</sup>, al producirse el alzamiento tan sólo las comunistas Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC) habían logrado un elemental nivel de preparación entre las milicias de la izquierda; por otro lado, la anarquía reinante daría lugar al despilfarro del armamento y de los abastecimientos en general, que fueron distribuidos por un comité popular, hasta que, el 8 de agosto, se estableció la Inspección General de Milicias, sustituida más tarde (el 20 de octubre) por la Comandancia de Milicias. Manuel Tagüeña, miembro de las milicias socialistas y de la Juventud Socialista Unificada (JSU), surgida el 1 de abril por la fusión de socialistas y comunistas, vivió muy de cerca estos acontecimientos y nos presenta el siguiente panorama<sup>[16]</sup>: «La masa de combatientes iba tomando poco a poco formas definidas y disciplinándose. El gobierno creó una Dirección [sic] General de Milicias que, mal que bien, distribuía armamento, equipo y daba nombramientos de oficiales y de comandante para jefes de batallón y de columna [...] Pero las unidades, que crecían como los hongos, aunque la mayoría tenía una vida efímera, estaban organizadas por los partidos y organizaciones políticas y sindicales, especialmente comunistas y anarquistas [...] Resultaba difícil saber quién mandaba a todas estas fuerzas tan caóticamente organizadas. Alguien en el Ministerio de Defensa [sic] trataba de dar órdenes, pero su cumplimiento dependía de la buena voluntad de los representantes de partidos obreros y de sindicatos».

Las MAOC, en todo caso, es oportuno apuntarlo aquí, consiguieron formar, el mismo día del alzamiento, cinco batallones de voluntarios, uno de los cuales, precisamente el quinto, habría de convertirse en el famoso Quinto Regimiento, que, según diversos autores, comunistas sobre todo, jugaría un decisivo papel en la gestación del Ejército Popular, es decir, del ejército regular de la República.

Entre las fuerzas republicanas que acudieron al puerto de Somosierra para cerrar el paso a las columnas de Mola procedentes del norte (las cuales mostraron pronto su debilidad, quedando detenidas a lo largo de un arco que se extendía entre Ávila y Sigüenza) se encontraba Vicente Rojo, a quien la sublevación militar había sorprendido en Madrid; puede vérselo en alguna fotografía, tomada en su puesto de mando de Lozoyuela, vistiendo el clásico mono con la estrella de comandante en el pecho. Rojo se refiere a la situación militar que se vivía por entonces en un interesante documento perteneciente a su archivo particular, hoy depositado en el Archivo Histórico Nacional, donde analiza<sup>[17]</sup> el proceso de formación del Ejército Popular; al aludir a la primera fase de ese proceso, que se

corresponde con la época que estamos contemplando, Rojo se expresa así: «Los comienzos de la guerra forman el período inorgánico de nuestro Ejército; predomina la pasión y, mientras ésta domina la actividad, la organización se hace difícil, porque la pasión no se organiza ni se encuadra ni puede metodizarse. Es el período en que domina el libre albedrío. El jefe brota espontáneo, pero no hay jerarquía. La formación y el orden de combate no existen, como tampoco la disciplina y la instrucción. Las fuerzas armadas constituyen una auténtica muchedumbre, en la que destacan, como características, la gran fuerza moral de los combatientes, el predominio de los esfuerzos individuales y la falta de coordinación en el orden táctico, por lo que se refiere a las fuerzas, y en el orden estratégico, por lo que se refiere a la dirección de éstas. Es en fin, éste, el período a que fatalmente había de conducir el caos orgánico impuesto al Estado por la sublevación, con la ruptura de todos los resortes de organización».

Esta primera etapa, el «período inorgánico», del proceso de formación del Ejército, pronto dio paso, de acuerdo con el análisis de Vicente Rojo, a un segundo período en el que «aquella muchedumbre de combatientes comienza a convertirse en unidades adscritas a determinados partidos o ideologías». Los partidos abrieron un cierto cauce a la organización, pero aún subsistiría el desbordamiento de la autoridad. Rojo, por otra parte, contemplaba los rasgos que caracterizan a «la actividad militar» en estos primeros momentos, señalando: «Predomina en la acción el esfuerzo impulsivo hacia adelante, la acción ofensiva individual, pero es una ofensiva que se pulveriza y que sólo logra rendimiento al convertirse en fuerza defensiva explotando el terreno. No puede ser de otro modo, porque la guerra exige coordinación de esfuerzos, y eso es precisamente lo que en los primeros momentos falta. El enemigo puede hacer lo que quiere y sólo es detenido por la fuerza defensiva del hombre, que decide sacrificarse en su puesto antes de cederle el paso. Los combates de la sierra y en Cataluña son los más característicos de esta lucha. En el frente de Somosierra, como en el de Guadarrama, la lucha tiene un valor extraordinario por su enardecimiento y por la decisión con que los hombres combaten. No hay en este período, porque no la puede haber, una dirección general de las operaciones, y sólo caben acciones esporádicas en los distintos teatros, persiguiendo el dominio de los principales objetivos».

Aunque Vicente Rojo trate de obviar determinadas cuestiones, lo cierto es que los primeros días del conflicto se vivieron entre los milicianos madrileños en un puro ambiente de verbena. Arturo Barea se refiere a ese ambiente transcribiendo, por ejemplo, el siguiente comentario que oyó en cierta taberna a un miliciano que acababa de regresar de la sierra, adonde había acudido por la mañana para prestar sus servicios<sup>[18]</sup>: «Hemos tenido un día espléndido en la sierra. Un verdadero día de campo, como si hubiéramos ido a matar conejos. Cerca de Villalba, un plantón de los de Asalto nos paró en mitad de la carretera y nos mandó a lo alto de un cerro entre piedras y matas, con un cabo y dos guardias [...] Pero ni un fascista ha asomado las narices y hemos pasado un día estupendo. Sonaron algunos tiros hacia la carretera y una vez me pareció oír una ametralladora muy lejos [...] Y eso ha sido todo. Hemos comido espléndidamente, se me ha pelado la nariz con el sol y nos hemos dado el gran día. La mayoría nos hemos venido por la tarde. El teniente de los guardias quería que nos quedáramos, pero yo le he dicho que no éramos soldados, que se quedaran ellos, que para eso les pagaban».

Barea oyó también a otro miliciano que se pavoneaba de haber pasado el día en la Casa de Campo asesinando a presuntos militantes o meros simpatizantes de los partidos de derechas. Barea arguyó que la justicia debería aplicarla el gobierno, y el miliciano le dio esta respuesta: «El gobierno somos nosotros».

La anécdota que nos ofrece Barea refleja con bastante fidelidad lo que estaba sucediendo en aquellos momentos, no sólo en Madrid, sino en toda España. Las operaciones militares apenas revestían importancia, dada la debilidad de las fuerzas en presencia, y, para llenar ese hueco, se había desatado el terror en el territorio ocupado por ambos bandos, lo cual había provocado situaciones que deberían resultar deleznable a toda persona civilizada. Ambos bandos pecarían por igual en esta ocasión, pero cabe puntualizar que, mientras las acciones terroristas de los rebeldes venían avaladas e impulsadas por la cúpula africanista, las de los republicanos se llevarían normalmente a cabo por individuos o grupos de incontrolados que desobedecían al poder legalmente constituido y a quienes ocupaban altos cargos civiles o militares. «Durante los primeros meses de la guerra — apunta el embajador norteamericano Claude Bowers—, España tuvo su reinado del terror. Privadas de las fuerzas necesarias a cualquier gobierno, en cualquier parte, para el mantenimiento de la ley y del orden en medio del pánico y el desbordamiento de pasiones, las autoridades legales de Madrid y Barcelona fueron incapaces de prevenir los crímenes de los extremistas y de los elementos criminales inseparables de cualquier gran centro de población<sup>[19]</sup>».

Las tropas de Mola habían perdido su impulso ofensivo al tomar contacto con los republicanos establecidos en la sierra; por su parte, las milicias, que con predominio anarquista se habían organizado en Barcelona y que pretendían conquistar Zaragoza, no tardarían mucho en desistir de su empeño. Las fuerzas que actuaban en la Península, no cabe duda, carecían de operatividad, y aunque este hecho obedecía a diversos motivos, conviene tener en cuenta que, en definitiva, al estallar la sublevación, no había realmente en el Ejército hispano otras unidades medianamente organizadas y pertrechadas que las del territorio marroquí. El ejército del protectorado, empero, seguía encontrando graves dificultades para atravesar el Estrecho, dado el bloqueo realizado por la Marina republicana. Después de los traslados de tropas efectuados los días 19 y 20 de julio, los rebeldes tuvieron que limitarse a enviar sus soldados a la Península empleando los tres trimotores Fokker que tenían en su poder, a los que se añadirían un bimotor Douglas DC-2 y otros aviones de escasa capacidad. Además, en la noche del 24 al 25 y aprovechando la oscuridad, el teniente de navío Manuel Mora Figueroa lograría transportar 150 legionarios en dos faluchos, desde Ceuta a Tarifa. En total, cuando se acercaba el final del mes de julio, sólo unos novecientos soldados de la Legión y de Regulares habían conseguido cruzar el Estrecho; se trataba, evidentemente, de una fuerza de muy escasa entidad para abordar cualquier acción de mediana envergadura.

Franco, que desde el día 19 se hallaba en Marruecos al mando del ejército de África, comprendió muy pronto que era necesario solicitar ayuda en el extranjero para obtener grandes aviones de transporte que pudieran resolver el problema planteado. Utilizaría, en principio, los servicios del periodista Luis Bolín (con quien había viajado desde Casablanca a Tetuán en el famoso vuelo del *Dragón Rapide*), que acudió a Roma para entrevistarse con

el ministro italiano de Asuntos Exteriores, Galeazzo Ciano; las gestiones dieron buen resultado, de modo que los italianos le proporcionaron a Franco doce trimotores Savoia SM-81 (aunque sólo llegaron nueve) el 30 de julio. Por otro lado, Franco se puso en contacto con Hitler, quien, tras una serie de vicisitudes, accedió a suministrarle veinte trimotores Junkers Ju-52, seis cazas Heinkel He-51, baterías antiaéreas, bombas y municiones. El primer Ju-52 aterrizó el 29 de julio en Tetuán, adonde arribarían otros nueve aviones del mismo tipo en los dos días siguientes; el resto del material fue enviado en el buque de carga *Usaramo*, que partió de Hamburgo el día 31, y entró en el puerto de Cádiz el 6 de agosto. El general Karl Warlimont, no obstante, que ejerció como representante personal de Hitler ante el cuartel general de Franco, señalaría, en declaraciones hechas en setiembre de 1945, que fueron treinta realmente los Ju-52 enviados a Marruecos por el Führer, los cuales además atravesarían Francia y España volando; unidos a los aviones suministrados por Mussolini, añadió Warlimont, los Ju-52 conseguirían transportar hasta el 15 de agosto veinte mil soldados africanos a la Península. Colodny<sup>[20]</sup>, que es quien recoge las declaraciones de Warlimont, aporta el siguiente comentario: «Cuando se considera esta operación en el marco general del conflicto, parece claro que ésta fue la victoria estratégica decisiva de las fuerzas rebeldes».

Por lo demás, la escasez de armas que afectaba a España en julio de 1936 llevaría a los dos bandos en liza a solicitarlas en el extranjero desde el inicio mismo de la contienda. No sólo Franco se dirigió a las potencias fascistas en petición de armamento; también lo hizo Mola, aunque con resultados más modestos, y contó con la colaboración de un grupo de destacados monárquicos alfonsinos, pertenecientes a Renovación Española, que, al producirse el alzamiento, acudieron a Burgos, donde el general instaló, en principio, su puesto de mando. Por su parte, José Giral, el mismo 19 de julio en que se hizo cargo de la Jefatura del Gobierno, dirigiría al primer ministro del gobierno francés del Frente Popular, León Blum, este patético telegrama: «Sorprendidos por peligroso golpe militar. Stop. Solicitamos ayuda inmediata armas y aviones. Stop. Fraternalmente Giral<sup>[21]</sup>».

Es claro que una victoria de los rebeldes habría de representar la existencia de un tercer Estado fascista en las fronteras de Francia, lo que se traduciría, entre otras cosas, en la pérdida de la Península y el protectorado español como puente, para un eventual traslado del ejército colonial francés a la metrópoli; por eso, Blum, apoyado por su ministro del Aire, Pierre Cot, se propuso en un primer momento apoyar a Giral, pero no tardaría en hallar la oposición de otros miembros del gabinete, como el ministro de Asuntos Exteriores, Yvon Delbos, que le obligaron a reconsiderar su postura. Blum optó, pues, por viajar a Londres, donde los gobernantes británicos le aconsejaron que procediera con extrema cautela, y finalmente tomó la decisión de proponer a las principales potencias europeas el establecimiento de un acuerdo de no intervención en España. Es así como surgió la «Farsa de la No-Intervención», mediante la cual se vendría a decretar un boicot que sólo afectaría, en la práctica, al legítimo gobierno de España. El embajador Bowers refleja fielmente la realidad cuando afirma<sup>[22]</sup>: «Este pacto [de no intervención] se había convertido en una farsa hacia octubre de 1936 [el gobierno de la URSS lo denunció por entonces]. Le negó al gobierno español las armas y municiones y fingía no ver las flagrantes violaciones de Alemania e Italia. Armas y municiones entraban a raudales en los puertos portugueses, destinadas a Franco, y, sin ser examinadas en las aduanas, enviábanse inmediatamente a las fuerzas de Franco. Esto lo sabía todo el mundo. Después se hicieron los envíos

abiertamente vía Cádiz, Vigo, Pasajes y Málaga».

Desde el 25 de julio, Delbos venía afirmando<sup>[23]</sup> que enviar armas a España representaría una injerencia en los asuntos internos de un país extranjero; el día 30, tras recibir algunas críticas, terminó aceptando que el legítimo gobierno español tenía perfecto derecho a adquirir armamento, pero siguió mostrándose partidario de evitar el envío para no sentar un mal precedente que podrían aprovechar las potencias fascistas. Las consideraciones de Delbos, desde luego, resultaban bastante ridículas, sobre todo porque, desde finales de julio, era ya un secreto a voces que, tanto Alemania como Italia, estaban interviniendo en España. Los franceses, en todo caso, se abstendrían de proporcionar aviones al gobierno español antes del 8 de agosto, aunque determinados autores hayan sostenido lo contrario durante mucho tiempo, prestando atención a un simple bulo que se extendió por entonces. El 2 de agosto, Francia remitió un borrador a los gobiernos de Gran Bretaña, Italia y Portugal, proponiéndoles que se acordara por escrito impedir el suministro de material bélico y tropas a cualquiera de los bandos españoles en lucha. Los británicos acogieron con entusiasmo la iniciativa francesa, y sugirieron, además, que el acuerdo debería extenderse al mayor número posible de países y, en especial, a Alemania, Italia y la URSS; parece claro que el gobierno del conservador Stanley Baldwin temía a los fascistas pero también a los soviéticos y que, en definitiva, lo que pretendía por encima de todo era evitar que las potencias europeas se alinearan en dos bloques, al apoyar a uno u otro de los bandos enfrentados en España. Pierre Cot se sintió muy contrariado por las trabas que hallaba para ayudar a sus amigos del gobierno español y amenazó con dimitir, pero fue contenido por Blum, quien, en una especie de juicio salomónico, dispuso que, mientras el acuerdo que se estaba gestando no se ratificara, Francia suministraría (por medio de Malraux) aviones a la República española, si bien convenientemente desarmados.

Los primeros países en adherirse al acuerdo de no intervención fueron, obviamente, Francia y Gran Bretaña; después, a lo largo del mes de agosto, lo harían Italia, la URSS y Alemania, hasta un total de veintisiete naciones. El 9 de setiembre se constituyó un comité, instalado en Londres y presidido por el británico lord Plymouth, que tendría como misión velar por los acuerdos establecidos, impidiendo el abastecimiento de armas a cualquiera de los bandos que combatían en España, ya que, como habían advertido los británicos, eso podría traducirse en un enfrentamiento generalizado de las potencias europeas. No había duda, con todo, de que Alemania se mostraba inclinada a iniciar la guerra. Desde 1935 venía fomentando el desarrollo de sus fuerzas aéreas y había establecido el servicio militar obligatorio; ese mismo año, por otra parte, recuperó el Sarre y, en marzo de 1936, procedió a la remilitarización de Renania. Hitler, nombrado canciller el 30 de enero de 1933, había accedido al poder, entre otras cosas, gracias a su radical oposición a las cláusulas del Tratado de Versalles, que la inmensa mayoría de los alemanes consideraba abusivas e injustas; al despreciar tales cláusulas, Hitler estaba rearmando Alemania, a la par que recuperaba algunos territorios perdidos por la aplicación del referido tratado, sin que la Sociedad de Naciones, creada en Versalles para salvaguardar la paz, fuera capaz de dar la oportuna respuesta a sus continuas provocaciones. Tras optar por un temerario expansionismo, el Führer aprovecharía la contienda hispana para impulsar sus planes. «En relación con la expansión germana —escribe Vicente Rojo—, la guerra española sería solamente un paso accidental y preparatorio, aunque utilísimo, en lo político, en lo estratégico y en lo moral<sup>[24]</sup>». Gracias a la guerra civil, añade Rojo, los alemanes ganarían

buenos puntos de apoyo en Europa, asegurarían importantes alianzas al enarbolar el banderín anticomunista, y conseguirían el adiestramiento de los cuadros de las fuerzas aéreas y de otras ramas técnicas. Y concluye: «España entraba así en la historia de la segunda guerra mundial como víctima de un crimen político, militar, inhumano e injusto, del que eran responsables unas potencias por acción y otras, conjuntamente con la Sociedad de Naciones, por inacción. Allí quisieron evitar la Gran Guerra a costa de la destrucción de España, y precisamente allí la encendieron con su vergonzante intervención y con sus claudicaciones».

En realidad, las condiciones impuestas a los vencidos en la primera guerra mundial no resultaron tan excesivas como los alemanes proclamaban; Alemania, en efecto, continuaría siendo, pese al Tratado de Versalles, una gran potencia europea, y, durante los años veinte, sus gobernantes consideraron que no merecía la pena arriesgarse a una guerra general<sup>[25]</sup>.

Con la llegada de Hitler al poder, sin embargo, todo cambiaría. Él sostenía que era aconsejable la guerra para proporcionar al país el espacio vital necesario; que era preciso someter al dominio alemán determinados territorios agrícolas que pertenecían a la URSS. Haciendo caso omiso de las restricciones del tratado, Hitler fue preparando al ejército para realizar, en principio, una serie de conquistas que habrían de incrementar la fortaleza de Alemania, hasta que llegara el momento de abordar el esperado conflicto general. Por otro lado, el Führer estaba persuadido de que la Sociedad de Naciones no trataría de impedir su política expansionista, como no lo había hecho con los japoneses cuando ocuparon Manchuria en 1931, ni con los italianos, que invadieron Abisinia en 1935. Mussolini, que gobernaba Italia desde 1922 y que, fiel a la doctrina fascista, glorificaba la guerra y repudiaba el pacifismo, no dejaba de reconocer las limitaciones materiales y técnicas de su país, las cuales le incapacitaban para afrontar empresas tan ambiciosas como las de los germanos. Gran admirador del poderío industrial y militar de Alemania, Mussolini, no obstante, pretendía seguir su estela, sin atender demasiado los consejos de su ministro Ciano, que apelaba a la prudencia.

Las potencias democráticas, vencedoras en la guerra de 1914, no se sintieron más fuertes al concluir el conflicto. Francia había sufrido muchas bajas y era consciente de su debilidad material y moral; vivía aterrada por el peligro alemán. Por su parte, los gobernantes británicos, recordando que la Gran Guerra había estallado a raíz de un pequeño conflicto que originó una reacción en cadena, querían evitar a toda costa que se repitiera un hecho semejante; además, no deseaban crear de nuevo un gran ejército terrestre, confiando, sobre todo, en su poderío marítimo y en la eficacia del bloqueo.

Los dirigentes de la URSS, que habían abandonado la Gran Guerra en marzo de 1918 (ocho meses antes de que la contienda terminara), al firmar un tratado de paz con los alemanes, comprendían que el nuevo régimen ruso distaba mucho de estar consolidado. (Los gobiernos europeos, en general, tardaron bastante en reconocerlo; España lo hizo en 1933, pero las relaciones diplomáticas no quedaron realmente establecidas hasta el 28 de agosto de 1936, con la llegada del embajador Marcel Rosenberg). El acceso de Hitler al poder, en todo caso, provocó en los soviéticos una clara actitud defensiva, que los llevó, por

ejemplo, a buscar una alianza con las potencias democráticas.

Tal era el panorama europeo de 1936; éste nos explica, en gran medida, la conducta observada por los diversos países en torno al conflicto hispano, que tantas pasiones llegó a levantar, tantos temores infundió y tantos intereses puso en movimiento.

El comité establecido en Londres no evitó, desde luego, el estallido de la segunda guerra mundial, y, por otro lado, permitió que el fallido alzamiento protagonizado por los generales africanistas se convirtiera, con la intervención extranjera, en una sangrienta guerra civil. El pronunciamiento de julio del 36, en verdad, no tenía futuro, dado el bloqueo a que fue sometido el ejército marroquí, pero los aviones enviados por las potencias fascistas resolvieron este problema de los rebeldes. Y mientras tanto, cada vez que se presentaban pruebas sobre el incumplimiento del pacto de no intervención por parte de Alemania e Italia, el inefable lord Plymouth se limitaba a responder que tales pruebas, realmente, carecían de fundamento<sup>[26]</sup>. El comité londinense, en definitiva, distaría mucho de desarrollar, a lo largo de la guerra civil, la función para la que había sido creado, favoreciendo, además, con descaro al bando de los militares sublevados; por eso, muchos acabarían por darle el nombre de «Comité de Intervención»...

El auténtico puente aéreo entre Marruecos y la Península fue organizado tras la llegada de los grandes aviones de transporte alemanes e italianos. El primer Ju-52 que arribó al aeródromo de Tetuán, pilotado por el alemán Alfred Henke, realizaría a partir del 29 de julio cinco vuelos diarios, desde dicha ciudad hasta Jerez de la Frontera, con cuarenta pasajeros (legionarios y regulares) en cada vuelo. Pronto sería auxiliado por los otros aviones suministrados por las potencias fascistas, a la par que se utilizaba el aeródromo sevillano, de manera que, al comenzar el mes de agosto, más de dos mil hombres del ejército del protectorado habían conseguido atravesar el Estrecho; pudo formarse así la primera columna africana, que, mandada por el teniente coronel Asensio Cabanillas, partió, el día 2, de Sevilla hacia Madrid, vía Mérida y Talavera. La columna estaba compuesta por un tabor de Regulares, una bandera de la Legión, dos autoametralladoras, una batería de artillería, una compañía de zapadores, una estación de radio y los correspondientes servicios de intendencia y sanidad; disponía, además, de vehículos de motor requisados para el transporte de tropas. El objetivo principal asignado a la columna consistía en avanzar rápidamente en dirección a Mérida, pero también se le encomendaba, como objetivo secundario, la misión de socorrer a los pueblos que, cercanos al eje de progresión, se hallaran dominados o amenazados por elementos revolucionarios. El día 3 saldría de Sevilla otra columna al mando del comandante Castejón, y, el día 7, lo haría la del teniente coronel Tella. Todas ellas, con una composición similar, seguirían la misma ruta y quedarían bajo el mando del teniente coronel Yagüe.

Franco aprovechó la superioridad aérea y el hecho de contar con excelentes aviones de bombardeo aeronaval (los SM-81) para enviar, el día 5, a través del Estrecho el denominado Convoy de la Victoria, integrado por un cañonero, un guardacostas, un mercante y dos motonaves, que lograrían transportar a la Península 2500 soldados de Regulares y la Legión, amén de una considerable cantidad de material de guerra. El día 6, como es sabido, el *Usaramo* desembarcó en Cádiz diez Ju-52, seis cazas He-51, cañones

antiaéreos, bombas y municiones, pero, por otro lado, los italianos enviaron al día siguiente veintisiete aviones de caza Fiat CR-32, cinco tanques, cuarenta ametralladoras, doce cañones antiaéreos, municiones, bombas, gasolina de aviación y lubricantes<sup>[27]</sup>. Las tropas africanas, pues, las mejor pertrechadas del Ejército español al iniciarse el conflicto, estaban recibiendo, no sólo armamento y munición para reforzarse convenientemente, sino también un buen número de modernos aviones (muy superiores a los utilizados hasta entonces en España), los cuales, a las misiones de transporte y bombardeo en el Estrecho, unirían las de apoyo a las unidades que operaban en tierra avanzando hacia Madrid; los cazas realizarían ametrallamientos, mientras que la mitad de los Ju-52, retirados del servicio en el Estrecho, llevarían a cabo bombardeos.

En la primera quincena de agosto, el ejército de África contaba, desde luego, con abundantes medios materiales, pero también humanos. Balfour<sup>[28]</sup> calcula que, al producirse el alzamiento, había en Marruecos unos treinta y cuatro mil soldados, de los que cerca de la mitad eran europeos, pertenecientes a la Legión y a los batallones de Cazadores, y, la otra mitad, marroquíes (de Regulares, Tiradores y la Mehala). Sin embargo, los generales sublevados comprendieron muy pronto que resultaba indispensable incrementar el número de las unidades africanas y emprendieron un masivo y acelerado reclutamiento entre las tribus de Marruecos. Para lograr el alistamiento de marroquíes, los rebeldes aumentaron sustancialmente los sueldos y las bonificaciones de la tropa, en unos momentos en que el hambre amenazaba muy seriamente a los habitantes del protectorado, dados los estragos causados por la sequía en los cultivos del territorio; por otro lado, como consecuencia de la rebelión militar, habían dejado de funcionar diversos servicios, lo que llevaría consigo la destrucción de bastantes puestos de trabajo. Animados, además, por el califa Muley Hassan, que se había adherido a la causa rebelde antes del levantamiento, y por el gran visir de Tetuán, que lo haría poco después gracias a los buenos oficios del coronel Beigbeder, los marroquíes acudieron en masa a los centros de reclutamiento durante los primeros meses de la contienda hispana; pero a medida que la guerra avanzaba, la creciente necesidad de soldados en el ejército africano llegó a rebasar con mucho las posibilidades de un alistamiento voluntario, de modo que los rebeldes se vieron obligados a engañar e, incluso, a coaccionar a los potenciales reclutas. Tras analizar diversas fuentes, por lo demás, María Rosa de Madariaga ha concluido que, en la guerra civil, combatieron alrededor de 85 000 norteafricanos, de los que aproximadamente 15 000 procedían del protectorado francés, Sidi Ifni y el Sahara español<sup>[29]</sup>.

Gracias a los servicios prestados por los aviones alemanes e italianos, los rebeldes consiguieron transportar de Marruecos a la Península, por vía aérea y marítima, un importante contingente de soldados africanos durante los meses de agosto y setiembre, a un ritmo de unos diez mil hombres al mes. Por otra parte, cuando finalizaba el mes de setiembre (concretamente el día 29), los barcos de la marina rebelde derrotaron a los republicanos en la batalla del Cabo Espartel, con lo que obtuvieron el definitivo control del Estrecho; aprovechando esta circunstancia, en sólo dos días fueron trasladados ocho mil hombres desde el territorio del protectorado al peninsular. Evidentemente, el ejército expedicionario africano, desde la formación de sus primeras columnas, resultaba demasiado poderoso para las rudimentarias fuerzas que intentaron oponerse a su avance. En Andalucía occidental y Extremadura no era tan fácil organizar unidades milicianas como en las grandes urbes (Madrid y Barcelona, sobre todo), donde, además, se procedió al reparto de

armamento depositado en cuarteles y parques. Las columnas marroquíes, si exceptuamos el asalto a Badajoz que en realidad pudo evitarse, llevaron a cabo por tierras andaluzas y extremeñas un auténtico paseo militar, sin privarse, desde luego, de sembrar el terror entre unos campesinos que, en su inmensa mayoría, eran militantes o simpatizantes de la izquierda proletaria. Los africanos, que viajaban en camiones, echaban pie a tierra al acercarse a algún pueblo, para avanzar en orden de combate; si eran recibidos con algún disparo de fusil o escopeta, la artillería bombardeaba los edificios más sólidos (las iglesias, normalmente), donde se refugiaban los defensores, y a continuación efectuaban el asalto. «Los milicianos luchaban desesperadamente —explica Gabriel Jackson— mientras les duraban las municiones o gozaban de la protección de edificios o árboles [...] Cuando se veían amenazados por un movimiento de flanco, o eran desalojados por el fuego de artillería, los milicianos huían a lo largo de las carreteras, sin tener la menor idea de las ventajas de desplegar en el campo. Las ametralladoras de los insurgentes, colocadas en las carreteras, mataban a los fugitivos como conejos<sup>[30]</sup>». En Almendralejo, unos cien milicianos lograron hacerse fuertes en la torre de la iglesia, donde aguantaron el tiro de fusilería y el bombardeo artillero durante una semana; finalmente no tuvieron más remedio que rendirse, y los cuarenta supervivientes fueron formados en fila y fusilados. Con todo, el episodio más sangriento protagonizado por las tropas africanas en tierras extremeñas fue, sin duda, el de Badajoz, que tuvo lugar el 14 de agosto y del que periodistas e historiadores han dado cumplida noticia; Gerald Brenan resume este terrible suceso, afirmando<sup>[31]</sup>: «La famosa matanza de Badajoz fue simplemente el acto culminante de un ritual que había sido representado en cada ciudad y pueblo del suroeste de España».

En su ataque a Badajoz, las columnas africanas se encontraron ante una ciudad amurallada, defendida por unos cuatro mil milicianos, que disponían de fusiles y algunos morteros y ametralladoras. Pese a contar con el apoyo de bombarderos Ju-52 y SM-81, los asaltantes sufrieron muchas bajas antes de acabar con la resistencia de los defensores; pero, tras su entrada en la ciudad, se vengaron con saña, ejecutando a más de dos mil milicianos, a la par que saqueaban la población y violaban a un considerable número de mujeres. Las tropas marroquíes, en definitiva, mostraron en Badajoz su escasa capacidad para combatir en centros urbanos y contra posiciones medianamente fortificadas, pero dejaron también en evidencia, como venían haciéndolo desde su llegada a la Península, las malas artes propias de la guerra sucia africana.



*España el 15 de agosto de 1936.*

Las luchas entre las tribus marroquíes se caracterizaron tradicionalmente por el salvajismo, que se ponía de manifiesto en el asesinato o la mutilación de los prisioneros y también en las famosas razias, es decir, en la entrada a sangre y fuego en los poblados, donde se cometían saqueos, destrucciones, violaciones, matanzas<sup>[32]</sup>. Lo que en la guerra civil denominaban los rebeldes «operaciones de limpieza» equivalían más o menos a las razias practicadas tanto en la época de las luchas tribales como durante la guerra colonial, ya que los regulares y los legionarios (que asimilaron pronto la cruel forma de combatir de los indígenas) las llevarían a cabo con prodigalidad. Debe tenerse en cuenta que la Legión, en general, estaba integrada por marginados sociales, por perdedores, que buscaban cierto calor humano, pero también la ocasión para desahogar sus resentimientos; Millán Astray creó para los legionarios un pretendido código de conducta, compendiado en el *credo*, que contenía las reglas y las orientaciones por las que había de regirse el grupo. En el *credo* se proclama que el espíritu legionario «es de ciega y feroz acometividad» y se rinde culto a la muerte con artículos como el siguiente: «El morir en el combate es el mayor honor. No se muere más que una vez. La muerte llega sin dolor y el morir no es tan terrible como parece. Lo más terrible es vivir siendo un cobarde<sup>[33]</sup>». Balfour estima que el salvajismo de la Legión «podría ser un reflejo de la socialización disfuncional de los que se alistaron en ella porque no eran capaces de vivir en una sociedad civil», y añade que, si bien la cultura bélica de las tribus rifeñas influyó en la Legión, no cabe duda de que ésta, con su culto a la muerte, hubo de contribuir a hacer más sangrienta la guerra colonial<sup>[34]</sup>. En todo caso, lo cierto es que, desde su traslado a la Península, el ejército marroquí realizó sistemáticamente actos de barbarie, que se sucedieron hasta su llegada a las puertas de Madrid; los mandos de ese ejército y los generales africanistas que encabezaron el alzamiento no mostraron interés alguno en reprimir esa barbarie, pues su experiencia en la guerra colonial los llevaba a pensar que la estrategia del terror producía siempre resultados positivos; además, entendían que era bueno permitir que los regulares y los legionarios se lucraran por medio del pillaje y el saqueo, ya que con ellos obtenían un sobresueldo. De la confianza en el terror africano como arma psicológica, en fin, son exponente fiel las charlas radiofónicas del general Queipo de Llano, quien solía aludir a las brutalidades de los soldados marroquíes con el claro propósito de amedrentar a los que permanecían leales a la República.

Tras la conquista de Badajoz, las tropas de Yagüe siguieron avanzando hacia Madrid por el valle del Tajo; el 26 de agosto, Franco estableció su cuartel general en Cáceres y a continuación le envió refuerzos a Yagüe, que vería así incrementadas sus tres columnas (las de Asensio, Castejón y Tella) con otras dos, mandadas por Delgado Serrano y Barrón, que se incorporaron algunos días después. Ante la agrupación de Yagüe se presentaba el obstáculo de Talavera de la Reina, donde la topografía de la zona permitía organizar una sólida posición, que para los republicanos habría de constituir uno de los puntos fuertes de la defensa de Madrid. Yagüe, sin embargo, no halló grandes problemas para vencer la resistencia republicana, y ocupó la citada plaza el 3 de setiembre; seguidamente, sus tropas, como denunciaría en su día el periodista John Whitaker, se entregaron a una brutal represión, con masivos fusilamientos de milicianos o simples sospechosos de apoyar a los partidos de izquierdas<sup>[35]</sup>. Vencido el obstáculo de Talavera, el camino de Madrid parecía quedar expedito y en el bando republicano se produjo la correspondiente alarma, que, entre otras cosas, daría lugar a un cambio de gobierno; fue sustituido el gabinete Giral por el de Largo Caballero, en el que entraron a formar parte, por primera vez desde el triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero, representantes de la izquierda proletaria

(socialistas y comunistas). Junto con la presidencia del Consejo, Largo asumió la cartera de Guerra con el firme propósito de remediar la grave situación que atravesaban las fuerzas republicanas; desde finales de setiembre y contando con la colaboración del general Asensio Torrado, abordó una reforma militar cuyos CAPÍTULOS esenciales fueron la militarización de las milicias, la reorganización del Estado Mayor Central y la creación de las brigadas mixtas y el comisariado de guerra. Largo decidió, además, instaurar oficialmente el mando único, para poder coordinar todas las operaciones de las distintas zonas, utilizando como instrumento el Estado Mayor Central<sup>[36]</sup>. Con sus reformas, evidentemente, el líder socialista perseguía sentar las bases del ejército regular de la República, y, como señala Líster<sup>[37]</sup>, parece que se inspiró bastante en los criterios mantenidos por los comunistas y puestos en práctica en su famoso Quinto Regimiento; pero el propio Líster no deja de reconocer que la tarea reformista emprendida por Largo tendría, al cabo, una limitada trascendencia, ya que el Ejército Popular, en realidad, llegaría a surgir gracias a la reacción operada en los defensores madrileños durante el asedio de la capital. «En la serie de combates y batallas, cuyo conjunto constituye la defensa de Madrid — apunta, en efecto, Líster—, nació el nuevo Ejército español de tipo regular».

Tras rebasar Talavera, las tropas de Yagüe establecieron contacto, en Arenas de San Pedro, con las del general Mola, que había enviado a través del Puerto del Pico una columna de Caballería, al mando del coronel Monasterio; esa columna pasaría a formar parte de la agrupación de Yagüe, que avanzaba sin apenas encontrar resistencia. El corresponsal del diario soviético *Pravda*, Mijail Koltsov<sup>[38]</sup>, pudo comprobar, en aquellos días, el caos y la desmoralización que reinaban en las huestes republicanas situadas en la ruta que conduce de Talavera a Madrid; los soldados abandonaban sus puestos, no cumplían las órdenes de los militares profesionales, de quienes no se fiaban, y ni siquiera obedecían a los jefes de milicias enérgicos, como Enrique Líster, quien, refiriéndose a la tropa que tenía a su cargo, llegaría a exclamar: «No quieren combatir. Hoy el camino de Madrid está completamente abierto. Los autobuses de vanguardia, llenos de cobardes, han llegado hasta la ciudad [...] Subidos en un solo tanque, los fascistas habrían podido entrar hoy en la capital». Los milicianos sentían verdadero pánico ante la posibilidad de caer prisioneros de los marroquíes; por otro lado, no sabían protegerse de los bombardeos y los ametrallamientos realizados por los aviones alemanes e italianos, que, por entonces, se intensificaron considerablemente. A finales de agosto, los rebeldes habían recibido ya de Italia 12 bombarderos y 27 cazas, y, de Alemania, 26 bombarderos y 15 cazas; pero, a lo largo de setiembre, ambas potencias aumentaron su ayuda, enviando los alemanes 39 cazas y los italianos 6 bombarderos y 26 cazas<sup>[39]</sup>. Mientras tanto, a los republicanos sólo les suministraron desde el extranjero 26 aviones franceses, de calidad aceptable, pero «sin armas ni medios idóneos para instalarlas y sin el apoyo de un cuerpo de mecánicos y pilotos entrenados, o de un cuerpo de instructores<sup>[40]</sup>».

A las nueve de la mañana del día 9 de setiembre, Vicente Rojo, comisionado por el gobierno republicano, solicitó la entrada en el asediado alcázar de Toledo para parlamentar con los defensores y pedirles la rendición o, al menos, la liberación de las mujeres y niños y de los militantes de izquierdas mantenidos como rehenes. Fue recibido en la denominada Puerta de Carros por su compañero y entrañable amigo Emilio Alamán, que se había sumado a los sublevados, y más tarde se refugió en la fortaleza toledana, a las órdenes del coronel Moscardó. Los dos amigos volvían a reunirse, por unos momentos y en

circunstancias dramáticas, tras apenas dos meses de separación; la distancia entre ambos, con todo, resultaba ahora abismal. Atrás quedaban varios lustros de estrecha colaboración, compartiendo inquietudes y trabajos; en la casa solariega de la Infantería habían tomado el relevo de los comandantes Ibáñez y Angulo, promotores, en los aciagos días que siguieron al Desastre del 98, de la regeneración del Ejército por la enseñanza. Con la publicación de la *Colección Bibliográfica Militar* consiguieron entusiasmar a un buen número de militares españoles, los cuales apostaron resueltamente por los valores proclamados en la revista, frente al mezquino horizonte que ofrecían los africanistas, esos mediocres y trasnochados adictos al pretorianismo, sólo obsesionados por adquirir poder, que terminaron viendo sus ambiciones frustradas con la caída de los gobernantes derechistas y que ahora pretendían imponerse por la fuerza dirigiendo la invasión de los marroquíes.

Alamán, evidentemente, había sido uno de los militares que, durante los meses anteriores al alzamiento y, en especial, tras el asesinato de Calvo Sotelo, evolucionaron hacia el conservadurismo, alarmados por el desorden que reinaba en las calles y dejándose ganar por la estrategia de desestabilización desarrollada por los reaccionarios en colaboración con los militares conjurados; de ahí su adhesión a la rebelión. Rojo, por su parte, no era propenso a caer en las trampas tendidas por las clases privilegiadas y los denominados partidos de orden que las servían; deploraba, desde luego, el clima de violencia y algarada que a menudo desataban los trabajadores, mas sus orígenes humildes, su formación cristiana y su cultura histórica le habían ayudado a adquirir una fina sensibilidad social que le permitía ser comprensivo con los estallidos de cólera de las clases modestas, despiadadamente oprimidas a lo largo de generaciones. Enamorado de su profesión, por otro lado, Vicente Rojo llevaba muchos años dedicado al estudio y al trabajo, perfeccionando sus conocimientos militares, y, precisamente desde el advenimiento de la República, ese afán de perfeccionamiento había dado muy buenos frutos, con su paso por la Escuela Superior de Guerra, que le colmó de satisfacciones y reforzó su prestigio. Rojo, además, había ofrecido lo mejor, quizá, de sí mismo a la empresa de modernizar y dignificar el Ejército... Habían sido muchos, en verdad, los esfuerzos realizados, las ilusiones puestas en juego, los logros obtenidos, y no parecía dispuesto a echarlo todo por la borda, colocándose al servicio de los indocumentados pretorianistas africanos. Pero Rojo era, por encima de todo, un hombre de arraigados principios, dotado de un temple moral poco común, y esta faceta suya, tan celebrada por quienes le conocían a fondo, sería la que, en definitiva, habría de pesar con más fuerza en su decisión de mantenerse fiel al gobierno legalmente constituido. El afamado escritor Francisco Ayala (compañero de exilio americano) supo trazar con elegancia y justeza el retrato de nuestro personaje, en un artículo publicado en el diario *El País*, el 6 de febrero de 1990. «Recto e intachable — apuntaba Ayala— son los adjetivos que mejor cuadran a su calidad humana; y todavía habría que añadir a ellas el de la entereza. En seguida se advierte, con sólo enunciarlas, que tales notas constituyen la clave del arco de las virtudes militares clásicas. Y esto es en esencia lo que el general Rojo fue: un militar de cuerpo entero, incondicionalmente, sin fisuras ni vacilaciones».

Después de que el coronel Moscardó se negara a aceptar sus propuestas, Vicente Rojo se despidió de su amigo Alamán con un fuerte abrazo y abandonó el alcázar toledano por la misma puerta que había entrado; es fácil imaginar la emoción que le embargaba en aquellos momentos, pero, siempre sobrio y equilibrado, se abstuvo de manifestar sus

sentimientos, mientras caminaba por las calles de la ciudad, atestadas de milicianos, mayoritariamente anarquistas, que trataban de someter a los defensores de la fortaleza.

El 21 de setiembre, los soldados de Yagüe alcanzaron la localidad de Maqueda, a 72 kilómetros de Madrid, de la que partía un ramal hacia Toledo, y Franco ordenó que detuvieran su avance. Si los africanos hubieran continuado progresando hacia Madrid, lo más probable es que la hubiesen conquistado sin problemas, dando así fin a la contienda. En ese caso, la Junta de Defensa de Burgos, creada y manejada por Mola, aunque presidida por el general Cabanellas, sería la que administrara la paz; y Franco, que era quien mantenía el poder de hecho, al ostentar el mando del ejército africano y controlar casi toda la ayuda extranjera, no parecía dispuesto a aceptarlo. Se convocó una reunión de generales en un aeródromo de Salamanca, con la que se pretendía, en el fondo, resolver este problema, pero no se obtuvo el resultado apetecido; finalmente, Franco optó por dirigir hacia Toledo sus tropas, que lograron liberar el alcázar el día 27, y organizó a continuación un auténtico mitin político que le permitiría acceder, no sólo al cargo de generalísimo de los ejércitos, sino también al de jefe del gobierno del Estado. Toledo cayó sin ofrecer demasiada resistencia y fue saqueada por las tropas africanas, que montaron seguidamente, en la gran plaza de la ciudad, el habitual mercadillo para la venta de los objetos robados; además, los africanos realizaron una terrible matanza que se extendió, incluso, a los hospitales donde los milicianos se curaban de las heridas recibidas en combate. «Los moros y los legionarios —señala Vidarte— fueron degollando a los heridos, cama por cama, y a un pobre cura, que de rodillas y con los brazos en cruz quiso protegerlos, le cortaron los brazos y lo asesinaron a machetazos. Era el padre Muiño<sup>[41]</sup>». Esta serie de brutalidades no impedirían que Franco, en el discurso pronunciado para celebrar la victoria, se expresara así: «Españoles, ya veis cómo se va cumpliendo nuestro programa. Nuestras tropas, esas tropas de españoles hidalgos, los de la más pura cepa, han conquistado Toledo».



*El frente madrileño el 21 septiembre de 1936.*

Desde su puesto de generalísimo, Franco procedió a la reorganización de las fuerzas rebeldes, y se constituyeron dos ejércitos de operaciones: el del sur, con Queipo de Llano como jefe, y el del norte, mandado por Mola y dividido, para el ataque a Madrid, en el sector de la sierra, que ocupaba el antiguo ejército del propio Mola, y el del suroeste de la

capital, que correspondía al ejército expedicionario africano, cuyo jefe sería desde ahora el general Varela y que debería marchar sobre Madrid por las carreteras de Extremadura y Toledo, utilizando esta última como eje principal de avance. La reorganización de Franco, en realidad, no varió demasiado las cosas; pero su decisión de desviarse a Toledo acarrearía graves problemas a las tropas africanas, las cuales bascularon en exceso hacia el este, con lo que perdieron prácticamente la opción de maniobrar por el oeste, a la par que ensanchaban indebidamente el frente y dejaban el flanco derecho muy expuesto a los contraataques de los republicanos, cuya base de operaciones se hallaba en la región levantina. Por otra parte, mientras Franco perdía un tiempo precioso en Toledo, se produjo en el panorama internacional un cambio que perjudicaría seriamente al bando franquista, al decidir la URSS, tras denunciar repetidamente ante el Comité de No Intervención la conducta observada por las potencias fascistas, acudir en ayuda del bando republicano. El 4 de octubre arribó al puerto de Cartagena el primer barco con armamento ruso y, diez días más tarde, lo haría otro, transportando cincuenta tanques T-26. Los soviéticos enviaron además, durante los quince días siguientes, diez bombarderos Tupolev SB-2, «Katiuska», y cuarenta cazas Polikarpov I-15, «Chato», que irían apareciendo en el cielo de Madrid a partir del 5 de noviembre.

Vicente Rojo, que ascendió a teniente coronel el 23 de octubre, participó, entre los días 21 y 26 de ese mismo mes, en un contraataque sobre el flanco derecho de las fuerzas africanas, mandando una de las tres columnas que lo ejecutaron; en las otras dos columnas actuaron como jefes el coronel Puigdemgola y el oficial de milicias Juan Modesto, uno de los líderes del Quinto Regimiento. El contraataque, que según el propio Modesto<sup>[42]</sup> fue «la primera operación organizada en el frente de Madrid», tenía como objetivo la reconquista de Illescas, pero terminó fracasando; además, un buen número de oficiales profesionales integrados en las columnas aprovecharon la ocasión para pasarse a los rebeldes. Los republicanos, no obstante, realizaron el día 29 un nuevo contraataque en Seseña, en el que intervinieron ya los recién llegados tanques rusos y la Primera Brigada Mixta de las seis creadas por Largo Caballero, que fue puesta bajo el mando de Líster; pero tampoco esta vez se alcanzó el éxito, debido, fundamentalmente, a la falta de coordinación entre la infantería y los tanques. Hubo todavía algunos contraataques más, coronados igualmente por el fracaso, y las tropas africanas continuaron su avance hacia Madrid, con lo cual a menudo provocaron el pánico y las desbandadas de los milicianos.

En su análisis del proceso de formación del Ejército Popular, Vicente Rojo se refiere a la etapa de la retirada republicana desde Talavera a Madrid, que correspondería al tercer período de ese proceso. Durante el mismo, las primeras brigadas combatieron ya fundidas con las antiguas milicias y surgió «un comienzo de unidad de doctrina y de mando», que representó el primer paso para la constitución del Ejército. «Se inicia —añade Rojo— la coordinación de las unidades dentro de las columnas y se coordinan también las columnas entre sí. La muchedumbre que venía organizándose lentamente y que pasó del período inorgánico a la fase de multitud organizada, adquiere cohesión y toma una estructura fundada en principios militares y en el escalonamiento del mando». El ejército regular de la República asomaba apenas por el horizonte, venciendo mil dificultades y en medio de la tragedia que asolaba España; una tragedia que, sin duda, empezó a gestarse en el ambiente de los años posteriores al Desastre del 98, cuando Alfonso XIII tuvo la malhadada idea de regenerar el Ejército, emprendiendo una aventura colonial que terminó dando lugar a la

aparición de los militaristas africanos y sus sanguinarias Fuerzas de Choque.

Por lo demás, el fracaso de los contraataques sobre el flanco derecho de las tropas marroquíes causaría un gran quebranto en la moral de los republicanos. Los milicianos, a duras penas, intentaron todavía oponerse a la avalancha africana, ofreciendo resistencia, sobre todo, en los poblados que se esparcían por las inmediaciones de Madrid, pero se veían forzados a abandonarlos ante el bombardeo artillero del adversario y salían huyendo por la carretera, donde las armas automáticas de los moros y legionarios y los aviones, en vuelo rasante, los ametrallaban sin piedad. El 4 de noviembre, los africanos alcanzaron la línea Alcorcón-Leganés-Getafe, y ese mismo día Largo Caballero remodeló su gabinete, dando entrada a cuatro militantes anarquistas, con el claro propósito de obtener una mayor representación. Dos días más tarde, empero, Largo y su gobierno dejarían Madrid a toda prisa para dirigirse a Valencia, llevándose consigo a la mayoría de los líderes de las principales organizaciones políticas y sindicales. «El silencio —comenta Ronald Fraser— se apoderó de la ciudad. La gente se retiró a sus casas, confusa ante lo que parecía ser la franca confesión de que era imposible defender la capital<sup>[43]</sup>».

## SEGUNDA PARTE

### **Un conflicto internacional**



## CAPÍTULO 5

### La gran epopeya

Una vez que Varela hubo alcanzado la línea Alcorcón-Leganés-Getafe, el día 4 de noviembre, se dispuso a trazar los últimos planes para entrar en Madrid; convencido de que la ocupación de la capital no iba a presentar graves problemas, se atrevió incluso a recibir a varios periodistas extranjeros, en su puesto de mando instalado en Getafe, para comunicarles: «Pueden ustedes anunciar al mundo que Madrid caerá esta semana». En su cuartel general de Ávila, Mola se manifestó de forma parecida ante otro grupo de periodistas, a quienes explicó que contaba con cuatro columnas en los alrededores de Madrid, dispuestas para el ataque, y con una «quinta columna» en el interior de la ciudad, que se alzaría en el momento oportuno para apoyar a los atacantes; Mola añadió, dirigiéndose a Noel Monks, corresponsal del londinense *Daily Express*: «Quédese unos cuantos días por aquí, señor Monks, y podremos tomar café juntos en la Puerta del Sol<sup>[1]</sup>». Mientras tanto, los aviones franquistas dejaban caer sobre la capital miles de octavillas, firmadas por el propio Franco y con el siguiente texto: «Madrileños, Madrid va a ser liberada, guardad la calma y alejaos de las zonas de combate [...] Milicianos y trabajadores de Madrid: arrojad vuestras armas y liberaos de los falaces dirigentes que os engañan [...], sabremos quiénes son los culpables y sobre ellos caerá el peso de la ley».

Los madrileños, realmente, no debieron de fiarse demasiado de las palabras de Franco, pues estaban sobradamente informados acerca de las atrocidades cometidas por las tropas africanas durante su marcha hacia Madrid; en todo caso, no cabe duda de que los rebeldes se proponían descargar el peso de su ley (aplicando sus «castigos ejemplares») sobre todos aquellos, civiles o militares, que hubieran mostrado su adhesión al Frente Popular o participado en la lucha por la defensa del legítimo gobierno republicano. Las intenciones de quienes preparaban el asalto a la capital, en efecto, salieron a relucir en el decreto publicado el día 5 por el Boletín Oficial franquista, que disponía la creación de ocho Consejos de Guerra, para juzgar los delitos incluidos en el bando que habría de emitir, tras consumarse la conquista de la ciudad, «el general jefe del ejército de ocupación»; en su parte expositiva, el decreto afirmaba textualmente: «El restablecimiento del orden jurídico en la plaza de Madrid, alterado durante más de tres meses, y el sinnúmero de crímenes de todo orden, amparados por la carencia de tribunales, cuando no protegidos a instancia del llamado gobierno de la República, obliga a dictar la presente disposición en la que, junto a las garantías procesales, quedan coordinadas las características de rapidez y ejemplaridad tan indispensables en la justicia castrense».

Ya el 30 de julio, el Boletín Oficial de la Junta de Defensa establecida en Burgos había publicado un bando declaratorio del estado de guerra, en el que se amenazaba con

castigar a quienes, «cegados por un sectarismo incomprensible», cometieran «actos u omisiones que causaren perjuicio a los fines» que perseguía el «movimiento redentor» de la patria. El bando contenía doce artículos que habrían de servir de base a las acciones judiciales emprendidas por los rebeldes; en uno de tales artículos se disponía que quedarían sometidos a la jurisdicción de guerra y sancionados por procedimiento sumarísimo «los delitos de rebelión, sedición y sus conexos, atentados, resistencia y desobediencia a la autoridad y sus agentes». Por el hecho de haberse sublevado contra un gobierno legalmente constituido (al que solían descalificar con la expresión «el llamado gobierno de la República»), los generales rebeldes se creían fuente de todo derecho y, en su delirio, llegarían a condenar por un delito de rebelión a los militares que no se habían rebelado; tal sería el caso, por ejemplo, del recto y noble general Batet, jefe de la Sexta División Orgánica (Burgos), a cuyas órdenes se hallaba Mola, y que fue traicionado por éste y después sometido a juicio de acuerdo con las normas establecidas en el citado bando de la Junta de Defensa<sup>[2]</sup>. A Batet, que mantuvo su lealtad al gobierno, se le acusó, en los *considerandos* de la sentencia, de intentar entorpecer «el Movimiento Nacional», lo que habría de traer como consecuencia «la destrucción ulterior de la patria», y de obedecer a un «gobierno revolucionario» que impedía la convivencia ciudadana. Por semejantes «delitos» sería condenado a muerte y ejecutado.

La creación de los ocho Consejos de Guerra, para juzgar a los defensores de Madrid, vendría acompañada de otras medidas, como la del nombramiento de los funcionarios que deberían hacerse cargo de la administración madrileña, a quienes se les advirtió que estaba previsto entrar en la ciudad el día 7. Por otro lado, como apunta Colodny<sup>[3]</sup>, «el mando nacionalista preparó camiones de alimentos, mantuvo a diez mil guardias civiles provistos de listas de sospechosos para intervenir y llegó incluso a precisar el itinerario del desfile de la victoria». Bajo la influencia de las noticias suministradas por la prensa y la radio, en toda la España nacionalista se daba por descontado que Madrid sería conquistada sin tardanza; desde el día 4, la emisora de Burgos, que actuaba más o menos como órgano oficial del bando rebelde, emitía diariamente un programa que llevaba por título «Las últimas horas de Madrid».

Tras una marcha de aproximación que se realizó en dos jornadas, las tropas de Varela pasaron a ocupar la base de partida en Retamares-Campamento-Carabanchel Alto-Villaverde, desde la que se pensaba efectuar el asalto a la capital. Los corresponsales de guerra extranjeros que seguían de cerca las operaciones comprendieron, coincidiendo con las noticias proporcionadas por los medios de comunicación franquistas, que la caída de Madrid sería inmediata. John Whitaker, del *New York Herald Tribune*, que venía acompañando a las tropas marroquíes desde su partida de Sevilla y que fue testigo de los saqueos y asesinatos cometidos por ellas en Almendralejo, Badajoz, Talavera, Santa Olalla y Toledo, comunicó a su diario el día 6 que Madrid era una ciudad condenada y que Franco estaba «preparado para la matanza<sup>[4]</sup>». En el territorio republicano, el corresponsal de *Pravda*, Mijail Koltsov, compartía las consideraciones de Whitaker sobre el negro futuro que esperaba a la capital. Después de que Largo Caballero y su gobierno partieron hacia Valencia, Koltsov realizó un largo paseo por las calles madrileñas y contempló el desolador panorama que nos describe en este párrafo<sup>[5]</sup>: «Durante la noche del 6 al 7, recorrí la ciudad callada, oscura, escondida y, según parecía entonces, condenada. Las trincheras y los puentes estaban casi vacíos. Una calle estaba obstruida por un carro blindado, fuera de

combate, y allí, dos manzanas de casas más allá, en Carabanchel, los fascistas ya fusilaban a los obreros, a sus mujeres y a sus pequeños hijos. Sí, y en el centro, los facciosos de la Quinta Columna ya disparaban desde las ventanas, arrojaban bombas a los viandantes y a los automóviles. Los edificios gubernamentales estaban abandonados, vacíos. El portalón del Ministerio de la Guerra estaba abierto de par en par, sin centinelas; todas las puertas del interior estaban también abiertas, todas las lámparas encendidas, había mapas sobre las mesas, sin que se viera un alma en ninguna parte...».

Antes de partir hacia Valencia, el gobierno encomendó la misión de defender la capital al general José Miaja Menant, que, desde mediados de agosto, venía ostentando el mando de la Primera División Orgánica (Madrid); para el cumplimiento de su misión, Miaja estaría auxiliado por una junta y el correspondiente Estado Mayor. El nombramiento de Miaja como jefe de la defensa de Madrid ha sido objeto de muy diversos comentarios que, en su mayoría, no favorecen nada al general. Zugazagoitia<sup>[6]</sup>, por ejemplo, sugiere que Miaja fue elegido como mero chivo expiatorio por Largo Caballero, quien conocía sobradamente «el estado de confusión y abandono en que se encontraban todas las cosas militares» en Madrid, y no esperaba, por tanto, que pudiera llevarse a cabo una defensa con éxito. Cerdán<sup>[7]</sup>, por su parte, afirma que Miaja fue encargado de la defensa de Madrid porque en el gobierno se mantenía el criterio de dejar en la capital a «los militares menos útiles». Sin embargo, el propio Largo Caballero señala<sup>[8]</sup> que a Miaja le fue confiada la defensa de la plaza sitiada porque, realmente, era el más indicado para asumirla, dada su condición de jefe de la Primera División. Sea como fuere, a las ocho de la tarde del día 6 de noviembre, el subsecretario de Guerra, el general Asensio Torrado, le entregó a Miaja un sobre con las instrucciones por las que habría de guiarse en el desempeño de su tarea, advirtiéndole que no debería abrirlo hasta las seis de la mañana del día siguiente.

Hacia Valencia partieron separadamente Largo y sus ministros, algunos de los cuales se verían envueltos en un desagradable incidente a la altura de Tarancón, donde una columna anarquista amenazó con fusilarlos, por considerar una cobardía el abandono de la capital de España en aquellos momentos... Ya en Valencia, Largo constituyó el Consejo de Guerra, cuya función consistiría en tratar todo lo relacionado con la marcha de las operaciones; bajo la presidencia del propio Largo, integraron el Consejo los socialistas Indalecio Prieto y Álvarez del Vayo, el independiente (cercano a la izquierda burguesa) Vicente Iranzo, el comunista Vicente Uribe y el anarquista García Oliver. Largo confiesa que este organismo no llegó a dar el resultado esperado.

Las instrucciones que se le dieron a Miaja para la defensa de la capital venían expresadas en un oficio dirigido a él como general jefe de la Primera División Orgánica y comandante de la plaza de Madrid; ese oficio, que fue leído por Miaja antes de que se agotara el plazo fijado por el general Asensio, comenzaba diciendo: «El gobierno, que ha resuelto, para poder continuar cumpliendo su primordial cometido de defensa de la causa republicana, trasladarse fuera de Madrid, encarga a V. E. de la defensa de la capital a toda costa». Tras este pequeño introito se le ordenaba a Miaja que constituyera una Junta de Defensa con representantes de todos los partidos políticos que participaban en el gobierno y presidida por él mismo, la cual tendría facultades delegadas «para la coordinación de todos los medios necesarios para la defensa de Madrid». Esa defensa, añadía el oficio, debería

«ser llevada al límite»; sin embargo, a continuación puntualizaba que si, a pesar de todos los esfuerzos, hubiera de abandonarse la capital, la Junta quedaría encargada de salvar todo el material y elementos de guerra que pudieran resultar útiles. Además, si los defensores de la capital se vieran obligados a replegarse, habrían de hacerlo en dirección a Cuenca, para organizar una línea defensiva en el lugar que indicara el jefe del Ejército del Centro (general Pozas), con el que Miaja debería mantener permanente contacto y subordinación. El oficio concluía así: «El Cuartel General y la Junta de Defensa de Madrid se establecerán en el Ministerio de la Guerra, actuando como Estado Mayor de este organismo el del ministro de la Guerra, excepto aquellos elementos que el gobierno juzgue indispensable llevarse consigo». Entre los miembros del Estado Mayor del ministro que se quedaron en Madrid se hallaban varios tenientes coroneles, incluido Vicente Rojo, que era uno de los más modernos. Pese a todo, fue él quien resultó elegido para ocupar el puesto de jefe del Estado Mayor de Miaja; en la noche del 6 de noviembre, firmado por el propio Miaja, le fue entregado el oficio con su nombramiento, que se expresaba como sigue: «El Excmo. Sr. Ministro de la Guerra se ha servido designar a V. para el cargo de jefe de Estado Mayor del general jefe de la defensa de la Plaza de Madrid. Para la organización del Estado Mayor de dicho general podrá V. utilizar el personal disponible del Estado Mayor del Ministerio».

Con anterioridad a la entrega de este oficio, Rojo había tenido ocasión de entrevistarse con el general Asensio, quien le había comunicado verbalmente la decisión del gobierno de otorgarle la Jefatura del Estado Mayor de Miaja. Rojo se consideró obligado a alegar ante Asensio que él no era el más indicado para desempeñar el cargo que se le confiaba, puesto que entre los miembros que deberían formar parte del nuevo organismo había algunos jefes más antiguos; pero Asensio le contestó categóricamente: «Son órdenes y hay que cumplirlas». Más tarde, Rojo presentaría los mismos reparos ante Miaja, añadiendo que el hecho de tener que desarrollar su labor con subordinados de mayor antigüedad podría dar lugar a fricciones, pero obtuvo una respuesta similar a la de Asensio; consciente, en fin, de la gravísima situación que se atravesaba, Rojo terminó aceptando el cargo sin insistir más, pues comprendió que su insistencia, en aquellos dramáticos momentos, podría ser objeto de una mala interpretación<sup>[9]</sup>.

Por primera vez en su ya larga vida militar se le concedía a Rojo un cargo importante y acorde con sus capacidades; había sido preciso que la tragedia amenazara la capital, provocando incluso la huida del gobierno, para que se le reservara un puesto de honor en la defensa de ella. Nunca antes le habían reconocido oficialmente sus méritos. En la guerrita colonial no supieron valorarlo, y su prestigio de militar estudioso y excelentemente preparado no le había servido para avanzar ni un ápice en su carrera; ni siquiera su condición de profesor brillante, al que todos admiraban, le fue tenida en cuenta, mientras la Academia General se ponía en manos de Franco y sus africanistas... Y ahora se acordaban de él; las sanguinarias tropas marroquíes se aprestaban a invadir la indefensa capital para entregarse a sus habituales asesinatos y saqueos, los Consejos de Guerra recién creados esperaban el bando del general jefe del ejército de ocupación para iniciar su tarea siguiendo las normas del juicio sumarísimo, el caos reinaba en las filas republicanas, las calles se estremecían bajo el estruendo de las bombas lanzadas por la artillería y la aviación... Y fue ése el momento escogido para rendir el debido homenaje a la competencia militar de Vicente Rojo Lluich; le situaron por encima de otros jefes de mayor antigüedad y recibió la misión de dirigir la defensa de la ciudad sitiada.

Rojo se mantuvo en su puesto cumpliendo con su deber y afrontando los riesgos necesarios con la sencillez y la valentía moral que le caracterizaban. Después han sido elogiados sus méritos como organizador y táctico brillante, pero son pocos los que han sabido apreciar su coraje y su entrega, su presencia de ánimo, su serenidad ante el peligro; cualidades que no corresponden, precisamente, a los «militares de gabinete», entre los que suelen incluirlo los historiadores de la órbita franquista. El jefe de la aviación republicana, Ignacio Hidalgo de Cisneros, que tuvo ocasión de conocer personalmente a Rojo en uno de los episodios de la batalla de Madrid, aporta este fundamentado juicio sobre nuestro personaje<sup>[10]</sup>: «Yo no había conocido antes al teniente coronel Vicente Rojo. Sólo sabía que había sido profesor en la Academia de Infantería, que era un hombre políticamente moderado y católico practicante. Durante los diez o doce días que se prolongó aquella operación, le traté diariamente, pude verle en circunstancias difíciles y decisivas, en las condiciones ideales para conocer el carácter y la manera de ser de las personas. En aquellos días me di cuenta de su gran valor como jefe militar, de su sangre fría en situaciones gravísimas y de su plena lealtad a la causa de la República».

Los historiadores franquistas tildan a Rojo de simple «militar de gabinete», por oposición a los heroicos guerreros del grupo africanista que protagonizaron las grandes hazañas de las campañas marroquíes. Tal afirmación, desde luego, no merece ser tomada demasiado en serio, pues constituye realmente un elemento más de la delirante propaganda montada en torno a los militares africanos, la cual, iniciada en su día por los «cantores de gesta» de la prensa monárquica y reaccionaria, adquiriría, por razones obvias, gran auge durante la dictadura de Franco. El general Batet, que, con la labor realizada en Marruecos a raíz del Desastre de Annual (véase el CAPÍTULO 2), conseguiría echar por tierra buena parte de los mitos del africanismo, puso las cosas en su sitio al criticar duramente el comportamiento de los mediocres y desaprensivos oficiales de las Fuerzas de Choque, tan ensalzados por la prensa que al mismo tiempo ignoraba la entereza y el sentido del deber de los oficiales de las tropas peninsulares...

Por lo demás, en el transcurso de la batalla de Madrid, mientras el «militar de gabinete» Vicente Rojo se jugaba la vida todos los días y se enfrentaba a un futuro lleno de negros presagios, ¿qué hacían los grandes héroes de las gloriosas campañas africanas? Mola seguía las operaciones desde su cuartel general de Ávila. Al tener constancia de que el pronunciamiento no había triunfado totalmente, quiso marcharse a Francia (donde se hallaba ya su familia), aunque desistió después, tras escuchar una de las charlas radiofónicas de Queipo de Llano<sup>[11]</sup>; a finales de julio, ante la debilidad mostrada por sus columnas en el avance hacia Madrid, estuvo a punto de suicidarse<sup>[12]</sup>: Por su parte, Franco dejó de manifiesto en los primeros compases del alzamiento que no estaba dispuesto a arriesgarse en absoluto, y esperó a que el panorama se aclarara antes de dar señales de vida<sup>[13]</sup>; aterrizó en Marruecos cuando ya los rebeldes dominaban la situación allí, y después envió por delante a las tropas africanas para que marcharan sobre Madrid, mientras él las mandaba a distancia sin apartarse de la frontera portuguesa. El día 1 de octubre, tras ser elevado a la Jefatura del Gobierno y nombrado generalísimo de los ejércitos, se instaló con su familia y rodeado de una corte de incondicionales y aduladores en el palacio episcopal de Salamanca, desde donde seguiría las operaciones de la batalla de Madrid, en los ratos que le dejaban libre sus múltiples ocupaciones y sus intrigas políticas. A su lado y sin abandonarle un solo momento se encontraba el inefable José Millán Astray, que ejercía

como jefe de propaganda, teniendo como ayudante al no menos inefable Ernesto Giménez Caballero. El 12 de octubre, Millán mantuvo un enfrentamiento con el rector de la universidad salmantina, Miguel de Unamuno, en el que terminó gritando: «¡Muera la inteligencia!, ¡viva la muerte!». Sin embargo, algún tiempo después Millán se asustaría ostensiblemente, cuando un avión republicano se atrevió a volar sobre Salamanca y dejó caer un par de bombas; presa de gran excitación, mandó llamar a Giménez y le dijo: «El enemigo me ha ubicado y ha querido acabar conmigo<sup>[14]</sup>». En 1962, el doctor Soriano, que a la sazón estaba atendiendo a Franco, oyó los comentarios que su señora hacía sobre el bombardeo de la ciudad castellana. «Doña Carmen recordó los días de la guerra —relata Soriano— cuando la aviación republicana bombardeaba Salamanca. Entonces, un general, conocido por su talante un tanto teatral, iba en su busca para acompañarla debajo de una escalera<sup>[15]</sup>». Doña Carmen explicó que, en aquella ocasión, ella no llegó a pasar miedo realmente y que sospechaba que «la solicitud del general no era más que un pretexto para ponerse él mismo a cubierto». Y a continuación, dirigiéndose a su marido, exclamó: «Desengáñate, Paco, el general X [Soriano ha preferido ocultar el nombre, aunque las referencias que ofrece no dejan lugar a la duda] era un miedica».

Hacia las diez de la noche del 6 de noviembre de 1936, Vicente Rojo constituyó el Estado Mayor de la defensa de Madrid, en el que se integrarían, entre otros militares, los tenientes coroneles Amoldo Fernández Urbano, Manuel Matallana Gómez, José Fontán Palomo y Ricardo López López (todos ellos diplomados y más antiguos que Rojo), que se harían cargo, respectivamente, de las secciones primera (personal), segunda (información), tercera (operaciones) y cuarta (servicios). Rojo guarda muy buen recuerdo del equipo que formó para cumplir la misión que se le había asignado<sup>[16]</sup>: «Todos los elegidos, menos dos, eran de mayor antigüedad que yo [...] De su trabajo eficacísimo en los seis largos meses que me cupo la honra de ser jefe del Estado Mayor, y de su espíritu de sacrificio para sacar del caos a Madrid, para reorganizar el Ejército, para restablecer la disciplina, para resolver las situaciones gravísimas que se nos plantearon, para desprestigiar o vencer las miserias y las desconfianzas en que se nos quiso envolver, y para cumplir la obligación de cada día sin otra ambición que la del mejor servicio a la Patria, todo elogio que yo pueda hacer me parecerá siempre pobre».

Rojo además niega, en contra de la versión ofrecida por diversos autores, que la defensa de Madrid fuera organizada por los jefes soviéticos Gorev y el encubierto bajo el alias de «Martínez», y que la dirigiera el partido comunista. Acepta que el coronel Gorev, agregado militar soviético, cooperó con los defensores madrileños, pero sin menoscabar la autoridad del general Miaja y sin intervenir las funciones de su Estado Mayor. Y en cuanto a los comunistas subraya que en ningún momento impusieron sus criterios al general jefe, a la Junta de Defensa y al Estado Mayor. «La independencia política —añade Rojo— de la mayor parte de los jefes del Estado Mayor y de las columnas y la conducta de la Junta son testimonios elocuentes».

En la primera reunión celebrada entre Miaja y Rojo, tras tomar posesión de sus cargos, analizaron el oficio entregado al general con las instrucciones para llevar a cabo la defensa de Madrid; dedujeron que en ese oficio existían algunas contradicciones, ya que, por una parte, se ordenaba una defensa a toda costa, y, por otra, se daban normas para

efectuar el repliegue en el caso de que la ciudad fuera abandonada. Miaja y Rojo acordaron que realizarían la defensa a toda costa, y renunciaron a la idea de la retirada. En todo caso, Rojo aclara que el gobierno pretendía ejecutar un contraataque, desde el valle del Jarama (región de La Marañosa) y sobre la retaguardia enemiga, con el fin de cortar sus comunicaciones con Toledo y Extremadura, y que, como necesitaba contar con un plazo de tiempo para desarrollar esa acción, esperaba que los defensores madrileños aguantaran al menos durante siete días. En el contraataque habrían de participar seis brigadas nacionales y dos internacionales (la XI y la XII), que estaban organizándose en Levante y cuyo traslado a la zona de maniobras ya habían iniciado algunas.

El día 7 de noviembre, Miaja constituyó la Junta de Defensa, en la que, bajo su presidencia, se integraron dieciocho personas, que ocuparon las nueve consejerías establecidas (con un titular y un suplente en cada una). La Secretaría fue asignada al partido socialista, Guerra al partido comunista, Orden Público a la JSU, Industria de Guerra a la CNT, Abastecimientos a la UGT, Comunicaciones y Transportes a Izquierda Republicana, Finanzas a Unión Republicana, Información y Enlaces a las Juventudes Libertarias y Evacuación Civil al partido sindicalista. Arturo Barea, que por entonces se hizo cargo de la censura del Departamento de Prensa madrileño, afirma<sup>[17]</sup> que las oficinas de la Junta no se instalaron en el Ministerio de la Guerra, como había dispuesto Largo Caballero, sino en «el palacio del banquero Juan March».

Ante la ausencia de las personalidades más destacadas de las organizaciones políticas y sindicales, que habían viajado a Valencia, Rojo apunta<sup>[18]</sup> que, para formar la Junta, Miaja hubo de recurrir «a elementos jóvenes de los que voluntariamente habían decidido permanecer en la ciudad dispuestos a participar activamente en su defensa»; la inclusión de estos jóvenes en la Junta terminaría resultando muy beneficiosa por la febril actividad desplegada y la elevada moral mantenida en todo momento. No obstante, Rojo puntualiza que la Junta era realmente un «organismo político y auxiliar» y que, como tal, se intentó mantenerla desde el principio, impidiendo su intromisión en la esfera que correspondía a los militares para evitar que se reprodujeran pasados errores. Rojo considera que este propósito se logró en gran medida, y concluye: «Los dirigentes políticos altos o medios que se quedaron en Madrid tal vez llegaron a comprender que la guerra había tomado un significado eminentemente nacional y humano; que se trataba de algo más que de ganar el poder o de conservarlo, y que, a la hora de batirse, el mando militar necesitaba libertad de acción porque, si ésta faltaba, el fruto que se recogiese no podía ser otro que el que, tan notoria como lamentablemente, se había acumulado hasta las jornadas que precedieron al 7 de noviembre».

Para Rojo, desde luego, la salida hacia Valencia del gobierno y de los principales líderes políticos produjo efectos muy positivos, pues dio lugar, entre otras cosas, a la saludable reacción del pueblo madrileño, que constituyó una de las claves del éxito alcanzado en la defensa de la ciudad; pero no deja de comprender que la ausencia del gobierno, en realidad, no representaba más que la causa ocasional, y no la efectiva, de esa saludable reacción.

Tanto Rojo como Azaña, que durante los años anteriores al estallido de la guerra

lucharon por dotar a España del ejército que corresponde a los países con régimen liberal, llegaron a abrigar la idea de que, durante la batalla de Madrid, se dieron determinadas circunstancias que recuerdan bastante a la batalla de Valmy, librada en setiembre de 1792 y que provocó un cambio radical en la guerra y en los ejércitos mismos, a la par que hacía brotar el sentimiento nacional. En Valmy, el bisoño ejército francés surgido de la Revolución, en el que junto a la Guardia Nacional se había integrado ya la facción más democrática representada por los *sans-culottes*, venció a los ejércitos más potentes de Europa, mandados por prestigiosos generales. «Valmy —sentencia Fuller— fue el lecho de muerte del Antiguo Régimen, y espiritualmente la cuna de la nueva república<sup>[19]</sup>». Además, a partir de esa famosa batalla el ejército de siervos y mercenarios que combatían por causas que no les incumbían comenzaría a ser sustituido por el ejército de ciudadanos que defienden los intereses de la nación y poseen, por tanto, una fuerza moral anteriormente desconocida. Azaña aludió al entusiasmo de los madrileños en noviembre de 1936 con estas palabras: «Hay que remontarse a lo que se cuenta de los voluntarios de la república francesa de 1792 para encontrar una masa de soldados tan enardecida por una idea<sup>[20]</sup>».

Entre los autores que tratan de la batalla de Madrid abunda la opinión de que los milicianos, tras una retirada plagada de derrotas, reaccionaron al refugiarse en la capital porque comprendieron que a partir de ese momento iban a defender sus casas y sus familias, algo realmente propio, en definitiva. Rojo rechaza de plano esa explicación tan simplista y, sobre el cambio de actitud operado en los combatientes, comenta<sup>[21]</sup>: «El hombre sólo se deja dominar por la vorágine o arrastrar por el temor cuando su deber se le aparece confuso, indeterminado, o es convencionalmente entendido. Pero llegado al punto crítico en el que la lucha nos anuncia la muerte implacable de lo que nacional y humanamente es más querido, el patrimonio y la libertad, la confusión y los convencionalismos se esfuman y el hombre reaparece en toda su grandeza».

Para Rojo, por lo demás, la relación existente entre las batallas de Valmy y Madrid es un hecho incuestionable. Al analizar, en su libro *España heroica*, el concepto de ejército popular, subraya<sup>[22]</sup> que esta clase de ejército suele confundirse en sus orígenes con las milicias armadas y en sus postrimerías con los propios ejércitos regulares, y concluye: «El ciclo completo y más notable históricamente lo da Francia en el proceso de los últimos años del siglo XVIII». Es claro que, para Rojo, el ejército popular de la Revolución francesa nació en Valmy, de la misma manera que el Ejército Popular de la República, esto es universalmente admitido, brotó durante la batalla de Madrid. Rojo, que fue el verdadero constructor del Ejército Popular republicano desde sus puestos de jefe del Estado Mayor de la defensa de Madrid y del Estado Mayor Central, trató de inspirarse en la experiencia de la Francia revolucionaria para llevar adelante su obra; sabía que el ejército popular francés hubo de contar con un punto de apoyo en el ejército profesional para llegar a constituirse, y por eso, en la guerra civil y especialmente en la batalla de Madrid, procuraría impulsar la colaboración de «los miembros del viejo ejército regular que encontraron su deber al servicio del pueblo y del gobierno legítimo que aquél sostenía». Pero, sobre todo, Rojo tendría muy presente, desde el inicio de la batalla madrileña, que las virtudes del soldado que lucha en las filas de los ejércitos populares son el patriotismo, la capacidad de sacrificio, el origen pasional de su formación y el sentido espontáneo del deber, y que «su defecto más acusado es la inconsistencia, que hace de él un elemento predispuesto a la indisciplina y a la desmoralización». Con este bagaje de ideas, Rojo abordó la batalla de

Madrid, en la que se fragó su gloria. Antes de que estallara el conflicto hispano, había reflexionado sobre todas estas cuestiones, y había dejado constancia de ello, por ejemplo, en las correcciones que hizo a los ejercicios realizados por algunos de los alumnos que, bajo su dirección, se preparaban para el ingreso en la Escuela Superior de Guerra<sup>[23]</sup>. Las muchas horas que había dedicado al estudio le fueron de gran utilidad durante la contienda, y le sirvieron, sobre todo, para conocer a fondo el material humano que tuvo en sus manos y aprovecharlo convenientemente. El general Franco, al parecer, no tenía un conocimiento tan claro de los hombres que combatían en sus ejércitos; refiriéndose a los moros de las Fuerzas Regulares, le daría a Franco Salgado esta explicación sobre los motivos que los habían llevado a luchar a favor de los rebeldes<sup>[24]</sup>: «No olvido la actitud de los marroquíes cuando nuestra cruzada; estuvieron al lado del movimiento militar al iniciarse éste, y lo mismo en el transcurso de la guerra, cuando se presentaron voluntariamente a cubrir bajas, incluso de la zona francesa [...] El moro del campo era fanático en materia de religión, por lo que odiaba a los rojos que no creían en Dios».

En la noche del 6 al 7 de noviembre y antes de que se constituyera la Junta de Defensa, Vicente Rojo se incorporó a su puesto de jefe del Estado Mayor. Rojo recuerda<sup>[25]</sup> que aquella noche fue terrible; sonaban ya los primeros cañonazos del enemigo, que anunciaban el inicio de la batalla, y el frente de combate prácticamente no existía. Las columnas de milicianos que habían venido conteniendo a las tropas africanas por las carreteras de Toledo y Extremadura estaban deshechas; grupos de combatientes rehuían hacia la ciudad, donde latía el estado de desmoralización derivado de los reveses sufridos. Reinaba un gran desconcierto por la falta de una acción directora... A las diez de la noche le hicieron entrega a Rojo de las tropas, los medios y los elementos que se habían de manejar, pero el desconcierto era tan extraordinario que resultaba imposible saber de qué recursos se disponía realmente; le concedieron, al menos, plena libertad de acción y esto le permitió comenzar a trabajar con entusiasmo, auxiliado por los compañeros que él había seleccionado. Todos pasaron la noche en vela, procurando salir de aquella inmensa confusión. Tomaron contacto con las fuerzas existentes, y, tras llevar a cabo un dificultoso y sumario análisis de los medios propios, vinieron a concluir que contaban con<sup>[26]</sup>:

—Unas tropas irregulares en su organización, con mandos improvisados, sin otra instrucción que la adquirida durante la actividad combatiente y con disciplina defectuosa, de significado más político que militar; por otro lado, se hallaban dislocadas en el frente de combate en forma desordenada y confusa.

—Una red de enlace y transmisiones entre las columnas y con el mando muy defectuosa.

—Un apoyo artillero precario.

—Un apoyo antiaéreo nulo y un apoyo blindado y anticarro insuficiente e incontrolable.

—Un sistema de abastecimientos positivo.

—Una reserva humana (en la retaguardia) copiosa, desorganizada y sujeta a la intervención política.

—Una reserva de armamento y recursos bélicos desconocida.

—Una moral de guerra en crisis, que lo mismo podía evolucionar en plazo breve hacia una exaltación de incalculable valor como a su completo derrumbamiento.

Rojo y su equipo se apresuraron a dar órdenes para reorganizar las columnas del frente, enviaron las unidades que se improvisaban en los cuarteles de las milicias a los puntos más débiles, establecieron un sistema de transmisiones que hiciese posible la dirección de conjunto... y, finalmente, consiguieron articular una línea defensiva, designando a los jefes de los distintos sectores de la siguiente forma: el coronel Bueno tendría a su cargo el sector de Vallecas; el comandante Líster, el de Villaverde; el coronel Pradas, el del puente de la Princesa; el comandante Rovira, el de Carabanchel; el coronel Escobar, el de la carretera de Extremadura (tras resultar herido, Escobar fue sustituido por el coronel Arce); a los coroneles Mena y Clairac se les asignó el sector del puente de Toledo, y al coronel Álvarez Coque, al teniente coronel Francisco Galán y a los comandantes Enciso y Romero, el de la Casa de Campo; por último, el comandante José María Galán se encargaría del sector de Humera-Pozuelo, y el comandante Barceló, del de Boadilla del Monte. Además, fueron designados jefes de la defensa artillera, de los trabajos de fortificación y de los servicios sanitarios, respectivamente, el comandante Zamarro, el coronel Ardid y el doctor Planelles.

En la mañana del día 7, Enrique Líster, uno de los líderes comunistas más caracterizados en aquellos dramáticos momentos, se presentó ante Vicente Rojo para dar informes y recibir instrucciones; no había llegado todavía a su poder la orden que designaba a los diferentes jefes de sector. Durante la noche anterior se había entrevistado con el general Pozas, jefe del Ejército del Centro, quien le comunicó que el gobierno había salido ya hacia Valencia, y el general Asensio le advirtió que se había tomado la decisión de abandonar Madrid y replegar las fuerzas de la sierra para establecer una línea defensiva a cierta distancia de la capital. Líster se mostró en desacuerdo con tal decisión, pero Pozas le respondió que no había fuerzas suficientes para defender la ciudad, y añadió: «Si no andamos rápidos, lo más seguro es que mañana a estas horas nos hayan fusilado a todos<sup>[27]</sup>». Líster se sintió muy reconfortado al reunirse con Vicente Rojo y comprobar que éste se proponía realizar una defensa a toda costa de la capital; de inmediato se dispuso a colaborar en los planes trazados por Rojo, con quien habría de mantener una excelente relación a lo largo de la contienda, participando como elemento destacado en todas y cada una de las operaciones planeadas y dirigidas por él.

Durante la noche del día 6, no obstante, Miaja se había puesto ya en contacto con el Quinto Regimiento a través del teléfono. «El Quinto Regimiento —apunta Koltsov— contestó que ponía por entero a la disposición del general no sólo sus unidades, sus reservas, sus municiones, sino, además, todo su aparato de Estado Mayor, a sus jefes y comisarios<sup>[28]</sup>». Antonio Mije, en nombre del Comité Central del partido comunista, se encargaría de estrechar los lazos con Miaja, y terminaría formando parte de la Junta de

Defensa, como titular de la Consejería de Guerra. Los comunistas, por lo demás, aprovechando el ambiente favorable a la URSS, por la ayuda prestada a la República, y su reconocida capacidad para la agitación de las masas, contribuirían notablemente a la positiva reacción del pueblo madrileño; utilizaron con destreza la radio y la prensa, lanzaron octavillas desde los aviones rusos recién incorporados, convocaron innumerables mítines, recorrieron las casas, llenaron las calles de carteles con lemas como «¡No pasarán!», o «En Badajoz los fascistas mataron a dos mil personas. Si entran en Madrid matarán a media ciudad»... Y de repente, la mañana del día 7, la capital comenzó a hervir de entusiasmo; los comités de barrio de las organizaciones obreras y los cuarteles de milicias registraban una febril actividad; los agitadores circulaban por las calles enardeciendo los ánimos... Ya las tropas africanas progresaban decididamente por Carabanchel y Campamento, y las gentes empezaron a gritar «¡Los moros, los moros!», pero no salieron huyendo despavoridas, se pusieron a cavar trincheras y hasta las mujeres y los niños ayudaban a levantar barricadas en los barrios amenazados. El *Journal Militaire Suisse* comentaría más tarde: «Por primera vez en la historia, la población entera de una ciudad de un millón de habitantes entró en acción. Se mezcló con las fuerzas contendientes como si fuera la cosa más natural, ofreciendo sus servicios y refuerzos, construyendo barricadas y colocándose totalmente a las órdenes del alto mando<sup>[29]</sup>».

Vicente Rojo contempló la explosión de entusiasmo del pueblo madrileño con especial satisfacción; la moral en crisis, a la que se refería en su análisis de los medios propios, había evolucionado favorablemente, y, por ello, el panorama se mostraba menos oscuro. Rojo lo explica así<sup>[30]</sup>: «La mutación era tremenda. Parecía como si al marchar el gobierno a Valencia, llevando consigo el manto de pesimismo y desconfianza que todo lo cubría, hubiera salido a la luz una verdad dormida en el fondo popular, un espíritu de lucha hasta entonces ignorado, y era esto la fuerza mayor que teníamos en la mano, porque representaba la voluntad colectiva de defenderse, sostenida por una fuerza moral que no se detenía ante el sacrificio».

Las tropas africanas iniciaron las operaciones del asalto a Madrid, el 7 de noviembre, y encubrieron, en un primer momento, la conducta que se debía seguir; progresaban, subraya Rojo, en línea recta sobre la ciudad, frontalmente y por las alas, pero sin revelar el eje principal de esfuerzo y, por tanto, el punto elegido para la ruptura<sup>[31]</sup>. Se combatía ya por la mañana en todo el frente, desde Villaverde hasta Pozuelo y Boadilla, y los republicanos resistían bien a los soldados de Varela, cediendo poco terreno y respondiendo, incluso, a los ataques con algún contraataque; en el lindero de la Casa de Campo fueron arrollados al principio, sin embargo, se defendieron aceptablemente en la zona de bosque, lo mismo que las tropas situadas en los suburbios, que supieron utilizar el apoyo de los edificios. La población civil cooperaba de forma satisfactoria, mostrando una excelente disposición, que quedaba patente no sólo en la construcción de barricadas, sino también en «el rechazo hacia el frente de los milicianos que, solos o en grupos, trataban de refugiarse en la ciudad».

Desde todos los sectores del frente le llegaban a Rojo peticiones de armas, de municiones, de reservas... «Se envió —explica Rojo— lo que se iba recuperando de la retaguardia, combatientes, cuadros y algún armamento recogido de aquí y de allá, de los

cuarteles, de los centros de organización, de los pésimos milicianos que veían en la retaguardia el mejor ambiente para *su guerra*». Tanto en la búsqueda de armas como en la depuración de milicianos actuaría con gran eficacia la Comandancia de Milicias. Al terminar la primera jornada de lucha, en todo caso, era evidente que el mando militar llevaba las riendas de la defensa de la capital, que la moral de combate de los milicianos, en general, se mantenía alta y que los africanos no habían avanzado demasiado, puesto que no lograron alcanzar la línea del río Manzanares. Y fue entonces, al concluir la jornada con las primeras sombras de la noche, cuando se produjo una incidencia que favorecería considerablemente a los republicanos. Una tanqueta de fabricación italiana, perteneciente a las fuerzas africanas, cayó en poder de la columna Pradas, que defendía el puente de la Princesa y sus inmediaciones, en la carretera de Andalucía. La tanqueta iba tripulada por un oficial que resultó muerto y que portaba la orden de operaciones emitida por Varela el día 6 para el ataque a Madrid. El documento fue entregado inmediatamente al teniente coronel Rojo, que, con su equipo, dedicó toda la noche a analizarlo, y a tomar las correspondientes medidas, tras comprobar su validez al cotejarlo con la información recogida durante el combate. Ciertamente, la orden de Varela proporcionaría a los defensores de la capital todo un caudal de datos de excepcional interés, que les permitirían, por ejemplo, descubrir cuál era el eje principal de esfuerzo del adversario y dónde había fijado el punto de ruptura; en ella se exponía la siguiente idea de maniobra: «Atacar para fijar al enemigo en el frente comprendido entre el puente de Segovia y el puente de Andalucía, desplazando el núcleo de maniobra hacia el noroeste (NO) para ocupar la zona comprendida entre la Ciudad Universitaria y la plaza de España, que constituirá la base de partida para avances sucesivos en el interior de Madrid».

En definitiva, Varela se proponía efectuar un ataque demostrativo con el ala derecha de su dispositivo, formada por las columnas 2 (Barrón) y 5 (Tella), y llevar a cabo el esfuerzo principal con el ala izquierda, mandada por Yagüe e integrada por las columnas 4 (Castejón), 1 (Asensio Cabanillas) y 3 (Delgado Serrano); la columna 4 se encargaría de cubrir el flanco izquierdo para dar seguridad a las columnas 1 y 3, que se lanzarían en una acción profunda a través de la Casa de Campo, más tarde rebasarían el río Manzanares hasta penetrar en Madrid, donde establecerían una base de partida que habría de dominar el barrio de Argüelles y garantizar que quedarían batidas por el fuego las avenidas de acceso a la capital. Varela contaba además con otras cuatro columnas, de las cuales, la 7 y la 8 se mantendrían cubriendo los flancos y la retaguardia, mientras la 6 y la 9 permanecerían en reserva; y disponía también de una masa artillera de seis grupos, para el acompañamiento inmediato, el apoyo directo y la acción de conjunto, una masa de aviación que actuaría a sus órdenes directas y una masa de carros (pesados y ligeros) que apoyaría el conjunto de la maniobra. El cuartel general de Varela estaba situado en Leganés, y los puestos de mando de las columnas 1, 3 y 4 deberían quedar instalados, al final de la primera jornada (en la noche del día 7), en el cuartel del Infante Don Jaime, el cuartel de la Montaña y la Fundación del Amo, respectivamente.

Los africanos, evidentemente, habían fracasado en su primer día del ataque, al no alcanzar los objetivos que se habían propuesto; objetivos que, para Vicente Rojo, eran demasiado ambiciosos y que sólo pudieron ser fijados admitiendo que el adversario estuviera prácticamente derrotado de antemano, como venía sucediendo durante las jornadas anteriores. «Tan persuadidos —comenta Rojo— debían de estar de su fácil éxito

que se precisaba en la orden de operaciones la ubicación que debían tener dentro de Madrid los puestos de mando de las columnas que iban a penetrar en la ciudad». Los generales rebeldes (Franco, Mola, Varela) sólo tenían en cuenta, al parecer, los éxitos fáciles obtenidos por las tropas marroquíes en la marcha realizada hacia Madrid, desde principios de agosto; se habían enfrentado siempre a unidades milicianas mal organizadas y encuadradas, carentes de disciplina y además escasas de moral. Esta situación, más o menos, había persistido hasta la noche del 6 de noviembre, pero a partir de ese momento las cosas cambiaron radicalmente, sin que los presuntuosos generales africanos se apercibieran de ello. En Madrid se produjo una explosión de entusiasmo que fue convenientemente canalizada por los profesionales del Ejército, que se hicieron cargo de su defensa, mas los prepotentes africanistas no se dieron por enterados. Durante las campañas marroquíes habían tenido ocasión de desarrollar los rasgos que, según Dixon<sup>[32]</sup>, caracterizan a los militares incompetentes (tendencia a rechazar informaciones indigestas y a subestimar al enemigo, predilección por los ataques frontales, fe en la fuerza bruta...), y ahora esos rasgos salían a relucir, cuando por primera vez se enfrentaban a un problema muy diferente de los que solían presentarse en las guerritas coloniales. El fracaso de las tropas de Varela en la primera jornada del ataque, por otro lado, reforzó exageradamente el entusiasmo de los madrileños, que empezaron a creer que, si la capital había resistido el 7 de noviembre, ya nadie lograría dominarla<sup>[33]</sup>. Los aviones alemanes e italianos bombardeaban sin tregua, las granadas de artillería caían implacablemente sobre las calles cercanas a la línea del frente, incluyendo una zona de la Gran Vía y la calle de Alcalá, que pronto recibiría el nombre de «avenida de los Obuses»; las gentes se refugiaban en cuevas y sótanos, en las estaciones del metro; apenas había material quirúrgico y medicinas en los hospitales... Pero el entusiasmo podía con todo: con los miedos, con las dudas, con los sufrimientos.



*El ataque directo a Madrid.*

Rojo sabía, sin embargo, tras haber analizado la orden de operaciones de Varela, que los rebeldes habían previsto la penetración a fondo en Madrid para el día 8 y que, probablemente, en esa fecha lanzarían una poderosa embestida, mucho más fuerte que la del día anterior; la euforia reinaba entre los madrileños, pero todavía faltaba lo peor. El trabajo realizado durante la noche del 7 al 8 de noviembre por Rojo y los demás miembros del Estado Mayor los condujo a diversas conclusiones; consideraron, en principio, que sus

tropas no estaban capacitadas para oponerse frontalmente a la embestida africana, de manera que trataron de hallar otra solución mejor. Finalmente decidieron que lo más acertado sería intentar sorprender al enemigo lanzando un ataque sobre algún punto sensible de su despliegue, que pudiera provocar la detención del avance. Rojo había descubierto algunos fallos en la orden de Varela, que provenían fundamentalmente del desprecio que los atacantes sentían por el adversario; no valoraban correctamente su capacidad de reacción e ignoraban incluso la existencia de determinadas unidades republicanas situadas en una posición que amenazaba el flanco izquierdo de los africanos, cuya seguridad corría a cargo de la columna 4. Esta columna, realmente, contaba con medios muy escasos para cumplir la misión que se le había asignado, que consistía en un larguísimo flanqueo, durante el cual habría de ocupar y defender un elevado número de posiciones, todas ellas de importancia.

Tras ponderar estos fallos que se desprendían de la orden de Varela, Rojo y su equipo tomaron la decisión de llevar a cabo, con la única fuerza medianamente organizada de la que podían disponer, la Tercera Brigada Mixta mandada por José María Galán y ubicada en el sector de Humera-Pozuelo, una acción sobre el flanco y la retaguardia de las tropas adversarias que operaban en la Casa de Campo; con ello se pretendía no sólo contener y rechazar a la columna 4, sino también causar quebranto a las columnas 1 y 3 que, avanzando a la derecha de aquélla, deberían lograr la ocupación de la base de partida en el interior de la ciudad. En el resto del frente, la consigna sería: «Resistencia a todo trance y exaltación moral de los combatientes». Los trabajos del Estado Mayor desarrollados durante la noche del 7 al 8 de noviembre culminaron en la redacción de la orden de operaciones que, firmada por el general Miaja, fue distribuida antes de que se reanudaran los combates.

Cuando amanecía el día 8, las tropas africanas desencadenaron el fortísimo ataque previsto en la orden de Varela, que abarcó un frente de unos dieciséis kilómetros, entre Villaverde y Campamento. Las columnas 4 y 1 progresaron por la Casa de Campo decididamente, sin esperar, al parecer, un contratiempo grave en aquella zona boscosa; junto con la columna 3 realizaban el esfuerzo principal en un frente de unos ocho kilómetros. No tardarían mucho, sin embargo, en encontrar una inesperada resistencia y en sufrir, incluso, un poderoso contraataque, que, lanzado desde Humera y Pozuelo de acuerdo con planes trazados por Vicente Rojo, llegó a causar un buen número de bajas en la columna 4, cuyo jefe, el comandante Castejón, resultó herido. Con la cadera destrozada y francamente desmoralizado, Castejón le confesó al periodista John Whitaker: «Nosotros organizamos esta rebelión y ahora somos nosotros los vencidos<sup>[34]</sup>». Vicente Rojo subraya<sup>[35]</sup> que, al realizar el contraataque, los republicanos no sólo consiguieron frenar la progresión de la columna 4, sino que además impidieron que ésta prestara apoyo a la columna 1, la cual vería también frenado su avance; todo ello repercutiría negativamente en la maniobra realizada por la columna 3, que, por otra parte, estaba atravesando serias dificultades, al ver amenazado su flanco derecho por la columna republicana mandada por el coronel Escobar. Mientras tanto, la columna 2 era contenida en el suburbio de Carabanchel Bajo, y aunque consiguió apoderarse de algunos caseríos, lo haría a costa de muchas pérdidas y de la absorción de todas sus reservas; la columna 5, que debía cubrir el flanco derecho de las fuerzas de Varela y que en principio avanzó en terreno libre de edificaciones, fue sometida a la presión que ejercían, precisamente por el flanco derecho,

las fuerzas de Líster y Bueno, que la obligaron a progresar lentamente, sufriendo muchas bajas y obligando al mando a consumir en su apoyo parte de las reservas (la columna 6). Ninguna de las cinco columnas que protagonizaron la embestida del día 8 lograría, al final de la jornada, alcanzar el río Manzanares. Por otro lado, la columna de caballería (Monasterio), a la que no se había dado misión en la orden de Varela pero que, de acuerdo con las previsiones de Rojo, probablemente se mantenía en reserva para ser empleada en la explotación del éxito, se quedaría sin actuar, dado que el éxito esperado no se produjo realmente; Rojo sospechaba que, si el desarrollo de las operaciones lo hubiera permitido, Varela habría lanzado dicha columna a través del puente de la Princesa y el paseo de las Delicias para ocupar la glorieta de Atocha y zonas circundantes en las que se ubicaban el hospital Provincial, los cuarteles y parques de Pacífico, las estaciones de MZA y Delicias. De haber alcanzado Varela este objetivo, considera Rojo, la resistencia de los madrileños se habría derrumbado irremediablemente; el fracaso de la embestida africana y el heroico comportamiento de los republicanos impidieron que este hecho llegara a consumarse.

Durante los días 9 y 10 se luchó de forma encarnizada y confusa en la Casa de Campo, donde las tropas republicanas pudieron aliviar ligeramente su desgaste al ser reforzadas, en principio, por la brigada 4 (Arellano) y, más tarde, con una unidad de milicianos traída de la sierra y mandada por el comandante Perea. El ataque rebelde en la Casa de Campo quedó, más o menos, contenido y desarticulado. En cambio, en la zona que correspondía a las columnas africanas 2 y 5, que recibieron refuerzos importantes, los defensores de Madrid atravesaron momentos muy críticos (circuló incluso la noticia de que los puentes de Segovia y Toledo habían caído en poder de los atacantes), pero los republicanos reaccionaron y consiguieron restablecer la situación. Finalmente, el desgaste y la desorganización sufridos en ambos bandos durante los días 7, 8, 9 y 10 y la absorción hecha por el frente de las reservas disponibles provocarían un lapsus que se dedicaría al reajuste de los sistemas de fuerzas. Se habían vivido unos días de intenso dramatismo y de tremenda incertidumbre que darían lugar a la difusión de informaciones falsas, tanto en España como en el extranjero, acerca de la marcha de la guerra; entre las emisoras extranjeras cundió la noticia de la caída de Madrid, y alguna de ellas se atrevió incluso a describir con todo lujo de detalles la entrada triunfal de los atacantes en la capital. En su oficina de la censura del Departamento de Prensa, instalada en el edificio de la Compañía Telefónica de la Gran Vía madrileña, Arturo Barea comprobó que muchos de los corresponsales extranjeros enviaban despachos en los que, veladamente, se daba por hecha la entrada de Franco en la ciudad. «Las gentes que leyeron aquellos despachos en otros países —señala Barea— estarían convencidas de que los rebeldes habían ya conquistado Madrid y que la última resistencia, floja y desorganizada, terminaría inmediatamente<sup>[36]</sup>». A las manos de Barea, por lo demás, llegarían telegramas felicitando a Franco por su victoria, con la siguiente dirección: «S. E. el Generalísimo Franco. Ministerio de la Guerra. Madrid». Uno de esos telegramas, remitido por el presidente de Guatemala, se expresaba así: «Compláceme saludar cordialmente a V. E. enviándole congratulaciones por triunfo reciente y votos por éxito su gobierno, con el cual el de Guatemala mantendrá las amistosas relaciones que felizmente vinculan a nuestros países».

Al parecer, la tenaz resistencia ofrecida por los madrileños frente a las tropas africanas constituyó un acontecimiento tan inesperado que nadie quería creérselo. Pero lo cierto es que el milagro se había consumado; en unas pocas horas se habían encadenado

una serie de hechos que jugaron a favor de los defensores de la capital y multiplicaron increíblemente su rendimiento, como la salida del gobierno hacia Valencia, que permitió alcanzar un cierto consenso político, la reacción popular, que elevó el espíritu de lucha de los milicianos, el acceso de los militares a la dirección de las operaciones con plena libertad de acción, y finalmente la aparición en escena de Vicente Rojo, que supo sacar partido de todas estas circunstancias favorables.

El día 10 de noviembre, cuando la fuerte embestida lanzada por Varela se daba ya por neutralizada, Mijail Koltsov hizo en su *Diario*<sup>[37]</sup> unas anotaciones en las que analizaba el cambio operado en las filas republicanas durante los cuatro días del ataque africano a Madrid, que había dado lugar a un nuevo «espíritu de trabajo colectivo». Para Koltsov, en esos días se había logrado un gran entendimiento entre los jefes de las unidades, los comisarios y el Estado Mayor, sin que surgieran las discusiones que, en fechas anteriores, se producían en el Ministerio de la Guerra con demasiada frecuencia. Ahora todo funcionaba mucho mejor. «Miaja —explicaba Koltsov— interviene muy poco en los detalles de las operaciones, está poco al corriente de las mismas, ésa es cosa que deja para el jefe del Estado Mayor y para los jefes de columnas y sectores». Y a continuación Koltsov añadía: «Rojo se gana a la gente con su modestia, que encubre grandes conocimientos concretos y una insólita capacidad de trabajo. Es ya el cuarto día que no levanta la espalda, encorvada sobre el mapa de Madrid. Como una cadena sin fin acuden a verle comandantes, comisarios, y a todos a media voz, sosegada, pacientemente, como en la oficina de información de una estación de ferrocarril, repitiéndose en algunas ocasiones veinte veces, explica, inculca, indica, anota en los papeles y, con frecuencia, dibuja».

De este certero apunte de Koltsov se desprende claramente que fue Rojo el principal responsable de que llegara a forjarse el espíritu de trabajo colectivo que imperaba entre los combatientes madrileños; él fue además el que manejó los hilos de la defensa de la capital, el que se encargó de atar todos los cabos y de hacer funcionar a quienes tenían un puesto medianamente importante en el sistema de fuerzas. Su extraordinaria preparación profesional, su actividad incansable y, también, su cordialidad y sencillez en el trato con los subordinados le permitirían llevar a buen término la difícil labor asumida.

El director del diario *El Socialista*, Julián Zugazagoitia, que, como Koltsov, siguió de cerca los acontecimientos madrileños del mes de noviembre, afirma<sup>[38]</sup> que Rojo conseguiría ir dando «a los efectivos que guarnecían Madrid la moral y la eficacia de un ejército regular». Rojo estaba «especialmente dotado para su oficio, bien preparado técnicamente, y su equilibrio anímico era perfecto», subraya Zugazagoitia, que concluye el retrato de nuestro personaje con estas palabras: «Buen expositor, tenía presentes, a la hora de trabajar, todos los matices del problema en estudio. Si Miaja era la voz de mando, Rojo era la cabeza pensante y la voluntad organizadora. Del gabinete de Rojo salían, para pasar por el despacho de Miaja, todas las determinaciones que fueron haciendo de las milicias que se apelotonaron a las puertas de la capital, decididas a sucumbir antes que abrírselas al adversario, unidades militares, con obediencia al mando y sentido de la disciplina».

El contraataque sobre el flanco derecho de las tropas africanas, planeado por Largo Caballero, fue ejecutado durante los días 10 y 11 en el frente Ciempozuelos-Vaciamadrid,

pero no se alcanzó el éxito, pese a que los defensores de Madrid trataron de distraer una parte de las fuerzas adversarias lanzando un ataque en otro frente<sup>[39]</sup>. El fracaso del contraataque dejó libres a las unidades que se habían reservado para el mismo, y Largo decidió ponerlas a disposición de quienes defendían la capital; entre esas unidades se hallaban las Brigadas Internacionales XI y XII, que, con su llegada a la zona que controlaban Miaja y Rojo, verdaderamente harían su bautismo de fuego.

La XI Brigada Internacional, mandada por el general Kleber (cuyo verdadero nombre era Manfred Zalmanovich Stern), contaba con unos 1900 hombres y estaba compuesta por los batallones franceses *Edgard André* y *Commune de París*, y el eslavo *Dombrowsky*, mientras que en la XII, con unos 1550 hombres al mando del general Lukács (Matei Zalka), se integraban el batallón *André Marty* francobelga, el *Thaelmann* alemán y el *Garibaldi* italiano. Ambas brigadas se habían organizado en Albacete, donde existía una base de suministros para el frente de Madrid, con los voluntarios que se fueron incorporando después de haberse alistado en las oficinas establecidas en la parisina rue Lafayette. Pese a lo que afirman algunos historiadores, muy pocos de estos voluntarios habían participado en la primera guerra mundial, y, en general, carecían de experiencia bélica; no obstante, se orquestaría en torno a ellos, desde el primer momento, toda una campaña propagandística que tendería a mitificar sus hazañas.

Casi al mismo tiempo que las Brigadas Internacionales arribó a España la Legión Cóndor alemana, cuyos miembros comenzaron a desembarcar en Cádiz entre el 6 y el 7 de noviembre; su comandante, el general Hugo von Sperrle, y el jefe del Estado Mayor, teniente coronel Wolfram von Richthofen, se habían trasladado unos días antes por vía aérea<sup>[40]</sup>. La Legión Cóndor contaba con unos 12 000 hombres y estaba compuesta por las siguientes unidades: un grupo de combate con cuatro escuadrones de bombarderos, con doce aparatos cada uno; un grupo de cazas en igual número; un escuadrón de reconocimiento con doce aviones; un escuadrón de hidroaviones y otro experimental, ambos de fuerza variable; cuatro baterías de artillería antiaérea dotadas con los famosos cañones de 88 mm, auxiliadas por otras cuatro baterías con cañones de 20 mm; un destacamento de tierra; una unidad blindada (cuyo jefe era el coronel Wilhelm von Thoma), integrada por cuatro compañías con doce tanques cada una; una compañía de detección aire-tierra; y los correspondientes servicios. La Legión Cóndor constituyó un CAPÍTULO aparte de la ayuda germana; al producirse su llegada, sus más de cien aviones se sumarían a otros tantos que, más o menos, habían entregado ya los alemanes al bando rebelde; a estos doscientos aviones había que añadir además los noventa (el 1 de diciembre aumentarían hasta 118) suministrados por los italianos. Por entonces (a mediados de noviembre), los soviéticos, según Howson<sup>[41]</sup>, les habían enviado a los republicanos 112 aviones: 10 bombarderos SB-2 «Katiuska», 40 cazas I-15 «Chato», 31 cazas I-16 «Mosca» y 31 biplanos de ataque R-5.

Cuando estaba a punto de iniciarse la batalla de Madrid, tanto Italia como Alemania tuvieron ocasión de manifestar su deseo de que el conflicto español acabase pronto, con el triunfo de Franco. A finales de octubre, el ministro de Asuntos Exteriores italiano, el conde Ciano, había viajado a Alemania para entrevistarse con su colega Constantin von Neurath<sup>[42]</sup>, y se pusieron de acuerdo al juzgar que Franco estaba conduciendo mal y con

excesiva lentitud la guerra; consideraron que convenía llamarle al orden e incrementar la ayuda que se le estaba prestando, para conseguir, en el menor tiempo posible, el total derrumbamiento del gobierno republicano. Como primera medida decidieron enviar más aviones al bando rebelde y proporcionarle dos submarinos, que deberían operar junto a las costas republicanas del Mediterráneo e impedir la llegada de suministros rusos; pero además acordaron que, en adelante, habrían de coordinar sus acciones, a la par que aumentaban sustancialmente el apoyo a Franco. Hitler y Mussolini aprobaron los acuerdos adoptados por sus ministros, y el denominado «Eje Roma-Berlín» comenzaría, así, a gestarse por entonces. En este ambiente surgió la Legión Cóndor; los alemanes, que deploraban las tácticas de combate empleadas por Franco, tanto en tierra como en aire, le advirtieron que no estaban dispuestos a permitir que siguiera derrochando el material recibido, y que, por consiguiente, sólo le enviarían más ayuda si las unidades quedaban bajo el mando de militares alemanes. Franco aceptó y la Legión Cóndor se formó de inmediato y salió para España. Por lo demás, aunque los italianos no llegaron a solicitar formalmente las condiciones exigidas por los alemanes, lo cierto es que, desde el principio, optaron por mantener sus aviones bajo su propio control, cediendo sólo a la aviación franquista mandada por el general Kindelán una pequeña parte de ellos. Mientras los alemanes se integraban en la Legión Cóndor, los italianos lo hicieron en la Aviación Legionaria; de esta manera, al parecer, Franco pretendió dar a entender que los aviadores de las potencias fascistas pertenecían, en realidad, a unidades más o menos asimiladas a la Legión Extranjera creada por Millán Astray...

El 13 de noviembre, fuerzas de la columna 1 de Asensio Cabanillas lograron alcanzar el río Manzanares, aunque sin llegar a atravesarlo; mientras tanto, la columna 4, que ahora mandaba Bartomeu, conseguía progresar hacia el oeste y el norte con su misión de flanqueo. La Casa de Campo fue testigo de unos combates durísimos, en los que ambos contendientes se vieron obligados a empeñar sus respectivas reservas, y la XI Brigada Internacional entró en fuego, y se batió de forma satisfactoria. El mismo día 13, por otro lado, se desarrollaron sobre el cielo madrileño los primeros combates aéreos de cierta importancia; destacaron sobre todo los I-16 rusos, que debutaban en España, y mostraron su superioridad sobre los alemanes Heinkel He-51 y los italianos Fiat CR-32; los I-15, que ya habían volado sobre Madrid con anterioridad, superaban también a los He-51, pero no a los cazas italianos. En todo caso, la batalla aérea del 13 de noviembre contribuyó notablemente a elevar la moral de los madrileños, que notaron cómo, desde ese día, los aviones alemanes e italianos dejaban de descargar sus bombas con casi total impunidad, como venían haciendo hasta entonces. El día 15, las tropas de Varela lanzaron un violento ataque en la Casa de Campo; tras recibir refuerzos de la sierra y la retaguardia, Varela había reorganizado su sistema de fuerzas, trasladando a la Casa de Campo la columna 2 (Barrón), que estaba operando en el sector de Carabanchel. Los africanos aplicaron la máxima potencia en un frente muy estrecho, y su fuerte embestida causó el desconcierto entre los combatientes republicanos, gran parte de los cuales (como, por ejemplo, los anarquistas que Durruti trajo de Cataluña) acababan de incorporarse a la defensa de Madrid y no estaban demasiado fogueados. El frente que Varela había señalado en su orden de operaciones del día 6 a la columna 1 se asignaba ahora a las columnas 1 y 3, que llevaban detrás, en segundo escalón, a la columna 2, para impulsar el avance; los bombarderos alemanes e italianos, mientras tanto, machacaban la zona de la Ciudad Universitaria y el parque del Oeste, en colaboración con la artillería. La columna 1, apoyada por tanques, consiguió

atravesar el río Manzanares y, aprovechando la brecha que dejaron abierta los anarquistas, franquearon también el río las columnas 3 y 2, ensanchando la cabeza de puente; los internacionales acudieron a taponar la brecha y tuvo lugar entonces una sangrienta batalla en la Ciudad Universitaria. El día 16, Asensio Cabanillas ejecutó un asalto que vino a estrellarse contra el hospital Clínico; sería el último esfuerzo de las tropas africanas, que prácticamente habían dilapidado su capacidad ofensiva.

Irritado sin duda por el clamoroso fracaso cosechado, contra todo pronóstico, en el ataque a la capital, Franco decidiría castigarla con brutales bombardeos aéreos y artilleros. Los africanistas habían dejado patente su incapacidad para la guerra regular y la inutilidad de su táctica de la fuerza bruta, ante un adversario escasamente armado y organizado, aunque lleno de entusiasmo y bien dirigido; y ahora recurrían, una vez más, al terror, su verdadera especialidad. Las bombas lanzadas por la artillería y la aviación de forma masiva causaron muchas víctimas y grandes destrozos en el centro de la capital, e incluso provocaron incendios en lugares tan emblemáticos como la Puerta del Sol, la plaza del Carmen, el paseo de Recoletos... Ya en la mañana del día 17, los aviones volvieron a arrojar octavillas, como lo hicieran antes del día 6, para tratar de amedrentar a los madrileños; las octavillas portaban el siguiente texto: «Si la ciudad no se rinde antes de las cuatro de la tarde, los bombardeos comenzarán con mayor intensidad». Franco cumplió su amenaza sometiendo a Madrid al bombardeo más devastador de toda la guerra; los corresponsales de prensa extranjeros dieron cumplida noticia de esta salvaje acción y hasta las embajadas de Francia e Inglaterra emitieron una dura nota de protesta.

Por enésima vez, los africanistas apostaban por el terror, y lo hacían ante una ciudad abierta de un millón de habitantes. Eran los mismos que se habían labrado la fama en las campañas marroquíes, mandando a unos sanguinarios soldados que cortaban las cabezas de sus enemigos para guardarlas como trofeo, los que cometieron innumerables tropelías y no dudaron en usar las armas químicas contra los humildes poblados morunos para vencer la resistencia de las tribus rebeldes. Ahora se habían aliado con las potencias fascistas y disponían de una poderosa máquina de destrucción. Y amenazaron con arrasar la ciudad si no se rendía. Pero la ciudad no se rindió.

Los aliados fascistas de Franco, que esperaban a la conquista de la capital para reconocer su gobierno, acordaron hacerlo el 18 de noviembre, plenamente convencidos de que los generales africanistas, pese a la importante ayuda recibida, no iban a alcanzar su objetivo a corto plazo, ni siquiera recurriendo a la estrategia del terror. «Si la guerra — subraya Colodny— hubiese sido simplemente una guerra civil, preocupación exclusiva de los españoles, bien pudiera haber terminado el 17 de noviembre, al quedar completamente exhausto el ejército rebelde<sup>[43]</sup>». Los alemanes, no obstante, siguiendo sin duda las directrices del falaz ministro Goebbels, emitieron el día 18 un comunicado en el que anunciaron: «Una vez que el general Franco ha ocupado la mayor parte del territorio español, y cuando los acontecimientos de las pasadas semanas han demostrado con creciente claridad que no puede hablarse de la existencia de un gobierno responsable en el resto de España, el gobierno del Reich ha decidido reconocer al gobierno del general Franco».

Los italianos dieron un comunicado similar, de manera que Franco sería a partir de ese momento, para las potencias del Eje, quien ostentara la jefatura del legítimo gobierno de España. Es claro que Franco había perdido la batalla ante las puertas de Madrid, pero Alemania e Italia, al conceder el reconocimiento a su gobierno, estaban anunciando al mundo que no iban a permitir que perdiera la guerra.

Las operaciones en el frente madrileño fueron languideciendo después del último intento realizado por Asensio Cabanillas, y el día 23, tras reunirse en Leganés Franco, Mola y Varela, se decidió dar por finalizado el ataque directo a la capital. Mola fue destituido como jefe supremo de las fuerzas que actuaban en torno a Madrid, y fue relevado por Orgaz, y este hecho, verdaderamente, viene a confirmar que el propio Franco era consciente de los fallos cometidos, de la tremenda humillación sufrida; pero, públicamente, ni él ni sus propagandistas llegarían a reconocerlo nunca, y se dedicarían a propalar toda una serie de ridículas patrañas para ocultar la afrentosa realidad.

El historiador oficial del bando franquista, Manuel Aznar, ha establecido las bases en que deben apoyarse los panegiristas de Franco para enmascarar el fracaso de Madrid. En su obra *Historia militar de la guerra de España*, Aznar comienza reconociendo<sup>[44]</sup> que «los acompañantes de las columnas» encargadas del asalto a la capital prepararon el día 5 de noviembre sus equipajes para entrar en ella, pues se esperaba que, en unas pocas horas, se lograría «una victoria fulminante» que habría de dar fin a la contienda. Sin embargo, continúa narrando Aznar, cuando los soldados de Asensio y Castejón «entraron en la Casa de Campo como una tromba», se encontraron, de repente, con una resistencia tan tenaz que todas las previsiones comenzaron a venirse abajo; los africanos combatían bien y causaban verdaderos estragos entre los defensores, «pero el número de éstos era tan superior al de los asaltantes, que tras cada unidad deshecha se alzaban otras frescas y decididas a la lucha». Y Aznar aporta este comentario: «Aquellas fuerzas que hacían tan duro el avance de los nacionales pertenecían a la I y XI Brigadas Internacionales, formadas por excombatientes de diversos ejércitos europeos, mandadas por coroneles checoslovacos, austríacos y rusos, y apoyadas por una considerable masa artillera, así como por unos cuantos centenares de ametralladoras».

Más adelante, Aznar añade: «En tres días habían entrado en los cuarteles y depósitos madrileños unos 12 000 hombres de las Brigadas Internacionales. Unidos a otros 12 000 combatientes españoles de vanguardia, formaban los efectivos de dos divisiones completas, muy bien armadas [...] Una tercera división de reserva permanecía acantonada en Madrid».

Las razones esgrimidas por Aznar para explicar el fracaso de los africanos han hallado un fuerte eco entre los autores alineados con el franquismo; como muestra puede servir el siguiente párrafo, en el que Kindelán trata de paliar el error cometido por Franco con su desvío a Toledo<sup>[45]</sup>: «No hubiese tenido, en efecto, consecuencias desagradables para la toma de Madrid, la de Toledo, antes al contrario, si no se hubiese producido un hecho nuevo inesperado —a lo menos para fecha tan próxima—, la creación de unas fuerzas internacionales rojas, que vinieron a reforzar o, mejor dicho, a sustituir casi por completo las maltrechas y derrotadas que habían intentado oponerse a nuestra carrera triunfal. Se produjo el hecho imprevisible y desagradable de que, al quedar totalmente vencido el

Ejército enemigo, surgió ante el vencedor un nuevo adversario intacto e incólume».

Los alemanes y los italianos, que asumieron el compromiso de sacar a Franco del atolladero en que se encontraba tras el fracaso del asalto a Madrid, analizaron las causas de ese fracaso, y sus conclusiones, desde luego, no coinciden en absoluto con las explicaciones que ofrecen los autores franquistas; en general, culparon del tropiezo sufrido en Madrid al propio Franco y sus generales africanistas, que demostraron no estar capacitados para afrontar una guerra que estaba adquiriendo el carácter de regular. El consejero militar alemán en España, Roland von Strunk, no dudó en afirmar que las tropas africanas podían haber tomado Madrid «el primer día<sup>[46]</sup>», y le anunció a Franco que, en lo sucesivo, debería aceptar la dirección alemana de la campaña o, de lo contrario, Alemania retiraría su ayuda. Filippo Anfuso, secretario personal de Ciano y enviado por éste a España para recabar información sobre la manera en que Franco conducía la guerra, declaró en su informe que la táctica del Generalísimo le recordaba a la de las guerras coloniales «con sus éxitos pequeños y limitados y su frecuente utilización de los pelotones de fusilamiento»; se tendía más a las minúsculas acciones tácticas que a las grandes operaciones estratégicas. El general Wilhelm von Faupel, que presentó ante el gobierno franquista sus credenciales como embajador alemán el 30 de noviembre, se expresó de forma muy similar cuando, pocos días después, remitió a Berlín un informe sobre Franco; en él manifestaba<sup>[47]</sup>: «El general Franco, según cuanto he oído decir, es un soldado de una bravura personal a toda prueba [...], pero cuya formación y experiencia militares no están a la altura que requiere la dirección de las operaciones en España, dada la envergadura que han alcanzado. Franco debe el éxito de las primeras semanas al hecho de que las tropas marroquíes no han encontrado adversarios de su talla, y también al hecho de que en el bando rojo no existía ninguna dirección militar organizada. Pero la situación ha cambiado considerablemente».

El tropezón de los africanos en Madrid, ciertamente, no se produjo por la inesperada intervención de copiosas unidades extranjeras puestas al servicio del bando republicano, como proclaman los falaces propagandistas de Franco, sino por la aparición de un grupo de militares de gran competencia técnica (muy superior a la de los héroes de las campañas africanas), que, dirigidos por Vicente Rojo, tomaron las riendas de la defensa de la capital y supieron canalizar el entusiasmo y el coraje de los madrileños. Los generales africanistas forjados en la glorificada «escuela de África», cuyas limitaciones técnicas saltaban a la vista, recibieron en Madrid una soberana lección de quienes tenían una concepción muy distinta de la profesión militar.

Tras el reconocimiento del gobierno de Franco, las potencias fascistas aumentaron sensiblemente su intervención en España. El 6 de diciembre, Mussolini celebró una reunión con su ministro de Asuntos Exteriores y los jefes de Estado Mayor de Tierra, Mar y Aire, a la que asistió el almirante Canaris representando a Alemania, y en ella se estudió el incremento de la ayuda militar a Franco<sup>[48]</sup>. Hasta ese momento, la ayuda alemana había sido muy superior a la italiana, pero las cosas iban a cambiar sustancialmente; en todo caso, los medios proporcionados por ambas potencias, hacia el mes de enero de 1937, deberían haber asegurado la victoria de los nacionalistas. En sucesivas reuniones, alemanes e italianos siguieron mostrando sus dudas acerca de la capacidad de Franco para dirigir la guerra, y terminaron exigiéndole la organización de «un Estado Mayor General conjunto,

para ayudarlo a planear las futuras operaciones». Franco no tuvo más remedio que doblegarse ante las exigencias de sus aliados.

A mediados de diciembre de 1936, al parecer por indicación de los alemanes, Franco inició una serie de ataques indirectos sobre Madrid, para compensar el fracaso del ataque directo. El primero de ellos fue lanzado por el oeste, con el claro propósito de romper el frente republicano establecido en la zona y cortar las comunicaciones entre la capital y las posiciones republicanas de la sierra, que quedarían así en situación muy delicada, lo que probablemente permitiría a las tropas franquistas ubicadas en aquel frente cerrar sobre Madrid. Pero los atacantes, como apunta Rojo<sup>[49]</sup>, fueron prontamente detenidos, y no lograron más que ensanchar levemente la bolsa que apuntaba a la capital y ocupar Boadilla del Monte. A principios de enero de 1937, tras haber reorganizado y reforzado sus unidades gracias a la generosa ayuda de las potencias fascistas, Franco persistiría en su propósito de cortar las comunicaciones entre Madrid y la sierra. «Entraba en sus cálculos —comenta Vicente Rojo— revolverse después contra nuestro flanco izquierdo para intentar el mismo corte con Valencia y Guadalajara, atacando hacia Vallecas». Franco, en definitiva, pretendía conseguir el aislamiento de la capital para conquistarla a continuación, y, además, planteaba la batalla en campo abierto, donde suponía que los soldados republicanos ofrecerían un rendimiento muy inferior al demostrado durante el asalto frontal. El ataque franquista por el oeste se desarrolló, en principio, con éxito, y los republicanos pasaron grandes apuros en el monte de El Pardo y en la defensa del puente de San Fernando, pero lograron reaccionar y la línea de combate terminaría quedando fijada entre el citado puente y Las Rozas, y se mantendría así hasta la conclusión de la contienda, en abril de 1939.



### *Los ataques indirectos a Madrid.*

Franco estableció una pausa en las operaciones para reorganizar convenientemente sus fuerzas; los alemanes estaban enviando gran cantidad de material de guerra, a la par que las tropas africanas se reforzaban con la incorporación de portugueses e irlandeses a la Legión y el reclutamiento de indígenas realizado en Marruecos. Mientras tanto, en Valencia, el Estado Mayor Central (EMC) republicano, dirigido por el general Martínez Cabrera, procedía a la formación de nuevas unidades para utilizarlas en la zona de Madrid, repitiendo la misma maniobra de contraataque que fue intentada sin éxito en los días 10 y

11 de noviembre. Pero el 6 de febrero, antes de que se iniciara la referida maniobra, los rebeldes lanzaron un fuerte ataque en el río Jarama con tres columnas apoyadas por aviación, artillería y tanques, y causaron un gran desconcierto en las filas republicanas; desde Valencia se cursaron órdenes a las fuerzas que preparaban el contraataque para que se trasladaran urgentemente hacia el sector atacado y trataran de contener al enemigo, cuyo avance estaba resultando arrollador. Los nacionalistas ocuparon el puente de Pindoque y atravesaron el Jarama con el claro propósito de cortar las comunicaciones de Madrid con Levante; si llegaban a conseguirlo, se produciría, irremisiblemente, no sólo la caída de Madrid, sino también la del frente de la sierra. En esos dramáticos momentos, el EMC republicano decidió entregar el mando de las operaciones en el Jarama al jefe de la defensa de Madrid, el general Miaja, de manera que, en realidad, como señala Hidalgo de Cisneros<sup>[50]</sup>, que participó en las citadas operaciones, vendría a ser Vicente Rojo el que tomara la dirección de las tropas republicanas durante la batalla librada en las inmediaciones del río Jarama.

Al hacerse cargo de su cometido, Rojo comprendió de inmediato que se hallaba «ante un problema de organización angustioso» y que, por encima de todo, había que actuar con rapidez para detener el avance adversario y articular eficazmente la defensa; tras analizar la situación, terminaría optando por reemplazar a determinados jefes y unidades, a la par que atraía hacia el frente algunas tropas selectas. Era, desde luego, muy arriesgado retirar fuerzas de las posiciones que defendían Madrid, porque el ataque franquista en el Jarama podía constituir una mera maniobra diversiva para facilitar el asalto a la capital; desgarnecer el frente madrileño, ciertamente, resultaba bastante peligroso, pero, haciendo gala de la resolución y la audacia que caracterizan a los grandes capitanes, Rojo decidió asumir ese riesgo. Sin pérdida de tiempo organizó el III Cuerpo de Ejército, con el teniente coronel Burillo como jefe, y compuesto por cuatro divisiones: la 13 (Arce), con las brigadas 5 y XII y XIV internacionales; la 15 (Gal), con las brigadas 17 y XI y XV internacionales; la 11 (Líster), con las brigadas 1, 18 y 23; y la 16 (Güemes), con las brigadas 19, 24 y 66. En total, los republicanos pusieron sobre el campo de batalla unos veinte mil hombres, y con el adversario lucharon aproximadamente otros tantos.

En el Jarama se libró la primera gran batalla de la guerra civil en campo abierto y ambos contendientes utilizaron una considerable cantidad de armamento moderno; los combates recordaron bastante a los de la primera guerra mundial, aunque con la novedad del importante papel representado por los aviones y los carros de combate, que además propiciaron el empleo a gran escala de la artillería antiaérea y la aparición de la artillería contracarro. Con todo, Rojo considera que, en el Jarama, si bien hubo un «verdadero derroche de medios materiales», no apareció el arte en ningún momento, y la lucha se limitó a «un bárbaro forcejeo», hasta quedar agotadas las fuerzas de ambos bandos. En el ámbito estratégico, por lo demás, es evidente que el triunfo correspondió a los republicanos, puesto que Franco no alcanzó su objetivo de cortar las comunicaciones entre Madrid y Levante.

Los italianos, que no quisieron intervenir en la batalla del Jarama, participaron, en cambio, junto a unidades españolas y bajo la dirección del general Queipo de Llano, en las operaciones desarrolladas entre los días 5 y 14 de febrero, que culminaron con la conquista

de Málaga. Las tropas italianas actuantes en Málaga formaron la Primera División de Camisas Negras, mandada por el general Roatta, y contaron con el apoyo de cincuenta aviones, también italianos. Al concluir la campaña, todas las fuerzas de tierra italianas trasladadas a España se agruparon, bajo el mando del propio Roatta, en el denominado Corpo Truppe Volontarie (CTV), compuesto por cuatro divisiones, tres de milicianos y una de soldados del Ejército, con un total de unos cincuenta mil hombres.

Tras el nuevo fracaso cosechado en la batalla del Jarama (que finalizó dos semanas después que la campaña malagueña), Franco solicitó el apoyo de los italianos para llevar a cabo una maniobra de envolvimiento de Madrid y el Ejército del Centro republicano; los italianos atacarían desde Sigüenza a Guadalajara, mientras que las fuerzas franquistas que, mandadas por Orgaz, habían intervenido en el Jarama, deberían dirigir su ataque hacia Alcalá de Henares, hasta completar el cerco de los republicanos. Mussolini aceptó la propuesta de Franco, porque ansiaba, lo mismo que los alemanes, que la victoria nacionalista se produjera lo más rápidamente posible, antes de que el Comité de No Intervención comenzara a funcionar en serio. Como habían prometido, los italianos atacaron hacia Guadalajara, pero Orgaz se abstuvo de avanzar sobre Alcalá de Henares, al parecer porque sus unidades no estaban en condiciones de hacerlo, dado el desgaste sufrido en el Jarama. Las tropas republicanas que habían luchado contra las de Orgaz, sin embargo, serían capaces, tras recibir algunos refuerzos, de enfrentarse al poderoso CTV y de vencerlo, bajo la dirección, una vez más, de Vicente Rojo.

El día 8 de marzo, el CTV italiano, que llevaba a su derecha la división Soria al mando del general Moscardó y compuesta principalmente por soldados marroquíes, inició su avance desde Sigüenza y Algora, utilizando como eje la carretera de Zaragoza en dirección a Madrid. Mandaba las fuerzas italianas el general Roatta, que contaba con cuatro divisiones de infantería más o menos motorizada, apoyadas por dieciséis grupos de artillería de diferentes calibres, un batallón de tanques, una compañía de vehículos blindados y los correspondientes servicios; en total, participaron más de cuarenta mil hombres. Tras una fuerte preparación artillera, los italianos comenzaron a avanzar, y el débil frente republicano establecido en la zona, guarnecido por la 12 división, se derrumbó el día 9; desde Almadrones, la tercera división del CTV progresó en dos columnas hacia Torija y Brihuega, sin encontrar apenas resistencia. En esos momentos, Vicente Rojo, que continuó dirigiendo las operaciones en este episodio bélico conocido por el nombre de batalla de Guadalajara, decidió recurrir a una buena parte de los que habían protagonizado la batalla del Jarama y que se habían fogueado durante el ataque directo a la capital. Rojo abordó una reorganización, y constituyó un nuevo cuerpo de ejército, el IV, con el teniente coronel Jurado como jefe, en el que se integraron, entre otras unidades, las divisiones 11 (Líster) y 14 (Mera), que comenzaron cubriendo, respectivamente, los frentes de Torija y Brihuega y terminaron llevando, en gran medida, el peso de la lucha. Rojo resume así lo sucedido en la batalla de Guadalajara<sup>[51]</sup>: «La maniobra de Guadalajara había tenido para nosotros dos fases. En la primera fue batida nuestra división 12 y roto y pulverizado un extenso frente los días 8, 9 y 10, y reorganizado del 10 al 14, librándose, mientras tal se hacía, una batalla de encuentro con la que se pudo frenar el avance enemigo e infligirle los primeros reveses locales. En la segunda fase se consolida la organización y se monta el contraataque de conjunto, que conduce a la derrota y retirada desordenada del enemigo».



*Maniobra de envolvimiento de la plaza de Madrid y del Ejército del Centro.*

El 21 de marzo, el CTV italiano estaba vencido, y los republicanos, materialmente agotados, suspendieron la persecución del adversario. Y la batalla se dio por finalizada.

Es justo tener en cuenta, en todo caso, el importante papel jugado por la aviación republicana en la victoria obtenida en Guadalajara. Por aquella época, los nacionalistas, como señalan Coverdale<sup>[52]</sup> y Howson<sup>[53]</sup>, habían recibido muchos más aviones que los republicanos (Italia envió 248, Alemania alrededor de 200 y Rusia 203); sin embargo, la superioridad aérea perteneció a los aviones de la República, que disponían de pistas de cemento en la zona, mientras el adversario veía sus aeródromos de tierra encharcados por las lluvias torrenciales que cayeron esos días. Con la superioridad aérea de su parte, los aparatos republicanos pudieron bombardear y ametrallar a placer las columnas motorizadas italianas.

Con el episodio de Guadalajara concluiría la gran batalla de Madrid, que se extendió entre noviembre de 1936 y marzo de 1937. El desarrollo de esta batalla fue seguido atentamente en las páginas de la prensa mundial, cuyos lectores tendrían ocasión de admirar la gran epopeya protagonizada por unos combatientes republicanos, a quienes, el 6 de noviembre, todos daban por perdidos, y que, sin embargo, lograrían salir airosos de tan dramático trance. Franco, el héroe de la guerra colonial marroquí, hubo de sentirse especialmente humillado al comprobar cómo las tropas africanas daban por finalizada su marcha triunfal, para sufrir una inesperada derrota, primero, en el lindero de la capital, y, después, en campo abierto, donde la sorpresa terminó de consumarse. El 4 de abril de 1937, con la batalla madrileña recién terminada, Franco trataría de enmascarar su frustración, haciendo unas increíbles declaraciones a un grupo de corresponsales extranjeros, que merecen ser consideradas como el precedente de las burdas fábulas lanzadas por sus propagandistas. El Generalísimo empezó diciendo<sup>[54]</sup> que Madrid sería conquistada irremediabilmente por las «fuerzas nacionales», que además lograrían ocasionar graves pérdidas, en «hombres y material de guerra», a los combatientes republicanos. Y a continuación añadió: «La defensa de Madrid ha sido uno de los mayores errores del Estado Mayor rojo. Debido a su posición geográfica y estratégica, Madrid es una ciudad abierta y condenada a rendirse en fin de cuentas [...] Por razones militares se dejó una vía de escape

a los rojos para evitar así tener que luchar en las calles de Madrid, evitándose la destrucción de la capital. Los rojos se han encontrado siempre en desventaja cada vez que han tenido que enfrentarse con el Ejército Nacional en el campo abierto de batalla».



*Contraataque republicano en Guadalajara.*

## CAPÍTULO 6

### La eclosión del arma aérea

Manuel Aznar analiza<sup>[1]</sup> el cambio de signo producido en la guerra durante la batalla de Madrid y subraya que, con él, se iría al traste la táctica que había prevalecido en los primeros meses, «una mezcla de guerra colonial y de guerrilleo», con la que los africanos habían logrado imponerse a las tropas milicianas en su marcha sobre la capital. Todo cambiaría bruscamente, comenta Aznar, como consecuencia de la intervención extranjera y de la importación de material de guerra en la España republicana, y a continuación explica: «Mientras los encuentros se caracterizaron por el empleo intenso de tropas especialmente instruidas para el choque y por la utilización de una artillería restringida, se pudo confiar el éxito a la maravillosa calidad de las tropas de África —Legión y Regulares—, cuya facilidad de maniobra no ha sido superada por ninguna otra fuerza combatiente. Pero a fines de octubre, y sobre todo en noviembre, hacen su aparición las Brigadas Internacionales, habituadas a la Gran Guerra del mundo, duchas en las muchísimas malicias que la guerra enseña, apoyadas por artillería de calibres potentes, rodeadas de carros de combate con cañón y dotadas de un número de armas automáticas como jamás se había conocido en el Ejército español. Por mucha que sea nuestra facultad de improvisación, era indispensable algún plazo para adaptar las condiciones radicales del soldado de España a la influencia que el material moderno ejerce en las batallas [...] De guerra civil, de guerra interior, nuestra lucha pasaba a los planos de una guerra internacional».

En este párrafo, Aznar aporta algunos elementos de juicio interesantes, pero, en su afán por defender a ultranza la ejecutoria del general Franco, termina ofreciendo una versión de los hechos que se aparta bastante de la realidad. La creciente internacionalización del conflicto, verdaderamente, no supuso un perjuicio para el bando franquista, que recibiría del extranjero muchos más medios, humanos y materiales, que su adversario. Durante las operaciones desarrolladas en torno a Madrid, entre noviembre de 1936 y marzo de 1937, con los republicanos lucharon cuatro Brigadas Internacionales (las XI, XII, XIV y XV; la XIII permaneció por entonces en el frente de Teruel), y además pilotos, tanquistas, artilleros e ingenieros soviéticos; en total, si se añaden los rusos que actuaron como asesores, instructores, mecánicos y operadores de radio, unos diez mil extranjeros. Mientras tanto, con los nacionalistas combatieron los moros de Regulares, los portugueses e irlandeses integrados en la Legión, los italianos del CTV y de la Aviación Legionaria y los alemanes de la Legión Cóndor y de otras unidades de la fuerza aérea franquista, que suman más de noventa mil extranjeros. Por otro lado, los voluntarios internacionales del bando republicano, a diferencia, por ejemplo, de los miembros de la Legión Cóndor (y casi otro tanto se puede decir del CTV italiano), que partieron de Alemania constituyendo una unidad perfectamente organizada, llegaron a España,

procedentes de 53 países, llenos de ilusión y con un gran espíritu de lucha, pero completamente desorganizados y desarmados; sólo una minoría de ellos contaba con alguna experiencia en combate.

En los contactos mantenidos a finales de enero de 1937, alemanes e italianos habían acordado aumentar sensiblemente la ayuda a Franco, con el fin de facilitarle una rápida victoria, que debería producirse en unas pocas semanas; y decidieron enviarle sin pérdida de tiempo los medios necesarios para conseguirlo, antes de que se establecieran los controles que el Comité de No Intervención pretendía imponer. Las potencias fascistas tenían la intención de exigir, cuando los nacionalistas se encontraran debidamente surtidos, que esos controles actuaran con todo el rigor, y evitar así que los republicanos recibieran apoyo desde el exterior<sup>[2]</sup>. Mussolini y Göring se mostraban muy descontentos por la forma en que Franco conducía la guerra, pero consideraron que, en aquellos momentos, no quedaba más remedio que incrementar la ayuda que le estaban prestando. Los alemanes ya no querían aportar más hombres (fue entonces cuando los italianos completaron las unidades del CTV), sin embargo aceptaron enviar gran cantidad de material, que se cifraría en: 60 aviones, 180 piezas de artillería regimental, 32 cañones de 77 mm, 12 cañones de 150 mm, 52 cañones antiaéreos, 117 millones de cartuchos para armas individuales, 450 000 proyectiles de artillería y 65 000 de artillería antiaérea; además comenzaron a suministrar equipo ultramoderno, del que formaron parte los bombarderos Dornier Do-17 y Heinkel He-111 y algunos Messerschmitt Bf-109, el mejor avión de caza de cuantos participaron en la contienda española y uno de los más brillantes de la segunda guerra mundial. Los italianos, por su lado, no se limitaron a aumentar espectacularmente sus envíos de tropas, ya que incrementaron de forma parecida los correspondientes a material de guerra, y entre diciembre de 1936 y febrero de 1937 suministraron unos 130 aviones, 2500 toneladas de bombas, 500 cañones, 700 morteros, 1200 ametralladoras, 50 tanquetas y 3800 vehículos de motor. El armamento proporcionado por las potencias fascistas a Franco en los dos meses anteriores a la batalla del Jarama alcanzó un volumen enorme, y superó con creces a todo el que le habían enviado durante los meses comprendidos entre el inicio de la contienda y diciembre de 1936; y, desde luego, representaba más del doble del que los republicanos habían recibido del exterior (de Rusia y Polonia, fundamentalmente) a lo largo de la guerra<sup>[3]</sup>.

El fracaso cosechado por Franco en la serie de combates desarrollados en torno a Madrid sacó a relucir su radical incompetencia, que le conduciría a la derrota, pese a su abrumadora superioridad de medios, frente a un militar bien preparado, como Vicente Rojo; ésta es la verdad que los panegiristas del Invicto Caudillo han tratado de ocultar, recurriendo a las más ridículas patrañas.

Durante la batalla de Madrid, mientras Rojo, cercano a la línea del frente, organizaba, coordinaba y dirigía a las fuerzas republicanas, Franco permaneció en el palacio episcopal de Salamanca, dedicándose, fundamentalmente, a consolidar y aumentar su poder político. Rojo era un militar enamorado de su profesión y Franco, en el fondo, un simple pretorianista, que, por lo demás, ya había dejado bien patente su condición de tal cuando, tras ordenar la detención de las tropas africanas en Maqueda, desistió de seguir avanzando hacia Madrid y optó por desviarse a Toledo, para liberar el alcázar. Esta

decisión constituyó una pésima maniobra militar, y a la par una brillante maniobra política; Franco perdió la oportunidad de conquistar la capital de España, objetivo estratégico de la máxima importancia, pero consiguió, gracias a la campaña de propaganda orquestada en torno a la liberación del alcázar y a través de un auténtico golpe de Estado, ser nombrado generalísimo de los ejércitos y jefe del gobierno. Ya instalado en el palacio episcopal de Salamanca, ejerciendo sus nuevos cargos y mientras las tropas nacionalistas y republicanas combatían en Madrid y sus alrededores, Franco centró sus esfuerzos en la preparación de un segundo golpe de Estado, que terminó ejecutando en abril de 1937, con la publicación del famoso Decreto de Unificación, por el que se creaba el partido único, similar al existente en los países fascistas. Esta nueva maniobra política permitió a Franco incrementar considerablemente su poder, ya que, si hasta entonces había concentrado en su persona las jefaturas del Estado, del gobierno y del Ejército, a partir de ahora añadiría la del partido único y la de las milicias. El 9 de diciembre de 1936 había conseguido apartar del ruedo político al líder de los tradicionalistas, Manuel Fal Conde, y más tarde, contando con la ayuda de su cuñado, Ramón Serrano Súñer, que se presentó en Salamanca a finales de febrero de 1937, lograría someter también al grupo falangista; es así como dejó despejado el camino hacia la unificación y el poder absoluto.

La labor realizada por Vicente Rojo en el ámbito estrictamente militar encontraría también su premio; por los éxitos alcanzados en el transcurso de la batalla de Madrid, fue promovido al empleo de coronel con fecha de 20 de marzo de 1937, y, además, Largo Caballero quiso otorgarle la jefatura del EMC, que se hallaba vacante tras la destitución del general Martínez Cabrera, pero Rojo rechazó el ofrecimiento. Largo Caballero nos da su particular versión de los hechos<sup>[4]</sup>: «Planteé el problema [de la sustitución del jefe del EMC] en el Consejo de la Guerra y Uribe propuso para cubrir la vacante al coronel Rojo, comunista [¿?] jefe del Estado Mayor de Miaja. Hice el nombramiento reservándome observar detenidamente los acontecimientos, pero el interesado y su jefe Miaja dijeron que no era conveniente que saliera de Madrid. Fracasada la maniobra, no propusieron a ningún otro [...] Así dejé vacante la Jefatura del Estado Mayor».

En la reunión celebrada por el Consejo de la Guerra, en realidad fue el socialista Álvarez del Vayo, si bien respaldado por el comunista Vicente Uribe, el que propuso a Vicente Rojo para ocupar la Jefatura del EMC y la propuesta resultó aprobada. Rojo no aceptó el cambio de puesto, y en su decisión se vio apoyado por Miaja, que envió, incluso, una carta al Ministerio de la Guerra declarando que no podía prescindir de su jefe de Estado Mayor<sup>[5]</sup>. En todo caso, el propio Largo reconoce que, por entonces, estaba siendo muy cuestionado como ministro de la Guerra, por los comunistas, principalmente, pero también por el grupo de los socialistas moderados encabezado por Indalecio Prieto<sup>[6]</sup>, y es muy posible, pues, que Rojo rechazara el cargo que se le ofrecía al percatarse del turbio ambiente que se respiraba en aquellos momentos. Tras la crisis de gobierno producida el 17 de mayo, volvería a ser elegido para desempeñar la Jefatura del EMC, y esta vez daría su conformidad sin oponer reparo alguno.

La derrota de Guadalajara no hizo desistir precisamente a Mussolini de su propósito de prestar apoyo al bando franquista. Esa derrota había ocupado la primera plana en buena parte de los periódicos del mundo (sin que, por cierto, el Comité de No Intervención se

diera por enterado...) y este hecho representaba un gran desprestigio para la Italia fascista y para el propio Mussolini, de modo que éste consideraría absolutamente indispensable que las tropas italianas alcanzaran una victoria sonada en la contienda que se estaba desarrollando en la península Ibérica. El 24 de marzo, dos días después de concluir la batalla de Guadalajara, el Duce recibió al emisario personal de Franco, el coronel Villegas, y le anunció que el Caudillo podía seguir contando con la ayuda italiana. Por otro lado, a finales del citado mes, el embajador italiano ante el gobierno franquista, Roberto Cantalupo, fue llamado a consulta por el ministro de Asuntos Exteriores, Galeazzo Ciano, quien le advirtió, en principio, que, si deseaba conservar su puesto en Salamanca, debería asumir la política de apoyar a Franco a toda costa. Cantalupo se mostraba muy crítico con esa política, y se permitió significarle al ministro que, con las batallas del Jarama y Guadalajara, la situación española había variado notablemente a favor de la República, y que, para enderezar las cosas, Alemania e Italia tendrían que realizar un gran esfuerzo, aumentando en gran medida su ayuda y prestándola, por añadidura, durante mucho tiempo. En definitiva, Cantalupo dejaría bien clara su postura (y eso habría de costarle el puesto de embajador) favorable a un replanteamiento de la política de intervención en España, para proceder en adelante con la debida cautela; sus recomendaciones, sin embargo, no fueron tenidas en cuenta. «En varias ocasiones —comenta Coverdale— a lo largo de los dos años siguientes Mussolini gruñiría y amenazaría con dejar de ayudar a Franco si no se hacía la guerra con más decisión, pero eran amenazas vanas. Guadalajara había atado a Italia a la situación española más de lo que hubiera podido hacer ninguna victoria<sup>[7]</sup>».

El fracaso de Franco en los sucesivos intentos de conquistar Madrid le obligó a señalar un nuevo objetivo estratégico para seguir operando. Asesorado una vez más por sus aliados de las potencias fascistas, decidió trasladar la lucha al norte de la Península, donde los republicanos ocupaban una zona con unos trescientos kilómetros de costa y unos cuarenta de profundidad, formada por las provincias de Vizcaya, Santander y Asturias, y separada del resto del territorio republicano por una distancia mínima de unos doscientos kilómetros; además, estaba sometida al bloqueo marítimo ejercido por los barcos nacionalistas. Por su aislamiento, evidentemente, la franja cantábrica republicana resultaba bastante vulnerable a cualquier acción ofensiva lanzada contra ella, y esta circunstancia, más el hecho de constituir una zona de gran riqueza minera e industrial, debieron de condicionar en gran medida la decisión adoptada por Franco y sus asesores. Los alemanes, en particular, debido al rearme que estaban llevando a cabo, mostraban un especial interés por el mineral de hierro vizcaíno, y esperaban que con él Franco pudiera pagar, al menos, una parte del material de guerra que le habían entregado a crédito; Hitler llegaría a declarar el 27 de julio de 1937: «Queremos el triunfo nacionalista español para obtener el hierro de España».

Los nacionalistas desencadenaron su ofensiva en el norte el día 31 de marzo de 1937, con unas fuerzas terrestres cuya masa principal estaba compuesta por cuatro brigadas de Navarra, unidades interarmas que contaban con baterías de artillería de 75 y 105 mm y con unos efectivos que oscilaban entre tres mil y cinco mil hombres; de esas fuerzas terrestres, no obstante, formaban parte también otras unidades, como el CTV, que había sido reorganizado y puesto a las órdenes del general Bastico, que sustituyó a Roatta. El mando de todo el conjunto lo ostentaba el general Mola, que disponía de una fuerza aérea de más de ciento cincuenta aviones, tripulados y atendidos en su inmensa mayoría por

militares alemanes e italianos. Los republicanos, en cambio, como consecuencia del aislamiento de la zona ocupada, nunca lograrían tener en el norte más de cuarenta aviones, entre los que abundaban los Breguet XIX y otros de modelo igualmente anticuado; para atravesar los doscientos kilómetros que separaban la franja cantábrica del resto del territorio republicano, los aviadores soviéticos y españoles tenían que hacer un verdadero alarde de heroísmo, de manera que, al cabo, sólo conseguirían pasar una escuadrilla de Chatos y otra de Moscas, los días 2 y 17 de junio de 1937.

Los republicanos también trataron de enviar aviones a la zona norte a través de Francia, pero sus intentos se vieron coronados por el fracaso. Tras las reuniones celebradas durante el invierno, el Comité de No Intervención había acordado implantar un sistema de patrullas navales y puestos fronterizos, con el objeto de impedir el paso de armas a España, y el nuevo sistema, que comenzó a funcionar en abril de 1937, no lograría, en realidad, otra cosa que perjudicar todavía más al bando republicano y arruinar sus proyectos de trasladar aviones a la franja cantábrica a través del territorio galo. «Las patrullas —explica Howson— no consiguieron prácticamente nada. Como sólo podían inspeccionarse los barcos registrados en países signatarios del pacto de no intervención, los barcos alemanes optaron por llevar banderas panameñas o liberianas. Los italianos ni siquiera se molestaron en hacer eso, sino que plantaron cara a la Royal Navy escoltando de cerca sus transportadores con buques de guerra. En cuanto a los observadores fronterizos, su único éxito en Francia fue, en dos ocasiones, detener a algunas escuadrillas de Chatos y Natachas republicanos, que, en su intento de alcanzar la zona vasca desde la zona principal, aterrizaron en campos de aviación franceses; tras confiscarse su armamento, fueron devueltos a Cataluña<sup>[8]</sup>». Mientras tanto, el material bélico suministrado por las potencias fascistas a Franco continuaría atravesando la frontera portuguesa con España sin el más mínimo problema.

El militar republicano Francisco Ciutat (alumno de Vicente Rojo durante su preparación para el ingreso en la Escuela Superior de Guerra y gran admirador de nuestro personaje), que llegó a ocupar el puesto de jefe de la sección de operaciones en el cuartel general del Ejército del Norte, señala que la principal desventaja de las fuerzas republicanas que combatieron en la franja cantábrica consistió en su «indefensión aérea<sup>[9]</sup>»; en esa estrecha zona, sin la necesaria profundidad estratégica, se contó siempre con una aviación muy reducida y, además, con escasísima artillería antiaérea para enfrentarse con las grandes oleadas de aviones alemanes e italianos que operaban sin cesar y cuyo número fue aumentando sensiblemente a lo largo de la campaña. Los republicanos, ciertamente, hubieron de luchar en el norte en claras condiciones de inferioridad, pero sobre todo en lo que se refiere a medios aéreos. «La correlación de fuerzas a favor del atacante —subraya Ciutat— venía ser de dos a uno en infantería, seis a uno en artillería y diez a uno en aviación». Largo Caballero alude a la dramática situación que se atravesaba en la zona norteña con estas palabras<sup>[10]</sup>: «El señor Aguirre, como presidente del gobierno vasco, enviaba diariamente varios telegramas a Guerra solicitando con angustia aviones, pues los facciosos se aprovechaban de su ausencia y avanzaban extraordinariamente. Todos los telegramas se le enviaban a Prieto [a la sazón, ministro de Marina y Aire], pero la aviación no iba nunca al norte».

Fue durante la Campaña del Norte, realmente, cuando republicanos y nacionalistas llegaron a ser plenamente conscientes de la decisiva influencia del arma aérea en el resultado de las operaciones. El predominio mostrado por la aviación en la segunda guerra mundial salió a relucir ya en la guerra civil española, y, más concretamente, en el período de tiempo que corresponde a la campaña desarrollada en la zona cantábrica. Indalecio Prieto pronosticó, cuando la contienda española apenas daba sus primeros pasos, que la aviación iba a jugar un relevante papel<sup>[11]</sup>, y no cabe duda de que sus estimaciones eran ampliamente compartidas. «La creencia —ha escrito Howson— de que la aviación, cualquier aviación, garantizaría la victoria era tan firme entre los jefes republicanos como entre los nacionales; de hecho, se podría afirmar que el factor principal que desencadenó la intervención extranjera fue el estado calamitoso de las fuerzas aéreas españolas<sup>[12]</sup>». Tras el fracaso del pronunciamiento de julio, el propio Mola le manifestó a un reportero del *Daily Mail* que habría de ser la aviación la que decidiera. Ya con la contienda en marcha, las previsiones sobre la capacidad del arma aérea irían confirmándose poco a poco: los africanos, que pudieron atravesar el Estrecho gracias a los aviones enviados por las potencias fascistas, avanzaron hacia Madrid contando con el apoyo de la aviación, y su fracaso en el ataque directo a la capital, aun teniendo en cuenta la saludable reacción de los madrileños que Rojo y su equipo lograron canalizar, coincidió con la llegada de los primeros aviones rusos; después se libraron las batallas del Jarama y de Guadalajara, cuyos desenlaces dependieron notablemente de las diversas acciones aéreas llevadas a cabo por cada uno de los bandos... La aviación, desde luego, había dejado notar su peso en los combates con anterioridad a la Campaña del Norte, pero fue en el transcurso de ésta cuando, definitivamente, se puso de manifiesto su poderío.

A lo largo del período de entreguerras, el desarrollo de la aviación experimentó un extraordinario auge, y el estallido del conflicto español ofreció la oportunidad de probar cómo se desenvolvía la nueva arma en el campo de batalla. La primera guerra mundial había sugerido una serie de aplicaciones de la potencia aérea que se referían, fundamentalmente, al reconocimiento y el apoyo aéreo (directo e indirecto) a las fuerzas de tierra; no se prestó por entonces demasiada atención, en cambio, a las posibilidades del bombardeo estratégico, que sería más tarde defendido con firmeza por el británico Trenchard, el norteamericano Mitchell y el italiano Douhet, los cuales fijaron como principales objetivos de ese bombardeo la moral civil y la economía. En los años veinte y treinta, en todo caso, Gran Bretaña comenzó ya a dar prioridad a la Fuerza Aérea (la RAF había sido creada en abril de 1918) sobre la Armada y el Ejército de Tierra<sup>[13]</sup>. Los alemanes, por su parte, si bien al final de la Gran Guerra se vieron obligados a disolver su aviación, aprovecharían un fallo en la redacción del Tratado de Versalles para ir poniendo las bases, a partir de 1921, de la futura Luftwaffe, que ya en 1935, con Hitler en el poder, empezaría a operar de forma abierta bajo la dirección de Göring<sup>[14]</sup>. Las principales potencias europeas impulsaron sin reservas sus fuerzas aéreas durante el período de entreguerras, y, al iniciarse la segunda guerra mundial, cinco meses después de concluir la contienda española, ya estaba claro que, para obtener la victoria, sería preciso alcanzar antes el dominio del aire; dominio que, entre otras cosas, resultaría vital para las unidades que operaban en tierra, como tuvo ocasión de constatar el mariscal Montgomery, que llegó a proclamar<sup>[15]</sup>: «Las fuerzas terrestres no pueden ganar batallas sin la asistencia de una buena fuerza aérea».

Los historiadores franquistas, que en gran medida han marcado la línea seguida por la historiografía de la guerra civil, tratan de restar importancia al papel representado por la aviación en la contienda. Y lo hacen con el evidente propósito de resaltar las operaciones llevadas a cabo en tierra, para poder así atribuir todos los méritos de la victoria al Invicto Caudillo, cuya condición de general africanista, ciertamente, no le garantizaba grandes conocimientos sobre el empleo del arma aérea; por otro lado, si se valora correctamente el peso de las fuerzas aéreas en el resultado final de la contienda, es preciso reconocer también que la operatividad de esas fuerzas dependía sobre todo de los aviones y aviadores extranjeros, y esto es algo que Franco, que basó la legitimidad de su régimen en la victoria conseguida sobre los republicanos, nunca podría aceptar. Por lo demás, es obvio que, quienes tratan de ignorar el relevante papel representado por la aviación en la guerra civil, están condenados a realizar análisis deficientes y a obtener conclusiones erróneas. Frente a las argucias utilizadas por Franco y sus partidarios conviene poner de manifiesto que, a partir de la Campaña del Norte, no sólo la aviación se convirtió en el arma decisiva, sino que además la superioridad aérea pasaría a ser detentada en todo el teatro de la guerra por el bando franquista, y esta situación se mantendría hasta el final de la contienda.

La ofensiva nacionalista en el norte se inició con la ruptura del frente republicano en el sector de Villarreal de Álava; las tropas franquistas se proponían progresar por Ochandiano hacia Durango, para girar a continuación hacia el oeste en dirección a Bilbao. Aprovechando su abrumadora superioridad de medios, los nacionalistas ejecutaron el ataque con gran violencia, y llegaron a concentrar sus fuerzas en los ocho kilómetros del frente de ruptura hasta alcanzar densidades del orden de tres batallones de infantería, dieciséis piezas de artillería y dieciséis aviones por kilómetro; la aviación alemana realizó por entonces sus primeros experimentos de ataque a posiciones defensivas fuertemente organizadas<sup>[16]</sup>. Sperrle había situado los aviones de la Legión Cóndor en los aeródromos de Burgos y Vitoria, y ésta constituía, en opinión de Gordon Thomas y Morgan-Witts<sup>[17]</sup>, «la mayor y más poderosa fuerza aérea» jamás vista hasta la fecha. «En poder de fuego solamente —comentan los citados autores— la Legión Cóndor superaba al conjunto de todas las fuerzas aéreas que operaron en la primera guerra mundial». En la Campaña del Norte, sin embargo, participaría también la aviación italiana, que, en abril, se vio reforzada con el envío de 72 aviones, los cuales elevaban a 320 el total de aparatos italianos trasladados a España.

Los aviones de las potencias fascistas al servicio de Franco efectuaron en el norte sendos bombardeos estratégicos, encaminados sobre todo a imponer el terror. Ya al iniciarse la ofensiva, el 31 de marzo, la localidad de Durango fue brutalmente bombardeada, y en los días 2 y 4 de abril volvería a sufrir duros bombardeos; más tarde tendría lugar el tristemente famoso bombardeo de Guernica. Pero la auténtica novedad de la actividad aérea en la zona cantábrica la constituyó la táctica de cooperación aire-tierra ejecutada por los alemanes al llevar a la práctica ciertos estudios y trabajos realizados con anterioridad. Hermann Göring declaró en 1946, durante los procesos de Nuremberg, que uno de los motivos por los que Alemania suministró aviones a Franco fue el de probar la recién creada Luftwaffe. «Con el permiso del Führer —confesaría Göring— envié gran parte de mi flota de transporte y una serie de cazas, bombarderos y cañones antiaéreos experimentales; de esa forma, tuve la oportunidad de comprobar, en condiciones de combate, si el material era apto para mis objetivos. A fin de que el personal también

podiera adquirir cierta experiencia, me aseguré de que había un relevo continuo, es decir, constantemente llegaban hombres nuevos para sustituir a los otros<sup>[18]</sup>».

Durante la ofensiva de marzo de 1918, al final de la primera guerra mundial, las fuerzas aéreas de ambos bandos llegaron a concentrarse en el apoyo de las fuerzas de tierra<sup>[19]</sup>, y esta imagen, sin duda, quedó grabada en la mente de los militares alemanes. En 1935, el general Erich Ludendorff publicó el libro *Der totale krieg*, en el que, recordando lo sucedido en 1918 y teniendo en cuenta la ampliación del campo de lucha hasta la denominada «tercera dimensión» (el espacio aéreo), abogaba por la masiva participación de la aviación en las batallas terrestres; sus palabras, al parecer, encontraron bastante eco. En todo caso, los alemanes se dedicaron a estudiar a fondo la cooperación aire-tierra, el apoyo directo e indirecto, y fue durante la guerra civil española cuando se probaron los nuevos procedimientos, desarrollando las técnicas para mantener el enlace entre los aviones y las unidades avanzadas de tierra. Los miembros de la Legión Cóndor establecieron la cooperación de los mandos de campaña de aire y tierra, y ensayaron la entrada en acción inmediata de la fuerza aérea para mantener contacto con un ejército en marcha, el empleo intensivo del bombardeo aéreo para reforzar la tradicional barrera artillera previa a la ofensiva, la utilización de los bombarderos en picado para abrir brechas en fortificaciones o contra puntos fuertes, los ametrallamientos en vuelo rasante, el uso de la radio de aire a tierra y en colaboración con los cuarteles de aire y tierra, el sistema de oficiales de enlace con radios instaladas sobre automóviles<sup>[20]</sup>. La Luftwaffe, en definitiva, estaba concebida para apoyar al ejército de tierra, tenía como principal misión ofensiva el bombardeo táctico, y esto quedaría de manifiesto en la contienda española a partir de la primavera de 1937.

En las campañas marroquíes ya se habían realizado ataques aéreos contra fuerzas terrestres y también durante la marcha de los africanos hacia Madrid, pero se trataba de acciones muy rudimentarias. Koltsov, no obstante, se refiere a un ataque de cierta entidad ejecutado por la aviación alemana, el 2 de diciembre de 1936, contra la Tercera Brigada republicana, cuando las tropas franquistas operaban al oeste de Madrid. «Los fascistas —relata Koltsov— se lanzaron contra ella de golpe, como quien da un mazazo en la cabeza. Treinta Junkers, acompañados de aviones de asalto, han puesto de punta todo el sector, han reducido a escombros las casitas de veraneo, han destrozado la carretera, los puentes y, desde luego, las trincheritas endebles, construidas con desgana<sup>[21]</sup>». Este ataque aéreo, si bien superaba a los efectuados en Marruecos y durante la marcha sobre Madrid, realmente muy poco tenía que ver con las operaciones de apoyo a tierra que se desarrollaron más tarde en la zona cantábrica. Refiriéndose a ellas, Ciutat explica<sup>[22]</sup> cómo los cazas alemanes, sin encontrar apenas oposición, aislaban completamente el sector atacado, e impedían así la llegada de reservas y abastecimientos, mientras las escuadrillas de bombarderos y los cazas que ametrallaban en vuelo rasante machacaban en oleadas sucesivas las posiciones republicanas; los soldados que en ellas trataban de mantenerse sufrían los demoledores efectos, materiales y morales, de una clase de ataques que jamás habrían llegado a imaginar. El aviador nacionalista Juan Antonio Ansaldo, por su parte, nos ofrece este apunte sobre la actuación de la Legión Cóndor en la campaña norteña<sup>[23]</sup>: «Las escuadras alemanas de bombardeo ensayaron prácticamente su nuevo material y sistemas de acción a lo largo de esta campaña y, por primera vez, nuestra guerra civil tomó caracteres de “gran guerra”. Las poderosas agrupaciones aéreas, sincronizadas al segundo con el avance terrestre, precedido y acompañado a su vez por el fuego de importantes concentraciones

artilleras, jugaron un papel decisivo en el éxito táctico».

Casi simultáneamente a la ruptura del frente republicano realizada en el sector de Villarreal, las tropas franquistas lanzaron otro fuerte ataque en el sector de Mondragón, y también consiguieron romper el frente. Las operaciones hubieron de suspenderse hacia el 9 de abril, como consecuencia de un fuerte temporal de lluvias que dificultaba notablemente tanto los movimientos en tierra como la actividad aérea, pero se reanudaron algunos días después, y al iniciarse la última decena de abril se libraron muy duros combates en el sector de Elorrio, localidad que fue ocupada el día 24. El general Bastico, al mando del CTV, se disponía, en esos momentos, a progresar desde el límite de las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya, a lo largo de la costa, hacia el oeste. Y fue entonces cuando tuvo lugar el brutal bombardeo de Guernica. Era el lunes 26 de abril de 1937, y en la villa se estaba celebrando el tradicional mercado, con la asistencia de cientos de aldeanos de toda la comarca; de repente aparecieron en el cielo sucesivas oleadas de aviones, que, durante tres horas (de cuatro y media a siete y media de la tarde), sembraron de bombas la ciudad y ametrallaron sus alrededores, con el trágico balance de unos mil quinientos muertos y cerca de mil heridos. La acción fue ejecutada por aviones alemanes, los de la Legión Cóndor, como denunció el mismo día del bombardeo el presidente vasco, José Antonio de Aguirre, mas la emisora oficial franquista, Radio Nacional, le replicaría al día siguiente diciendo<sup>[24]</sup>: «¡Miente Aguirre! Miente vilmente. En primer término, no hay aviación alemana ni extranjera en la España nacional. Hay aviación española, que lucha constantemente con aviones rojos, que son rusos, franceses y conducen aviadores extranjeros...».

El bombardeo de Guernica fue una acción terrorista que perseguía la desmoralización del adversario, siguiendo las teorías desarrolladas por el general italiano Giulio Douhet en su libro *El dominio del aire*, que, publicado en 1921, había encontrado gran aceptación entre los dirigentes y militares de las potencias fascistas. Douhet, tenaz defensor del bombardeo estratégico, proclamaba que, en la guerra, sería preciso alcanzar, antes que nada, la superioridad aérea, para proceder, en una segunda fase, a la aniquilación del enemigo mediante el bombardeo de objetivos como las instalaciones industriales y comerciales, los edificios importantes, las vías de comunicación y los centros de transporte, y, sobre todo, las grandes ciudades, cuya población, al sufrir los horrores de la guerra, se dejaría llevar por la desmoralización y terminaría imponiendo el final de la lucha<sup>[25]</sup>.

La acción terrorista de Guernica, sin embargo, como ya había sucedido con los salvajes bombardeos llevados a cabo en Madrid el 17 de noviembre de 1936, no logró provocar los efectos desmoralizadores buscados. Por lo demás, las teorías de Douhet fracasaron rotundamente a lo largo de la segunda guerra mundial; sólo los lanzamientos de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, en agosto de 1943, fueron capaces de acabar con el espíritu de lucha de un pueblo.

Después del bombardeo de Guernica, las tropas franquistas siguieron avanzando hacia Bilbao y su famoso Cinturón de Hierro. Antes de tomar contacto con éste, no obstante, hubieron de vencer la fuerte resistencia ofrecida por los republicanos en un terreno montañoso que favorecía la acción defensiva; la aviación de las potencias fascistas tuvo que emplearse, una vez más, con especial contundencia, mientras los soldados del

general Mola avanzaban con una lentitud exasperante.

El día 30 de abril resultó hundido frente a la bahía de Santander el acorazado nacionalista *España*, que se hallaba participando en el bloqueo realizado en el mar Cantábrico para impedir la llegada de suministros a los combatientes republicanos de la zona norte. El Ministerio de Marina y Aire republicano emitió un informe en el que se aseguraba que el acorazado había sido hundido por aviones de la República que partieron del aeródromo santanderino de La Albericia, pero al día siguiente la prensa franquista desmintió esta noticia afirmando que el barco, en realidad, había naufragado al chocar con una mina colocada por los propios minadores nacionalistas. El jefe de la aviación republicana, Ignacio Hidalgo de Cisneros<sup>[26]</sup>, descartó que hubiera sido uno de sus aviones el que había conseguido hundir el *España* y pareció aceptar la versión dada por los periódicos franquistas, aunque no dejaba de insinuar que el acorazado pudo ser abatido por el torpedo lanzado por un barco británico que trataba de proteger a un mercante de la misma nacionalidad. En todo caso, Hidalgo denunció la cooperación de buques alemanes e italianos con los de la Armada franquista en las operaciones de bloqueo. A finales de mayo de 1937, los republicanos descubrieron que una buena parte de los barcos que atacaban en el Mediterráneo a los cargueros que transportaban material para la República tenían su base en la isla de Ibiza, y decidieron someter a su puerto a un duro bombardeo aéreo, que terminó ocasionando el hundimiento del acorazado alemán *Deutschland*. Como represalia, cinco barcos de guerra alemanes bombardearon, el 31 de mayo, la indefensa ciudad de Almería, con el resultado de varios centenares de muertos; además, Alemania anunció su propósito de abandonar las patrullas marítimas establecidas en abril y las reuniones del Comité de No Intervención; esta postura fue imitada por Italia. Más tarde, ambas potencias se retractarían, pero al producirse un nuevo ataque republicano, el 18 de junio, contra el crucero alemán *Leipzig*, tanto los alemanes como los italianos abandonaron las patrullas definitivamente, si bien continuaron formando parte del referido comité.

La prepotencia y el cinismo mostrados por Hitler y Mussolini en relación con el conflicto español estaba alcanzando, verdaderamente, unos niveles increíbles. Los italianos, que habían reparado en sus astilleros varios buques de la Marina franquista, y habían instalado incluso los cañones del crucero *Canarias*<sup>[27]</sup>, se permitían escoltar a sus barcos mercantes cuando transportaban material para los nacionalistas, a la par que controlaban y atacaban a los mercantes soviéticos. Tras una reunión celebrada en Roma, los marinos italianos y alemanes acordaron, el 17 de noviembre de 1936, relevarse en un especial servicio de patrullas (sin relación alguna con el implantado más tarde por el Comité de No Intervención), que habría de contar con submarinos, para actuar en el Mediterráneo. Por otra parte, desde mediados del citado mes ya operaban junto a las costas españolas dos submarinos italianos con bandera de España, pero con tripulación y base italianas; el día 22, uno de ellos, el *Torricelli*, alcanzó con sus torpedos, cerca del puerto de Cartagena, al destructor republicano *Miguel de Cervantes*, que sufrió graves averías. En el transcurso de la guerra civil, los italianos utilizaron 56 submarinos para vigilar las costas republicanas y hundir los barcos que navegaban hacia sus puertos; además, Mussolini puso a disposición de la Escuadra nacionalista unos 13 cruceros y 22 destructores, en tanto que Hitler aportó 5 torpederas, 18 dragaminas y 21 hidroaviones<sup>[28]</sup>. Las potencias fascistas, ciertamente, ayudaron a Franco reforzando sus Ejércitos de Tierra y Aire, pero también su Marina; suministraron a los nacionalistas grandes cantidades de material bélico, y, por otro lado,

trataron de impedir, a través del bloqueo marítimo, que lo recibieran sus adversarios. «El control de las aguas españolas por los países del Eje —subraya Colodny— fue una de las mayores ventajas con que contaron los rebeldes; pero los escritores que han tratado del asunto han tendido a pasar por alto las consecuencias estratégicas de este hecho<sup>[29]</sup>».

Al iniciarse el mes de mayo de 1937, el gobierno de Largo Caballero atravesaba una situación difícil, debido, fundamentalmente, a la falta de acuerdo entre sus miembros. Los socialistas moderados, con Indalecio Prieto a la cabeza, y los comunistas se sentían cada vez más alejados de Largo, y sobre todo deploraban que siguiera detentando la cartera de Guerra, para la que no lo consideraban capacitado. Largo, por su parte, se quejaba del proselitismo llevado a cabo por los comunistas en el Ejército, aprovechando las simpatías que Rusia había despertado con la ayuda prestada a la República. Los comunistas, desde luego, estaban sacando provecho del favorable ambiente que se respiraba en la España republicana con respecto a la URSS, pero no es menos cierto que su partido era el que de forma más sensata había afrontado la contienda, contando, por otro lado, con la valiosa experiencia de la guerra civil rusa, que los asesores soviéticos intentaban aplicar en todo momento. Militares profesionales brillantes, como Hidalgo de Cisneros, Antonio Cerdán y Francisco Ciutat, optaron por ingresar en el partido comunista; Hidalgo lo haría al contemplar el ejemplar comportamiento de sus militantes, como subraya en el siguiente testimonio<sup>[30]</sup>: «Me convencí de que los comunistas querían de verdad ganar la guerra, defender la República y el pueblo, y hacían todo lo humanamente posible para conseguirlo. Tenían una organización y una disciplina que hacían de ellos luchadores mucho más útiles y eficaces que si hubiesen actuado individualmente. Eran enemigos del caos y del desorden que perjudicaban nuestra causa. En una palabra: eran los mejores patriotas que yo había conocido. Y como yo también me consideraba un buen patriota, como también yo quería ganar la guerra, y estaba decidido a darlo todo para conseguirlo, a finales de 1936 [...] pedí el ingreso en el Partido Comunista de España».

Antonio Cerdán se manifiesta de forma parecida al exponer las razones que le llevaron a integrarse en el citado partido, y además añade que el Ejército Popular se inspiró claramente en el Ejército Rojo de la guerra civil rusa, aunque no deja de señalar las diferencias que se daban entre ambos<sup>[31]</sup>: «En España, el Ejército Popular no se derivaba, como se derivó en la URSS, de una insurrección popular, de una revolución de las masas contra el régimen existente [...] El nuestro nació como consecuencia de la respuesta popular al acto de fuerza de unos generales que, en connivencia con poderes extranjeros, se habían sublevado contra el gobierno legítimo y habían arrastrado a la subversión a la mayoría de los jefes y oficiales del Ejército».

Largo Caballero, por lo demás, protagonizó un fuerte enfrentamiento con el embajador soviético Marcel Rosenberg, a quien llegó a expulsar de su despacho por pretender imponerle la destitución del subsecretario de Guerra, el general Asensio Torrado, el cual, por oscuros motivos, se había ganado la animadversión de los comunistas. Largo terminaría exigiendo el relevo de Rosenberg y el gobierno soviético accedió y lo sustituyó por León Gaikis. Con todo, esta demostración de fuerza no habría de reportarle grandes beneficios al presidente del Consejo y ministro de la Guerra, que tendría ocasión de comprobar cómo se apartaban de su lado personas de su extrema confianza, entre las que se

incluía el ministro de Asuntos Exteriores y comisario general de Guerra, Julio Álvarez del Yayo. Estos contratiempos desataron en Largo una auténtica manía persecutoria, e hizo objeto de la misma, entre otros, al general Miaja y a Vicente Rojo, a los que acusa en su libro *Mis recuerdos* de pertenecer al partido comunista, y, lo que todavía resulta más sorprendente, de haber formado parte, durante los meses anteriores al alzamiento del 18 de julio, de la ultraderechista y monárquica Unión Militar Española (UME), que llevó, en gran medida, los hilos de la conspiración contra el gobierno del Frente Popular<sup>[32]</sup>. Largo, además, apunta que ambos militares pudieron estar implicados, hacia abril y mayo de 1937, en «un gran complot contra la República», cuyos miembros «estaban en comunicación con los rebeldes del frente de la capital por mediación de una emisora de radio clandestina»... Todo el rencor que el líder socialista sentía hacia Miaja y Rojo parecía haber surgido como consecuencia de la oposición que éstos mostraron a un plan elaborado en el Ministerio de la Guerra, con el que se pretendía «cortar a los rebeldes del frente del Centro la comunicación con el resto de España, e impedir así que continuaran reforzándose en hombres y en material»; para ello se lanzarían dos ofensivas simultáneas, una en Peñarroya y otra en Guadalupe, con las que deberían quedar cortados, respectivamente, el ferrocarril de Córdoba a Extremadura y las carreteras próximas a Madrid. El plan, desde luego, era demasiado ambicioso para las posibilidades del Ejército republicano, que, en aquellos momentos, distaba mucho de haber alcanzado su madurez; los grandes desplazamientos que debían realizar las unidades y la distancia entre las dos zonas de operaciones exigían especiales medidas de coordinación y la máxima cautela, dado el poderío demostrado por la aviación franquista. Miaja y Rojo, a quienes Largo les había solicitado dos brigadas, emitieron un informe en el que exponían sus reparos al plan, y presentaron como alternativa la ejecución de otro en las inmediaciones de Madrid. Largo comenta en su libro: «¡Siempre los celos y la envidia dificultando la acción!». Miaja fue amenazado con la destitución si se oponía abiertamente a cooperar en el proyecto del ministro, y, al cabo, optó por aceptarlo; la fecha del comienzo de las operaciones se fijó para el 16 de mayo. Pero los acontecimientos que se desarrollaron por entonces en Barcelona, en los que se enfrentaron los comunistas contra el POUM y el sector más radical de la FAI con el balance de unos quinientos muertos, terminarían obligando a Largo a presentar la dimisión el día 14, como jefe del gobierno y ministro de la Guerra, y sus planes militares quedarían definitivamente suspendidos.

La crisis del gobierno fue resuelta por el presidente Azaña encargando la formación de uno nuevo al socialista Juan Negrín, que lo constituyó el día 17. Indalecio Prieto fue situado al frente del Ministerio de la Guerra, que desde ahora pasaría a denominarse Ministerio de Defensa Nacional, y su jurisdicción abarcaría los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire. Y, tres días más tarde, le sería otorgada a Vicente Rojo la Jefatura del Estado Mayor Central. Los sucesos de Barcelona, evidentemente, en nada habían favorecido al prestigio de la República en el ámbito internacional, y Negrín se propuso, desde el primer momento, persuadir a las potencias democráticas de que su gobierno no había caído en manos de los revolucionarios, pero no olvidó, por otro lado, que tenía que seguir contando con el favor de la Rusia soviética, que era la única que se mostraba dispuesta a enviar material para llevar adelante las operaciones bélicas.

En el gobierno remodelado por Negrín (que siguió ejerciendo como ministro de Hacienda) desaparecieron los ministros anarquistas, y también Álvarez del Vayo (Asuntos

Exteriores) y Ángel Galarza (Gobernación), que fueron relevados por José Giral y el periodista Julián Zugazagoitia, respectivamente; los comunistas Vicente Uribe y Jesús Hernández mantuvieron sus carteras. Indalecio Prieto, no obstante, se dirigió a estos dos ministros, a los pocos días de constituirse el gobierno, para advertirles que, al igual que Largo Caballero, no pensaba permitir que nadie le impusiera sus criterios en lo relativo a los temas militares<sup>[33]</sup>. Prieto, además, contrariado por el proselitismo de los comunistas, llegaría a emitir el 28 de junio de 1937 una orden ministerial por la que se prohibía hacer propaganda en el Ejército para incitar a los oficiales y a los soldados a ingresar en cualquier partido o sindicato. A don Indalecio, sobre todo, le causaba gran contrariedad comprobar cómo los comunistas trataban de acaparar los puestos de comisarios políticos en las unidades militares; por ese motivo, terminaría indisponiéndose, incluso, con su buen amigo Hidalgo de Cisneros<sup>[34]</sup>. En todo caso, los comunistas suelen valorar favorablemente la labor realizada por Prieto como titular del Ministerio de Defensa, aunque sus alabanzas van dedicadas principalmente a Vicente Rojo. «La creación del Estado Mayor Central —ha escrito Juan Modesto— y la designación del coronel Rojo para su jefatura, con todas las prerrogativas, pero al mismo tiempo con todas sus responsabilidades, fue una de las consecuencias positivas de la crisis de mayo<sup>[35]</sup>». Modesto subraya que, con Largo Caballero, el EMC sólo existía sobre el papel, se limitaba a cumplir funciones de muy escasa relevancia, y dejaba, mientras tanto, abandonadas las que realmente merecían atención, y concluye: «Al crearse el EMC se puso fin a la improvisación, se elaboraron planes de conducción de la guerra con una orientación general correcta, a pesar de algunas lagunas, y se situó en su verdadero nivel el Consejo Superior de Guerra, que empezó a cumplir su misión y a poner fin a la arbitrariedad antes existente».

Manuel Tagüeña<sup>[36]</sup> abunda en las consideraciones de su compañero de partido y señala que el cambio de gobierno producido en mayo daría lugar a un claro avance en la organización militar, y que llegarían a crearse una serie de ejércitos y cuerpos de ejército que vinieron a llenar un hueco importante. Por su parte, el socialista Julián Zugazagoitia, compañero y confidente de Indalecio Prieto y siempre leal a su línea política, aporta este interesante comentario<sup>[37]</sup>: «Prieto confiaba en que el tiempo le consintiese ir dando a todas las fuerzas a sus órdenes una organización similar a la que tenían las unidades de Madrid, donde había trabajado el general Rojo».

Los cargos que se le asignaron a Vicente Rojo fueron, en realidad, los de jefe del Estado Mayor Central y del Estado Mayor del Ejército de Tierra; como los republicanos no llegaron a establecer nunca la figura del general en jefe, correspondía al ministro de la Guerra o de Defensa ejercer como tal, pero, a partir del acceso de Rojo a la Jefatura del EMC, sería prácticamente él quien asumiera esas funciones. En sus decisiones estratégicas, pues, Rojo tendría desde ahora como rival directo a Franco, ya que se considera la estrategia como la ciencia del general en jefe. Rojo, en todo caso, hubo de desenvolverse en condiciones de clara inferioridad; por una parte, la ventaja nacionalista en el ámbito internacional, donde el conflicto hispano se estaba desarrollando en gran medida, era notoria, y, por otra, en el bando republicano se respiraba una atmósfera política malsana que constituía un factor de debilidad y entorpecía la conducción de la guerra. Rojo tendría ocasión de añorar, a lo largo de la contienda, el saludable clima de consenso político que se había dado durante la batalla de Madrid y que le había proporcionado, entre otras cosas, la necesaria libertad de acción.

Como tenía por costumbre, Vicente Rojo dedicó sus primeras tareas en el nuevo puesto a organizar las fuerzas colocadas bajo su control. Ya el 25 de junio consiguió presentar un «Proyecto de Decreto de Reorganización del Ejército», en el que, fundamentalmente, se contemplaba la disolución de las unidades y los organismos militares que venían resultando inútiles, la división territorial en demarcaciones provinciales, la creación de los Centros de Reclutamiento, Movilización e Instrucción, la organización de los Batallones de Retaguardia integrados por combatientes mayores de treinta años con más de tres meses de permanencia en el frente, y la estructuración del Ejército en brigadas mixtas, divisiones, cuerpos de ejército, ejércitos y reserva general. Se disponía también que el mando de las grandes unidades sería ejercido «por generales y jefes del Ejército Popular sin distinción de procedencia ni categoría», lo que significaba el reconocimiento de la capacidad de los militares procedentes de las milicias, que siempre reivindicaron los comunistas, con la oposición de un sector de los militares profesionales. Además, se afirmaba textualmente: «Todas las Fuerzas Armadas de la República, incluidas las de Seguridad, Marina, Aviación y Carabineros, quedan bajo la autoridad del Ministro de Defensa Nacional».

En la franja cantábrica, mientras tanto, continuaba la ofensiva de las tropas franquistas, que lograrían ocupar Bilbao el 19 de junio; el día 3 había muerto el general Mola en accidente de aviación, y había sido sustituido en el mando del Ejército del Norte por el general Dávila, que mantuvo como jefe del Estado Mayor al coronel Juan Vigón. Conquistada la capital de Vizcaya, los nacionalistas avanzaron sin grandes problemas hasta el límite de la provincia de Santander y planearon progresar en ella distribuyendo sus fuerzas en tres direcciones de ataque; pero los planes trazados por Dávila tuvieron que suspenderse al producirse en la zona centro, el 5 de julio, una ofensiva lanzada por el coronel Rojo contra la cuña que seguían manteniendo los franquistas en el oeste de Madrid. La ofensiva de Vicente Rojo, que culminaría en la batalla de Brunete, constituía por encima de todo una maniobra diversiva para ayudar indirectamente, ya que no era posible hacerlo directamente, a los republicanos que combatían en el norte; con ella, no obstante, se perseguían también otros fines. Antes de llevar a cabo esta operación, el jefe del EMC republicano había analizado con su habitual rigor los datos del problema, y todo parece indicar que eligió la opción adecuada, aunque algunos historiadores, dando por válidos los testimonios de Largo Caballero, no hayan sabido comprenderlo.

Salvador de Madariaga (que, pese a su condición de republicano y demócrata, se ha hecho acreedor a los elogios de los panegiristas de Franco...) es uno de los autores que defiende la gestión de Largo Caballero como ministro de la Guerra, a la par que critica duramente a los comunistas y sus supuestos aliados por tratar de obstaculizarla; sus comentarios, en todo caso, revisten bastante interés, y merece la pena reflejarlos aquí porque contribuyen a aclarar una cuestión importante. Comienza afirmando nuestro autor<sup>[38]</sup> que la operación militar que Largo quiso ejecutar en mayo, poco antes de la caída de su gobierno, estaba correctamente concebida y que sólo las intrigas de los comunistas, dirigidos desde Moscú, impedirían que llegara a realizarse, para evitar que Largo alcanzara un resonante triunfo, que habría de significar, sin duda, un respaldo a su ejecutoria como ministro, asegurando de paso su permanencia como presidente del Consejo. Con la operación planeada por el EMC de Largo, explica nuestro autor, se pretendía atacar «el frente menos guardado por los rebeldes» para cortar el territorio que éstos ocupaban,

dividiéndolo en dos, pero «el Ejército del Centro, dominado por los comunistas», se opondría a ello, ya que «prefería un ataque contra Brunete, repetidas veces rechazado por el Estado Mayor Central español por razones técnicas». Y Madariaga termina añadiendo textualmente: «El Ejército del Centro, con notoria indisciplina, insistió en su plan aun después de haberse pronunciado en contra oficialmente el presidente del Consejo y ministro de la Guerra, y además aquel díscolo Ejército manifestó persistente oposición a prestar siete brigadas que se le habían mandado entregar para la ofensiva de Mérida. Largo Caballero impuso su autoridad sobre aquella unidad que, aunque comunista, era española. Había llegado el momento de iniciar la ofensiva. Los rusos, entonces, ante la rendición de los comunistas españoles detrás de quienes venían oponiéndose, tuvieron que dar la cara y anunciar que para tal operación no habría fuerza aérea».

Para Madariaga, en definitiva, tras asumir la versión de los hechos ofrecida por Largo Caballero, la ofensiva lanzada por Vicente Rojo en Brunete, el 5 de julio, era una operación que, desde el punto de vista militar, resultaba muy deficiente, muy inferior a la concebida por Largo y su EMC, pero que terminaría llevándose a cabo merced a la presión ejercida por los comunistas, apoyados en todo momento por la URSS... Cuando se atienden, sin embargo, las consideraciones que Rojo expone al respecto, los argumentos esgrimidos por Largo y su defensor Madariaga se vienen abajo como un castillo de naipes.

La maniobra de Brunete, apunta Vicente Rojo<sup>[39]</sup>, constituiría, en realidad, la primera operación ofensiva ejecutada por los republicanos, que eran conscientes de que, si querían ganar la guerra, no podían permanecer continuamente a la defensiva; y se eligió el frente madrileño para lanzar esa primera ofensiva, porque en él se había fraguado el Ejército Popular y contaba con unidades de élite que podían emplearse sin restar tropas a la defensa de Madrid, actuando además sobre unas fuerzas adversarias desgastadas física y moralmente; por otro lado, convenía alejar el frente de las inmediaciones de la capital. Los planes de esta operación habían sido estudiados, desde hacía bastante tiempo, por el EM de la defensa de Madrid, bajo la dirección de Vicente Rojo, y se pusieron en marcha cuando surgió la necesidad de ayudar indirectamente a los republicanos que luchaban en el norte.

La batalla de Guadalajara había impuesto una breve pausa, que los rebeldes aprovecharon para montar una ofensiva fácil (ante un enemigo débil) en la franja cantábrica, y los republicanos, para reorganizar sus unidades y crear algunas nuevas que permitieran abordar operaciones ofensivas. Los republicanos abrieron, pues, una fase de reorganización del Ejército que comprendería la creación de las primeras unidades de maniobra, con el V Cuerpo de Ejército a la cabeza, que, mandado por Juan Modesto, estaba integrado por las divisiones 11 (Líster), 46 (Valentín González, *el Campesino*) y 35 (Walter). En todo caso, la primera ofensiva republicana, dada la grave situación que se atravesaba en el frente Norte, hubo de llevarse a cabo cuando todavía no se había alcanzado el grado necesario de organización y dotación de las fuerzas.

Para la ofensiva de Brunete se formó una agrupación, bajo el mando del general Miaja, compuesta por los cuerpos de ejército V, XVIII y II, más una reserva y la aviación, con Hidalgo de Cisneros como jefe. En el plan general de operaciones se contemplaban dos ataques convergentes: el principal, efectuado por los cuerpos V y XVIII, que desde el norte

tomaría la dirección de Brunete, y el secundario, a cargo del II Cuerpo, que partiría del este (sector de Vallecas) en dirección a Alcorcón, donde habría de enlazar con el XVIII Cuerpo. Con este ataque, Rojo pretendía amenazar seriamente a las tropas nacionalistas establecidas en la zona, para obligar al adversario a acudir en su auxilio, como, al cabo, terminaría sucediendo. Rojo considera que la maniobra de Brunete logró el éxito estratégico al paralizar, durante más de un mes, la ofensiva victoriosa que el enemigo estaba realizando en el norte (se quería dar tiempo a los republicanos que allí combatían para reorganizarse y reforzarse), atrayendo hacia Madrid sus reservas, que, además, sufrieron el correspondiente quebranto; en cambio, reconoce que el éxito táctico, tras un comienzo prometedor, se le escapó de las manos, como consecuencia del masivo envío de fuerzas adversarias que acabó convirtiendo la ofensiva en una vulgar batalla de desgaste, en la que los nacionalistas, por su abrumadora superioridad de medios, especialmente aéreos, gozaron de una clara ventaja.



### *Batalla de Brunete.*

Desde la tercera jornada de lucha, los republicanos fueron perdiendo en Brunete el impulso atacante, debido a los refuerzos recibidos por el adversario. Francisco Ciutat, jefe de operaciones del Ejército del Norte republicano, pudo comprobar cómo los nacionalistas trasladaban a la zona centro un buen número de las unidades que operaban en la franja cantábrica (brigadas navarras, fuerzas de choque africanas), «valiéndose para ello de cientos de camiones adquiridos a crédito en Estados Unidos<sup>[40]</sup>». Pero los rebeldes enviaron al centro, sobre todo, su poderosa aviación. Vicente Rojo apunta<sup>[41]</sup> que, a partir de la séptima jornada, los republicanos se vieron obligados a suspender la maniobra, y el adversario inició su contraofensiva, como consecuencia de la extrema inferioridad en que se hallaban. «En el aire —subraya Rojo— era ésta patente por la calidad y el número de los aviones enemigos, que actuaban manteniendo dominada toda la zona de operaciones día y noche con sus bombardeos y ametrallamientos».

La aviación fue, desde luego, el arma decisiva en la batalla de Brunete, como lo venía siendo en la Campaña del Norte, frente a una fuerza aérea escasa. Los nacionalistas habían aumentado considerablemente sus medios aéreos, tanto en cantidad como en calidad, y terminaron imponiendo su ley. Este hecho es resaltado así por Vicente Rojo:

«Entre las enseñanzas que se sacaron de aquella durísima batalla de Brunete de veinte días de duración, descuellan de modo extraordinario las relativas a la aviación. La actuación de la enemiga fue sencillamente aplastante desde la tercera jornada: día y noche se sucedían sus servicios con una frecuencia y una potencia desconocida hasta entonces. El ametrallamiento era casi incesante, obligando a nuestros hombres a mantenerse pegados al suelo sin posibilidad de defensa ni de maniobra, y de noche se sucedían las acciones de hostigamiento de nuestra retaguardia entorpeciendo notablemente los servicios y provocando numerosos incendios en las zonas de bosque donde se guarecían nuestras reservas».

El entrenamiento de la Legión Cóndor en el norte, evidentemente, estaba dando sus frutos; los alemanes además ya utilizaban el bombardero rápido Heinkel He-111 y el excelente caza Messerschmitt Bf-109, y pudieron superar a la aviación republicana, a pesar de que ésta no padecía en el centro las limitaciones de la zona cantábrica. Por otra parte, Mussolini seguía suministrándole aviones a Franco a buen ritmo, de modo que, a finales del verano, el total alcanzaría la cifra de 418, de los que 42 se entregaron a la fuerza aérea franquista mandada por Kindelán y los 376 restantes se mantuvieron bajo control italiano en la Aviación Legionaria; en Brunete, los bombarderos enviados por Italia lanzaron 106 toneladas de bombas, y los cazas volaron 2700 horas en misiones de combate<sup>[42]</sup>.

El teniente Harro Harder, piloto de la Legión Cóndor que participó en la batalla de Brunete a bordo de su Heinkel He-51 realizando misiones de apoyo aéreo a tierra, recuerda<sup>[43]</sup> que, con sus ametrallamientos en vuelo rasante, causaba verdaderos estragos en las trincheras republicanas y obligaba a los soldados que resultaban ilesos a salir de las posiciones corriendo en desbandada, dominados por el pánico. Harder afirma que la infantería nacionalista sólo se lanzaba al asalto después de que las escuadrillas de He-51 ametrallaran las trincheras defendidas por los soldados republicanos; una de esas escuadrillas, que llevaba el nombre de *Mickey Mouse*, se encontraba bajo el mando de Adolf Galland, probablemente el piloto más destacado de la segunda guerra mundial, que llegó a ostentar durante la misma el puesto de jefe de las fuerzas de caza alemanas.

La maniobra republicana ejecutada en Brunete, por lo demás, que trastornó seriamente los planes estratégicos de Franco, causaría la correspondiente alarma en determinados militares nacionalistas. El coronel Juan Vigón, jefe del Estado Mayor del Ejército del Norte, que durante la batalla de Brunete permaneció prácticamente en «paro forzoso», deploraba que Franco hubiera picado en el anzuelo colocado por Vicente Rojo; y temía que, movido por un absurdo afán revanchista, terminara por empeñar a fondo sus fuerzas en el centro, para resarcirse del fracaso cosechado en la batalla de Madrid, dejando así abandonada indefinidamente la Campaña del Norte. El 12 de julio, Vigón escribió una carta al general Kindelán<sup>[44]</sup>, instalado en el cuartel general de Franco desde el principio de la contienda, en la que le rogaba que hiciera desistir al Generalísimo de todo intento de trasladar las operaciones al centro para lograr allí una victoria definitiva. Para Vigón estaba claro que, al atacar en la zona madrileña, los republicanos no se proponían otra cosa que paralizar la ofensiva del norte, de manera que, si Franco concentraba sus esfuerzos en la capital, sería el adversario el que obtuviera un señalado éxito estratégico. Era poco sensato, advertía Vigón, emprender operaciones improvisadas, echando por tierra los planes

trazados anteriormente y ya en avanzada fase de ejecución; lo que procedía en esos momentos era liquidar el frente Norte cuanto antes, para encomendar después otras misiones a las tropas que allí operaban, a la par que se trasladaban al Mediterráneo los buques que estaban llevando a cabo el bloqueo en el Cantábrico. Las advertencias de Vigón, uno de los militares más competentes del bando nacionalista, no cayeron, al parecer, en saco roto, y Franco se libró de cometer, inducido por Vicente Rojo, un grave error estratégico.

El 15 de julio, cuando la batalla de Brunete se hallaba en todo su apogeo, el presidente Azaña le dedicó un comentario en su *Diario*, después de haber cambiado impresiones con el jefe del gobierno y el ministro de Defensa. «Rojo —escribió Azaña— ha preparado todo lo de Madrid. Están muy contentos con él [...] El heroico general Miaja no ha dejado de promover alguna dificultad, tal vez celoso de Rojo. Miaja, según Negrín, es un chisgarabís, no sirve para nada, no sabe por dónde va el frente, no le caben en la cabeza cuatro soldados. Rojo es muy trabajador, competente, silencioso, disciplinado [...] Opina Negrín que la experiencia ha sido muy buena, aunque no se consiguiera ya nada más, porque demuestra el progreso del Ejército y la seguridad de que se perfecciona en su poder ofensivo<sup>[45]</sup>».

Franco no logró reanudar las operaciones en la franja cantábrica hasta el 14 de agosto, de modo que, a causa de la maniobra republicana de Brunete, su ofensiva norteña se vería retrasada en casi un mes y medio. El citado día 14, las tropas franquistas dirigieron un fuerte ataque contra las posiciones republicanas que, formando una gran bolsa, trataban de defender los puertos montañosos de Reinosa y El Escudo. El ataque, precedido por un bombardeo que ejecutaron unas trescientas piezas de artillería y otros tantos aviones, se vería coronado por el éxito, y los nacionalistas rebasaron los referidos puertos el día 17, mientras la resistencia republicana, que en Santander nunca fue demasiado tenaz, iba disminuyendo sensiblemente. Por otro lado, los batallones vascos se rindieron a los italianos en Santoña el día 22.

El CTV italiano, al contrario de lo que había sucedido en Vizcaya, participó muy activamente en las operaciones desarrolladas en la provincia santanderina, en cuya capital entrarían en vanguardia el día 26; este hecho daría lugar a una delirante campaña propagandística de la prensa italiana, que aprovechó la ocasión para intentar restaurar la fama de las unidades fascistas que luchaban en España, tras la afrentosa derrota de Guadalajara. Mussolini, sin duda, debió de sentirse colmado de satisfacción.

Dos días antes de la ocupación de Santander por las tropas franquistas, Vicente Rojo lanzó una nueva ofensiva para ayudar indirectamente a los republicanos de la franja cantábrica. Esta vez optó por alejarse de la zona madrileña, y pasó a operar en el extenso frente aragonés que se había formado, si bien precariamente, al quedar detenidas las columnas anarquistas que partieron de Barcelona en julio del 36 hacia Zaragoza, Huesca y Teruel. Las fuerzas de ambos bandos que guarnecían el frente de Aragón eran muy escasas, y Rojo comprendió<sup>[46]</sup> que se podría actuar allí con garantías de éxito si se conseguía trasladar los medios necesarios sin que el adversario tuviera noticia de ese traslado. Era preciso sorprender a Franco una vez más, y desde luego se logró. «Por fortuna —comenta

Vicente Rojo— el enemigo, como en ocasiones anteriores, tenía los ojos cerrados; si hubiera tenido un mediano servicio de información, aquellas operaciones hubieran quedado aplastadas en su mismo comienzo con unos bombardeos hechos en las zonas de congestión o en los nudos de comunicaciones. Por fortuna no fue así y el día previsto pudo tener comienzo el ataque felizmente, con todas las unidades en sus puestos y logrando por completo la sorpresa en la maniobra».



### *La maniobra diversiva de Brunete y Belchite.*

La nueva operación, que se inició el 24 de agosto, perseguía otra vez el objetivo estratégico de paralizar la ofensiva franquista en el norte, y para ello se proyectó un rápido avance sobre Zaragoza, con el propósito de crear en esta importante ciudad una amenaza capaz de atraer a la zona las fuerzas franquistas que participaban en la campaña norteña. Por otro lado, la debilidad del frente en la dirección de ataque elegida hacía concebir la esperanza de alcanzar un éxito de cierta relevancia, con el cual la República podría acreditarse en el exterior. Por lo demás, Rojo seguía interesado en completar la instrucción del Ejército en las acciones ofensivas; durante el desarrollo de la operación, sin embargo, comprobaría con disgusto que esa instrucción tenía todavía por delante un largo camino que recorrer; observaría, entre otras cosas, que los jefes de las unidades, acostumbrados a combatir en posiciones y con un enemigo fijado en ellas, sentían temor al vacío y se mostraban incapaces de avanzar decididamente, desbordando al adversario y sin preocuparse demasiado por pisar un terreno escasamente guarnecido.

Para ejecutar la maniobra, Rojo formó otra agrupación, que situó bajo el mando del general Pozas, jefe del Ejército del Este, y en la que de nuevo se integraría el V Cuerpo de Ejército de Modesto, junto a otras grandes unidades, como el XII Cuerpo de Ejército (Sánchez Plaza), la División 27 (Trueba) y la División 45 (Kléber); además, tras emitir la correspondiente directiva, encomendó la elaboración de la orden de operaciones al teniente coronel Antonio Cordón, jefe de EM del Ejército del Este, que dividió el frente en cuatro sectores: al norte del Ebro se hallaban el de Zuera y el de Farlete, ocupados respectivamente por las divisiones 27 y 45, y, al sur, los de Azada y Azuara, que se asignaron a los cuerpos de ejército V y XII. Cordón, que concluyó la orden de operaciones el 20 de agosto, afirma<sup>[47]</sup> que el «pensamiento operativo fundamental» reflejado en ella era «avanzar en primer lugar con las fuerzas motorizadas y más móviles sobre Zaragoza, sin

dejarse atraer por los puntos fortificados del enemigo para intentar tomarlos a toda costa, con lo que se anularía el elemento esencial del éxito». En definitiva, añade Cordón, se trataba de «alcanzar rápidamente el objetivo estratégico propio, Zaragoza, que habría de actuar como imán de las fuerzas enemigas que en ese momento perseguían el suyo, Santander».

Los planes de Cordón no llegaron a realizarse; los nacionalistas enviaron pronto a la zona fuerzas terrestres, aunque procedentes del frente madrileño (las divisiones 13 y 150, que, al igual que el V Cuerpo de Ejército republicano, habían participado en la batalla de Brunete), y una buena parte de la aviación de las potencias fascistas que actuaba en el norte, la cual lograría de inmediato la superioridad aérea. El día 27, cuando Santander ya había caído en poder de las tropas franquistas, Modesto propuso conquistar la localidad de Belchite, principal baluarte del frente aragonés, y su propuesta fue aceptada; así fue como la batalla por Zaragoza se convirtió en batalla por Belchite. Los combates se libraron con especial dureza hasta el 6 de setiembre, cuando Belchite fue ocupado por los republicanos, y a continuación la batalla se extinguió.



### *La batalla de Belchite.*

En Belchite, Franco se había dejado sorprender de nuevo ante un adversario que le arrebató la iniciativa para privarle de su libertad de acción. Y en esta ocasión, al parecer, fueron los alemanes quienes le impidieron cometer un grave error estratégico, evitando el traslado de numerosas tropas terrestres desde la franja cantábrica al frente aragonés<sup>[48]</sup>; el general Sperrle, ferviente partidario de acabar cuanto antes la campaña norteña, sólo se mostró conforme con enviar la aviación alemana e italiana a la zona de Belchite. Nada tiene de particular, por lo demás, que los alemanes coincidieran en sus criterios con el coronel Vigón, ya que, entre otras cosas, éste mantenía un estrecho contacto con el jefe de EM de la Legión Cóndor, Wolfram von Richthofen.

La tensión internacional originada por la contienda española alcanzó niveles alarmantes durante el mes de agosto, como consecuencia de los incidentes registrados en el Mediterráneo. Franco había recibido informes falsos acerca de un supuesto suministro de armas soviéticas, de proporciones desmesuradas, a los republicanos, y solicitó ayuda a

Mussolini para impedir su llegada<sup>[49]</sup>. De inmediato, los submarinos italianos se dedicaron a atacar a los buques sospechosos de transportar material bélico a la República, y alcanzaron con sus torpedos a treinta, once de los cuales resultaron hundidos. Francia y Gran Bretaña convocaron entonces a todos los países del Mediterráneo (a excepción de España), junto con Alemania y Rusia, a una conferencia que habría de celebrarse en la localidad suiza de Nyon el día 10 de setiembre. La conferencia no terminó ofreciendo grandes resultados, aunque, durante el resto del año, se incrementarían las patrullas navales en el Mediterráneo; en todo caso, los soviéticos comprendieron que en lo sucesivo sería preciso enviar los suministros a la España republicana desde los puertos de Murmansk y Leningrado hasta Burdeos, dando un gran rodeo por el Atlántico para evitar el canal de la Mancha. Tras atravesar Francia de oeste a este, superando un sinfín de problemas, el armamento ruso tenía que salvar la frontera hispanofrancesa que, en virtud de los acuerdos de no intervención, debería permanecer cerrada. El cerco a la República española seguía estrechándose día a día; las potencias fascistas, cada vez más insolentes, persistían en su descarado apoyo a Franco, y mientras tanto, los rusos se veían obligados a disminuir sustancialmente su ayuda a los republicanos. Este hecho es así reflejado en un libro publicado en Moscú que lleva por título *Historia de la segunda guerra mundial*<sup>[50]</sup>. «Desde agosto de 1937, debido a la intensificación del bloqueo se redujeron considerablemente los suministros de material soviético a través de los puertos del mar Negro y desde octubre hubo que suspenderlos por completo. Fueron reanudados en diciembre de 1937 desde los puertos del Báltico y del Norte, pero tenían un carácter episódico a causa de las dificultades existentes para transportar cargamento a través del territorio francés. Mientras hasta setiembre de 1937 la Unión Soviética consiguió enviar a la República cincuenta y dos barcos con cargamentos militares, en 1938 sólo pudo mandar trece, y en enero de 1939 nada más que tres».

Poco tiempo después de celebrarse la Conferencia de Nyon, Mussolini le confesaría en privado a Hitler que sus aviones y submarinos habían logrado hundir doscientas mil toneladas de barcos. El Duce no aspiraba a terminar con el envío de armas a la República, porque eso constituiría un objetivo demasiado ambicioso y no exento de graves peligros; él pretendía simplemente evitar que el material bélico ruso llegara a la España republicana a través del Mediterráneo, y no cabe duda de que lo consiguió<sup>[51]</sup>. La Marina franquista, por su parte, que se vio reforzada con los barcos (alrededor de sesenta) que le cedieron las potencias fascistas, contribuyó también a obstaculizar el suministro de armamento al bando republicano, como declaró, tras concluir la contienda, el almirante Bastarreche, comandante del crucero *Canarias*<sup>[52]</sup>: «La Marina nacional hundió durante nuestra guerra 53 buques mercantes, con un total de tonelaje de 129 000 toneladas; fueron apresados 324 barcos, que suponían 484 000 toneladas».

El día 28 de setiembre, Vicente Rojo remitió desde Lérida una carta al ministro de Defensa, Indalecio Prieto, en la que solicitaba ser relevado del cargo<sup>[53]</sup>. Rojo comenzaba agradeciéndole al ministro la deferencia que con él había tenido al reiterarle su confianza, pese al lamentable incidente de la huida de uno de sus subordinados, el jefe de Caballería del Ejército de Levante, que se había pasado al enemigo, hecho relativamente frecuente entre los militares profesionales que servían en el Ejército republicano, con información muy valiosa. «He sido el primer sorprendido e indignado —apuntaba Rojo— y ni siquiera conozco a dicho jefe, le agradezco esta nueva prueba de consideración personal que

conmigo tiene». A continuación, Rojo pasaba a exponer el verdadero motivo de su carta, partiendo de un corto pero expresivo exordio: «Sin duda por un acentuado desgaste nervioso, efecto de un trabajo incesante y abrumador, día a día, desde que comenzó la guerra, me siento físicamente deshecho y sólo por un esfuerzo de voluntad inmenso que me impone el deber, pero que no sé cuánto tiempo más podré sostenerlo, logro mantenerme en mi puesto [...] La seguridad que antes tenía en mis actos y en mi pensamiento voy notando que me falta, y antes de llegar a una quiebra total de mis facultades quiero suplicar a VE mi relevo. No acude a mi pensamiento al hacer esta petición la idea de rehuir el trabajo; por el contrario, quiero, simplemente, recuperarme y volver a ser plenamente útil, después de un breve descanso, incorporándome a cualquier clase de destino donde se considere apropiada mi aptitud y especialmente en los del frente».

Evidentemente, Vicente Rojo tenía sobrados motivos para sentirse agotado, tanto por el exceso de trabajo, como, y quizá sobre todo, por la tremenda tensión nerviosa que estaba soportando desde mucho tiempo atrás. Mas su excepcional sentido del deber, seguramente, le hubiera permitido superar todas las dificultades de no haber existido otro factor negativo, desmoralizador, al que, con su proverbial sinceridad, alude también en su carta: «A mi estado de agotamiento no sólo ha contribuido el desgaste físico propio de un trabajo duro y persistente, sino el abatimiento moral provocado por este ambiente de lucha política apasionada en el que veo prevalecer intereses secundarios o personales sobre los problemas de guerra. A pesar de ser ajeno a esas pugnas, el Estado Mayor es, para muchos, el causante de que los problemas militares planteados no se resuelvan, cargándole así con culpas que no le corresponden. La impotencia en que, como jefe del EM, me veo para resolver y la pobreza de medios con que he de desenvolver mi actividad son ciertamente causas de una lucha diaria agotadora que abate al fin la moral más fuerte, por cuanto se ven técnica y prácticamente cerradas todas las perspectivas que pudieran tenerse para dar al Ejército verdadera vida orgánica con las satisfacciones morales que también le son necesarias».

Vicente Rojo, sin duda, era capaz de aguantarlo todo, excepto la convicción de que sus trabajos, sus desvelos, sus sacrificios, no servían absolutamente para nada; este hecho representaba una carga excesivamente pesada. Sabía que en el campo internacional el bando franquista contaba con una ventaja enorme, lo que se traducía en una abrumadora superioridad de medios materiales; pero este hecho no le afectaba demasiado y, desde luego, no le impedía seguir trabajando, pues abrigaba el propósito de compensar esa superioridad apelando a las fuerzas morales de los combatientes republicanos, que de forma tan satisfactoria habían entrado en acción durante la batalla de Madrid. Quería seguir modelando el Ejército hasta convertirlo en una máquina poderosa, si la situación internacional, como él esperaba, evolucionaba favorablemente y el material bélico se repartía de forma más equilibrada entre los dos bandos en liza. Todas sus ilusiones, sin embargo, se venían abajo al reparar en la enrarecida atmósfera política que se respiraba en las filas republicanas. ¡Cómo añoraba la etapa de la lucha en Madrid, pese a todas las limitaciones materiales, todos los peligros, todos los sacrificios! Ahora, las intrigas políticas, los fanáticos partidismos, impedían concentrar los esfuerzos en el combate contra los fascistas de España y del extranjero. Desalentado, Rojo le confesó a Prieto en su carta: «Es seguro que para todos soy un posible adversario como militar profesional y como hombre apolítico, de donde nace un vacío hostil que se manifiesta en todos los detalles de

la vida diaria. Por muy militar e independiente que se sea, ya no hay posibilidad de mantenerse al margen de los partidos políticos, pues de nada sirve la labor militar, aunque esté avalada por su eficacia y su constancia en defensa de la causa popular durante catorce meses».

Rojo le insinuó a Prieto, incluso, que estaba contemplando la posibilidad de ingresar en algún partido político para sentirse, al menos, protegido por uno de los grupos, y no atacado por todos; y, para terminar, le hizo saber que, en todo caso, era su propósito mantenerse en su puesto de jefe del EMC hasta que concluyera una operación, próxima a comenzar, que habría de desarrollarse de nuevo en la zona de Belchite.

La ofensiva republicana, en efecto, se desencadenó el 11 de octubre en el sector Fuentes de Ebro-Mediana-Vértice Sillero, y tenía como objetivo otra vez la ciudad de Zaragoza. Se trataba de aprovechar, por una parte, las posiciones ocupadas en la batalla de Belchite como base de partida, y, por otra, el material soviético recibido el 8 de agosto en el que se incluyeron cincuenta tanques del modelo BT-5, que, con su cañón de 45 mm y otras innovaciones, resultaba muy superior al T-26. Modesto se negó a intervenir en la operación al considerar que estaba mal concebida y que los tanques iban a actuar en un terreno poco apropiado<sup>[54]</sup>. Los hechos terminarían dándole la razón, pues la maniobra constituyó un auténtico fracaso, y quedaron, además, inutilizados sobre el terreno 19 de los 25 tanques participantes.

Antonio Cordón se mostró igualmente contrario a llevar a cabo la operación proyectada y llegó a exponer sus reparos a Vicente Rojo antes de que se iniciara, pero Rojo le respondió que a él tampoco le convencía y que, en realidad, quien la había propuesto era el teniente coronel Segismundo Casado, y que el ministro de Defensa había concedido su aprobación<sup>[55]</sup>. Casado mandaba por entonces el Cuerpo de Ejército XXI, que tomaría parte en la ofensiva, y había ocupado, durante el gobierno de Largo Caballero, el puesto de jefe de operaciones del EMC, cuyo mando ejercía entonces el general Martínez Cabrera; Casado había sido también el autor de los planes de la operación que Largo quiso ejecutar en mayo, que, verdaderamente, resultaban muy poco convincentes. Cuando Rojo accedió a la Jefatura del EMC, destituyó a Casado como jefe de operaciones y lo nombró inspector general de Caballería, cargo de muy escasa relevancia. La aceptación por parte de Prieto de la propuesta de Casado para realizar la denominada «Segunda Operación Zaragoza» pudo significar la gota que colmó el vaso de la paciencia de Rojo; de ahí, quizá, que eligiera ese momento para solicitar su relevo al ministro.

Indalecio Prieto respondió a la carta de Rojo con otra fechada en Valencia el 4 de octubre, en la que empezaba afirmando textualmente: «El jefe del gobierno me ha encargado le diga que no sólo cuenta usted con la confianza del ministro de Defensa Nacional, sino con la de todo el gobierno y de modo muy singular con la suya». Es claro que no se quería conceder el relevo a Rojo y, aunque Prieto reconocía que había estado sometido a un trabajo agotador, capaz de ocasionarle un gran desgaste físico y moral, le rogaba que se mantuviera en la Jefatura del EMC, «ante la notoria dificultad de sustituirle en puesto tan importante y delicado». Por otro lado, Prieto le significaba a Rojo que el gobierno apreciaba muy claramente «la desmoralización que las luchas intestinas de la

política» causaban en el Ejército y que estaba plenamente decidido a poner remedio a esta situación, teniendo muy en cuenta sus consideraciones. La carta terminaba con una afectuosa despedida.

Vicente Rojo, apoyado sin duda en su concepto del deber, se dio por satisfecho con las explicaciones del ministro de Defensa y, superando su abatimiento físico y moral, continuó trabajando con el mismo entusiasmo de siempre. El 21 de octubre concluía la operación de Zaragoza, y al mismo tiempo lo hacía la Campaña del Norte, a la que puso fin la conquista de Gijón; los soldados asturianos, desabastecidos como consecuencia del bloqueo naval, dejaron bien patente su heroísmo en los últimos compases de la lucha. En Asturias, por lo demás, la aviación de las potencias fascistas, especialmente la alemana, siguió empleándose a fondo y ensayando nuevos medios y procedimientos. Adolf Galland probó por primera vez el «bombardeo en alfombra», que se utilizaría después en Polonia y, con relativa frecuencia, a lo largo de la segunda guerra mundial; en formación cerrada, los aviones de Galland se lanzaban sobre el objetivo dejando caer sus bombas simultáneamente «en una nube de destrucción mucho más densa de lo que lo había sido jamás<sup>[56]</sup>». Galland diseñó además, con la ayuda de sus mecánicos, el primer prototipo de bomba de napalm, que consistía en un depósito desechable de gasolina con 170 litros al que le adosaban dos bombas de metralla a cada lado y que, cuando caía sobre las posiciones ocupadas por los soldados republicanos, producía efectos demoledores. Los alemanes, en todo caso, seguirían progresando en las operaciones de cooperación aire-tierra hasta la conclusión de la campaña en octubre. «Con la Campaña del Norte —señala acertadamente Ángel Viñas— la Legión Cóndor entró en mayoría de edad. A finales de año su modernización era completa: la temible unidad continuaría amasando experiencias en los campos de España. Sus frutos, en principio, los recogería el general Franco<sup>[57]</sup>».

El gobierno de la República se trasladó el 31 de octubre a Barcelona, para establecer allí su sede, sin que los motivos de este traslado hayan quedado demasiado claros; los republicanos sabían, no obstante, que, concluida la Campaña del Norte, Franco disponía de una gran masa de fuerzas que podría utilizar en una ofensiva de envergadura, y que contaba, por supuesto, con el concurso de su poderosa aviación. Hidalgo de Cisneros subraya que los nacionalistas tenían un especial interés en mantener el dominio del aire, y añade que, cuando veían peligrar su superioridad aérea, daban cuenta a los gobiernos alemán e italiano, los cuales, de inmediato, mandaban en vuelo directo el número de aparatos necesarios para conservarla y, en muchos casos, incluso para aumentarla<sup>[58]</sup>.

Al iniciarse el mes de noviembre, en definitiva, Vicente Rojo se encontraba de nuevo ante una dramática situación que afectaba a todos los republicanos; se temía una terrible embestida de las fuerzas franquistas y había que prepararse para rechazarla, sin saber a ciencia cierta ni cómo ni dónde. La responsabilidad de adoptar una decisión recayó, una vez más, sobre las espaldas de quien, algunos días antes, había declarado encontrarse abatido física y moralmente.

## CAPÍTULO 7

### **Bailando al son del maestro**

El definitivo derrumbamiento del frente Norte produjo en Indalecio Prieto, que durante su ejecutoria como ministro de Defensa se había mostrado siempre muy pesimista, un especial desaliento; con la moral hundida, Prieto llegaría a solicitar la dimisión (que, al cabo, no le sería aceptada), pero consideró justo que, antes de abandonar el cargo, su última medida consistiera en conceder a Vicente Rojo el premio del ascenso a general. En el Consejo de Ministros celebrado precisamente el día 21 de octubre, que marcó el final de la campaña norteña, Prieto consiguió que se aprobara el decreto correspondiente, sin haber informado con anterioridad al interesado, que se enteró de su ascenso por los periódicos<sup>[1]</sup>. Al parecer, Prieto temía que Rojo, como había sucedido en otras ocasiones, se negara a aceptar el premio, y optó por mantener una estricta reserva hasta que sus planes se vieran cumplidos. El nuevo general, tras conocer la noticia por la prensa, se puso en contacto con el ministro para darle las gracias y advertirle también que estimaba el premio inmerecido, pero Prieto le respondió que los motivos del ascenso quedaban debidamente expuestos en el preámbulo del decreto publicado en el Boletín del día 22, y que no tenía más que añadir.

El preámbulo del decreto por el que se concedía el ascenso a nuestro personaje empezaba diciendo: «Los méritos contraídos durante la actual campaña por el coronel don Vicente Rojo Lluch le hacen acreedor de una alta recompensa». Y se refería después a la capacidad demostrada por Rojo, tanto en su etapa de jefe del EM de Miaja como en la de jefe del EMC, y abundaba en las siguientes explicaciones: «A sus planes estudiados concienzudamente 7 a su asesoramiento del mando mientras aquéllos se desarrollaban, cabe atribuir buena parte de los éxitos obtenidos por nuestras armas en la defensa de Madrid, durante el pasado invierno, y en las operaciones que el verano último tuvieron por teatros las cercanías de aquella capital y las proximidades de Zaragoza».

En el citado preámbulo, por lo demás, se ponía especial énfasis en la labor desarrollada por Rojo en la construcción del Ejército Popular, y se daba a entender, incluso, que era esa labor la que, por encima de todo, se había valorado a la hora de otorgarle el ascenso: «Pero donde más vienen sobresaliendo las dotes del coronel Rojo es en la organización del Ejército del Pueblo, ardua empresa, frecuentemente encomiada por los técnicos militares extranjeros que enfocan su atención hacia nuestra lucha guerrera».

Cuando Rojo fue promovido al empleo de general, llevaba ya varias semanas ocupado en resolver el problema que se presentaba con la liquidación del frente Norte. Los republicanos calculaban que, al concluir la campaña norteña, Franco dispondría de unos ciento ochenta batallones, la cuarta parte de ellos italianos, para lanzar una ofensiva

importante, que podría resultar definitiva, teniendo en cuenta sobre todo el poderío nacionalista en artillería y aviación<sup>[2]</sup>; y Rojo, en principio, trató de salir al paso de esta tremenda amenaza creando el Ejército de Maniobra, que, por otra parte, debería estar capacitado para realizar acciones ofensivas. Partiendo de esta idea, emitió a lo largo del mes de octubre varias directivas, la primera de las cuales comenzaba exponiendo<sup>[3]</sup>: «La creación del Ejército de Maniobra se considera indispensable para llevar a cabo operaciones activas en gran escala que puedan dar a la lucha, por nuestra parte, un carácter decisivo. Se omiten las muchas razones de tipo técnico y de todo orden que pueden aducirse, porque cree el jefe que suscribe que están en el ánimo de todos; y como los efectivos actuales consienten la reunión de elementos bastantes para asegurar la existencia de ese Ejército, en cierto modo independiente de los que guarnecen los frentes defensivos, basta con establecer las características orgánicas a que debe responder el procedimiento de ponerlo en el más breve plazo en condiciones de eficiencia».

El Ejército de Maniobra, de acuerdo con los planes de Rojo, estaría compuesto por los cuerpos de ejército V, XVIII, XX, XXI y XXII, con un mínimo de 35 brigadas mixtas, más una de caballería, otra de tanques y otra de blindados; contaría además con 20 baterías de acompañamiento afectas a las brigadas, 15 baterías divisionarias, 5 grupos de artillería de cuerpo de ejército, otros 3 de acción de conjunto y los dos tercios de la aviación. Por otro lado, en la directiva se advertía: «Los jefes de las grandes unidades que forman el Ejército de Maniobra, tan pronto reciban orden de constitución de las mismas, señalarán programas de instrucción y trabajo a las tropas y cuadros de mando con arreglo a las directivas que dictará este EM, con objeto de que antes del día 30 del corriente mes se hallen en condiciones de ser empleadas útilmente en la maniobra que se encomiende al Ejército».

Vicente Rojo, que se reservó la Jefatura del Ejército de Maniobra hasta finales de enero de 1938, fijó las zonas de estacionamiento de cada una de las grandes unidades que lo integraban, y ordenó que estuvieran ocupadas antes del día 25; también nombró a los jefes de los distintos cuerpos de ejército, mantuvo a Modesto en el V y designó para los cuerpos XVIII, XX, XXI y XXII, respectivamente, a Heredia, Menéndez, Perea e Ibarrola. La 11 División de Líster dejó su puesto en el V Cuerpo a la 47 División (Güemes) y pasó a formar parte del Cuerpo de Ejército XXII.

Tras su creación, el Ejército de Maniobra habría de coexistir con el Ejército del Este (Pozas), el Ejército del Centro (Miaja), el Ejército de Levante (Hernández Saravia), el Ejército de Extremadura (Burillo) y el Ejército de Andalucía (Moriones), a los cuales Rojo encargó que atendieran a la defensa de sus respectivos frentes con los medios que se le asignasen como resultado de la reorganización efectuada. La nueva gran unidad creada por Rojo, en definitiva, supondría contar con una fuerza aceptablemente dotada e instruida para actuar con la debida rapidez en un determinado teatro, sin que ello significara dejar desatendida la seguridad de los frentes establecidos.

Rojo y su equipo de colaboradores, en el que se incluyó Francisco Ciutat tras dejar de prestar sus servicios en la zona norte y ser destinado al EM del Ejército de Maniobra, llevaron a cabo diversos estudios de orden estratégico para tratar de obtener la iniciativa y

evitar la violenta ofensiva adversaria que todos esperaban. Y consideraron, como subraya el propio Ciutat<sup>[4]</sup>, que resultaría muy acertado operar al sur del río Tajo, y trasladar allí el centro de gravedad de la guerra, puesto que así se causarían al enemigo grandes problemas logísticos. Rojo, no obstante, contempló la posibilidad de que los nacionalistas se adelantaran a los proyectos republicanos ejecutando la temida ofensiva, y para responder a esta contingencia planeó «dos operaciones ofensivas de carácter limitado», a las que dio el nombre de «contragolpes estratégicos», y que tendrían como objetivos respectivamente Huesca y Teruel; el contragolpe de Huesca intentaría obstaculizar una acción dirigida contra Cataluña, y, el de Teruel, paralizar un ataque a Madrid.



*Situación general de los frentes al concluir la campaña del Norte.*

La ofensiva que se debía realizar en el sur de la Península quedó plasmada en el denominado Plan P, con el que se perseguía, fundamentalmente y una vez más (ya lo había pretendido, por ejemplo, Largo Caballero en el mes de mayo), cortar el territorio franquista, a través de la estrecha franja que se extendía por la provincia de Badajoz, para dividirlo en dos. Las operaciones se iniciarían con una acción ejecutada al sur del río Guadiana para romper el frente y salir a la frontera portuguesa, dejando aisladas las provincias andaluzas dominadas por el adversario; a continuación se lanzaría un fuerte ataque sobre Sevilla y, tras conquistar esta ciudad, se procedería a la ocupación de la Andalucía nacionalista, empresa que se juzgaba fácil, dado que la mayoría de sus habitantes se mostraba partidaria de la causa republicana. Las dificultades que Franco encontraría para enviar el grueso de su aviación a la zona atacada era otra de las ventajas que se tenían en cuenta...

El Consejo Superior de la Guerra, compuesto por Negrín, Prieto, Giral y Uribe, se opuso a la ejecución del Plan P, y, ciertamente, todo parece indicar que su decisión resultó acertada. El Ejército republicano había mejorado bastante desde la caída del gobierno de Largo Caballero, y se había fogueado incluso en las batallas de Brunete y Belchite; sin embargo, aun contando con el nuevo Ejército de Maniobra, no parecía capacitado, por carecer sobre todo de los necesarios medios materiales, para abordar una empresa tan arriesgada. Por otro lado, nadie podría garantizar que el corte realizado en Extremadura habría de provocar el aislamiento de la Andalucía occidental ocupada por los franquistas, dado el poderío de éstos en el mar y en el aire; las vías de comunicación y los aeródromos

portugueses, además, se colocarían al servicio de los rebeldes, como ya lo habían hecho en otras ocasiones. En la versión del Plan P que nos ofrece Ciutat se pasan por alto estas cuestiones, pero cuesta trabajo creer que escaparan al análisis de Rojo. En todo caso, Avaha aporta algo de luz sobre las razones del Consejo de la Guerra para rechazar el plan, al referirse en sus *Diarios* a una entrevista mantenida con el nuevo general, el día 1 de noviembre<sup>[5]</sup>: «El Ejército de Maniobra que se forma en La Mancha cuenta con unos cien mil hombres. Con él quisiera Rojo intentar algo definitivo. Había pensado operar en el sur y en Extremadura, donde el enemigo es más débil, y anticiparse a la nueva ofensiva que se anuncia por Aragón. Sobre ello elaboró un plan, que sometió al Consejo de la Guerra y no lo aceptó. Para operar con elementos suficientes, hubiera sido necesario retirarlos de otros sitios, dejando únicamente lo indispensable, y el Consejo ha preferido esperar la ofensiva del enemigo, sin debilitarse en ninguna parte. Tampoco andamos sobrados de municiones. Cree Rojo que la ofensiva del enemigo podría producirse dentro de diez o doce días».

La ofensiva nacionalista, por lo demás, sufrió un retraso mayor de lo esperado; de manera que Rojo tuvo tiempo para analizar a fondo las posibilidades de acción del enemigo y desarrollar el correspondiente plan de información. Y no tardaría mucho en descubrir que el verdadero objetivo fijado para la ofensiva era Madrid y que Franco se proponía alcanzarlo atacando por el frente de Guadalajara, en una segunda versión de la fracasada maniobra italiana del mes de marzo. Convenía tener en cuenta, no obstante, que el Ejército franquista se había reforzado considerablemente y que ahora su maniobra resultaría mucho más peligrosa. La caída de Madrid, en fin, podría suponer la pérdida de la guerra; la capital disponía de fuerzas para ofrecer cierta resistencia, pero el frente de Guadalajara dejaba espacios libres a los nacionalistas para lanzar una embestida que el Ejército republicano no estaba capacitado para detener, aunque empeñara en ello todas sus reservas generales, incluido el Ejército de Maniobra. Rojo comprendía que era preciso obligar al enemigo a llevar sus reservas a teatros alejados de la zona centro<sup>[6]</sup>, y se dispuso a realizar los trabajos necesarios para poner en marcha el «contragolpe estratégico» cuyo objetivo era Teruel.

El 1 de diciembre, el cuartel general de Franco emitió la orden de operaciones para actuar en Madrid, en la que se expresaba el propósito de avanzar rápidamente con las fuerzas concentradas tras el frente Cogolludo-Saelices en dirección a Torrejón de Ardoz y sector del Jarama, teniendo como fin principal el corte de las comunicaciones de Madrid con Levante y adueñarse de la línea del Tajo<sup>[7]</sup>; se encargaba a la aviación que prestara especial atención a los movimientos estratégicos del enemigo que pudieran producirse desde el este y el sureste, y, finalmente, se señalaba para las unidades de tierra participantes en la operación las zonas de estacionamiento de Jadraque, Almazán, Medinaceli y Sigüenza, que deberían ser ocupadas a partir del día 4. Los nacionalistas, al parecer, pretendían caer por sorpresa sobre el enemigo, aunque sus intenciones, realmente, llegarían a constituir un secreto a voces.

A mediados de noviembre, el embajador norteamericano Claude Bowers se había entrevistado con el corresponsal de la Associated Press, Eddie Neal, que le informó sobre la ofensiva que preparaban los nacionalistas. Neal afirmó que Franco ganaría la guerra en el término de seis meses, ya que contaba con una gran masa de maniobra y una cantidad de armamento sin precedentes, en el que destacaban los cañones suministrados por Alemania y

los nuevos y mortíferos aviones de bombardeo alemanes e italianos. «No es meramente que estos aviones sean los más nuevos —añadiría Neal—, sino que los alemanes e italianos están enviando la élite de sus aviadores, la mayor parte oficiales. A muchos de los italianos los he visto y conocido en Abisinia<sup>[8]</sup>».

El bando republicano no contaba con tantos y tan modernos aviones como los nacionalistas, pero, además, sus pilotos, en general, estaban menos preparados. Con el inicio de la ayuda soviética, en octubre de 1936, se fueron incorporando a las fuerzas aéreas republicanas varios cientos de aviadores rusos, que tripulaban la mayoría de los aviones disponibles; sin embargo, a partir del verano de 1937 serían sustituidos, poco a poco, por los jóvenes españoles que realizaron el curso de piloto en España (Los Alcázares), Francia y la URSS, que solía durar seis meses. Francisco Tarazona<sup>[9]</sup> formó parte de los primeros doscientos alumnos que se trasladaron a la URSS a finales de 1936 para instruirse en la ciudad de Kirov, al sur del Cáucaso, y regresaron en julio de 1937; a los pocos días de su vuelta a España, tuvo el bautismo de fuego como piloto de un caza I-16 «Mosca» de la aviación republicana. Por entonces, otros doscientos muchachos se habían formado en Los Alcázares, y un número bastante inferior en Francia. Estos entusiastas pilotos, estos novatos, evidentemente, tenían mucha menos experiencia que los alemanes y los italianos y este hecho constituía una desventaja importante para el bando republicano.

El Consejo Superior de la Guerra aprobó el día 8 de diciembre la ejecución del contragolpe de Teruel, con el que el general Rojo se proponía alcanzar una finalidad estratégica, la desarticulación de la ofensiva enemiga sobre Madrid, un objetivo táctico, la reducción del peligroso saliente de Teruel y la conquista de la plaza, y un beneficioso efecto moral en la masa de combatientes republicanos; además, se consideraba importante la obtención de un éxito que contribuyera a aumentar el prestigio de la República en el exterior. Para lograr estos propósitos, Rojo se dispuso a plantear en Teruel una «batalla ofensivo-defensiva», de acuerdo con la descripción que de ella hace en su obra *Elementos del arte de la guerra*<sup>[10]</sup>. Tal clase de batallas, advierte Rojo, viene impuesta por la escasez de medios y la urgencia de fines, y con ella se busca la «destrucción limitada del adversario o la obtención de una ventaja de ulterior explotación»; se trata, pues, de desencadenar un ataque de modesto alcance, para asumir premeditadamente después, tras conseguir los fines propuestos, una actitud defensiva.

El mismo día 8, en que obtuvo la aprobación del Consejo de la Guerra, Rojo comenzó a reunir los elementos necesarios para llevar a cabo el contragolpe de Teruel. En la operación habrían de participar, en principio, los cuerpos XVIII, XX y XXII del Ejército de Maniobra, más el XIII y el XIX del Ejército de Levante; a lo largo de la batalla, no obstante, se incorporaría también a la lucha el V Cuerpo de Juan Modesto. Por delegación del ministro de Defensa, Rojo ejerció oficialmente el mando de las operaciones, y efectuó una rápida concentración de fuerzas, que el día 14 ya estarían situadas en sus respectivas bases de partida, dispuestas a emprender el ataque. De esta manera, Rojo consiguió, una vez más, sorprender al adversario y arrebatarle la iniciativa, como reconoce, por ejemplo, el general franquista Alfredo Kindelán, que se expresa así<sup>[11]</sup>: «Liquidada, con brillante éxito, la campaña del norte, tomaron nuestras tropas un tiempo, tal vez excesivo, en reorganizarse con vistas a futuras operaciones, que habrían de resolver victoriosamente la guerra. El

enemigo, que, naturalmente, sentía gran preocupación, decidió aprovechar esa pausa para tomar, de nuevo, las iniciativas estratégica y táctica; y al ver por nuestro despliegue que preparábamos una maniobra de gran estilo sobre Madrid, que nos llevaría, de modo ineludible, a la conquista de la capital, comprendió que no podía esperar más, y atacó y tomó Teruel. Esta decisión obligó a nuestro Ejército a un cambio de frente».

Rojo optó por lanzar dos ataques convergentes, ejecutados respectivamente por los cuerpos XVIII y XXII, que habían de coincidir en el pueblo de San Blas, cerrando así una gran bolsa en la que quedaría incluida la ciudad de Teruel y estableciendo un frente exterior para oponerse a los contraataques de las fuerzas nacionalistas que vinieran en socorro de la plaza; mientras tanto, el XX Cuerpo se encargaría de efectuar el ataque directo a la ciudad. El resto de las fuerzas participantes en la ofensiva desarrollarían, en un primer momento, misiones de seguridad en los flancos, o bien permanecerían en reserva. Enrique Líster, que al mando de la 11 División perteneciente al XXII Cuerpo de Ejército sería uno de los primeros en entrar en acción, recuerda<sup>[12]</sup> que el día 11 el general Rojo le llevó hasta los altos de Celadas, desde donde se gozaba de una excelente vista panorámica del futuro campo de batalla, para explicarle «el conjunto de la operación y, más concretamente, la misión del XXII Cuerpo». Al igual que había sucedido durante la defensa de Madrid, Rojo mantenía un trato cordial con sus subordinados, para aclararles todas las cuestiones y despejarles todas sus dudas. Líster debería iniciar el ataque en la noche del 14 al 15 de diciembre, y comenta al respecto: «Casi todas las operaciones en que tomé parte [a lo largo de la guerra civil], desde Guadarrama al Ebro, fueron comenzadas, en lo que a las fuerzas a mis órdenes se refiere, de noche». Y a continuación añade: «El combate de noche era un poco el combate del pobre». La superioridad del adversario en medios materiales, especialmente en artillería y aviación, obligaba a los republicanos a emplear todas «las formas de sorpresa».



### *Batalla de Teruel.*

En la mañana del día 15, la 11 División de Líster ya había roto el frente a unos diez kilómetros al norte de Teruel y cortado las comunicaciones por ferrocarril y carretera entre dicha ciudad y Zaragoza; después progresó hacia San Blas, donde habría de enlazar con las fuerzas del XVIII Cuerpo. El enlace se realizó el día 19 y seguidamente se constituyó la

línea defensiva prevista. El día 17 había empezado a nevar, lo que daría lugar a un notable descenso de las temperaturas, que llegaron a alcanzar los 20 grados bajo cero, y causaron durante la batalla un buen número de bajas entre los combatientes de ambos bandos.

Franco, que al parecer pretendía desencadenar la ofensiva sobre Guadalajara el día 18, tuvo conocimiento del ataque republicano a Teruel desde el primer momento, y, en principio, envió a la zona algunas tropas de refuerzo, extraídas de las unidades acantonadas para intervenir en la citada ofensiva; pero ya el día 22 emitió desde Medinaceli una directiva en la que se disponía la organización de un ejército para operar en el teatro aragonés, bajo el mando del general Dávila y compuesto por los cuerpos de ejército de Galicia (Aranda) y Castilla (Varela), más dos divisiones navarras y sendas masas de artillería y aviación. La medida adoptada por Franco dejaba entrever el propósito de abandonar la gran ofensiva planeada a lo largo de varias semanas, y este hecho provocó el disgusto de los altos mandos de las fuerzas alemanas e italianas que participaban en la contienda. Para esos mandos, e incluso para el Estado Mayor del Generalísimo, no tenía sentido renunciar a la ofensiva proyectada y a punto de iniciarse que podría conducir a la conquista de Madrid y a la victoria final, para dirigir los esfuerzos a la zona turolense, cuyo valor estratégico era ciertamente escaso<sup>[13]</sup>. Rojo había colocado otra vez el anzuelo y Franco había vuelto a picar.

Al iniciarse la ofensiva republicana, el saliente de Teruel se hallaba guarnecido por la 52 División nacionalista, al mando del coronel Rey d'Harcourt, quien había establecido una línea defensiva en el exterior de la plaza que se apoyaba en terreno dominante, como el de la famosa Muela, y que disponía de las correspondientes trincheras y alambradas. Sin embargo, el empuje de los atacantes obligó al coronel Rey a replegarse al interior de la ciudad, y, al ser invadida ésta por las tropas republicanas, se hizo fuerte en los edificios del Gobierno Civil, del seminario y del Banco de España, entre otros. En todo caso, la contraofensiva del ejército de Dávila, que no se desencadenó realmente hasta el día 29, llegó a provocar en las huestes republicanas un alto grado de desmoralización, que las llevó a perder la importante posición de la Muela, cuyo dominio, en gran medida, significaba el dominio de la ciudad. El frente en su totalidad estuvo a punto de derrumbarse, mas los soldados republicanos reaccionaron y finalmente pudieron restablecer la situación. «Las unidades se rehacen —explica Vicente Rojo—, las reservas acuden a tiempo a sustituir a las tropas desmoralizadas, y se vuelve al ataque con el mismo entusiasmo y análoga entereza que los primeros días. El enemigo había logrado llegar al mismo lindero de la plaza, bajando desde la Muela de Teruel; pero pudo contenerse a tiempo, rechazarse después y por último contraatacarle y recuperar buenas posiciones que hicieron imposible el contacto con los sitiados. Teruel, que había quedado absolutamente evacuado por nuestras tropas en las primeras horas de la noche del 31, se volvía a ocupar cuatro horas más tarde por la misma unidad que lo había abandonado<sup>[14]</sup>».

En el «parte» emitido a través de Radio Nacional por el cuartel general de Franco, el citado día 31, se anunció que las tropas de Dávila habían conseguido romper el cerco de los republicanos, ocupar totalmente la ciudad de Teruel y liberar a los sitiados; pronto saldría a relucir que la noticia era falsa. Sin embargo, el Caudillo se negó a dar su brazo a torcer, y, el 1 de enero de 1938, comenzó su mensaje de Año Nuevo con estas palabras<sup>[15]</sup>: «Este

primer día del año nuevo, bajo el signo de la victoria que en tierra aragonesa acompaña a nuestras tropas, mi recuerdo se dirige a los que vivieron bajo el cerco de Teruel días intensos de heroísmo y sacrificio; a los que en su socorro, corriendo sobre los campos cubiertos de nieve, vencieron y destrozaron a las fuerzas rojas».

El triunfalismo del Generalísimo resultaba grotesco y, desde luego, no convencía en absoluto a sus aliados de las potencias fascistas. El día 2 de enero, Mussolini envió una carta a Franco en la que le reprochaba su forma de conducir la guerra y le amenazaba, incluso, con retirarle la ayuda si no variaba su conducta al respecto; el Duce llegaría a advertirle al heterodoxo general<sup>[16]</sup>: «Si no desea usted que la guerra se convierta en algo crónico —con los enormes peligros que ello acarrearía también en el plano internacional— es necesario prepararse para una batalla de masas que destruya el aparato enemigo. Una vez formulado el plan, no debe haber más aplazamientos inútiles».

Mussolini estaba cargado de razón al censurar la conducta estratégica observada por el Caudillo; abandonaba a menudo los planes trazados, se dejaba sorprender continuamente por Rojo, que, tras apropiarse de la iniciativa, le hacía perder su libertad de acción... No cabe duda de que, en el campo de la estrategia, Franco cometía errores de bulto, como es fácil constatar al tomar en cuenta esta definición del general Beaufre<sup>[17]</sup>: «La lucha por la libertad de acción es la esencia de la estrategia. De ello resulta que la protección de la propia libertad de acción (la seguridad) y la aptitud para privar al adversario de su libertad de acción (por la sorpresa y por la iniciativa) constituyen las bases del juego estratégico».

Mientras Franco mostraba una supina ignorancia en todo lo relacionado con la estrategia (no había tenido ocasión de estudiarla ni practicarla en ningún momento, cuando realizaba su fulgurante carrera), Rojo procuraba desenvolverse en el marco de la más pura ortodoxia, tratando de compensar con su acertada conducción de la guerra la aplastante superioridad de medios del adversario. En definitiva, Rojo parecía asumir resueltamente esta máxima del mariscal Montgomery: «Hay que obligar al enemigo a bailar al son que se le toque<sup>[18]</sup>». Franco, ciertamente, se pasó la guerra bailando al son que tocaba Vicente Rojo.

La delicada situación que atravesaron las tropas republicanas en torno al 29 de diciembre fue superada por el general Rojo recurriendo, entre otras cosas, a la participación del V Cuerpo de Ejército en la batalla. La unidad mandada por Modesto se hallaba acantonada en La Mancha con su cuartel general instalado en Quintañar de la Orden (Toledo), y constituía una reserva estratégica. El citado día 29 se puso en camino hacia la zona de Teruel; al incorporarse a ella, sería la encargada de reforzar el frente Muletón-prolongación de la Muela, guarnecido por soldados del XVIII Cuerpo<sup>[19]</sup>. El día 31, Modesto estableció su puesto de mando en un cerro cercano a la Muela que ocupaban las tropas del Cuerpo de Ejército de Castilla, con la intención de desalojarlas de sus posiciones y evitar así que los nacionalistas cayeran sobre la ciudad. La 47 División del V Cuerpo consiguió ascender a la meseta de la Muela y organizar allí una línea defensiva que, al cabo, impediría el avance de las fuerzas de Varela. Mientras tanto, en el interior de Teruel, el XX Cuerpo de Ejército republicano lograba ocupar los edificios defendidos por los soldados del coronel Domingo Rey d'Harcourt y la plaza terminó rindiéndose el 8 de enero.

Al día siguiente, Modesto instalaba su puesto de mando en la turolense plaza del Torico.

La conquista de Teruel dio lugar entre los republicanos a una euforia excesiva, alentada en gran medida por la prensa, y hasta el pesimista Indalecio Prieto participó de ella, y llegó a proclamar que él era ministro de Defensa... y de Ataque<sup>[20]</sup>. A Rojo le fue concedida la Placa Laureada de Madrid, versión republicana de la monárquica Laureada de San Fernando, y el coronel Juan Hernández Saravia, que, como jefe del Ejército de Levante, había intervenido en las operaciones, fue promovido al empleo de general. Teruel era la primera capital de provincia que se arrebatava a los nacionalistas, pero muchos republicanos celebraron sobre todo el éxito táctico obtenido, por primera vez, en una operación ofensiva; en medio de aquel exaltado ambiente, predominaba la idea de que el Ejército Popular había alcanzado ya la necesaria madurez, tras comenzar a forjarse en la batalla de Madrid y realizar después los primeros ensayos de acción ofensiva en Brunete y Belchite, coronados por el éxito estratégico, pero no táctico. La desmesurada euforia era a todas luces inoportuna y, realmente, podría resultar peligrosa. Vicente Rojo hizo una llamada a la prudencia, remitiendo al ministro de Defensa un ponderado informe, el día 13 de enero, en el que exponía las conclusiones que deberían sacarse del episodio turolense. El extenso informe, de trece folios, contemplaba la necesidad de introducir algunas reformas en la organización militar, que se hallaba todavía lejos de lograr un nivel aceptable; esas reformas afectarían fundamentalmente a los mandos superiores y a los mandos subordinados del Ejército<sup>[21]</sup>.

En lo que respecta a los mandos subordinados, Rojo afirmaba que seguían acusando, en general, graves deficiencias. Se venía aplicando el sistema de premiar con ascensos a quienes demostraban algún mérito a lo largo de las operaciones, pero era lógico que la mayoría de los mandos así promocionados no reunieran la necesaria competencia; de otro lado, las Escuelas Populares de Guerra sólo conseguían cubrir «una ínfima parte» de las necesidades de las grandes unidades. Rojo aportaba diversas soluciones a este problema. Y, en relación con los mandos superiores, se mostraba partidario de una serie de medidas que le afectaban directamente; Rojo proponía, en efecto, que las jefaturas del EMC, del EM del Ejército de Tierra y del Ejército de Maniobra, que recaían en su propia persona, fueran otorgadas a tres personas diferentes, y que, además, se creara la Jefatura del Ejército de Tierra, o, dicho de otro modo, el puesto de general en jefe de los ejércitos en operaciones. El gobierno republicano, presionado sin duda por las fuerzas más radicales de la izquierda, temía hacer cualquier clase de concesión al militarismo, llegando incluso a no declarar el estado de guerra hasta el final de la contienda, y por eso procuraba evitar que los altos mandos militares adquirieran demasiado poder; pero lo cierto es que en el bando republicano abundaban los profesionales del Ejército poco proclives a las actitudes militaristas, merecedores de toda confianza, y cuyas propuestas, por venir de quienes estaban capacitados para hacerlas, deberían haber sido convenientemente atendidas. En algunos ejércitos, como el francés, se había establecido desde hacía bastantes años que el jefe del EMC ejerciera también como jefe supremo militar; de manera que no había fundados motivos para impedir, por ejemplo, que el general Rojo fuera nombrado general en jefe, conservando la Jefatura del EMC (y abandonando las otras dos que ostentaba), con lo que así dispondría de una razonable libertad de acción, sin las interferencias que venía soportando. La dirección de la guerra, ciertamente, debe ser llevada por los gobiernos, pero la dirección de las operaciones es una función técnica que corresponde exclusivamente a

los militares, y esto es lo que el gobierno republicano debería haber tenido en cuenta durante la guerra civil, sobre todo después de recibir el informe al que nos estamos refiriendo. La negativa del gobierno a variar su actitud a este respecto hubo de producir graves perjuicios. El general Rojo, en fin, se limitó a dejar el cargo de jefe del Ejército de Maniobra a finales de enero, y siguió conservando las jefaturas del EMC y del EM del Ejército de Tierra hasta la caída de Cataluña y su retirada de la lucha.

Ante el revés sufrido en Teruel, Franco concentró toda la masa de maniobra de su Ejército en el Bajo Aragón para llevar a cabo una nueva contraofensiva, que se inició el 17 de enero con una violenta preparación artillera, que fue, pese a todo, detenida por los republicanos tres días más tarde. Franco se vio entonces obligado a lanzar al combate nuevas unidades, como el Cuerpo de Ejército Marroquí (Yagüe), la División de Caballería (Monasterio) y la Cuarta División de Navarra (Alonso Vega), y a partir del 5 de febrero se libró la batalla de Alfranca, que culminó con la victoria de las fuerzas franquistas, que en todo momento gozaron de una abrumadora superioridad artillera y aérea. Las nevadas y el intenso frío habían desaparecido, y los aviones, como en el norte, en Brunete y en Belchite, volvieron a imponer su ley, con el bombardeo y el ametrallamiento de los frentes y de las vías de comunicación, donde impedían realizar el abastecimiento y el refuerzo de los combatientes republicanos. El 22 de febrero, los nacionalistas ocuparon la ciudad de Teruel, y la batalla se dio por concluida. Es interesante resaltar, en todo caso, que el 1 de enero el gobierno francés, presidido por Camille Chautemps, había cerrado la frontera con España a cal y canto, después de que los socialistas abandonaron el gabinete, y este hecho terminó provocando una alarmante escasez de material bélico en el bando republicano<sup>[22]</sup>.

Tras la reconquista de Teruel por los nacionalistas, la euforia de los republicanos se tornó en desánimo; se lamentaba la superioridad artillera y aérea del adversario, pero no se dejaba de reconocer que el Ejército Popular de la República, como el general Rojo había expuesto en su informe del 13 de enero al ministro, tenía todavía mucho camino que recorrer hasta alcanzar el nivel deseado. «En materia de armamento —subraya Zugazagoitia— estábamos persuadidos de que no conseguiríamos nunca salir de la penuria en que nos debatíamos desde el comienzo de la guerra, a menos que Francia, Inglaterra o Estados Unidos se decidieran a vendérselo. Y de esta esperanza hacía tiempo que nos habíamos despedido. Ni podíamos comprar libremente el material que necesitábamos, ni teníamos posibilidades de crear la red de colaboradores eficaces que necesitaba el mando. No teníamos cabos, sargentos ni tenientes y, en cambio, nos sobraban jefes, de los llamados humorísticamente por Miaja “de la semana del duro”, que no se avenían con mandos inferiores al de brigada o división<sup>[23]</sup>».

A Vicente Rojo, obviamente, también le afectó bastante la caída de Teruel, la conversión en derrota de la victoria alcanzada unas semanas antes. Inmediatamente después de que los soldados republicanos abandonaron la ciudad, dirigió un breve comunicado al ministro de Defensa para participarle que se sentía muy contrariado, y anunciarle que, en el informe que estaba preparando, pensaba expresar una vez más su deseo de ser relevado de sus cargos para disfrutar de una temporada de descanso, ya que el agotamiento que le atenazaba desde mucho tiempo atrás se había ido agudizando hasta niveles preocupantes. Reunido Indalecio Prieto con el resto de los miembros del Consejo de la Guerra, acordaron

por unanimidad ratificar su confianza al general y rogarle que hiciera un esfuerzo por permanecer en su puesto; y el ruego fue atendido.

El informe anunciado por Rojo fue remitido al ministro con fecha del 26 de febrero. En él, por cierto, venía a coincidir sensiblemente con la nota emitida por el comisario del Ejército de Tierra con anterioridad, quien ponía especial énfasis en los demoledores efectos, físicos y morales, de la artillería y la aviación adversarias sobre las tropas republicanas; el comisario, además, denunciaba las deficiencias que afectaban a «los cuadros de mando de compañía para abajo», que se traducían en la falta de un control eficaz sobre los soldados. Rojo abordaba todos estos extremos, y empezaba diciendo<sup>[24]</sup>: «Entre las enseñanzas que cabe sacar de la maniobra enemiga en Teruel, se destacan dos: la enorme influencia del uso abrumador de los medios materiales, y especialmente de la aviación, que ha sido la causa principal de los desgastes de nuestras unidades, y la terrible influencia de la desmoralización de las unidades. Se repite en este último aspecto el fenómeno ya acusado muchas veces y sobre el cual considera el jefe que suscribe innecesario insistir...».

Para Rojo, las unidades del Ejército Popular carecían todavía de la necesaria cohesión, a excepción de las que contaban con jefes competentes y habían tenido ocasión de foguearse debidamente, y juzgaba, por otro lado, que sería conveniente reforzar la labor de los comisarios para elevar la moral de los soldados y su fe en el triunfo; su ajustado análisis venía a resumirse en las siguientes consideraciones: «Sería interminable este informe si se fuesen volcando en él cuantas sugerencias ofrece el examen de los acontecimientos desarrollados en sólo cuatro jornadas [...] Basta decir que se ponen de relieve en estos cuatro días todas las deficiencias que acusa nuestra organización: la escasez de material, la defectuosa moral de nuestras unidades, la incompleta organización de las mismas, la incapacidad o incompetencia de muchos mandos, las dificultades de transporte, la instrucción defectuosa que acusan nuestra tropa y nuestros jefes y, en una palabra, todo lo que constituye el problema general orgánico en el que estamos empeñados hace tiempo y del que sólo se ha conseguido hasta el presente un boceto, que si puede dar una idea bastante precisa de lo que el cuadro va a ser cuando se remate la obra, no es en realidad en el momento actual más que un estado embrionario de organización, que se resquebraja o se deshace, pulverizándose rápidamente, en cuanto aparece una acción suficientemente fuerte para desbaratar la obra ya realizada».

Rojo terminaba recordando al ministro que la ofensiva republicana desencadenada en Teruel no constituía, en definitiva, otra cosa que un contragolpe estratégico con el que se perseguía la desarticulación de los planes del adversario, y señalaba: «Aunque Teruel se haya perdido, puede cabernos la satisfacción de haber evitado un esfuerzo análogo o quizá superior al que hemos padecido y que si se hubiera dirigido sobre otro objetivo, tal como Madrid, o posiblemente sobre Cataluña, es seguro que hubiera tenido militarmente los mismos signos catastróficos que ha tenido sobre Teruel, y seguramente repercusiones mucho más notables».

Con el contragolpe de Teruel, verdaderamente, el general Rojo eligió la opción correcta para salir al paso del peligro que acechaba a la República; ni podía permitir que Franco ejecutara su ofensiva sobre Madrid, porque esto probablemente significaría el final

de la guerra, ni disponía de una fuerza capaz de oponerse frontalmente a la poderosa embestida que los nacionalistas planeaban lanzar por las llanuras de Guadalajara. Rojo, aun conociendo las limitaciones del Ejército republicano, no debía mantener una actitud pasiva, e hizo lo que tenía que hacer, es decir, «arrebatarse la iniciativa al adversario con un certero golpe dado por sorpresa y obligarle a combatir en un terreno más desfavorable que el de las llanuras que conducen a Madrid por el nordeste<sup>[25]</sup>». El historiador John F. Coverdale aporta un ponderado juicio sobre el balance de la batalla de Teruel<sup>[26]</sup>: «Los republicanos no habían conseguido ninguna ventaja estratégica duradera con esta batalla y habían sufrido graves pérdidas, pero una vez más habían dislocado los planes de Franco y le habían impedido llevar a cabo acciones ofensivas decisivas. Batallas como la de Teruel no podrían nunca, por sí mismas, llevar a una victoria republicana, pero era concebible que aplazasen la derrota durante mucho tiempo».

Es claro, por lo demás, que los republicanos sólo aspiraban a sostenerse hasta que las potencias democráticas accedieran a venderles armas sin las trabas de la No Intervención, o hasta que estallara un conflicto generalizado en el que esas potencias se enfrentaran con las fascistas.

Mientras se desarrollaba la batalla de Teruel, se exacerbaban peligrosamente las malas relaciones del ministro de Defensa con los comunistas. El proselitismo llevado a cabo por éstos seguía molestando a Indalecio Prieto, que, en noviembre de 1937, había destituido a Cordón como jefe de EM del Ejército del Este, por haber intervenido en un mitin político celebrado en Barcelona. Para Cordón<sup>[27]</sup>, el apoliticismo de Prieto «no era otra cosa que sectarismo anticomunista, voluntad y actuación dirigidas a debilitar la influencia comunista en el Ejército y en el Comisariado». El ministro había publicado ciertas disposiciones que prohibían a los militares participar en mítines y además reducían el papel del Comisariado, y había suprimido un buen número de puestos de comisario que, en su mayoría, se hallaban ocupados por miembros del partido comunista. Tales medidas enojaron notablemente a los comunistas, que, por otra parte, proclamaban que los comisarios eran los verdaderos forjadores del Ejército Popular. Abundaban también, sin embargo, los que consideraban que «el exceso de comisarios constituía un estorbo», porque, entre otras cosas, trataban de dominar a los mandos militares, y muchos oficiales de carrera llegaron a quejarse de que no los dejaban mandar las tropas debidamente<sup>[28]</sup>.

Bajo la atmósfera de tensión creada por el enfrentamiento de Prieto con los comunistas, Juan Modesto recibió el 1 de febrero de 1938, en plena batalla de Teruel, la orden del ministro de presentarse en Valencia; desde el primer momento sospechó Modesto (tendría sin duda motivos para ello) que se iba a tomar con él una severa medida, pero no parecía dispuesto a aceptarla. Y, encarándose con el general Hernández Saravia, que fue quien le dio el traslado de la citada orden, exclamó resueltamente: «Dígale al señor ministro que a mí no se me destituye así, sino por procedimiento militar. Adiós, mi general, si alguien me busca estoy en Teruel<sup>[29]</sup>». Los prestigiosos jefes procedentes de las milicias, como Modesto, con gran carisma entre sus subordinados, y además respaldados por el gobierno de la URSS, único proveedor de armamento del bando republicano, tenían un gran poder de hecho y no resultaba fácil dominarlos; la disciplina estricta que quería imponer Indalecio Prieto estaba abocada al fracaso. Modesto, en fin, no acudió a Valencia a rendir

cuentas ante el ministro y tampoco sufrió sanción alguna por ello.

Vicente Rojo soportaba a duras penas el viciado ambiente en que tenía que desenvolverse; un ambiente que, desde luego, chocaba frontalmente con su concepto de lo militar. El Ejército republicano había surgido del caos y era preciso ir construyéndolo en medio de grandes tensiones, armonizando intereses contrapuestos, y mientras se afrontaba con él la guerra que se estaba desarrollando. Rojo aceptaba de buen grado las críticas constructivas, las diferencias de criterio en torno a la constitución del Ejército, siempre que se velara por el bien común, pero le resultaba deplorable el juego de los intereses partidistas que atentaban contra el interés general; ese juego, a menudo, le hacía sentirse impotente, le llevaba a pensar que la ingente labor que realizaba estaba condenada a perderse en el vacío. Siempre abierto a las iniciativas de los demás, el general recibió el 5 de marzo una atenta carta del comisario del Ejército de Maniobra, Pablo Bono, en la que le sugería diversas medidas para mejorar la organización militar republicana.

Era Pablo Bono un antifascista italiano que se había refugiado en España con anterioridad al estallido de julio del 36 y que, en compañía de otro italiano de la misma ideología, Vittorio Vidali, al que se conocía por los nombres de «Carlos Contreras» y «Comandante Carlos», contribuyó eficazmente a forjar el Quinto Regimiento. Bono inició su actuación en la contienda realizando tareas de organización en las fuerzas de la milicia comunista que participaron en la defensa del puerto de Somosierra, en el verano de 1936, y continuó prestando sus servicios hasta el final del conflicto, demostrando en todo momento un sano espíritu de colaboración y grandes inquietudes militares. Su carta al general Rojo comenzaba así<sup>[30]</sup>: «Te ruego excusarme si te mando con un poco de retraso estos apuntes, resultado todos ellos de unas reflexiones, después de haber vivido estas últimas semanas difíciles en el frente del Bajo Aragón».

La batalla de Teruel había terminado, y Bono consideraba llegado el momento de exponer al jefe del EMC algunos de los problemas que, en su opinión, afectaban al Ejército republicano. Para Bono, no se prestaba demasiada atención a los soldados que combatían en primera línea «con la tristeza en el alma», al ser conscientes de que sus familias estaban pasando grandes penalidades. Había que atender debidamente las necesidades familiares de quienes luchaban en el frente, y obligar, por otra parte, a los «innumerables emboscados» de la retaguardia a presentarse en la línea de combate, para que los sacrificios se repartieran entre todos. Estas deficiencias causaban efectos muy negativos en la moral de los combatientes; «no castigamos a los culpables —añadía Bono— y no premiamos a los que lo merecen. Esto es un factor de desmoralización».

Se refería Bono seguidamente a «la debilidad orgánica del mando único», y explicaba: «Lo que tú llamas justamente el espíritu de kábila, y que antes se manifestaba en la escala de los Batallones y de las Columnas, hoy se produce en la escala de los Ejércitos, Cuerpos de Ejército, Divisiones, etc. Este espíritu desarticula la eficacia del mando único. Hay Grandes Unidades a las que les sobran muchas cosas y otras a las que les faltan muchísimas. Sin embargo no organizamos, u organizamos mal, el intercambio o la redistribución...».

Tras analizar otras cuestiones, relativas a la aviación, el Ejército de Maniobra y el Comisariado, Bono concluía así su carta: «Estoy convencido de que una gran parte de estos problemas (quizá todos) y probablemente algunos más, son de una extraordinaria familiaridad para ti; que han cruzado y siguen cruzando tu preocupación de jefe y de hombre que siente con toda su honradez la causa del pueblo. Pero yo no quería asombrarte con indicaciones originales; quería sencillamente preguntarte si tú consideras oportuno que el organismo central del Comisariado se decida de una vez a movilizarse para ayudar, con todo el peso de las organizaciones políticas y sindicales que representa, al Estado Mayor Central, a ver realizadas, con la rapidez que la situación impone, las medidas para remediar estas debilidades».

El informe del comisario Bono debió de resultar interesante para Vicente Rojo, pero, apenas cuatro días después de recibirlo, los nacionalistas desencadenaron la Ofensiva de Aragón, y su atención hubo de centrarse en el gravísimo problema que ella planteaba. Al finalizar la batalla de Teruel, Franco disponía de una potente masa de maniobra, muy bien apoyada por la aviación, frente a unas desmoralizadas tropas republicanas en franca crisis de desorganización, y era lógico que emprendiera la explotación del éxito. La ofensiva nacionalista se inició el 9 de marzo a lo largo de trescientos kilómetros, entre la frontera pirenaica y los montes Universales; en vanguardia del despliegue actuaban el Cuerpo de Ejército Marroquí (Yagüe), el Cuerpo de Ejército de Galicia (Aranda) y el CTV italiano, apoyados, respectivamente, por la Legión Cóndor, la Brigada Aérea Hispana y la Aviación Legionaria, y participaban también los cuerpos de ejército de Castilla (Varela), de Aragón (Moscardó) y de Navarra (Solchaga), la Primera División de Navarra (García Valiño), la 15 División (García Escámez), la División de Caballería (Monasterio) y otras Grandes Unidades. El conjunto de todas estas fuerzas, unas veintisiete divisiones en total, apoyadas por 750 piezas de artillería y 300 aviones, estaba mandado por el general Dávila<sup>[31]</sup>. La poderosa embestida provocó el derrumbamiento del frente republicano, y los nacionalistas avanzaron sin encontrar apenas resistencia. Rojo informó sobre la franca desmoralización de las tropas, causada por los ataques aéreos, y el comisario del Ejército del Este envió un parte al ministro de Defensa, calificando la situación de desesperada; en el parte explicaba: «La moral de la tropa ha caído verticalmente, debido a las dificultades de avituallamiento y municionamiento, por la amenaza de la aviación, que impide con sus ametrallamientos todo servicio<sup>[32]</sup>».

La grave situación atravesada por los republicanos, como consecuencia de la ofensiva franquista, condujo a las potencias democráticas de Europa a pensar que la conclusión de la contienda española se hallaba muy próxima. Negrín reunió el Consejo de Ministros el día 15 de marzo y dio cuenta de la entrevista mantenida con el embajador francés, quien le había comunicado que su gobierno estaba decidido a intentar una mediación cerca de los rebeldes, para llegar a un final de la guerra pactado. Los republicanos, en todo caso, deberían hacer algunas concesiones, como, por ejemplo, la de enviar su aviación a aeródromos franceses... Negrín había replicado al embajador que la República tenía el propósito de «continuar la lucha hasta el último momento». Al parecer, el ministro de Estado, José Giral, también había recibido la visita del embajador, que le haría la misma propuesta que a Negrín, ofreciéndole además «un buque de guerra para recoger al presidente de la República y al gobierno» si se veían amenazados por un serio peligro. Todo esto daría ocasión a Prieto para sacar a relucir su pesimismo, comentando que

el gobierno francés daba a la República por vencida y que era inútil esperar ayuda del mismo. El gabinete presidido por Negrín, no obstante, acordó responder a las propuestas del embajador francés con una nota dirigida a su gobierno, en la que se indicaba que las derrotas de las últimas jornadas eran «una consecuencia natural de la superioridad de medios» del adversario, «libremente abastecido por Italia y Alemania»; por otro lado, se preguntaba a los franceses si estaban dispuestos a abrir sus mercados de armamento a la República. Al tener conocimiento de estos hechos, el presidente Azaña exclamó: «Nos hemos quedado sin Ejército, y esto es lo que, a mi juicio, no tiene remedio, ni aun cuando se reciba el material que nos anuncia, con su proverbial optimismo, el jefe del gobierno».

Manuel Azaña, sin embargo, había depositado en su momento grandes esperanzas en el Ejército Popular forjado en la batalla de Madrid; en 1937 le dedicó grandes alabanzas en dos memorables discursos, pronunciados el 18 de julio en Valencia, al cumplirse el primer año de guerra, y el 13 de noviembre en Madrid, durante la celebración del aniversario de la epopeya madrileña. En Valencia afirmó que los ejércitos sólo alcanzan el nivel deseado cuando se les infunde moral, y en Madrid aludió a la «estúpida patraña» propagada por los nacionalistas sobre el «copiosísimo ejército extranjero», que había protagonizado la defensa de la capital; don Manuel terminó diciendo que, si la lección de moral ofrecida por los madrileños era asumida por el resto de los republicanos, la República podría considerarse salvada.

Estas consideraciones de Azaña eran sin duda compartidas por Vicente Rojo, pero, al revés que el presidente, él seguía manteniendo su confianza en las posibilidades del Ejército Popular. En las dramáticas jornadas del derrumbamiento republicano provocado por la ofensiva franquista en Aragón, el general Rojo tuvo tiempo para reflexionar sobre el proceso de formación del Ejército de la República<sup>[33]</sup>, y dejó de manifiesto una razonable dosis de optimismo. Escribió en unos folios que, en el verano de 1937, se había conseguido efectuar la primera acción ofensiva con la maniobra de Brunete, arrebatándole la iniciativa al enemigo y obteniendo el primer éxito estratégico, al paralizar la ofensiva nacionalista en el norte. Después se perseguiría en Belchite un éxito parecido, si bien quedaría demostrado que la organización de las fuerzas no permitía abordar todavía grandes empresas. Ambas experiencias, sin embargo, se aprovecharon debidamente, y permitieron crear el Ejército de Maniobra, que con el ataque desencadenado en Teruel logró la salvación de Madrid, a la par que se alcanzó, pese al resultado final de la batalla, el punto culminante de las posibilidades ofensivas republicanas. La ofensiva nacionalista en Aragón representaba, desde luego, un duro contratiempo, pero la labor organizadora continuaba. «El Ejército no deja de organizarse —señalaba Rojo—, de constituir reservas, ni deja de instruirse. La maniobra del enemigo tendrá fin y nuestro Ejército podrá salir de ella más potente que nunca, para hacer frente a las necesidades de la guerra».

Camille Chautemps dimitió como jefe del gobierno francés el 13 de marzo, y dio paso a un nuevo gabinete de Blum, quien decidiría abrir la frontera con España el día 17, para permitir el tránsito a Cataluña del armamento ruso que se hallaba retenido desde principios de enero. El 20 de abril, Blum cedió la Jefatura del Gobierno al socialista radical Edouard Daladier, que, aunque no era partidario de ayudar a la República española, mantuvo la frontera abierta hasta el 13 de junio; durante los casi tres meses que la frontera

permaneció abierta, los republicanos recibieron, según Howson, 152 aviones y 18 219 toneladas de material bélico procedentes de la URSS<sup>[34]</sup>.

Por lo demás, la ofensiva franquista iniciada el 9 de marzo se desarrolló en varias fases: entre los días 9 y 22 de marzo se llevó a cabo la invasión de Aragón, al sur del Ebro, hasta alcanzar la línea del río Guadalope; desde el 22 de marzo al 23 de abril se progresó por el norte del Ebro hasta el río Segre; paralelamente a este avance, se realizó entre los días 24 de marzo y 15 de abril el envolvimiento del Maestrazgo Norte, y se remató esta acción con la llegada al mar en Vinaroz; por último, del 23 de abril al 25 de julio se procedió al envolvimiento del Maestrazgo Sur, y la campaña finalizó al desencadenar Rojo la ofensiva del Ebro, cuando los nacionalistas trataban de conquistar la ciudad de Valencia. Es muy posible que la decisión de pasar a operar al norte del Ebro, adoptada por Franco el 22 de marzo, se debiera a la resistencia ofrecida por las tropas republicanas en la línea del Guadalope, tras la llegada a la zona de las reservas enviadas por el general Rojo, de las que formaba parte el V Cuerpo de Ejército. En todo caso, el Generalísimo ordenó que el Cuerpo de Ejército Marroquí atravesara el Ebro, entre las localidades de Quinto y Pina, y se incorporara al frente que guarnecían los cuerpos de ejército de Aragón y Navarra, se situó al sur de ambos, y a continuación inició una rápida progresión por la carretera de Zaragoza a Barcelona; bajo el mando de Yagüe, el Cuerpo Marroquí recorrió 75 kilómetros en sólo cuatro días, hasta alcanzar la línea del Cinca. Yagüe contaba con el apoyo de la Legión Cóndor, y, por tanto, no sólo disponía de una considerable masa de aviones, sino también de la unidad de Carros de von Thoma, compuesta por cuatro batallones con un total de 180 tanques, entre los que abundaban los de fabricación rusa capturados a los republicanos. Ante el arrollador avance del Cuerpo Marroquí, las unidades del Ejército del Este republicano huyeron en desbandada, y Yagüe conquistó la ciudad de Lérida el 3 de abril; los cuerpos de Aragón y de Navarra se situaron, más o menos, a su altura, y ocuparon las centrales eléctricas de Tremp y Camarasa en la línea Noguera Pallaresa-Segre. El estrepitoso derrumbamiento del frente republicano parecía dejar expedito el camino hacia Barcelona, y tanto la prensa franquista como el propio ministro del Interior, Serrano Súñer, se atrevieron a proclamar que la guerra tocaba a su fin. Pero Franco, en una de sus inexplicables decisiones, optó por paralizar el avance al norte del Ebro, y se limitó a operar al sur del río. El día 15, las tropas franquistas lograron arribar al Mediterráneo en Vinaroz.



*La ofensiva de Aragón y Levante.*

La caída de Lérida provocó una crisis en el gobierno republicano que se venía gestando desde hacía algún tiempo. El doctor Negrín constituyó el 6 de abril el nuevo gabinete en el que se reservó la cartera de Defensa y dio entrada a miembros de todos los partidos políticos y centrales sindicales. Se trataba de un gobierno de «guerra» o de «unión nacional<sup>[35]</sup>», más representativo que los anteriores, que manifestó, de inmediato, su determinación de defender a la República sin concesiones de ningún tipo. Frente a la idea de buscar la paz a toda costa, mantenida sobre todo por Azaña y Prieto, el gobierno se mostró decidido a aceptar solamente una paz con condiciones, que llegaron a plasmarse en un programa aprobado en Consejo de Ministros y publicado el 1 de mayo, que recibió el nombre de «Los trece puntos de Negrín». Según ese programa, con la paz debería quedar garantizada la independencia y la unidad territorial de España, se restauraría la democracia con un gobierno fuerte basado en el sufragio universal y se daría una estructura jurídica y social al Estado de acuerdo con el resultado obtenido en un plebiscito en el que se expresara libremente la voluntad nacional; el programa abogaba además por el respeto a la propiedad privada y a los derechos del trabajador, la libertad de conciencia, la reforma agraria y el establecimiento de una amplia amnistía. Es claro que el gobierno Negrín había nacido con el propósito de cerrar las filas de los defensores de la República, pero también con el de allanar el camino hacia una paz negociada, y por eso elaboró un programa moderado, ajeno a todo radicalismo revolucionario, que, entre otras cosas, constituía un mensaje dirigido a las potencias democráticas, para que se avinieran a actuar como mediadores, identificándose sin reservas con las razones que asistían a los republicanos.

Al relevar a Prieto en el Ministerio de Defensa, Negrín pronunció un breve discurso para explicar que se hacía cargo del ministerio, en esos momentos, porque su responsabilidad como jefe del gobierno le hacía sentir la necesidad de llevar más directamente el mando del Ejército, dado que Prieto, por el exceso de trabajo soportado, lo veía todo «con escepticismo y duda<sup>[36]</sup>». Prieto, desde luego, no asumió el relevo de buen grado, pero hubo de someterse a la decisión de Negrín, que había optado por colaborar estrechamente con Vicente Rojo, sin intermediario alguno, para conducir la guerra de acuerdo con los criterios mantenidos por el nuevo gabinete. Negrín se hallaba resuelto a continuar la lucha, a resistir, hasta que se produjera un cambio favorable en el panorama internacional, aunque, en realidad, ese panorama no tendía precisamente a mejorar. El jefe del gobierno británico Neville Chamberlain, que había sucedido a Stanley Baldwin en mayo de 1937, aspiraba a un acuerdo político con la Alemania nazi, persuadido de que el verdadero enemigo de los intereses británicos y del mundo occidental era la Unión Soviética<sup>[37]</sup>; por otro lado, el 16 de abril Inglaterra firmó un tratado con Italia sobre el Mediterráneo, en el que, más o menos explícitamente, aceptaba la intervención italiana en la contienda española. Unas semanas antes, el 13 de marzo, Hitler había proclamado el *Anschluss*, la unificación de Alemania y Austria, y a continuación había invadido el territorio austríaco sin que ni Gran Bretaña ni Francia opusieran reparo alguno... Evidentemente, las potencias democráticas no moverían un solo dedo en defensa de la causa republicana mientras siguieran dispuestas a contemporizar y a inhibirse ante las provocaciones de las, cada vez más insolentes, potencias fascistas.

Negrín apelaba a la resistencia a ultranza, porque temía sobre todo una rendición incondicional, que daría lugar, con toda seguridad, a sangrientas represalias ejecutadas por los militares rebeldes. Negrín sabía que la República no podía ganar la guerra, pero aspiraba, al menos, a adquirir una posición de fuerza que permitiera entablar negociaciones de paz con ciertas garantías; entregarse sin lucha, permanecer pasivos, constituiría un auténtico suicidio. Azaña, por su parte, no parecía compartir la postura de Negrín, como dejaría entrever, por ejemplo, en su discurso pronunciado el 18 de julio de 1938, en el que terminaba implorando «Paz, piedad y perdón».

La instauración del segundo gabinete Negrín y los acontecimientos que le precedieron (especialmente las manifestaciones llevadas a cabo en Barcelona, a mediados de marzo, en las que se llegó a clamar por un «gobierno de la resistencia») propiciaron una saludable reacción en el bando republicano. En el plano de la organización militar, esa reacción se reflejó en la creación de las primeras grandes unidades del rango de «grupo de ejércitos». Se constituyeron, en efecto, el Grupo de Ejércitos de Cataluña (Hernández Saravia), integrado por el Ejército del Este (Juan Perea) y el recién formado Ejército del Ebro (Modesto), y el Grupo de Ejércitos de la zona centro-sur (Miaja), compuesto por los Ejércitos de Levante (Menéndez), que había absorbido al Ejército de Maniobra, del Centro (Casado), de Extremadura (Pradas) y de Andalucía (Moñones). Negrín pretendió llevar a cabo una movilización general para completar los efectivos de los grupos de ejércitos creados, pero hubo de abandonar este proyecto ante la negativa expresada hacia el mismo por el único ministro anarquista del gobierno, Segundo Blanco, quien entendía que tal movilización constituiría una inaceptable concesión al militarismo. No obstante, las movilizaciones parciales lograron reforzar satisfactoriamente al Ejército Popular. Por otro lado, el gabinete Negrín fomentó la industria de guerra, cuyos focos más importantes se hallaban en Cataluña y Levante, que contaba con los Altos Hornos de Sagunto, principal centro siderúrgico de la España republicana.

Negrín situó en la Subsecretaría del Ejército de Tierra al teniente coronel Antonio Cordón, para que se encargara de los problemas relativos a la administración militar; es claro que, con ese nombramiento, el jefe del gobierno y ministro de Defensa pretendía liberar a Vicente Rojo de las tareas administrativas, para que centrara su atención exclusivamente en la preparación y la ejecución de las operaciones de guerra. A finales de mayo, por lo demás, los republicanos comenzaron a contener la arrolladora ofensiva lanzada por los nacionalistas en Aragón, que, tras la arribada al mar en Vinaroz, se había convertido en batalla de Levante. Franco trataba de vencer la resistencia republicana recurriendo a la aviación de las potencias fascistas, que en un solo día llegó a arrojar más de quinientas bombas sobre la factoría de Sagunto, y sometió además a las ciudades de Barcelona y Valencia a intensivos bombardeos, con los que, evidentemente, se buscaba destruir la moral de la retaguardia<sup>[38]</sup>. La saludable reacción operada en las filas republicanas, impulsada, de otro lado, por la recepción del armamento ruso que estaba atravesando la frontera francesa, ayudó a superar el terror desatado por los aviones fascistas. Franco tuvo ocasión de comprobar que la ofensiva se estancaba, y reclamó más ayuda de Alemania e Italia; los alemanes accedieron a mantener la Legión Cóndor en España, pese a que habían decidido retirarla, y Mussolini envió durante los meses de junio y julio seis mil soldados, dos torpederos y un buen número de cazas y bombarderos, entre los que se encontraban veinticinco S-81, doce S-79 y siete BR-20; además, el CTV, que

participaba activamente en las operaciones, fue reforzado con tropas, armas y equipos nuevos<sup>[39]</sup>. A finales de junio, las tropas franquistas ocuparon Castellón, y el día 13 del mes siguiente Franco desencadenó una ofensiva general, pero cuatro días después el avance se detuvo en casi todo el frente, al chocar con la línea de resistencia organizada por el general Rojo; tras un violento bombardeo aéreo de las posiciones republicanas, los nacionalistas reanudaron el ataque a partir del día 20, y de nuevo vieron coronados sus esfuerzos por el fracaso. Y el día 23, cuando el Generalísimo se proponía realizar el esfuerzo definitivo para conquistar Sagunto y Valencia, objetivos principales de la batalla que estaba dirigiendo, fue sorprendido por la maniobra emprendida por Vicente Rojo en el Ebro; y una vez más abandonó las operaciones en curso, para acudir a la cita señalada por su adversario... La poderosa ofensiva iniciada por Franco el 9 de marzo, en la que hizo gala de una aplastante superioridad de medios, concluía de esta forma tan desairada. El tropiezo franquista fue interpretado por Vicente Rojo<sup>[40]</sup> como un éxito importante del Ejército de la República, como «una victoria de resistencia semejante a la de Madrid», que permitía presumir que el soldado republicano iba recuperando el espíritu que le llevó a protagonizar la gran epopeya madrileña.

A la par que rehacía el maltrecho Ejército del Este, prácticamente pulverizado por la ofensiva nacionalista desarrollada al norte del río Ebro, Vicente Rojo consiguió organizar un nuevo ejército, aprovechando, para llevar adelante ambas realizaciones, tanto el material bélico recibido a través de la frontera francesa como la decisión de Franco de suspender las operaciones en Cataluña tras la conquista de Lérida. Bajo el mando de Modesto, la nueva gran unidad, que recibió el nombre de Ejército del Ebro, estaba formada por los cuerpos de ejército V, XV y XII, cuyos respectivos jefes eran Enrique Líster, Manuel Tagüeña y Etlvino Vega, todos ellos comunistas y procedentes de las milicias, al igual que el propio Modesto. No parece, sin embargo, que Vicente Rojo se guiara por consideraciones políticas a la hora de organizar la unidad que habría de llevar a cabo la operación más ambiciosa y brillante de toda la contienda española; eligió sencillamente a aquellos jefes, entre ellos al «internacional» Walter (que mandaría la 35 División del XV Cuerpo), que merecían más confianza, por estar convenientemente fogueados y haber dado siempre un rendimiento aceptable. Estos jefes, junto con una buena parte de los subordinados que los venían acompañando a lo largo de la contienda, habrían de constituir la médula del Ejército del Ebro, cuyos cuerpos de ejército quedaron así organizados: en el V se integraron las divisiones 11, 45 y 46; en el XV, las divisiones 3, 35 y 42, y en el XII, las divisiones 16 y 44.

El corte realizado en el territorio republicano por los nacionalistas, con su salida al Mediterráneo, había representado, en verdad, un grave problema para los republicanos, ya que, por una parte, provocó el aislamiento de Cataluña, y supuso, por otra, una seria amenaza para la región levantina republicana, que, por su producción agrícola e industrial y por contar con el importante puerto de Valencia, resultaba vital para el sostenimiento de la zona centro-sur. El general Rojo comprendió, desde el primer momento, que era preciso operar para prestar ayuda indirecta a las tropas republicanas que se batían en Levante, y no tardó en llegar a la conclusión de que sólo en Cataluña podrían desarrollarse las operaciones con ciertas garantías de éxito; los diversos teatros de la región central quedaron, pues, descartados<sup>[41]</sup>. Antes de embarcarse en una maniobra de envergadura, no obstante, Rojo optó por probar sus fuerzas en una modesta ofensiva ejecutada en Balaguer,

que, al cabo, daría un resultado negativo. «Hicimos en mayo en Cataluña —subraya el general— la prueba ofensiva de Balaguer, pudiendo descubrir la fortaleza defensiva del frente enemigo y la buena calidad de sus tropas, y, en contraste, la inconsistencia que aún tenían nuestras grandes unidades, precipitadamente rehechas en la región catalana». En la operación participaron tropas del Ejército del Este y del, todavía incompleto, Ejército del Ebro, y apenas duró cinco días; tras ser suspendida, Rojo inició de inmediato la planificación de la maniobra del Ebro, elaborando, en principio, un proyecto que contemplaba: la resistencia en Levante; la ruptura en el Ebro provocando una amenaza capaz de paralizar las operaciones desarrolladas por el adversario en el Maestrazgo, y la ofensiva en Extremadura y Andalucía (Plan P), con miras a cortar las comunicaciones enemigas de norte a sur y favorecer el levantamiento en la región andaluza. Además analizó la posibilidad de reorganizar el Ejército de Maniobra en la zona centro-sur. Estos planes de Rojo, trazados a principios de junio, cuando los republicanos abrigaban la esperanza de incrementar los recursos recibidos del exterior, hubieron de ser sustituidos por otros, menos ambiciosos, que se centraron en: forzar el Ebro en dos zonas de paso, alcanzando por el norte los montes de Fatarella y, por el sur, las sierras de Pàndols y Cavalls; reducir por envolvimiento la zona comprendida entre Aseó, Camposines, Benisanet y el río, con Mora de Ebro; profundizar en las direcciones Fatarella-Villalba-Batea y Corbera-Gandesa-Bot; y ejecutar dos acciones demostrativas, una en el norte, entre Fayón y Mequinenza, y otra en el sur, en el sector de Amposta. No se descartaba el avance hacia el sur, para ligar las operaciones con las fuerzas republicanas que actuaban en Levante<sup>[42]</sup>.

La maniobra proyectada por Rojo habría de llevarse a cabo en el tramo del Ebro comprendido entre Mequinenza y Amposta, que forma un arco cuya convexidad apunta hacia el este, y, desde luego, exigía grandes dosis de audacia, puesto que debería crear una amplia brecha en una parte del frente que se juzgaba infranqueable, y situar a las unidades del ejército mandado por Modesto al otro lado del río, con el peligro de quedar aisladas, sin posibilidad de recibir apoyo logístico. Rojo comenta al respecto: «Conocíamos todos los riesgos que la operación comportaba; pensamos que podía fracasar en su mismo comienzo o en el curso de su desarrollo con gravísimas consecuencias; pero sabíamos también que el español es hombre audaz, vehemente, amante del peligro [...] Por ello, no obstante apreciar el carácter difícil de la empresa, no se dudó en abordarla desde el momento en que el éxito se consideró posible. Además, había otra razón decisiva para afrontar aquellos riesgos: la de ser la mejor maniobra, quizá la única, de posible ejecución con pocas tropas, para resolver la situación de Levante».

En definitiva, Vicente Rojo decidió, una vez más, sorprender al enemigo y plantearle, al igual que en Teruel, una batalla ofensivo-defensiva, impuesta por la escasez de medios y urgencia de fines; esa clase de batallas, ciertamente, persigue objetivos tácticos limitados, pero puede proporcionar grandes ventajas en el ámbito estratégico, que era lo que, por encima de todo, buscaba Rojo. Si Franco, por lo demás, hubiera acudido a la cita del Ebro con el propósito de fijar al adversario en la cabeza de puente que ocupaba, para desbordarle a continuación por el flanco y lanzar una fuerte ofensiva sobre Barcelona, la maniobra ejecutada por Vicente Rojo habría culminado en un clamoroso desastre. Es claro, sin embargo, que Rojo concedió al adversario esa posibilidad porque pensaba que no sabría aprovecharla. En el preceptivo análisis del enemigo, que todo jefe debe realizar antes de emprender una operación, se contempla siempre la posible conducta que podría seguir

quien manda las fuerzas adversarias, y, cuando los indicios son claros, cuando se dispone de elementos de juicio consistentes, se toma una decisión que se base en ellos, sin atender demasiado a otras consideraciones; y eso fue, al parecer, lo que hizo Vicente Rojo, como se desprende, por ejemplo, de estas palabras de su subordinado Manuel Tagüeña<sup>[43]</sup>: «Conocíamos muy bien la mentalidad del alto mando enemigo, manifestada en todos los episodios de la guerra, de sacrificar sin vacilar miles de sus hombres por razones de prestigio, para recuperar el terreno perdido, aunque sus contraofensivas no estuvieran justificadas por razones estrictamente militares. Por eso estábamos seguros de que sobre nuestra cabeza de puente se iban a lanzar todas sus fuerzas disponibles, para hacernos pagar cara nuestra osadía».

A continuación Tagüeña explica: «Una vez que cruzamos el río y conquistamos la cabeza de puente, estábamos ya amarrados a nuestras posiciones. Lo más sencillo para nuestros adversarios hubiera sido dejarnos allí y dirigir su atención principal a la dirección Lérida-Barcelona, sin dejar de presionarnos, para mantenernos inmóviles y no dejarnos sacar reservas. El camino para la ocupación de Cataluña estaba libre y el Ejército del Ebro, si no se replegaba rápidamente, hubiera terminado cercado y cautivo».

No cabe duda de que la maniobra del Ebro fue planeada por Rojo teniendo en cuenta las limitaciones de Franco como general en jefe y su desmesurado amor propio, que le llevaba a rechazar los consejos y las opiniones de sus subordinados. Varios generales nacionalistas, entre ellos Kindelán, llegaron a advertirle al Generalísimo que la cabeza de puente republicana no significaba, en realidad, amenaza alguna y que, tras fijar a quienes la ocupaban, se debía aprovechar que el camino hacia Barcelona se hallaba expedito para avanzar en esa dirección y adueñarse de la ciudad, que constituía un objetivo de primer orden, pero Franco no les hizo ningún caso<sup>[44]</sup>. El Caudillo pondría todo su empeño en hacer repasar el río a los soldados de Modesto que lo habían cruzado, y, para lograrlo, no encontró mejor solución que ejecutar una interminable serie de ataques frontales, apoyados por intensísimos bombardeos artilleros y aéreos, que, en definitiva, le llevarían a emplear casi cuatro meses en recuperar el terreno que los republicanos habían conquistado en un solo día. Este hecho, evidentemente, constituyó un éxito táctico del Ejército republicano; pero Rojo, además, alcanzaría un señalado éxito estratégico al conseguir, por una parte, evitar la caída de Sagunto y Valencia, y, por otra, ganar un tiempo precioso y adquirir la posición de fuerza que el doctor Negrín estaba buscando para entablar negociaciones de paz. «En el extranjero —escribió por entonces Zugazagoitia— la operación [del Ebro] ha causado sorpresa y asombro. Pascua [embajador republicano en París], que está en Barcelona llamado por el presidente, no regatea los detalles de una noticia importante: el acuerdo a que parecen haber llegado los gobiernos inglés y francés para que se termine nuestra guerra sin vencedores ni vencidos. ¿Es una consecuencia de la victoria del Ebro? Esa apariencia tiene. El comentario internacional sobre la batalla no puede ser más halagüeño para el alto mando republicano. Ni siquiera el cronista de Mussolini se niega a reconocer lo meritorio de la proeza cumplida por nuestro Ejército [...] Otros comentaristas militares valoran el paso del Ebro como el acto bélico más importante que se ha registrado durante toda la guerra. Políticamente demuestra que la República no está agotada<sup>[45]</sup>».

Mussolini estaba desolado. Le había enviado en enero una carta al Generalísimo

censurándole su forma de conducir la guerra y, en especial, su tendencia a perder la libertad de acción ante las iniciativas tomadas por el adversario (véase la nota 16), y ahora comprobaba cómo había dejado pasar la ocasión de conquistar el foco industrial de Sagunto, más el puerto y la ciudad de Valencia, para embarcarse en una absurda ofensiva contra una cabeza de puente que, realmente, carecía de valor estratégico... El Duce, que solía estar bien informado de lo que sucedía en España, recibió en aquellos días dos cartas del experto corresponsal de guerra italiano Luigi Barzini, en las que se reflejaba fielmente el comportamiento observado por Franco, como general en jefe de los ejércitos nacionalistas<sup>[46]</sup>: «Según Barzini, Franco carecía de una visión estratégica amplia y era incapaz de concebir y de ejecutar las atrevidas operaciones que eran necesarias para terminar con la guerra. Cada vez que empezaba una ofensiva, la República respondía con una contraofensiva que le obligaba a abandonar sus planes y a mandar a toda prisa toda la artillería y la aviación de que disponía al sector amenazado. Cuando había logrado contener el ataque e incluso pasar otra vez a la ofensiva, no lograba nunca aprovechar las oportunidades de asestar un golpe aplastante».

Las consecuencias de esa deplorable conducta estratégica, añadía Barzini, del baile a que estaba sometido el Generalísimo, se habían dejado sentir: «Después de Teruel, de la campaña de Aragón, de la costosa tentativa de marchar sobre Valencia por la montaña [en lugar de avanzar hacia Cataluña], y por fin del Ebro, las fuerzas de Franco se habían reducido mucho, y sus reservas eran prácticamente inexistentes».



*La maniobra que no realizo Franco: fijar y desbordar.*

## CAPÍTULO 8

### **La República se desmorona**

La maniobra del Ebro planeada y dirigida por Vicente Rojo causó gran sensación en su día, y llegó, incluso, a ser estudiada como modelo durante años en las escuelas militares de la extinta Unión Soviética; las tropas republicanas prepararon esta difícil operación a lo largo de cincuenta días, a escasos metros de las posiciones del adversario, sin que éste se apercibiera de ello y tomara las obligadas medidas de seguridad. Y en la medianoche del 24 al 25 de julio de 1938, utilizando doce puntos de paso, comenzaron a atravesar el río las seis divisiones pertenecientes a los cuerpos V y XV del Ejército del Ebro, cogiendo al enemigo por sorpresa y logrando desarticular su dispositivo de fuerzas. Pasaron, en principio, los más audaces y los mejores jefes de las pequeñas unidades, empleando centenares de barcas que se hallaban escondidas en la zona, y de inmediato procedieron a tender pasarelas y puentes de vanguardia, mientras en las proximidades, dispersas y ocultas, esperaban el grueso de las tropas, los tanques y la artillería, a que el primer escalón alcanzara sus objetivos, «para proseguir la maniobra de paso sin solución de continuidad y con sujeción a un orden estricto<sup>[1]</sup>». Por la mañana, con las vanguardias ya situadas a la otra orilla dominando los puntos esenciales y pese a la presencia de la aviación franquista, que acudió con rapidez a la cita, el grueso inició la travesía sin encontrar demasiados problemas, a la par que se llevaban a cabo las acciones demostrativas previstas; al finalizar la jornada, los republicanos habían alcanzado los objetivos fijados para el primer avance y, tres días después, tenían al otro lado del río todos los elementos que debían pasarlo, con los diversos puestos de mando y escalones de servicio instalados. La maniobra del Ebro había terminado, y las fuerzas republicanas se dispusieron a afrontar la consecuente batalla defensiva.

Por enésima vez, Franco había sido sorprendido por Vicente Rojo. En su palacio de Burgos recibió la noticia del ataque republicano y el derrumbamiento del frente nacionalista, el mismo día 25 de julio, y decidió sin demora paralizar las operaciones que se desarrollaban en Levante y enviar refuerzos a la zona atacada, precedidos por los inevitables aviones; de manera que, al concluir el citado mes, ya habían arribado al Ebro ocho divisiones franquistas, procedentes de Levante y otros frentes peninsulares. Las tropas de Modesto, mientras tanto, fueron organizando la defensa de la cabeza de puente que ocupaban en el interior del arco formado por el río, apoyando en éste sus flancos; el nuevo frente, de unos cuarenta kilómetros de longitud, venía a coincidir, más o menos, con la cuerda del referido arco.



### *Maniobra republicana en el Ebro.*

Los soldados del Ejército del Ebro se encontraron, al atravesar el río, en un terreno ocupado por las tropas del Cuerpo de Ejército Marroquí, que habían establecido una línea defensiva que aprovechaba el obstáculo fluvial y se basaba en una serie de centros de resistencia, con trincheras y alambradas, situados en los pueblos cercanos al río y en las cotas dominantes; entre los centros de resistencia se habían distribuido los correspondientes puntos de apoyo. Los soldados republicanos superaron esa línea defensiva, contando con la inestimable ventaja del efecto sorpresa, avanzaron unos veinte kilómetros, y consiguieron adueñarse de una franja de terreno que reunía grandes condiciones desde el punto de vista táctico, como reconoce, sin reparos, el historiador franquista Manuel Aznar<sup>[2]</sup>: «El 25 de julio de 1938 los rojos obtienen un éxito local [...] Han caído, o están a punto de caer en manos de las tropas marxistas los pueblos de Mequinenza, Fayón, Flix, Aseó, Mora de Ebro, Fatarella, Corbera, Villalba de los Arcos, las formidables posiciones de la sierra de Cavalls y de la sierra de Pàndols, el cruce de comunicaciones de la venta de Camposines; y ¡sobre todo!, los nacionales han perdido *todos los observatorios* de la región. Este hecho es el que mayor influjo ha de ejercer en el desarrollo de la batalla».

El terreno conquistado por las tropas del Ejército del Ebro les permitiría establecer una sólida posición defensiva para responder adecuadamente a la esperada contraofensiva del adversario. Con todo, algunos militares republicanos, como Antonio Cordón, deploran que los soldados de Modesto adoptaran tan pronto una actitud defensiva; estiman que Rojo no debería haber concebido la maniobra del Ebro para ser ejecutada «con fuerzas limitadas» ni para alcanzar «un éxito parcial y temporal», ya que la opción correcta hubiera sido lanzar un ataque de mayor envergadura, capaz de cambiar el signo de la guerra<sup>[3]</sup>. Cordón no tiene inconveniente, sin embargo, en señalar que la superioridad de los rebeldes en artillería y aviación era abrumadora; de modo que sus críticas no parecen demasiado acertadas. Si los republicanos, en efecto, se hubieran aventurado en una gran ofensiva, penetrando resueltamente por el territorio nacionalista, tras atravesar el Ebro, habrían caminado irremediamente hacia el desastre; no disponían de medios para acometer una ofensiva importante, dejando, por añadidura, su base de operaciones al otro lado del río y dependiendo de una larga línea de suministros, «que se mostraría extraordinariamente vulnerable para la prepotente aviación adversaria<sup>[4]</sup>». Dada su penuria de medios,

ciertamente, la República pudo darse por satisfecha con los objetivos estratégicos y tácticos alcanzados con la maniobra dirigida por el general Rojo. Por lo demás, lo primero que hizo Franco al acercarse al frente del Ebro para analizar la situación sobre el propio terreno fue llegar a la conclusión de que, al contar con una manifiesta superioridad en aviación y artillería, le resultaría fácil «aplantar a los rojos<sup>[5]</sup>» que habían osado atravesar el río... Las previsiones del Generalísimo fallaron estrepitosamente, porque, entre otras cosas, las tropas republicanas pudieron llevar a cabo las obras de fortificación necesarias para defenderse de los bombardeos, algo que, sin duda, no hubiera estado a su alcance de hallarse en movimiento. En definitiva, lo único que los republicanos podían hacer en julio de 1938, como Rojo intuyó desde el primer momento, era amagar y conseguir que el enemigo se sintiera amenazado para forzarle a abandonar sus planes (Franco no sólo paralizó la ofensiva de Levante, sino también la que en Extremadura estaban realizando los ejércitos del Centro y Andalucía, mandados respectivamente por Saliquet y Queipo de Llano) y a combatir en un terreno desfavorable.

A la elegancia y la brillantez demostradas por Rojo con la maniobra del Ebro, Franco respondió con los ataques frontales y el empleo de la fuerza bruta, es decir, haciendo gala de dos de los rasgos que caracterizan a los militares incompetentes... Enrique Líster tuvo la oportunidad de contemplar los procedimientos tácticos del Generalísimo desde su puesto de mando del V Cuerpo de Ejército, que ocupaba las alturas de las sierras de Cavalls y Pàndols en la zona sur de la cabeza de puente, y comenta<sup>[6]</sup>: «La idea central de Franco y sus generales en el Ebro fue la de obligar a las fuerzas republicanas a cruzar a la orilla izquierda del río. Esta idea se evidencia del primero al último día de la batalla del Ebro [...] En realidad, toda la táctica y arte militar de Franco se redujeron a destruir las trincheras republicanas, a costa de enormes cantidades de proyectiles de artillería y de bombas de aviación [...] Generalmente, los ataques enemigos se desarrollaban como sigue: durante cuatro o cinco horas, su artillería y aviación bombardeaban nuestras líneas, los emplazamientos de nuestra artillería y los observatorios; al mismo tiempo, sus cazas atacaban con fuego de ametralladora a nuestras fuerzas de la segunda línea o reserva; después de esto, su infantería pasaba al ataque, pero si era recibida con el fuego de algunas ametralladoras nuestras, recomenzaba de nuevo el fuego artillero y los bombardeos de aviación [...] Frente a los potentes medios de fuego del enemigo, nuestras fuerzas, en cuanto comenzaba el bombardeo, empleaban la táctica de guarecerse en los refugios y al terminar aquél ocupar de nuevo las trincheras».

Líster añade que, con la táctica utilizada por el Generalísimo, los nacionalistas necesitarían cerca de cuatro meses para reconquistar lo que habían perdido en un solo día. La deplorable forma de actuar de Franco dejaba de manifiesto, una vez más, el bajo nivel de sus conocimientos militares, de su capacitación técnica. A la altura de 1938, cualquier militar europeo medianamente informado debería saber que los ataques frontales no representaban una opción aconsejable. Ya en 1905, el jefe del Estado Mayor alemán, Alfred von Schlieffen, había elaborado un memorando, que alcanzó una considerable difusión, en el que concluía que, «como los ataques frontales serían poco menos que imposibles, el mantenimiento de la ofensiva dependería de los movimientos de flanco, envolvimiento y cerco<sup>[7]</sup>»; algunos años antes, Colmar von der Goltz había advertido que cada vez se harían más maniobras de envolvimiento frente al ataque frontal y que la cuña que éste lograra crear sería fácilmente destrozada por la potencia de fuego de la defensa. Al desencadenarse

la primera guerra mundial, y debido a la desmesurada extensión de los frentes, resultó muy difícil la ejecución de la maniobra de ala (envolvente, de flanco o desbordante), por lo que hubo que recurrir sistemáticamente a la maniobra penetrante o de ruptura, con todos los inconvenientes que eso acarrea. Por entonces, la artillería se había convertido en la reina de las batallas, y adquirió gran predicamento la fórmula de «la artillería conquista y la infantería ocupa», pero no se tardaría mucho en comprobar que este principio era falso. Los soldados aprendieron a refugiarse en las trincheras y a construir fortificaciones, y los bombardeos no les producían demasiado quebranto; además, las líneas en profundidad establecidas representaban un obstáculo importante. Así pues, cuando los infantes se lanzaban al asalto, tras la conclusión del bombardeo artillero, eran rechazados con relativa facilidad desde las trincheras protegidas por alambradas; los frentes se estabilizaron y terminó haciendo su aparición la denominada «guerra de desgaste», en la que se consumían estúpidamente los medios de combate, sin dejar el más mínimo resquicio al arte militar. A ese tipo de guerra se adhirió el general Franco resueltamente durante la batalla del Ebro (condicionado sin duda por sus carencias técnicas y también por la ingente cantidad de medios puestos a su disposición), a pesar de no encontrarse, precisamente, ante un frente de exagerada longitud.

A lo largo de la batalla del Ebro, la artillería franquista lanzó más de un millón de proyectiles, a un promedio de unos 13 500 diarios, mientras la aviación arrojaba un tonelaje de explosivos similar. Los resultados tácticos de los intensos bombardeos, sin embargo, fueron bastante decepcionantes; como muestra puede servir cierto episodio protagonizado por los combatientes del Batallón Lincoln, de las Brigadas Internacionales. Los soldados de ese batallón, que acudieron el 15 de agosto a relevar a la 11 División del V Cuerpo en la cota 666 de la sierra de Pàndols, se encontraron al incorporarse a la línea de combate con un auténtico paisaje lunar, producido por los bombardeos; «no había más vegetación que algunos restos de arbustos, calcinados por las bombas incendiarias», y los aviones enemigos sobrevolaban sin cesar las posiciones, mostrando con insolencia su fuerza en el cielo<sup>[8]</sup>. El día 19, la artillería bombardeó durante ocho horas la cota 666, y a continuación los moros iniciaron el asalto, pero los soldados del Lincoln los hicieron retroceder utilizando ametralladoras y granadas de mano... Tal parecía ser la tónica de los combates desarrollados en el Ebro durante casi cuatro meses. Vicente Rojo se refiere a ellos y analiza de paso los procedimientos empleados por Franco<sup>[9]</sup>: «Gran concentración de medios y aviación atacando frentes estrechos y puntos concretos [...] No hay arte; domina en la acción la ciencia del aplastamiento; es problema de número de proyectiles y de relevo de unidades: las bajas no importan; no hay más que una acción brutal, terrorífica, de fuego, tratando de destruir todo lo existente y aplicando la fórmula, tan famosa como falsa, de que “la artillería conquista y la infantería ocupa”».

Rojo nos da cuenta también de uno de los episodios característicos de la lucha en el Ebro, del que fue testigo cuando se hallaba en el puesto de mando de Modesto, instalado en las proximidades de la venta de Camposines. El ataque nacionalista se inició aquel día a las diez de la mañana, y se alternaron el bombardeo artillero y el aéreo; entre las diez y veinte y las doce, las sucesivas oleadas de aviones arrojaron sus bombas de tal forma que no dejaban tiempo a que se desvaneciera la nube de polvo producida por cada bombardeo. Los republicanos solicitaron el auxilio de su aviación de caza; sin embargo, los bombarderos adversarios, protegidos por sus cazas, continuaron operando sin apenas problemas.

Concluida la preparación artillera y aérea, los infantes franquistas, precedidos por algunos tanques, se lanzaron al asalto contra las posiciones republicanas aparentemente arrasadas... pero de éstas surgieron resueltamente unos defensores que, finalmente, conseguirían poner en fuga a los atacantes y los obligarían a abandonar la escasa porción de terreno que habían conquistado. Sobre las veinte horas, los combates se darían por terminados.

No cabe duda de que Franco no sabía utilizar la poderosa máquina militar que tenía en sus manos. Resultaba, desde luego, absurdo que se inclinara por los ataques frontales, cuando gozaba de la oportunidad de maniobrar por las alas; pero, por otro lado, dada su irresistible tendencia a la maniobra de ruptura, es inexplicable que no supiera aprovechar el desarrollo experimentado por los tanques y la aviación, para, debidamente asesorado por los militares enviados por las potencias fascistas, poner en práctica la estrategia de la guerra relámpago, que se venía estudiando desde hacía largos años. Entrevistado por Liddell Hart, el coronel Wilhelm von Thoma, jefe de la unidad blindada de la Legión Cóndor, declaró que, si los carros se hubieran empleado en masa durante la guerra civil, siguiendo los criterios surgidos tras la conclusión de la primera guerra mundial, su rendimiento habría sido muy superior al obtenido; esa forma de actuar, sin embargo, encontraría la oposición de Franco, que tampoco permitiría llevar a cabo la guerra relámpago, basada en la cooperación entre tanques y aviones, para la que la Legión Cóndor estaba especialmente dotada<sup>[10]</sup>... El concepto, en fin, que Vicente Rojo tenía acerca de la capacidad de Franco como general en jefe constituiría una de las claves del éxito alcanzado con la maniobra ejecutada por los republicanos en el Ebro; Rojo conocía bien las limitaciones del Generalísimo, su escasa cultura militar, su propensión a perder la libertad de acción y a derrochar los medios, su falta de imaginación y audacia, su fe en la fuerza bruta, su empeño en salvaguardar su prestigio a toda costa..., y obró en consecuencia, adaptando el planeamiento de la maniobra a todas estas circunstancias. «Un general —apunta el mariscal Montgomery— debe conocer la mentalidad de su oponente, o al menos debe procurarlo. Por esta razón, siempre llevé conmigo durante la guerra de Hitler alguna fotografía de mi oponente. En el desierto, y nuevamente en Normandía, mi oponente fue Rommel; solía yo estudiar su rostro para ver si podía sondear su probable reacción ante cualquier acción que yo pudiera desencadenar; en cierto y curioso modo, esto me ayudó [...] El estudio de los jefes adversarios ha sido siempre una necesidad perentoria<sup>[11]</sup>».

Pese al derroche de medios llevado a cabo, las tropas de Franco sólo lograban avanzar a un promedio de cien metros por día; en cada kilómetro cuadrado ocupado por ellas habían caído previamente unas doscientas toneladas de explosivos. Así pues, no puede afirmarse que el avance de las unidades franquistas resultara rápido y barato. Y no sólo Mussolini se sentía defraudado; lo estaban igualmente los alemanes; el embajador de Hitler ante el gobierno de Franco, Eberhard von Stohrer, que había relevado a Faupel en julio de 1937, llegó a pensar si la paz negociada que afanosamente buscaba Negrín no terminaría, en realidad, beneficiando al Generalísimo, en un momento en que sus tropas «estaban desangrándose en el Ebro<sup>[12]</sup>». Durante el mes de setiembre, en todo caso, estalló en Europa la crisis que se venía gestando desde hacía algún tiempo, y era evidente que del desenlace de ella dependería la marcha de la contienda española. Hitler había reclamado que las zonas fronterizas de Checoslovaquia, la región de los Sudetes, fueran entregadas a Alemania, basándose en que la mayoría de su población era germana, y comenzó los preparativos para una posible guerra; alarmado por las consecuencias que pudieran derivarse de la decisión

adoptada por el Führer, Chamberlain optó por entrevistarse con él, mientras el gobierno soviético proclamaba que se hallaba dispuesto a cumplir el pacto de asistencia mutua que había firmado con los checos. La guerra parecía inevitable, y los diplomáticos franceses e italianos se movilizaron junto a Chamberlain para tratar de poner remedio a la delicada situación; como resultado de todas estas gestiones, los jefes de gobierno de Inglaterra, Francia, Alemania e Italia se reunieron en Munich el día 29 y resolvieron firmar un pacto por el que se aceptaban las exigencias de Hitler, en perjuicio de los legítimos derechos de Checoslovaquia. Rusia se sintió desairada por el comportamiento de Inglaterra, y desde ese momento se inclinó por el establecimiento de un acuerdo con la Alemania nazi. El Pacto de Munich, por lo demás, significaría «un golpe mortal a las esperanzas diplomáticas de la República española<sup>[13]</sup>». Arturo Barea, que en aquellos dramáticos días del mes de setiembre se encontraba en París, pudo comprobar que los franceses querían la paz pagada a cualquier precio, y comprendió que, tras la firma del pacto, ya nadie se atrevería a prestarle ayuda a la España republicana. «Rusia —señala Barea— tendría que retirar completamente su ayuda, que ya era mísera; una intervención descarada de su parte significaría que el conjunto de Europa se levantaría contra ella y la destruiría. El sacrificio de Checoslovaquia y la vergonzosa sumisión de las grandes potencias al ultimátum de Hitler no habían provocado una ola de ira y desprecio para el dictador, sino una ola monstruosa de miedo, miedo crudo de guerra y destrucción que atizaba el deseo de desviar la guerra y la destrucción sobre las cabezas de otros<sup>[14]</sup>». Con todo, parece que Hitler no se sintió enteramente satisfecho por el éxito alcanzado en Munich; le habían dejado sin la guerra que él deseaba ardientemente<sup>[15]</sup>. Considerando, no obstante, que la guerra habría de estallar irremediabilmente, el Führer dispuso que se acelerara el programa de armamento; y dado que Francia evidenciaba muy pocos deseos de luchar y era, por tanto, previsible que Gran Bretaña se convirtiera en el auténtico adversario en Occidente, ordenó que se potenciaran todavía más las fuerzas aéreas.

En el Ebro, por otra parte, los pilotos y aviones alemanes estaban demostrando su poderío en los más importantes combates aéreos librados hasta entonces, que sólo serían superados en 1940 durante la famosa batalla de Inglaterra<sup>[16]</sup>, en la que, por cierto, brillarían con luz propia los pilotos de la Legión Cóndor Werner Mölders y Adolf Galland. Los cazas Messerschmitt Bf-109 impusieron su ley en el Ebro; de ellos se emplearon los modelos B, C y E, dotados con cuatro ametralladoras los dos primeros, y con dos ametralladoras y dos cañones de 20 mm, el tercero. Los pilotos de caza republicanos, que entre otras cosas no llegaron a conseguir que el mejor de sus aviones, el I-16 «Mosca», fuera armado con cañones, lucharon siempre en condiciones de franca inferioridad contra los pilotos de la Legión Cóndor, pero al menos lograron que los bombarderos adversarios se vieran obligados a lanzar frecuentemente sus bombas desde una altura considerable, e impidieron que los alemanes llevaran a cabo el apoyo a tierra con el mismo éxito que habían alcanzado en la Campaña del Norte. Debe tenerse en cuenta, no obstante, que los soldados de Modesto, a diferencia de los que combatieron en el norte, disponían de un aceptable número de cañones antiaéreos, y, además, estaban muy fogueados, no se desmoralizaban fácilmente y supieron construir refugios contra los bombardeos, entre los que se contaban unas zanjas muy estrechas en las que se protegían de la onda expansiva y de la metralla de las bombas. Fue así como, pese a la abrumadora superioridad aérea nacionalista, los soldados republicanos fueron capaces de aguantar durante meses, sin ceder apenas terreno; el periódico londinense *The Times*, del día 30 de noviembre de 1938, les dedicó un elogioso

comentario, destacando su valor y coraje frente a un adversario muy superior en potencia aérea y artillera.

El gobierno republicano, al igual que el franquista, siguió con extraordinaria atención los acontecimientos desarrollados en Europa durante el mes de setiembre, provocados por la beligerante actitud de Hitler; el doctor Negrín, muy preocupado y también muy activo, pulsó a menudo la opinión del general Rojo, reclamándole diversos informes acerca de la situación internacional. En uno de esos informes, fechado el día 27, cuando no se había celebrado aún la Conferencia de Munich pero sí la reunión previa entre Chamberlain y Hitler, el general se mostró bastante pesimista, y llegó a manifestar que la absurda y deplorable conducta mantenida por el Comité de No Intervención con respecto a la República daba derecho a pensar que, en aquellos momentos, se estaba tramando algo contra ella. «Es posible —apuntaba Vicente Rojo— que Chamberlain no haya tratado con Hitler el problema checoslovaco sino el español. Es posible que, convencidos todos de que Franco no puede con nosotros, estén representando una comedia cuya principal víctima sea España<sup>[17]</sup>». Los republicanos españoles, ciertamente, tenían motivos sobrados (y los hechos terminarían dándoles la razón) para desconfiar de las intenciones de los países europeos en general, sin distinción de régimen político; el miserable comportamiento observado con la joven y democrática República española constituye sin duda una de las páginas más negras de la historia europea.

Después de firmarse el Pacto de Munich, en el que Mussolini apoyó sin reservas las ambiciones alemanas, Hitler consideró que Italia estaba ya suficientemente atada a Alemania y que, en consecuencia, se podía proceder a impulsar las operaciones del Ejército franquista para conseguir que la contienda terminara lo más pronto posible; con anterioridad, parece que el Führer había tratado de prolongar la guerra hasta que se consolidara debidamente la alianza italoalemana<sup>[18]</sup>. En todo caso, los alemanes aumentaron de forma impresionante su ayuda a partir de octubre, mientras Franco accedía a otorgarles ventajosos derechos mineros y a pagar los gastos de la Legión Cóndor. «Fue esta gran ayuda alemana —subraya Coverdale— la que dio a Franco el margen de victoria y le permitió salir del atolladero en que estaba tras la batalla del Ebro<sup>[19]</sup>». Por otro lado, los italianos continuaron suministrándoles armamento a los nacionalistas, en tanto que los rusos suprimían sus envíos radicalmente; cuando optaron por reanudarlos en diciembre de 1938, el material bélico fue retenido en Francia durante varias semanas, y los republicanos, a punto de abandonar el territorio catalán, no pudieron aprovecharlo<sup>[20]</sup>.

Para poder desalojar a las tropas republicanas de sus posiciones en la cabeza de puente del Ebro, Franco necesitó desencadenar siete contraofensivas; a medida que cada una de éstas concluía, los nacionalistas se veían obligados a trasladar las unidades participantes a retaguardia, para reorganizarlas o relevarlas. Tras ochenta días de combate, cuando se acercaba el final del mes de octubre, las tropas franquistas sólo habían avanzado ocho kilómetros en un frente no demasiado ancho, lo que los llevaría a ocupar unos ochenta kilómetros cuadrados. La penuria de armamento que afectaba a los republicanos era cada vez más grave, pues no sólo los rusos no enviaban suministros desde el mes de agosto, sino que además la frontera francesa permanecía cerrada desde el 13 de junio, a la par que se reforzaba el bloqueo marítimo para los barcos que transportaban material a la República; y

sin embargo, en su sexta contraofensiva, desarrollada entre el 27 de setiembre y el 14 de octubre, los nacionalistas sufrieron tantas bajas que optaron por imponer una pausa en los combates; esa pausa sería aprovechada por los soldados de Modesto para despedir a los voluntarios internacionales que abandonaban España, cumpliendo así la promesa hecha por Negrín ante la Asamblea de la Sociedad de Naciones, el día 21 de setiembre. Los ingleses habían presentado, el 5 de julio, un plan de retirada de voluntarios, que contemplaba también el restablecimiento del control marítimo y el terrestre de las fronteras españolas; y Negrín se mostró desde el primer momento dispuesto a cumplirlo, en tanto que Franco se negó a aceptar el control marítimo, y rechazó, por otra parte, la retirada proporcional de voluntarios, exigiendo que el número de ellos que debía desechar cada bando fuera el mismo (diez mil hombres)... Frente a las delirantes fábulas lanzadas por sus propagandistas, Franco dejaría meridianamente claro en esta ocasión cuál era, de los dos bandos en liza, el que necesitaba de forma más apremiante recurrir a la ayuda extranjera. Los republicanos, en fin, permitieron la salida de España de los doce mil extranjeros que luchaban en sus filas (de los cuales, seis mil se hallaban en el Ebro), mientras que Franco sólo consintió que se marcharan diez mil italianos, reteniendo a otros cuarenta mil, más los integrantes de la Legión Cóndor y los miles de marroquíes de las Fuerzas Regulares. Por lo demás, durante la guerra civil combatieron con Franco unos 180 000 extranjeros (entre ellos, 78 526 italianos y 85 000 marroquíes), y, con los republicanos, alrededor de 35 000.



### *Las siete contraofensivas franquistas en el Ebro.*

El 28 de octubre se rindió en Barcelona un emotivo homenaje de despedida a los voluntarios de las Brigadas Internacionales; y, justamente dos días después, tras dos semanas de preparación, el Generalísimo desencadenó en el Ebro su séptima y última contraofensiva, en la que participaron los cuerpos de ejército Marroquí, de Navarra y del Maestrazgo, junto al CTV italiano y una brigada de tanques. Los nacionalistas eligieron la zona de ruptura en el extremo norte de la sierra de Cavalls, y abarcaron un frente de 1500 metros, en el que concentraron una masa artillera de unos trescientos cincuenta cañones (la mitad de ellos pertenecientes al CTV), que verían su acción reforzada con la presencia de doscientos aviones de bombardeo y otros tantos de caza<sup>[21]</sup>. A la violenta preparación artillera y aérea sucedió el ataque de los infantes que, aprovechando su superioridad y el amparo de la noche, terminarían por irrumpir en las posiciones de la 130 Brigada

republicana que defendía la zona atacada. El 3 de noviembre, algunas tropas franquistas lograron acceder al Ebro, y Modesto tomó la decisión de replegar sus fuerzas a la otra orilla del río; la peligrosa y complicada maniobra de repliegue se llevaría a cabo ordenada y escalonadamente, y el día 15 de noviembre, la 13 Brigada de la 35 División, la primera unidad que había atravesado el Ebro en la noche del 24 al 25 de julio, sería la última en retornar a la orilla izquierda.

Tras la conclusión de la batalla del Ebro comenzaron a surgir en el bando republicano las críticas, que, con anterioridad, nadie se había atrevido a formular; el general Gamir Uribarri subrayó que la operación había constituido un éxito táctico, pero también una «catástrofe estratégica», al haberse consumido en ella todas las reservas republicanas<sup>[22]</sup>. No se dignaría el general Gamir, sin embargo, explicar cuál debería haber sido la conducta que tendría que haber seguido el Ejército republicano, cuando los nacionalistas amenazaban Sagunto y Valencia, vitales para la defensa de la zona centro-sur, ni tampoco cómo podrían haberse empleado esas reservas para obtener un mejor rendimiento y evitar la derrota final, mientras las potencias fascistas apoyaban resueltamente a Franco y la República se veía abandonada por todos... Si los republicanos consumieron todas sus reservas en el Ebro, ciertamente, fue a costa de ocasionar un desgaste superior en el adversario y poner en serio peligro la victoria que tenía prácticamente asegurada; lo que Negrín y Rojo, por otra parte, no podían prever, al proyectar la maniobra del Ebro, es que, dos meses más tarde, iba a celebrarse una conferencia en Munich que terminaría arruinando sus planes. Las mezquinas críticas emitidas «a toro pasado», en todo caso, valen muy poco, frente a las razones que aporta Vicente Rojo<sup>[23]</sup>: «En los momentos en que la batalla de Levante había llegado a su máxima violencia (ataques del 18 al 23 de julio), se produce nuestra maniobra del paso del Ebro (día 25); la marcha general de la guerra, que para nosotros se desarrollaba negativamente desde la contraofensiva enemiga de Teruel, sufre una brusca oscilación, y los seis meses de sucesivos reveses se cortan por un éxito fulminante, concreto, insospechado e indiscutible. Nuestro plan comenzaba felizmente. La iniciativa volvía a nuestras manos [...] Después, la tenacidad de la lucha, que alcanzó en los combates del Ebro la máxima dureza de toda la guerra, y el deseo de los nacionalistas de anular nuestro éxito, como habían hecho en Teruel, les haría perder cuatro meses».



*El repliegue republicano en el Ebro.*

No se puede afirmar, en verdad, que los republicanos se desangraron inútilmente en el Ebro, ni tampoco que Franco obtuvo allí un señalado triunfo, que le permitiría destruir al ejército adversario y asegurar la victoria final. Tal es la versión mantenida por los historiadores franquistas, pero sus argumentos no resisten ni el más ligero análisis crítico. La batalla del Ebro fue una mera lucha de desgaste en la que los nacionalistas se desgastaron notablemente más que sus adversarios, como suele suceder siempre que una fuerza atacante se enfrenta a otra que ocupa sólidas posiciones defensivas, situadas en un terreno dominante. Desde la más remota antigüedad, los generales (Aníbal, por ejemplo, en Cannas) se inclinaron a menudo por la táctica defensivo-ofensiva, debido a las grandes ventajas que proporcionaba; elegían el terreno adecuado y asumían, en un primer momento, la actitud defensiva, para que el enemigo se fuera desgastando (fase de desgaste), y a continuación, cuando la correlación de fuerzas les resultaba favorable, se lanzaban al ataque (fase de contraataque) para completar su destrucción. «Se está plenamente en la marcha de la guerra —señala el maestro Clausewitz— al empezar por la defensa y terminar por la ofensiva<sup>[24]</sup>». A lo largo de casi cuatro meses, los nacionalistas sufrieron un tremendo desgaste con sus sucesivos ataques a las posiciones republicanas establecidas en las alturas de Pàndols, de Cavalls, de Fatarella, de Lavall; sus cañones y sus bombarderos llegaron a lanzar más de veinte mil toneladas de explosivos... y, sin embargo, al finalizar los combates, las bajas de cada uno de los bandos serían prácticamente las mismas (alrededor de cuarenta mil). Con su derroche de medios, Franco no conseguiría, realmente, otra cosa que recuperar, a través de ciento diez días de lucha, el terreno que había perdido en una sola jornada; afortunadamente para él, las potencias fascistas, al igual que habían hecho tras la batalla de Madrid, acudieron de inmediato a sacarle del atolladero, proporcionándole la ayuda necesaria para reparar todo el quebranto sufrido en la estúpida empresa de reconquistar un terreno sin valor estratégico alguno.

El general Rojo no consideró la guerra perdida tras la batalla del Ebro, si bien no dejaba de comprender que el Pacto de Munich significaba un duro golpe para la República; unos días antes de que dicho pacto se firmara, concretamente el 20 de setiembre, Rojo había elevado un informe al ministro en el que manifestaba que, aunque la situación internacional evolucionara de forma muy desfavorable para los intereses del bando republicano, como cabía sospechar, no debería darse la contienda por perdida, y que, en definitiva, la supervivencia de los republicanos dependería de dos factores principales: «El primero, la posibilidad de obtener abastecimientos de boca y guerra; el segundo, la posibilidad de conservar una moral exaltada y una organización cada vez más perfecta del Ejército<sup>[25]</sup>». Para lograr la realización de esas posibilidades, Rojo estimaba que era preciso establecer una orientación política que permitiera abordar, de una vez por todas, la serie de problemas repetidamente planteados y cuya solución exigía: la purificación de los organismos del Estado; la persecución de los emboscados de la retaguardia; la reunión en un solo ejército de los cinco existentes (los de Tierra, Mar, Aire, Carabineros y Seguridad); la creación de una sola Industria y unos solos Transportes; la unidad política y de gobierno; y asegurar el sostenimiento de la lucha procurando los abastecimientos desde Norteamérica y la URSS en forma regular o mediante acciones de contrabando organizado a gran escala. El 27 de setiembre, además, Rojo presentó un proyecto de decreto, cuya exposición de motivos comenzaba así<sup>[26]</sup>: «El Ejército Popular de la República, con la experiencia de

veintiséis meses de lucha ininterrumpida, puede considerarse ha cumplido su mayoría de edad, alcanzada en virtud de sucesivas superaciones y contrastada de una manera evidente en los campos de batalla, singularmente en el transcurso de los últimos tiempos. En su consecuencia, se estima llegado el momento de mejorar y robustecer su organización, asentándola sólidamente sobre aquellos principios que son básicos en todo ejército...».

En el decreto se proclamaba «el respeto a los principios jerárquicos» y se disponía cuál habría de ser en lo sucesivo el empleo de quienes ostentaran el mando de los diversos tipos de unidades del siguiente modo: general para el grupo de ejércitos; general o coronel para el ejército; coronel o teniente coronel para el cuerpo de ejército; teniente coronel para la división; teniente coronel o mayor para la brigada o regimiento; mayor o capitán para el batallón o grupo; capitán para la compañía, escuadrón o batería, y teniente para la sección. Aclaraba, además, el decreto que todos esos mandos serían desempeñados «por personal del Ejército Popular sin distinción de procedencia». Las cosas habían cambiado bastante desde la época del gobierno de Largo Caballero, quien, en un decreto publicado el 16 de febrero de 1937, había dispuesto, causando gran disgusto entre los comunistas, que los jefes de milicias sólo podrían alcanzar el grado de mayor (comandante); con Negrín todo varió, y se dio el caso, por ejemplo, de que Modesto llegara a ostentar el grado de general, y Líster, el de coronel.

Haciendo gala de su extraordinaria capacidad de trabajo y, por supuesto, sin rebasar los límites de su esfera de acción, Vicente Rojo se esforzaba por resolver los arduos problemas militares que afectaban a la República; la gran batalla librada en el Ebro había concluido y era preciso prepararse para la siguiente. Con su lentitud habitual, Franco dejaría pasar más de un mes antes de iniciar la próxima ofensiva; disponía de varias opciones y parece que, en principio, se decantó por operar en Madrid y no en Cataluña, como todos esperaban, pero los italianos y algunos de sus generales intervinieron para hacerle cambiar de idea; el general Gámbara, que mandaba el CTV, le instó además a que iniciara las operaciones sin pérdida de tiempo<sup>[27]</sup>. El 23 de diciembre, en fin, Franco desencadenó su ofensiva sobre Cataluña, utilizando seis cuerpos de ejército que tenía concentrados, principalmente, en el frente Tremp-Serós; se trataba de los cuerpos de ejército de Urgel (Muñoz Grandes), del Maestrazgo (García Valiño), de Aragón (Moscardó), de Navarra (Solchaga) y Marroquí (Yagüe), más el CTV, con un total de 35 divisiones (dos de ellas acorazadas y otras dos de caballería). Estas unidades contaban con el apoyo de una masa artillera de 350 baterías (unas mil cuatrocientas piezas) y una masa aérea de más de quinientos aviones. Enfrente se hallaban los ejércitos del Este y del Ebro republicanos, con tres cuerpos de ejército cada uno, pero muy mermados en hombres y, especialmente, en armamento; los apoyaban 270 piezas de artillería y 122 aviones<sup>[28]</sup>.

Al general Rojo, desde luego, no le sorprendió la ofensiva franquista en Cataluña; justamente un mes antes de que ésta se iniciara, había remitido un informe al ministro de Defensa y jefe del gobierno<sup>[29]</sup> en el que, tras analizar el despliegue y los medios del adversario, terminaba afirmando: «Se infiere lógicamente la mayor probabilidad de que el próximo teatro de operaciones activas sea el catalán». Rojo estimaba que los nacionalistas podrían disponer en cualquier frente de una masa de maniobra, compuesta por más de quince divisiones, «bien pertrechadas de tanques y artillería y contando con el concurso de

una aviación numerosa», mientras que los republicanos se verían imposibilitados de alimentar humana y materialmente una batalla de mediana entidad, dada la escasez en tropas y armamento. Ante el peligro que corría Cataluña, Rojo aconsejaba: «Operar ofensivamente en otro teatro (cosa posible y prevista); poner en actividad los demás frentes; trazar un plan de defensa de Cataluña basado en la resistencia y en la maniobra». Ya el 10 de noviembre, mientras contemplaban el repliegue de las tropas republicanas en el Ebro, Rojo le había comentado a Modesto sus planes, y unos días más tarde se los explicaría con detalle en Barcelona; según Modesto<sup>[30]</sup>, el general se proponía por encima de todo impedir «la libertad de maniobra del enemigo», puesto que en ello habría de basarse «la defensa activa republicana». Rojo, en definitiva, era perfectamente consciente de que había que conservar a toda costa el territorio catalán para poder recibir material bélico a través de la frontera francesa, dadas las dificultades existentes para el transporte en el mar Mediterráneo; había que dar tiempo a la llegada del armamento ruso solicitado por entonces, y se dispuso a ejecutar una de sus maniobras diversivas en teatro alejado, con el fin de obligar a Franco a sacar parte de sus reservas de la región catalana, facilitando así la acción defensiva republicana (a través de una maniobra retardadora) en ese teatro. Rojo decidió que los republicanos llevaran a cabo en la zona centro-sur una maniobra escalonada en tres fases, que consistiría en: una ofensiva combinada para amenazar Málaga y el sur de Granada, con participación de fuerzas terrestres y navales, en la que se incluía un desembarco en Motril; un ataque en el frente Córdoba-Peñarroya, y otro ataque en el frente del Ejército del Centro para cortar las comunicaciones nacionalistas entre Madrid y el sur peninsular. Evidentemente se trataba de una variante del conocido Plan P, que recibiría el nombre de Plan Motril y que terminaría siendo suspendido, a mediados de diciembre, ante la oposición mostrada hacia el mismo por el general Miaja, jefe del Grupo de Ejércitos de la zona centro-sur, y el almirante Buiza, que se hallaba al mando de la Armada<sup>[31]</sup>. Los comunistas han acusado de traidores a Miaja, a Buiza y a todos los que se opusieron al Plan Motril; sin embargo, no han tenido inconveniente en reconocer<sup>[32]</sup> la gravísima situación de penuria atravesada por la zona centro-sur, que afectaba sobre todo al armamento y a los alimentos, y que no animaba precisamente a embarcarse en operaciones ofensivas. El Grupo de Ejércitos mandado por Miaja contaba con más de quinientos mil hombres, para los que se disponía sólo de 230 000 fusiles, 4800 fusiles ametralladores, 683 cañones (la mitad de ellos averiados), 68 tanques y 193 blindados; la aviación estaba integrada por tres escuadrillas de «Natachas» (biplanos de ataque a tierra de escasa calidad), dos de bombarderos «Katiuskas» y unos veinticinco cazas. En todo caso, el mando republicano persistió en su idea de atacar en Andalucía, y el 5 de enero de 1939 organizó una modesta ofensiva en el sector de Peñarroya, que ejecutó el XXII Cuerpo de Ejército y que no alcanzaría resultado positivo alguno. En la zona centro-sur, desde luego, los republicanos apenas podían contribuir eficazmente a la lucha, dado el bloqueo que venían soportando. No sólo la marina franquista y la de Mussolini entorpecían gravemente el transporte marítimo hacia los puertos que seguían en poder de la República; lo hacían también los aviones alemanes e italianos al servicio de Franco que tenían su base en Mallorca y que, al cabo, lograrían hundir más buques mercantes que los propios barcos de guerra. Es evidente, por lo demás, que Vicente Rojo conocía bien las limitaciones del Grupo de Ejércitos de Miaja; en el referido informe enviado a Negrín el 23 de noviembre, ya advertía que, antes de iniciar las operaciones, las unidades de ese grupo deberían procurar reorganizarse y abastecerse en la medida de lo posible. La situación era dramática y no había más remedio que esforzarse al máximo y correr determinados riesgos; éste era el criterio mantenido por

el general jefe del EMC republicano.

Algunos días antes de que se iniciara la ofensiva franquista en Cataluña, Hidalgo de Cisneros había mantenido una reunión con Negrín y Rojo para tratar de solucionar el agudo problema de la escasez de armamento que afectaba a la República. En la reunión se acordaría que Hidalgo se trasladara a la URSS con la misión de solicitar una considerable cantidad de material bélico, en el que habrían de incluirse «doscientos cincuenta aviones, doscientos cincuenta tanques, cuatro mil ametralladoras y seiscientos cincuenta piezas de artillería», de acuerdo con el testimonio del propio Hidalgo<sup>[33]</sup>. Los depósitos de oro del Banco de España en Moscú se hallaban agotados, debido a las compras realizadas anteriormente, y la República tuvo que gestionar un empréstito, que los soviéticos terminaron concediendo. Tras ser embarcado en Murmansk, el material ruso partió con destino a Burdeos y otros puertos franceses, con tiempo suficiente para que los republicanos hubieran podido aprovecharlo, pero el gobierno francés puso toda clase de dificultades al traslado a través de su territorio, y, cuando comenzó a llegar a Cataluña, ya era tarde. «Ya no teníamos —subraya Hidalgo— aeródromos donde montar los aviones, ni terreno para defendernos». No está probado, realmente, que los soviéticos enviaran la desmesurada cantidad de armamento que cita el comunista Hidalgo, mas no cabe duda de que el envío existió y que los republicanos estuvieron esperándolo en vano hasta el último momento. «Todos nuestros servicios —comenta al respecto Zugazagoitia— habían venido registrando la recepción por los rebeldes de un copioso y modernísimo material de guerra. El que nosotros esperábamos no acababa de llegar<sup>[34]</sup>».

Cuando, el 23 de diciembre, los nacionalistas desencadenaron la ofensiva sobre Cataluña, después de sembrar el terror en Barcelona durante varios días con brutales bombardeos aéreos, los republicanos defendían un frente que seguía el curso de los ríos Noguera Pallaresa, Segre y Ebro; el Ejército del Este se colocó al norte, y ocupó un tramo de 130 kilómetros entre la frontera francesa y la localidad de Termens, al sur de Balaguer, mientras que el Ejército del Ebro se hizo cargo del resto, 180 kilómetros, entre Termens y el mar. Las tropas franquistas iniciaron el ataque en el frente comprendido entre Tremp y Seros, donde contaban con sendas cabezas de puente, y utilizaron, en principio, el CTV y los cuerpos de ejército de Urgel y de Navarra; el día 25 entró en acción el Cuerpo del Maestrazgo, y, el 27, el Cuerpo de Aragón, y ambos trataron de progresar hacia Artesa de Segre, importante nudo de comunicaciones, en tanto que el Cuerpo de Urgel, que al igual que los dos anteriores había partido del sector de Tremp, se dirigía hacia Pons. Por su parte, el CTV y el Cuerpo de Navarra, ampliamente reforzados con tanques y contando con gran apoyo aéreo y artillero, avanzaron en dirección sureste, desde su punto de ruptura situado en el sector Soses-Serós; durante su avance tuvieron que responder a los contraataques republicanos, ejecutados a duras penas por los cuerpos V y XV, que, entre otras cosas, no disponían de los medios de transporte necesarios, frente a un adversario bien dotado de ellos y en un terreno donde la movilidad era vital<sup>[35]</sup>. Los contraataques serían fácilmente repelidos por las unidades franquistas mediante un potente fuego de artillería combinado con los bombardeos aéreos.

El 4 de enero, los nacionalistas ocuparon Artesa de Segre, y desde ese momento dirigieron su esfuerzo principal hacia el sureste. A los republicanos les resultaba muy difícil

mantener la solidez de las líneas, a la par que les estaba vedado realizar contraataques, dada la falta de reservas y escasez de medios materiales; sin embargo, conservaban el entusiasmo, la moral combativa. «Cierta día —relata Vicente Rojo— regresaba yo a mi puesto de mando después de visitar las unidades avanzadas del Ejército del Ebro. Habían sufrido en la jornada doce bombardeos de los aviones italianos y se habían rechazado los ataques. Al anoecer, cuando aquellos aparatos, que tan tenaz como cruelmente arrasaban nuestra patria, dejaron el cielo libre de su terrible presencia, nuestros hombres se desenterraban y se agrupaban en los vivaques para cenar; lo hacían casi alegremente, cantando canciones de guerra que tenían aires de 1808 [...] Aquellos hombres tenían derecho a triunfar; pero esta ola de hierro, de bombas, de metralla, ¿podríamos alguna vez contrarrestarla?»<sup>[36]</sup>

Doce días más tarde de la ocupación de Artesa de Segre, los nacionalistas se habían apoderado ya de Borjas Blancas, Pons, Cervera, Montblanch y Tarragona, logrando además establecer el enlace entre el Cuerpo de Navarra y el Marroquí, que al mando de Yagüe y tras atravesar el Ebro en Tortosa, venía progresando hacia el norte a lo largo de la costa. La caída de Tarragona, sobre todo, representaba una seria amenaza para Barcelona, en cuya defensa no se confiaba demasiado<sup>[37]</sup>, pues todo parecía indicar que no resultaría fácil repetir la hazaña de Madrid, en unos momentos en que la fatiga de la guerra había sustituido al espíritu impulsivo de 1936. Los comunistas, en todo caso, intentaron fomentar el entusiasmo y la moral combativa de los barceloneses con los encendidos artículos de *Mundo Obrero*, con las pancartas paseadas por las calles en las que se lanzaban consignas como «Barcelona, otro Madrid. ¡Fortificadla!», con el ejemplo de las mujeres arrancando adoquines de las calzadas para construir barricadas, pero sus intentos iban dirigidos a una población que llevaba mucho tiempo soportando los brutales bombardeos aéreos, el hambre, la falta de electricidad, el sombrío panorama cotidiano, y que, en definitiva, sólo deseaba realmente que la contienda terminara cuanto antes. Consciente del negativo influjo del ambiente que reinaba en la ciudad, el general Rojo trató de defenderla, no en el lindero al estilo de Madrid, sino a una cierta distancia, en la línea del río Llobregat; esa línea defensiva, no obstante, sería superada sin excesivos problemas por el Ejército franquista, que, tras la ocupación de Tarragona, avanzó hacia la Ciudad Condal con el CTV y los cuerpos Marroquí y de Navarra, desde el sur, y con los cuerpos del Maestrazgo y de Aragón, desde el oeste, y consiguió llevar a cabo una fácil maniobra de envolvimiento. El día 26 de enero, los soldados de Yagüe y del Cuerpo de Ejército de Navarra entraron en la capital de Cataluña y provocaron una verdadera ola de pánico; las gentes huían alocadamente hacia la frontera francesa, a la par que las estructuras del Estado republicano se venían abajo. «Pocos pueblos —apunta Vicente Rojo— han vivido un derrumbamiento tan completo en su organización social como la España republicana que tenía su sede en Cataluña: un Estado se deshace y pulveriza en pocos días, víctima de su desintegración orgánica y moral, mientras el viejo Ejército, los hombres de los buenos días de lucha ejemplar, lo más sano y vital que flotaba sobre la amalgama de idearios, doctrinas y pasiones de nuestro pueblo, batido por la aplastante superioridad material del adversario, deshecho, se retira paso a paso, maniobrando en manos de sus jefes, protegiendo el desastre que detrás de él latía»<sup>[38]</sup>.

El día 29, después de organizar una nueva línea defensiva, apoyada en el río Tordera, Vicente Rojo se reunió con el doctor Negrín y con el general Enrique Jurado

Barrios y su jefe de EM, el coronel Antonio Cordón, para cambiar impresiones sobre el dramático momento que se vivía; tras la caída de Barcelona, Jurado había relevado al general Hernández Saravia como jefe del Grupo de Ejércitos de Cataluña, y al igual que Rojo se mostraba bastante pesimista. Al concluir esa reunión, Negrín y Rojo acudieron al palacio de Perelada, donde residía el presidente Azaña, quien aprovecharía la visita para solicitarle al general su opinión acerca de la situación. Azaña, que cada vez estaba más convencido de la necesidad de establecer negociaciones de paz, había mantenido el día 16 una charla con su buen amigo el general Hernández Saravia, que le había informado acerca de la desfavorable marcha de las operaciones; al comenzar la ofensiva nacionalista en Cataluña, el Grupo de Ejércitos que mandaba Saravia contaba con 90 000 fusiles y ya sólo le quedaban 31 000, el citado día 16, habiendo sufrido, además, el Ejército del Ebro 60 000 bajas<sup>[39]</sup>. Vicente Rojo, por su parte, le manifestó sin rodeos al presidente que «en Cataluña el Estado se hallaba hundido verticalmente» y que en el terreno militar no se podían esperar milagros, con un ejército prácticamente deshecho; dentro de pocos días, los republicanos se verían sin industria, sin aviación, sin red hospitalaria y sometidos «a la tiranía de la aviación adversaria». A la espera de que cambiaran las circunstancias exteriores, sólo cabía confiar en la posibilidad de resistir «en las líneas de detención previstas en la región de Figueras». Terminada la entrevista de Perelada, el doctor Negrín le expresó a Rojo su plena conformidad con la exposición que había hecho ante el presidente, si bien le rogó que, al día siguiente, cuando informara al gobierno sobre el mismo tema, no adoptara una actitud tan pesimista. El general trataría de complacer a Negrín, pero, tras hablar ante el gabinete el día 30, la mayoría de los ministros sacarían la conclusión de que la guerra estaba perdida sin remedio.

Bajo la presidencia de Diego Martínez Barrio, las Cortes de la República se reunieron por última vez, en la noche del 1 de febrero, en una caballeriza del castillo de Figueras, con la asistencia de 62 diputados y el gobierno en pleno. Después de que Martínez Barrio abrió la sesión, el doctor Negrín tomó la palabra y empezó aludiendo a la oleada de pánico producida por la caída de Barcelona, que había estado a punto de asfixiar la retaguardia, contaminar el Ejército y «descomponer todo el aparato del gobierno<sup>[40]</sup>». Ni el orden ni la autoridad, sin embargo, se habían visto en serio peligro, añadiría Negrín, que a continuación pasaría a referirse a las graves dificultades que la República estaba encontrando para adquirir armas en el extranjero, mientras el adversario, respaldado por la potencia industrial de Italia y Alemania, recibía todo cuanto necesitaba. Extraídas de sus trece puntos, el jefe del gobierno anunció las tres condiciones para firmar la paz: garantía de la independencia nacional; garantía de que el pueblo español tendría derecho a decidir su propio régimen y su propio destino; y garantía de que, concluida la guerra, se pondría fin a todas las persecuciones y las represalias. Al día siguiente, el buró político del partido comunista publicó un manifiesto en Figueras, redactado por Antonio Mije, en el que se acusaba a los autonomistas catalanes, a los desertores, a los derrotistas, a los quintacolumnistas y a los trotskistas de ser los verdaderos responsables de la delicada situación que atravesaba la República... Julián Zugazagoitia, testigo de aquellos momentos de desencanto y de frustración, recuerda, en cambio, que tras la lúgubre sesión de Cortes celebrada en la caballeriza del castillo de Figueras, la mayoría de las censuras y las maldiciones iban dirigidas contra los comunistas. «Ellos eran —explica Zugazagoitia— los culpables de la catástrofe, los causantes directos del aislamiento internacional. Sobre sus cabezas descargaban las iras parlamentarias del patio del castillo<sup>[41]</sup>».

Entre el 26 de enero y el 8 de febrero, el cuartel general del Ejército republicano estuvo instalado en Agullana, al noroeste de Figueras; durante ese período de tiempo las relaciones de Vicente Rojo con el jefe del gobierno llegaron a ser muy intensas, con entrevistas frecuentes<sup>[42]</sup>. El general había perdido ya toda esperanza y no dejaba de aconsejarle a Negrín que renunciara definitivamente a continuar la lucha armada; habría de ser, desde luego, una renuncia por impotencia, por abandono de quienes deberían haber ayudado a la República y no lo hicieron, pero no quedaba otro remedio que afrontarla. «Intentar seguir la pelea —argumentaba Rojo— cuando no hay procedimientos técnicos ni humanos, internos ni externos, para hacer reaccionar el vigor físico muerto y el vigor moral caído, es suicidarse sin gloria, dando, además, al adversario un triunfo que no ha ganado en buena lid». El ideario de libertad e independencia del pueblo, la bandera de sus derechos se mantendría siempre en pie, porque, en realidad, la República no llegaría a rendirse formalmente; se trataba tan sólo de suspender la lucha, evitando un desastre total. Lo razonable era, pues, por una parte, resolver el problema de la entrada en Francia de las tropas y el personal civil de la región catalana, y, por otra, abandonar la pugna en la zona centro-sur y esperar que el enemigo, como había anunciado, no se entregara a sangrientas represalias; en todo caso, si el adversario optaba por las represalias, se producirían igualmente aunque la guerra durase algún tiempo más, y a las víctimas de ellas se tendrían que añadir, entonces, las ocasionadas en los combates sostenidos en condiciones de manifiesta inferioridad.

El presidente de la República atravesó la frontera francesa el domingo 6 de febrero, por un sendero de montaña que conduce a Les Illes, y por el mismo camino salieron los gobiernos del País Vasco y Cataluña y la Presidencia de las Cortes. Mientras tanto, el Ejército del Ebro intentaba contener el avance nacionalista en las líneas del Ter y del Fluviá, y el Ejército del Este, en el sector de Olot. Pero, el día 7, ambos ejércitos mostraban tal estado de agotamiento que se vieron incapaces de taponar las brechas que abrían las tropas franquistas, y Rojo ordenó que ejecutaran la prevista maniobra de repliegue hacia la frontera; afortunadamente para los soldados republicanos y también para los paisanos, se habían solucionado ya los problemas del paso a Francia. El día 8, el jefe del gobierno presidió una reunión en Agullana a la que asistieron unos treinta jefes y comisarios de los escalones superiores del Ejército, y se plantearon las posibilidades de resistencia en el territorio correspondiente a la zona centro-sur. Cordón, que participó en esa reunión, recuerda<sup>[43]</sup> que fue Rojo quien expuso su opinión en primer lugar, y se manifestó contrario a toda idea de resistir. Una buena parte de los reunidos compartía la opinión de Rojo, mientras Hidalgo de Cisneros advertía que la aviación de la zona central no podía prestar grandes servicios, y el coronel José Álvarez Cerón afirmaba otro tanto con respecto a los transportes. Sin embargo, el comisario general, Bibiano Ossorio y Tafall, expresó su confianza en las posibilidades materiales de la referida zona, y fue apoyado decididamente por Modesto. Las deliberaciones seguían, cuando la cercanía de las tropas franquistas obligó a los reunidos a emprender la marcha hacia la frontera; Negrín y Rojo se trasladaron, en principio, a las casas españolas de Le Perthus, y a continuación el jefe del gobierno se dirigió a Toulouse para tomar un avión que le llevaría a Alicante, mientras el general recibía la orden de permanecer en Francia para tratar de resolver los problemas de los militares y los civiles que habían cruzado la frontera. Antes de abandonar Cataluña, Negrín se había entrevistado con el encargado de negocios británico, Ralph Stevenson, y el embajador francés, Jules Henry, con el fin de buscar un entendimiento sobre las

condiciones que la República podría presentar para un futuro convenio de paz; Negrín llegó a reducir las tres garantías proclamadas en las Cortes de Figueras a una sola, la de que no se llevaran a cabo persecuciones ni represalias. Los acuerdos alcanzados en la entrevista, sin embargo, no eran más que mero papel mojado, puesto que Franco, presionado por las potencias fascistas, exigía una paz sin condiciones, y tanto Francia como Inglaterra parecían dispuestas a doblegarse ante esa exigencia. Por lo demás, al mismo tiempo que Negrín se reunía con Stevenson y Flenry, el jefe del gobierno francés, Daladier, había enviado a Burgos a su representante León Bérard, para que fuera echando las bases del reconocimiento del gobierno de Franco; el día 18, Bérard mantuvo una entrevista con el ministro de Asuntos Exteriores franquista, Francisco Gómez-Jordana, y, para asegurar el establecimiento de relaciones entre ambos gobiernos, prometió entregarle a Franco «el oro del Banco de España bloqueado en Mont-de-Marsan, las armas, material y vehículos del ejército de Cataluña, los barcos mercantes y de pesca, etc.<sup>[44]</sup>».

El general Rojo tenía razón; intentar una resistencia a ultranza en la zona centro-sur para forzar a los nacionalistas a la aceptación de unas condiciones de paz constituía un auténtico disparate. En Europa, al parecer, ya nadie creía en la República española y resultaría todavía más difícil que antes abastecer a la citada zona de alimentos y de material bélico, e, incluso, de las necesarias materias primas para su modesta industria; por añadidura, los hombres y el armamento del Grupo de Ejércitos de Cataluña que habían atravesado la frontera no podían ser trasladados al territorio que conservaban los republicanos. El 27 de febrero, los gobiernos de Francia y Gran Bretaña reconocieron al gobierno franquista, y, al día siguiente, Manuel Azaña, que se hallaba en la embajada de España en París, presentó su dimisión como presidente de la República, a través de una carta dirigida al presidente de las Cortes, Martínez Barrio; era éste, de acuerdo con los preceptos constitucionales, el que debería asumir, interinamente, la Jefatura del Estado, pero no parecía demasiado dispuesto a hacerlo. En todo caso, Vicente Rojo se presentó ante él, y recibió de sus manos un telegrama del jefe del gobierno en el que se le ordenaba que se trasladara a Madrid; ambos personajes acordaron realizar el viaje juntos hasta la capital de España, pero la marcha sería suspendida, como consecuencia del golpe de Estado protagonizado por el coronel Segismundo Casado. Hubo graves enfrentamientos entre los propios republicanos y, con el estallido de una guerra civil dentro de la Guerra Civil, la República caminaría, a lo largo de algunos días, hacia su total extinción. «La organización del Estado republicano —subraya Vicente Rojo— se deshace como un azucarillo e igualmente su Ejército, en el ambiente que lo había desmoralizado, y la República democrática que era España desaparece del mapa político de Europa. El mundo respiraba al salir de esta pesadilla de la guerra española. La política de no intervención había dado sus frutos<sup>[45]</sup>».

Las horas postreras de la contienda debieron de representar para Rojo una experiencia especialmente amarga; invadido por la tristeza y el desengaño, sabría, sin embargo, mantener hasta el último momento el orgullo y la satisfacción de haber contribuido a forjar el Ejército Popular, su querido Ejército Popular. Llevaba varias semanas deplorando el ambiente que le rodeaba y gran parte de los ácidos comentarios que ese ambiente le inspiraba han quedado reflejados en su libro *¡Alerta los pueblos!*, escrito en la localidad francesa de Vernet-les-Bains entre los meses de abril y junio de 1939; pero en el libro reservó también un hueco para ensalzar al Ejército de la República y dedicarle,

como vino haciendo a lo largo de la guerra, unas reflexiones a su proceso de formación. Para Rojo, quienes luchaban por la República lograron convertirse en auténticos soldados durante la batalla de Teruel y demostraron, en la consecuente ofensiva nacionalista en Aragón, que eran capaces de sobreponerse a las sucesivas derrotas, sin dejar que su moral se abatiese; «moral que aún se supera en la lucha en que se escriben las páginas de audacia y de resistencia heroica que fueron las batallas de Levante y del Ebro, ejemplos magníficos de las altas cualidades de nuestros combatientes». El Ejército Popular había surgido en «la crisis de Madrid», al quedar «temporalmente desconectada la plaza respecto del gobierno», lo que permitiría al Estado Mayor del Centro «dar el primer gran salto en la organización»; más tarde, las experiencias de los diversos episodios bélicos consentirían nuevos impulsos. Los soldados republicanos, concluye Rojo, «son tan dignos de respeto como los victoriosos [nacionalistas], o más, si se quiere, que éstos», porque habían sostenido los combates en unas condiciones de inferioridad tan abrumadoras que les restaban la menor posibilidad de vencer<sup>[46]</sup>.

Singularmente crítico se muestra Vicente Rojo, en su libro redactado entre abril y junio de 1939, cuando analiza las causas de la derrota republicana. Comienza su discurso, no obstante, con este ponderado párrafo: «Nos hallamos ya ante esta realidad para nosotros terriblemente desoladora: Franco ha triunfado. No ha reñido una gran batalla; ha realizado una maniobra extensa, simplista, elemental y con ella ha conseguido vencer. La victoria militar no ha existido sobre el terreno del combate con estilo de gran batalla; sencillamente ha habido una ola de hierro y de aviones que ha ido demoliendo un frente de combate».

En este párrafo queda reflejada con fidelidad la esencia de lo que fue la contienda española; una contienda en la que el bando franquista, aprovechando su abrumadora superioridad de medios materiales, se dedicó simplemente a tratar de aplastar a su adversario, sirviéndose sobre todo de su poderío aéreo y artillero. Quizá Rojo debería haber dado aquí por terminado su análisis; pero, sin duda condicionado por los acontecimientos recientemente vividos, optó por extenderse en una serie de consideraciones, que, a decir verdad, no siempre resultan acertadas.

Contempla nuestro personaje el desarrollo del conflicto desde las perspectivas militar, política y social, y afirma que, en el terreno militar, la guerra se ha perdido porque, pese a los esfuerzos llevados a cabo y debido a la falta de comprensión «en las alturas y en el ambiente», no se ha logrado realmente organizar un ejército de acuerdo con los cánones militares; además, se ha carecido de los medios materiales indispensables y de mandos convenientemente preparados para afrontar una lucha eminentemente técnica. «El mando único, político y militar —añade Rojo—, ha existido en el papel; pero no se ha podido ejercer la función de mando. También ha existido el jefe; pero tampoco el jefe podía serlo, por una razón elemental: porque no era militar. El jefe militar tiene una función bien definida en la guerra. Si este jefe falta, la función queda incumplida. Nuestra política no quiso que el jefe militar existiera con plenitud de derechos y responsabilidades».

En el plano político, los fallos republicanos han derivado, ante todo, del comportamiento de los profesionales de la política, a quienes, en general, «les han preocupado más las menudencias personales y partidistas que los grandes problemas

nacionales». También se han cometido graves errores diplomáticos, que han terminado proporcionando el triunfo al adversario, «mucho antes de que pudiera producirse la derrota militar». Finalmente, en el área social los nacionalistas han triunfado gracias a su superior nivel en las tareas propagandísticas, que les ha permitido compensar, en gran medida, la falta de apoyo popular; por otra parte, han conseguido asegurar una cooperación internacional permanente y pródiga. «Las reservas de Hitler y Mussolini —apunta Vicente Rojo— eran inagotables en relación con nuestro conflicto; y no cuenta solamente el número, sino también la calidad técnica, pues es sabido que a los adversarios de la República no les ha faltado toda clase de valiosos colaboradores, desde los policíacos organizadores y sostenedores del régimen de sometimiento de la masa, hasta los puramente militares encargados de la instrucción y del manejo de los modernísimos materiales».

Como resumen, Rojo señala que han sido los propios republicanos los que le han concedido la superioridad al adversario, debido, fundamentalmente, a la falta de gobierno, porque los que ha habido no han sabido dirigir con destreza la política de guerra, y a la falta de mando, porque el jefe, en la verdadera acepción de la palabra y de la función, no ha llegado a existir.

En las críticas lanzadas por el general Rojo hay, desde luego, un fondo de verdad, pero también un grave error de apreciación, que queda de manifiesto, sobre todo, en sus conclusiones. Evidentemente, los republicanos cometieron fallos, pero no se puede afirmar que ellos condujeran de forma inapelable a la derrota, porque, en definitiva, el resultado de la guerra se fraguó en el exterior, en el campo internacional; éste es el hecho clave que nos explica el desenlace de la contienda española, una contienda que, al igual que la segunda guerra mundial desarrollada a continuación, constituyó, antes que nada, una batalla de material y que, por tanto, terminó con el triunfo de quienes habían recibido una cantidad superior de suministros. Los fallos republicanos, en todo caso, no sobrepasaron a los del bando nacionalista, y este hecho se constata fácilmente al analizar los diversos episodios de la guerra civil; salta a la vista, en efecto, que Franco cometió errores de mayor trascendencia, y que si no llegaron a tener consecuencias auténticamente desastrosas fue porque, cada vez que se equivocaba y al revés de lo que sucedía con su adversario, acudían de inmediato sus protectores de las potencias fascistas para sacarle del atolladero.

Por lo demás, no hay duda de que Vicente Rojo denuncia con justeza algunas de las decisiones erróneas adoptadas por los republicanos. Entre ellas destaca la de no declarar el estado de guerra hasta el 19 de enero de 1939, cuando ya la contienda estaba irremediadamente perdida; así impedirían que se estableciera la figura del general en jefe, el mando militar que Rojo exigía, con atribuciones para organizar el Ejército y dirigir las operaciones sin las interferencias de personas no cualificadas, de los miembros del gobierno que no poseían la condición de militares. En el bando republicano se temía demasiado la constitución de un poder militar similar al del bando adversario<sup>[47]</sup>, la ampliación del fuero castrense a los dominios de los poderes ejecutivo y judicial, la militarización de los servicios y de los recursos, y ese temor acabaría resultando contraproducente. Los gobernantes republicanos, en fin, debieron comprender que el militarismo, arraigado con fuerza en los generales africanistas y sus acólitos, no lo estaba tanto entre los militares que optaron por defender a la República.

Junto al acierto de determinadas críticas, Rojo comete errores tan lamentables como el de acusar al gobierno de desenvolverse con torpeza en las actividades diplomáticas, tan necesarias en la batalla que se estaba librando. La guerra, ciertamente, se perdió en el campo internacional, pero, dada la situación reinante, es claro que en ese campo la República tenía un margen de maniobra muy pequeño, prácticamente nulo. Las potencias fascistas apostaron, desde el primer momento, por los militaristas africanos, cuyas simpatías por el fascismo eran notorias, y pusieron gran empeño en impedir que en la península Ibérica se consolidara un régimen democrático; las timoratas potencias democráticas, mientras tanto, sólo se atrevieron a llevar a cabo una política de apaciguamiento, que, al cabo, significó el abandono de la España republicana. Con semejante panorama, en verdad, ¿qué podían hacer los gobernantes republicanos, aparte de aceptar una ayuda rusa que, a la larga, habría de resultar nociva?

Conviene advertir, finalmente, que la «ola de hierro y fuego» provocada por las potencias fascistas en los campos de batalla hispanos llegaría a causar efectos muy nocivos en el rendimiento de las unidades republicanas. En realidad, las deficiencias del Ejército Popular en organización, orden, disciplina, instrucción, maniobrabilidad, espíritu combativo, etc., sólo salían a relucir de forma nítida cuando sus soldados luchaban bajo la aplastante superioridad artillera y aérea del adversario; no se manifestaron, ésa es la verdad, cuando esa superioridad no se dejaba sentir, como sucedió en las batallas del Jarama y de Guadalajara, en los primeros compases de las ofensivas de Brunete, Belchite y Teruel, y, sobre todo, en la complicada y brillantísima maniobra ejecutada para ocupar la cabeza de puente en el Ebro.

Al finalizar la guerra civil, Ronald Fraser entrevistó a un joven alférez provisional del Ejército nacionalista, Ignacio Hernández, que había resultado herido siete veces en las operaciones desarrolladas en el Norte, en Teruel, en Levante, en el Ebro y en Cataluña, y que, evidentemente, contaba con una dilatada experiencia relativa a la contienda; Fraser quería informarse acerca del grado de adiestramiento de los ejércitos de cada bando, y Hernández declaró que a ambos «les faltaba capacidad de maniobra» y que en el nacionalista no abundaban, precisamente, los militares bien preparados. «Lo que hizo que el Ejército nacionalista ganase la guerra —concluyó el joven pero experimentado alférez— fue su superioridad en artillería y capacidad de bombardeo. Casi se podría decir que la guerra la ganó la Legión Cóndor<sup>[48]</sup>».

## Epílogo triste

Tras la caída de Cataluña en poder de las tropas franquistas, se calcula que atravesaron la frontera francesa unos cuatrocientos mil republicanos, incluidos los soldados pertenecientes a los ejércitos del Este y del Ebro. Se ha criticado mucho la actitud mantenida por el gobierno francés (especialmente preocupado, sin duda, por no ofender a las potencias fascistas) con los refugiados españoles, pero es justo reconocer que fueron los franceses quienes en un primer momento tuvieron que afrontar, sin apenas apoyo del resto de los países europeos, el gravísimo problema de alojar y atender las necesidades de la inmensa muchedumbre que recaló en su territorio; una muchedumbre de perdedores, hundidos en la miseria y el hambre, en la que abundaban los enfermos y los heridos, y también los inevitables delincuentes. Desmoralizados por el trato recibido, en todo caso, y conscientes del incierto futuro que se abría ante ellos, un buen número de esos refugiados, tal vez la mitad, terminó optando por regresar a España para someterse a las medidas represivas del gobierno franquista, que, por otro lado, ya había dejado de manifiesto sus intenciones, el día 13 de febrero, al promulgar la denominada Ley de Responsabilidades Políticas, en la que se amenazaba con duras penas a quienes hubieran contribuido «a crear o agravar la subversión» durante el período comprendido entre el 1 de octubre de 1934 y el 18 de julio de 1936, y a todos aquellos que se hubieran opuesto al Movimiento Nacional «con actos concretos o pasividad grave»; es así como Franco había respondido a las pretensiones del gobierno Negrín de evitar las represalias del vencedor... De entre los refugiados que se negaron a volver a España, la mayoría permaneció en Francia, y tuvo que aceptar a menudo los puestos que se le ofrecían en los batallones de trabajo y en la Legión Extranjera; alrededor de cuarenta mil consiguieron trasladarse a la América hispana, y se repartieron principalmente entre México y Argentina. En este grupo de exiliados que cruzó el Atlántico se hallaban los más distinguidos representantes del mundo cultural y profesional español.

Los habitantes de la zona centro-sur republicana tuvieron que enfrentarse a un panorama todavía más sombrío que el de los que residían en Cataluña. No fue posible realizar una evacuación masiva desde los puertos del Mediterráneo, y, al cabo, sólo unas tres mil personas lograron acceder a los barcos disponibles, librándose así de los fusilamientos, las cárceles, los campos de concentración y las depuraciones franquistas. Los tribunales de justicia que Franco no había podido establecer en Madrid en los primeros días de noviembre de 1936 quedaron instalados ahora, y, como si trataran de recuperar el tiempo perdido, comenzaron a funcionar a un ritmo vertiginoso, aprovechando, entre otras cosas, las listas de «rojos» que se habían confeccionado con anterioridad; los periodistas extranjeros y algunos políticos que visitaron la ciudad, como el propio Galeazzo Ciano, ministro de Asuntos Exteriores de la Italia fascista, se escandalizaron ante el elevado número de ejecuciones que diariamente se llevaban a cabo. La invasión de los africanos iniciada en el verano de 1936 había culminado finalmente con la ocupación de todo el territorio español, y los caudillos de las tropas invasoras trataban de imponer su ley, de

ejercer el derecho de conquista; ante una masa de obreros concentrados en Getafe, el 29 de agosto de 1939, el general Yagüe llegaría a manifestar sin rodeos: «No necesitamos vuestros votos. Lo hemos ganado todo con las armas».

La invasión de los nuevos bárbaros había dado al traste con el proceso de modernización desarrollado durante la República y parecía amenazar a España con sumirla en una auténtica era medieval, en la que los incultos y mediocres africanistas ejercerían como clase directora. En 1924, los milites africanos ya habían expresado, a través de su órgano político la *Revista de Tropas Coloniales*, su propósito de regenerar a los españoles, y ahora se les presentaba la oportunidad de probar hasta qué punto eran capaces de hacerlo; ellos, que no podían exhibir otros méritos que los de haber permanecido apartados de la vida social y cultural del país en el inhóspito territorio marroquí, pretendían dar lecciones y marcar el camino que se debía seguir al resto de la ciudadanía... En el incidente producido en la universidad salmantina el 12 de octubre de 1936, sin embargo, don Miguel de Unamuno ya les había advertido: «Venceréis, pero no convenceréis. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta; pero no convenceréis, porque convencer significa persuadir». Los africanistas, ciertamente, sólo estaban capacitados para imponerse por medio de la represión y el terror, y el propio Franco terminaría reconociendo públicamente lo difícil que le estaba resultando atraerse a las masas populares, como dejaría bien patente, por ejemplo, en estas palabras pronunciadas en el monasterio de Montserrat, el día 26 de enero de 1942: «Sólo existe una nación cuando tiene un jefe, un ejército que la guarde y un pueblo que la asista. Nuestra cruzada demostró que tenemos el jefe y el ejército. Ahora necesitamos el pueblo, y éste no existe más que cuando logra tener unidad y disciplina». El mediocre y militarista Franco no tenía otro proyecto para España que el de convertirla en un inmenso cuartel en el que imperara la disciplina legionaria; antes de que finalizara el año 1942, el día 2 de diciembre, volvería a insistir en la misma idea expuesta en Montserrat, al proclamar ante los cadetes de la restaurada Academia General: «Unidad y disciplina es tradicional exigirlas a los ejércitos como base indispensable para la victoria; pero yo os digo que hoy hace falta mucho más, que esta unidad y esta disciplina, que antes eran atributos castrenses, se conviertan en normas para la nación».

El grupo de militares pretorianos forjado en las campañas marroquíes acabó depositando sus pretensiones de liderazgo en el general Franco, el más astuto y ambicioso de todos. Para él se crearía el mito del líder carismático y la teoría del caudillaje, elaborada por los falangistas siguiendo los patrones alemanes e italianos; de acuerdo con los estatutos del partido único surgido tras la unificación realizada en abril de 1937, Franco, en tanto que jefe nacional, encarnaba «todos los valores y todos los honores del Movimiento» y asumía «en su entera plenitud la más absoluta autoridad». Los alemanes habían acuñado el lema «Führer, ordena; nosotros obedecemos», que fue traducido así por los falangistas: «Franco manda, España obedece». Sin embargo, los intentos de convertir a España en un país fascista desembocaron en un puro espejismo; ni el propio Franco se sintió especialmente atraído por el ropaje fascistoide de su régimen de mando personal, como lo prueba el hecho de que, en privado, llegara a afirmar que el Movimiento no era más que una «claque». Franco sabía de sobra que su verdadero partido era el Ejército y que, en definitiva, todas las monsergas de la teoría del caudillaje no habían representado más que un instrumento para afianzar su dominio frente a los notables del africanismo y los que trataban de restablecer la monarquía.

El franquismo vino a significar, realmente, la continuación del régimen de la Restauración establecido por Cánovas, y Franco se reservó el papel del «Rey Soldado», contando, desde luego, con el apoyo no sólo del Ejército, sino también de la Iglesia y de la oligarquía terrateniente, financiera e industrial. La guerra civil, último episodio de la secular lucha mantenida entre progresistas y reaccionarios, había concluido con el triunfo de los enemigos del progreso, y los españoles se vieron de nuevo obligados a desenvolverse en el mezquino horizonte canovista, en el que no había cabida para el legado de la Ilustración y de la revolución liberal, para los avances logrados por el movimiento obrero, para los proyectos de la ILE y del verdadero regeneracionismo. Los pretenciosos africanistas, entre cuyas aspiraciones se hallaban la de conducir la regeneración de España y forjar para ella un imperio, hubieron de conformarse con ocupar los puestos de honor en un trasnochado ejército gendarme, que en nada tenía que envidiar al decimonónico. Se echó por tierra la saludable reforma militar republicana, la denominada «trituration azañista», y los establecimientos militares volvieron a extenderse por todo el territorio del Estado, albergando una fuerza pésimamente dotada e instruida, sin capacidad para otra misión que la del mantenimiento del orden. Azaña había intentado acabar con la hipertrofia del Cuerpo de Oficiales, que en gran medida era la culpable de los males que afectaban a la institución armada, pero Franco retuvo en el Ejército a cerca de nueve mil oficiales provisionales, que más o menos equivalían a cuarenta promociones de la Academia General, y, dado que ésta no dejó de funcionar en ningún momento, la superabundancia de militares de carrera alcanzó unos niveles insospechados; en los oficiales, por otra parte, al igual que en los peores tiempos del siglo XIX, se valoraba más la lealtad política («la inquebrantable adhesión al Caudillo») que la competencia técnica, de manera que la preparación de los cuadros de mando sufrió las correspondientes consecuencias negativas. Durante la guerra de Ifni y Sahara salieron a relucir las deficiencias del Ejército, que dieron lugar a «desastres» (cuidadosamente ocultados por la prensa) similares a los de las campañas marroquíes; los militares que participaron en esa guerra solían aludir a ella con el nombre de «la guerra de Gila», en recuerdo de las parodias del célebre humorista. Es evidente, en fin, que la «regeneración» abordada por los héroes de la «epopeya marroquí» no se tradujo en resultados demasiado halagüeños.

En el verano de 1939, el gobierno franquista publicó una serie de decretos por los que se disponía la depuración de todos aquellos que hubieran mostrado la más leve aquiescencia con el régimen republicano, con la justamente denominada «República de los intelectuales»; se pretendía llevar a cabo «la reconstrucción intelectual de España» y fueron apartados de las tareas docentes los acusados de pertenecer a la «anti-España». Un año antes, cuando se cumplía el segundo aniversario del alzamiento de julio, el general Queipo de Llano había publicado un artículo en el diario *ABC* de Sevilla que comenzaba diciendo: «Entramos en el tercer año de la guerra, en cuyo fuego se está purificando España, que saldrá de aquélla libre de la escoria que la destruía y que la llevaba a la ruina». Los africanistas consiguieron «librar» a la patria de unos cinco mil intelectuales, artistas y profesionales de élite, que, para evitar la depuración, se vieron forzados a emigrar a tierras americanas; este trasvase cultural benefició, sobre todo, a México, donde desarrollaron sus actividades eminentes científicos, historiadores, juristas, médicos, filósofos, escritores, pintores, músicos, periodistas, que crearon centros como la Casa de España y el Instituto Luis Vives, editoriales como Fondo de Cultura Económica y revistas como *España Peregrina*. La partida de los exiliados americanos dejaría a la España franquista convertida

en un auténtico «páramo cultural». Uno de esos exiliados, por lo demás, fue el general Vicente Rojo Lluch, digno representante del estamento militar, que también tendría ocasión de demostrar su elevado nivel cultural y profesional, realizando las funciones propias de su empleo (que le sería reconocido), participando en las labores de enseñanza, escribiendo libros que le acreditan como un notable tratadista militar, publicando artículos en periódicos y revistas.

Tras la conclusión de la contienda, la estancia de Vicente Rojo en Francia se prolongó durante varios meses en los que se vio asaltado por el desengaño, el desánimo y la frustración; Rojo pudo comprobar cómo la derrota había supuesto para las huestes republicanas un exacerbamiento de las discordias que siempre se dieron en ellas, manifestándose ahora en un ambiente sórdido, marcado por el hambre, las penalidades y el miedo al futuro. El gobierno Negrín había creado en marzo el Servicio de Emigración para Republicanos Españoles (SERE), integrado por representantes de todos los partidos y organizaciones obreras del Frente Popular, que, si bien disponía de una considerable cantidad de dinero, no supo distribuirla, como el propio Rojo llegó a denunciar, de forma convincente, y dio lugar a toda una masa de descontentos. El general, que tenía a la familia a su cargo, optó por resolver sus propios problemas económicos acudiendo a determinadas editoriales francesas para presentarles algunos trabajos que había realizado sobre la guerra civil, pero esas editoriales le cerraron sus puertas; cuando finalizaba el verano consiguió, al menos, que el SERE accediera a sufragarle el viaje con los suyos a la República Argentina, donde fue bien acogido y tuvo ocasión de desarrollar sus dotes de escritor, comentarista de prensa y conferenciante. En 1942, Bolivia le ofreció un puesto en la Escuela Superior de Guerra, a la par que le reconocía el empleo de general, con todos sus derechos, y allí quedó instalado nuestro personaje hasta su regreso a España.

La actividad de Rojo como escritor y tratadista militar dio buenos frutos en el exilio americano, y publicó, en principio, dos obras que se refieren a la guerra civil, *España heroica* y *Así fue la defensa de Madrid*, en las que, superada ya la negativa influencia de la atmósfera que reinaba al concluir la contienda (cuando escribió *¡Alerta los pueblos!*), dejó patente su habitual objetividad, su maestría en la exposición de los hechos y su extraordinaria capacidad para el análisis de las operaciones. En 1946 dio al público la obra que puede considerarse más ambiciosa, en la que hubo de trabajar durante mucho tiempo, recogiendo probablemente un material elaborado con anterioridad; lleva por título *Elementos del arte de la guerra* y constituye todo un tratado de estrategia y táctica militares. Más tarde, en 1953, abordó el estudio de la guerra como fenómeno humano, político y social, en la trilogía compuesta por *La guerra en sí*, *El imperialismo y las guerras mundiales* y *La guerra de mañana*. De vuelta del exilio, con la salud muy quebrantada y desilusionado por el trato recibido en la España franquista, Rojo escribió su libro quizá menos brillante, titulado *El ejército como institución social*. En Bolivia, por lo demás, la labor desarrollada por el general hubo de resultarle muy gratificante, ya que se amoldaba bien a sus dotes y aficiones; los gobernantes de ese país, en efecto, le encomendaron la reorganización de la Escuela Superior de Guerra, y, terminada esta obra, tuvo ocasión de instruir durante más de un decenio a los oficiales que realizaban los cursos de Estado Mayor. Es así como Rojo llegaría a situarse a la altura de los profesores del exilio español que, ejerciendo las tareas docentes en las universidades hispanoamericanas, dejaron constancia de su excelente preparación y su compromiso con la cultura. Dada su manera de

entender la profesión militar, sin embargo, parece que nuestro personaje hubiera preferido prestar estos buenos servicios en el ejército de su querida España, a la que, como tantos otros expatriados, añoraba cada día más.

En todo caso, desde el inicio de la década de los cincuenta, Rojo, que además se veía afectado por algunos problemas de salud, comenzó a mostrar claros deseos de regresar a la patria, y llevó a cabo diversas gestiones que contaron con respaldos tan importantes como el del propio embajador español y el de altas jerarquías de la Iglesia; pero todos estos esfuerzos resultaron vanos, al denegarle la Junta de Repatriación franquista el permiso de entrada en España. Rojo persistiría, no obstante, en sus propósitos hasta lograr que una carta suya llegara a las manos del ministro del Ejército, Agustín Muñoz Grandes, gracias, entre otras cosas, a los buenos oficios de su gran amigo Emilio Alamán, que a la sazón desempeñaba el cargo de general director de la Academia Militar de Zaragoza; Alamán, por otra parte, tenía sobrados motivos para estarle agradecido a su antiguo compañero, que, arriesgando bastante, había protegido a su familia en Madrid durante las dramáticas jornadas del verano de 1936... Sea como fuere, en un Consejo de Ministros presidido por Franco en enero de 1957, se le concedió finalmente a Rojo la autorización para regresar a España, y su llegada tuvo lugar un mes después.

Vicente Rojo fijó su residencia en Madrid sin otros problemas, en principio, que los derivados de su delicada salud; su domicilio de la calle de Ríos Rosas se hallaba muy cerca del edificio de la Escuela Superior de Guerra, que, sin duda, habría de inspirarle gratos recuerdos. Apenas trataba con nadie, pero en el seno de la familia militar (excluidos, por supuesto, los más radicales miembros del grupo africanista y sus acólitos) obtuvo buena acogida la medida que permitió el regreso de quien había dado pruebas, en la paz y en la guerra, de excepcional competencia y ejemplar condición moral; muchos llegaron a celebrar, incluso, que el siempre rencoroso y revanchista Generalísimo hubiera, por una vez, mostrado un rasgo de magnanimidad... Vicente Rojo disfrutó de una vida plácida durante varios meses en la tierra que tanto había añorado; hasta que un día, a mediados de julio de 1957, fue sorprendido por una citación que le ordenaba personarse ante el Juzgado Especial para los Delitos de Espionaje y Comunismo, donde le notificaron que iba a ser procesado por el delito de rebelión militar. Resultaba, desde luego, muy extraño que, tras acceder a su solicitud de repatriación y después de que hubiera transcurrido un relativamente largo período de tiempo, el gobierno de Franco decidiera procesar a Rojo, pero, en definitiva, el Consejo de Guerra tuvo lugar y dictó una sentencia que le condenaba, por un delito de adhesión a la rebelión, a la pena de cadena perpetua, con las accesorias que incluían la pérdida de empleo militar (el de comandante que ostentaba en 1936, ya que el de general, otorgado por la República, no le fue reconocido). Veinte años antes, el general Batet había sido condenado a muerte por idéntico delito, al considerar el tribunal, lo mismo que en el caso de Rojo, que, de acuerdo con el artículo 238, Título VI, Tratado Segundo, del Código de Justicia Militar, había faltado a su obligación de hacer causa común con los militares sublevados... En ambos casos quedaría bien patente la esperpéntica manera de administrar justicia que tenían los tribunales militares franquistas.

Rojo se libró de ir a la cárcel al serle aplicados (exclusivamente en lo que se refiere a la pena principal) los beneficios del indulto decretado en 1945, mas no pudo evitar, dada

la injusticia con él cometida, que una profunda amargura le acompañara hasta el día de su muerte, que tuvo lugar el 15 de junio de 1966. Es muy posible, por lo demás, que en la actitud adoptada por Franco con respecto a Rojo latiera un afán de desquite por las humillaciones sufridas en el campo de batalla, pero lo único que está claro es que el cauteloso Caudillo no llegó a explicar jamás las razones que le llevaron a observar un comportamiento tan mezquino.

## Bibliografía

FUENTES PRIMARIAS: Archivo del general Rojo, depositado en el Archivo Histórico Nacional (AHN-GR).

Abella, Rafael, *La vida cotidiana durante la Guerra Civil*, Planeta, Barcelona, 1978.

Alcalá Zamora, Niceto, *Confesiones de un demócrata*, Patronato Niceto Alcalá Zamora y Torres, Priego de Córdoba, 2000.

Alpert, Michael, *El Ejército republicano en la Guerra Civil*, Ruedo Ibérico, París, 1977.

Álvarez del Vayo, Julio, *La guerra empezó en España*, Séneca, México, 1940.

Andrade, Jaime de (Francisco Franco Bahamonde), *Raza*, Numancia, Madrid, 1942.

Ansaldo, Juan Antonio, *¿Para qué...?*, Vasca Ekin, Buenos Aires, 1951.

Aranda, Antonio, «La guerra en Asturias y en los frentes de Aragón y Levante», en Universidad de Zaragoza (ed.), *La guerra de liberación nacional*, Talleres Octavio y Félez, Zaragoza, 1961.

Arrarás, Joaquín, *Franco*, Santarén, Valladolid, 1939.

Artola, Miguel, *Partidos y Programas políticos 1808-1936*, Aguilar, Madrid, 1977.

Asensio, Carlos, «El avance sobre Madrid», en Universidad de Zaragoza (ed.), *La guerra de liberación nacional*, Talleres Octavio y Félez, Zaragoza, 1961.

Azaña, Manuel, *Causas de la guerra de España*, Crítica, Barcelona, 1986.

—*Diarios completos*, Crítica, Barcelona, 2000.

Aznar, Manuel, *Historia militar de la guerra de España*, Editora Nacional, Madrid, 1969.

Balfour, Sebastián, *Abrazo mortal*, Península, Barcelona, 2002.

Barea, Arturo, *La forja de un rebelde*, Debate, Madrid, 2000.

Bastarreche, Francisco, «De nuestra guerra en el mar», en Universidad de Zaragoza

- (ed.), *La guerra de liberación nacional*, Talleres Octavio y Félez, Zaragoza, 1961.
- Beaufre, general, *Introducción a la estrategia*, Ediciones Ejército, Madrid, 1980.
- Benet, Juan, *La sombra de la guerra*, Taurus, Madrid, 1999.
- Beneyto, Antonio, *Censura y política en los escritores españoles*, Euros, Barcelona, 1975.
- Benzo, Eduardo, *Al servicio del Ejército*, Morata, Madrid, 1931.
- Bishop, Edward, *La batalla de Inglaterra*, San Martín, Madrid, 1975.
- Blanco, Carlos, *La Academia General Militar de Zaragoza (1928-1931)*, Labor, Barcelona, 1989.
- Franco y Rojo. Dos generales para dos Españas*, Labor, Barcelona, 1993.
- «La enseñanza militar en la España del XIX», *Historia* 16, 213 (1994).
- La incompetencia militar de Franco*, Alianza, Madrid, 2000.
- General Mola. El ególatra que provocó la Guerra Civil*, La Esfera, Madrid, 2002.
- Bolloten, Burnett, *La guerra civil española*, Alianza, Madrid, 1989.
- Bowers, Claude, *Misión en España*, Grijalbo, Barcelona, 1977.
- Bravo Morata, Federico, *La República y el Ejército*, Fenicia, Madrid, 1978.
- Brenan, Gerald, *El laberinto español*, Ibérica de Ediciones y Publicaciones, Barcelona, 1977.
- Cabanellas, Guillermo, *La guerra de los mil días*, Grijalbo, Barcelona, 1973.
- Cabrera, Hilda, *Revolución liberal y restauración borbónica*, Altalena, Madrid, 1978.
- Campins, Miguel, *La Academia General Militar de Zaragoza y sus normas pedagógicas*, inédito, de 201 folios mecanografiados (1932, Gerona), depositados en el Museo Archivo de la Academia General Militar.
- Cardona, Gabriel, *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*, Siglo XXI, Madrid, 1983.
- «Las operaciones militares», en Manuel Tuñón de Lara y otros, *La guerra civil*

*española 50 años después*, Labor, Barcelona, 1989.

—*El problema militar en España*, Biblioteca Historia 16, Madrid, 1990.

Carr, Raymond, *España 1908-1975*, Ariel, Barcelona, 1984.

Casado Burbano, Pablo, *Las Fuerzas Armadas en el inicio del constitucionalismo español*, Edersa, Madrid, 1982.

Caviglia, Enrique, *Estudio sobre la dirección de la Gran Guerra*, Colección Bibliográfica Militar, Toledo, 1931.

Ciutat, Francisco, *Relatos y reflexiones de la guerra de España. 1936-1939*, Forma Ediciones, Madrid, 1978.

Clausewitz, Karl von, *De la guerra*, Ediciones Ejército, Madrid, 1980.

Colodny, Robert G., *El asedio de Madrid*, Ruedo Ibérico, París, 1970.

Comellas, José Luis, *La Restauración como experiencia histórica*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1977.

Cordón, Antonio, *Trayectoria*, Ebro, París, 1971.

Coverdale, John F., *La intervención fascista en la guerra civil española*, Alianza, Madrid, 1979.

Díaz-Plaja, Fernando, *La guerra de España en sus documentos*, Plaza y Janés, Barcelona, 1970.

Dixon, Norman F., *Sobre la psicología de la incompetencia militar*, Anagrama, Barcelona, 1977.

Duroselle, Jean Baptiste, *Europa de 1815 a nuestros días; vida política y relaciones internacionales*, Labor, Barcelona, 1991.

Elstob, Peter, *La Legión Cóndor*, San Martín, Madrid, 1973.

Espadas, Manuel, *Alfonso XII y los orígenes de la Restauración*, Alianza, Madrid, 1990.

Esteban-Infantes, Emilio, *General Sanjurjo*, AHR, Barcelona, 1957.

Fernández Almagro, Melchor, *Historia política de la España contemporánea 1897-1902*, Alianza, Madrid, 1970.

—*Historia del reinado de Alfonso XIII*, Montaner y Simón, Barcelona, 1977.

Fernández Santander, Carlos, *El general Franco*, Argos-Vergara, Barcelona, 1983.

Ferro, Marc, *La Gran Guerra (1914-1918)*, Alianza, Madrid, 2000.

Franco Bahamonde, Francisco, *Palabras de Franco. I año triunfal*, Editora Nacional, Bilbao, 1937.

—Palabras del Caudillo. 19 de abril 1937-7 de diciembre 1942, *Vicesecretaría de Educación Popular, Madrid, 1943*.

—*ABC de la batalla defensiva*, Imprenta del Servicio Geográfico del Ejército, Madrid, 1944.

—*La voz y la obra de Francisco Franco*, Galea, S. L., 1983.

—*Papeles de la guerra de Marruecos*, Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1986.

—*Apuntes personales sobre la República y la Guerra Civil*, Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1987.

Franco Bahamonde, Francisco y otros, *Documentos inéditos para la historia del generalísimo Franco*, Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1992.

Franco Salgado-Araujo, Francisco, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Planeta, Barcelona, 1976.

—*Mi vida junto a Franco*, Planeta, Barcelona, 1977.

Fraser, Ronald, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, Crítica, Barcelona, 1979.

Fuller, J. F. C., *La guerra futura*, Colección Bibliográfica Militar, Toledo, 1929.

—*Operaciones entre fuerzas mecanizadas*, Colección Bibliográfica Militar, Toledo, 1933.

—*Batallas decisivas del mundo occidental*, Ediciones Ejército, Madrid, 1979.

—*La dirección de la guerra*, Ediciones Ejército, Madrid, 1984.

Fusi, Juan Pablo, *Franco*, El País, Madrid, 1985.

García de Cortázar, Fernando, «Guernica, medio siglo después», *Historia 16*, 133 (1987).

García Nieto, María Carmen y otros, *Crisis del sistema canovista 1898-1923*, Guadiana, Madrid, 1972.

García Valiño, Rafael, «La Campaña del Norte», en Universidad de Zaragoza (ed.), *La Guerra de liberación nacional*, Talleres Octavio y Félez, Zaragoza, 1961.

Garriga, Ramón, *Juan March y su tiempo*, Planeta, Barcelona, 1976.

—*El general Yagüe*, Planeta, Barcelona, 1985.

Georgel, Jacques, *El franquismo. Historia y balance (1939-1969)*, Ruedo Ibérico, París, 1971.

Giménez Caballero, Ernesto, *Memorias de un dictador*, Planeta, Barcelona, 1981.

Goltz, Colmar von der, *La nación en armas*, Imprenta de Juan Peláez, Toledo, 1895.

Headrick, Daniel R., *Ejército y política en España (1866-1898)*, Tecnos, Madrid, 1981.

Hidalgo de Cisneros, Ignacio, *Cambio de rumbo*, Ikusager, Vitoria, 2001.

Howson, Gerald, *Armas para España*, Península, Barcelona, 2000.

Ibáñez Marín, José, *La campaña de Prusia de 1806*, Tipografía «El Trabajo», Madrid, 1906.

Ibáñez, José y Luis Angulo, *Los cadetes*, Tipografía «El Trabajo», Madrid, 1903.

Ibárruri, Dolores y otros, *Guerra y Revolución en España*, Progreso, Moscú, 1977.

Jackson, Gabriel, *Entre la reforma y la revolución*, Crítica, Barcelona, 1980.

—*Breve historia de la Guerra Civil española*, Grijalbo, Barcelona, 1986.

—*La República española y la Guerra Civil (1931-1939)*, Orbis, Barcelona, 1987.

Jellinek, Frank, *La Guerra Civil en España*, Júcar, Gijón, 1978.

Juliá, Santos y otros, *Memoria del 98*, El País, Madrid, 1997.

Kindelán, Alfredo, «La aviación en nuestra guerra», en Universidad de Zaragoza (ed.), *La guerra de liberación nacional*, Talleres Octavio y Félez, Zaragoza, 1961.

—*Mis cuadernos de guerra*, Planeta, Barcelona, 1982.

- Koltsov, Mijail, *Diario de la guerra de España*, Ruedo Ibérico, París, 1963.
- Largo Caballero, Francisco, *Mis recuerdos*, Ediciones Unidas, México, 1976.
- Liddell Hart, B. H., *El otro lado de la colina*, Ediciones Ejército, Madrid, 1983.
- Líster, Enrique, *Memorias de un luchador*, G. del Toro, Madrid, 1977.
- Llarch, Joan, *Franco. Biografía*, ATE, Barcelona, 1985.
- Lojendio, Luis María de, *Operaciones militares de la guerra de España, 1936-1939*, Montaner y Simón, Barcelona, 1940.
- López Muñiz, Gregorio, *Los procedimientos tácticos vigentes en la actualidad*, Colección Bibliográfica Militar, Toledo, 1929.
- La batalla de Madrid*, Gloria, Madrid, 1943.
- Madariaga, María Rosa de, *Los moros que trajo Franco*, Martínez Roca, Barcelona, 2002.
- Madariaga, Salvador de, *España. Ensayo de historia contemporánea*, Espasa-Calpe, Madrid, 1979.
- Maíz, Félix, *Mola, aquel hombre*, Planeta, Barcelona, 1976.
- Mariñas, Francisco Javier, *General Varela*, AHR, Barcelona, 1956.
- Martínez Barrio, Diego, *Memorias*, Planeta, Barcelona, 1983.
- Martínez Paricio, Jesús y otros, *Los papeles del general Rojo*, Espasa-Calpe, Madrid, 1989.
- Modesto, Juan, *Soy del Quinto Regimiento*, Ebro, París, 1969.
- Mola, Emilio, *Obras completas*, Santarén, Valladolid, 1940.
- Montgomery, Bernard Law, mariscal, *Historia del arte de la guerra*, Aguilar, Madrid, 1969.
- Navarro, Modesto, *Estudios sociológico-militares*, Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención Militar, Madrid, 1915.
- Olmedo, Antonio y José Cuesta, *General Queipo de Llano*, AHR, Barcelona, 1957.
- Paris, Robert, *Los orígenes del fascismo*, Sarpe, Madrid, 1985.

Payne, Stanley G., *Ejército y sociedad en la España liberal (1808-1936)*, Akal, Madrid, 1977.

Pozuelo, Vicente, *Los últimos 476 días de Franco*, Planeta, Barcelona, 1980.

Preston, Paul, *Franco*, Grijalbo, Barcelona, 1994.

—*Las tres Españas del 36*, Plaza y Janés, Barcelona, 1998.

—*La guerra civil española*, Plaza y Janés, Barcelona, 2000.

Raguer, Hilari, *El general Batet*, Península, Barcelona, 1996.

Ramón y Cajal, Santiago, *Charlas de café*, Imprenta Juan Pueyo, Madrid, 1922.

Ridruejo, Dionisio, *Casi unas memorias*, Planeta, Barcelona, 1976.

Rojas, Carlos, *La guerra civil vista por los exiliados*, Planeta, Barcelona, 1975.

Rojo, Vicente, *Los ejercicios sobre el plano. Aplicación a casos concretos*, Colección Bibliográfica Militar, Toledo, 1932.

—*La guerra en sí*, Talleres Gráficos Bolivianos, La Paz, 1953.

—*El imperialismo y las guerras mundiales*, Talleres Gráficos Bolivianos, La Paz, 1953.

—*La guerra de mañana*, Talleres Gráficos Bolivianos, La Paz, 1953.

—*El Ejército como institución social*, ZYX, Madrid, 1968.

—*¡Alerta los pueblos!*, Ariel, Barcelona, 1974.

—*España heroica*, Ariel, Barcelona, 1975.

—*Así fue la defensa de Madrid*, Imprenta de la Comunidad de Madrid, 1987.

—*Elementos del Arte de la Guerra*, Publicaciones de Defensa, Madrid, 1988.

Saiz Valdivieso, Alfonso Carlos, *Indalecio Prieto. Crónica de un corazón*, Planeta, Barcelona, 1984.

Salas Larrazábal, Jesús, *Guerra aérea 1936-1939*, IHCA, Madrid, 1998.

Salas Larrazábal, Ramón, *Historia del Ejército Popular de la República*, Editora Nacional, Madrid, 1973.

Sanjuán, Alfredo de, *Mandos y estudios militares*, Colección Bibliográfica Militar, Toledo, 1932.

Seco Serrano, Carlos, *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, Instituto de Estudios Económicos, Madrid, 1984.

Serrano Súñer, Ramón, *Memorias*, Planeta, Barcelona, 1977.

Silva, Carlos, *General Millán Astray*, AHR, Barcelona, 1956.

Soriano, Ramón, *La mano izquierda de Franco*, Planeta, Barcelona, 1981.

Southworth, Herbert, *El mito de la cruzada de Franco*, Ruedo Ibérico, París, 1963.

—«La destrucción de Guernica», *Historia* 16, 12 (1977).

Spick, Mike, *Ases de caza de la Luftwaffe*, San Martín, Madrid, 2002.

Strachan, Hew, *Ejércitos europeos y conducción de la guerra*, Ediciones Ejército, Madrid, 1985.

Sueiro, Daniel y Bernardo Díaz Nosty, *Historia del franquismo*, Sarpe, Madrid, 1986.

Tagüeña, Manuel, *Testimonio de dos guerras*, Planeta, Barcelona, 1978.

Tarazona, Francisco, *Yo fui piloto de caza rojo*, Fermín Uriarte, Madrid, 1968.

Thomas, Gordon y Max Morgan-Witts, *El día que murió Guernica*, Plaza y Janés, Barcelona, 1976.

Thomas, Hugh, *La guerra civil española*, Grijalbo, Barcelona, 1976.

Tuñón de Lara, Manuel, *Historia de España*, vol. IX, Labor, Barcelona, 1983.

—*España, la quiebra del 98*, Sarpe, Madrid, 1986.

Vidarte, Juan Simeón, *Todos fuimos culpables*, Grijalbo, Barcelona, 1978.

Vigón, Jorge, *General Mola*, AHR, Barcelona, 1957.

Vilar, Pierre, *Historia de España*, Crítica, Barcelona, 1978.

Viñas, Ángel, *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Alianza, Madrid, 1977.

—*Guerra, dinero, dictadura*, Crítica, Barcelona, 1984.

—«Los condicionantes internacionales», en Manuel Tuñón de Lara y otros, *La guerra civil española 50 años después*, Labor, Barcelona, 1989.

—Franco, Hitler y el estallido de la Guerra Civil, *Alianza, Madrid, 2001*.

Wanty, Emile, *La historia de la humanidad a través de las guerras*, Alfaguara, Madrid, 1972.

Weinberg, Gerhard L., *Un mundo en armas*, Grijalbo, Barcelona, 1995.

Wyden, Peter, *La guerra apasionada*, Martínez Roca, Barcelona, 1983.

Zugazagoitia, Julián, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Librería Española, París, 1968.

<sup>[1]</sup> Manuel Tuñón de Lara, *España: la quiebra del 98*, Sarpe, Madrid, 1986, p. 67. <<

<sup>[2]</sup> José Ibáñez y Luis Angulo, *Los cadetes*, Tipografía «El Trabajo», Madrid, 1903, pp. 11-16. <<

<sup>[3]</sup> Stanley G. Payne, *Ejército y sociedad en la España liberal (1808-1936)*, Akal, Madrid, 1977, pp. 110, 113 y 119. <<

<sup>[4]</sup> Hilda Cabrera, *Revolución liberal y restauración borbónica*, Altalena, Madrid, 1978, pp. 158-159. <<

<sup>[5]</sup> Carlos Silva, *General Millón Astray*, AHR, Barcelona, 1956, pp. 55-63. <<

<sup>[6]</sup> Melchor Fernández Almagro, *Historia política de la España contemporánea 1897-1902*, Alianza, Madrid, 1970, pp. 150-165. <<

<sup>[7]</sup> Modesto Navarro, *Estudios sociológico-militares*, Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención Militar, Madrid, 1915, pp. 239-247. <<

<sup>[8]</sup> Pablo Casado Burbano, *Las Fuerzas Armadas en el inicio del constitucionalismo español*, Edersa, Madrid, 1982, pp. 92-93. <<

<sup>[9]</sup> Carlos Blanco, *Franco y Rojo. Dos generales para dos Españas*, Labor, Barcelona, 1993, pp. 37-38. <<

<sup>[10]</sup> Idem, *General Mola. El ególatra que provocó la Guerra Civil*, La Esfera, Madrid, 2002, pp. 32-33 y 114-115. <<

<sup>[11]</sup> Stanley G. Payne, ob. cit., pp. 100-102. <<

<sup>[12]</sup> Santiago Ramón y Cajal, *Charlas de café*, Imprenta Juan Pueyo, Madrid, 1922, pp. 308-309. <<

<sup>[13]</sup> Eduardo Benzo, *Al servicio del Ejército*, Morata, Madrid, 1931, p. 36. <<

<sup>[14]</sup> José Ibáñez y Luis Angulo, ob. cit., pp. 41-82. <<

<sup>[15]</sup> José Ibáñez y Luis Angulo, ob. cit., pp. 84-90. <<

<sup>[16]</sup> Juan Benet, *La sombra de la guerra*, Taurus, Madrid, 1999, pp. 180-185. <<

<sup>[17]</sup> Pierre Vilar, *Historia de España*, Crítica, Barcelona, 1978, p. 84. <<

<sup>[18]</sup> Carlos Blanco, «La enseñanza militar en la España del XIX», *Historia 16*, 213 (1994), pp. 24-32. <<

[19] José Ibáñez y Luis Angulo, ob. cit., p. 91. <<

[20] *Ibídem*, p. 94. <<

[21] José Ibáñez Marín, *La campaña de Prusia de 1806*, Tipografía «El Trabajo», Madrid, 1906. <<

[22] Bernard Law Montgomery, mariscal, *Historia del arte de la guerra*, Aguilar, Madrid, 1969, p. 332. <<

[23] Salvador de Madariaga, *España. Ensayo de Historia contemporánea*, Espasa-Calpe, Madrid, 1979, pp. 102-105. <<

[24] Gerald Brenan, *El laberinto español*, Ibérica de Ediciones y Publicaciones, Barcelona, 1977, pp. 48-49. <<

[25] Eduardo Benzo, ob. cit., pp. 42-44. <<

- [1] Sebastián Balfour, *Abrazo mortal*, Península, Barcelona, 2002, pp. 31-33. <<
- [2] Carlos Blanco, *La incompetencia militar de Franco*, Alianza, Madrid, 2000, pp. 50-51. <<
- [3] Vicente Pozuelo, *Los últimos 476 días de Franco*, Planeta, Barcelona, 1980, pp. 101-102. <<
- [4] Carlos Seco, *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, Instituto de Estudios Económicos, Madrid, 1984, pp. 257-259. <<
- [5] Carlos Blanco, *General Mola. El ególatra que provocó la Guerra Civil*, La Esfera, Madrid, 2002, p. 21. <<
- [6] Robert París, *Los orígenes del fascismo*, Sarpe, Madrid, 1985, pp. 35-39. <<
- [7] Sebastián Balfour, ob. cit., p. 68. <<
- [8] Carlos Blanco, *General Mola...*, pp. 42-43. <<
- [9] Jorge Vigón, *General Mola*, AJHR, Barcelona, 1957, pp. 22-25. <<
- [10] Emilio Esteban-Infantes, *General Sanjurjo*, AHR, Barcelona, 1957, pp. 40-46. <<
- [11] Francisco Franco Salgado, *Mi vida junto a Franco*, Planeta, Barcelona, 1977, p. 31. <<
- [12] Bernard Law Montgomery, mariscal, *Historia del arte de la guerra*, Aguilar, Madrid, 1969, p. 426. <<
- [13] Carlos Blanco, *La incompetencia militar...*, pp. 77-80. <<
- [14] Sebastián Balfour, ob. cit., pp. 72-89. <<
- [15] Carlos Blanco, *La incompetencia militar...*, pp. 95-100. <<
- [16] Gabriel Cardona, *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*, Siglo XXI, Madrid, 1983, pp. 40-42. <<
- [17] Stanley G. Payne, *Ejército y sociedad en la España liberal (1808-1936)*, Akal, Madrid, 1977, p. 189. <<
- [18] Jesús Martínez Paricio y otros, *Los papeles del general Rojo*, Espasa-Calpe, Madrid, 1989, p. 24. <<

- [19] Carlos Blanco, *La incompetencia militar...*, pp. 118, 119 y 149. <<
- [20] Francisco Franco Bahamonde, *Apuntes personales sobre la República y la Guerra civil*, Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1987, p. 5. <<
- [21] Idem, *Papeles de la guerra de Marruecos*, Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1986, pp. 78-86. <<
- [22] Raymond Carr, *España 1908-1975*, Ariel, Barcelona, 1984, p. 499. <<
- [23] Antonio Cerdón, *Trayectoria*, Ebro, París, 1971, p. 74. <<
- [24] Stanley G. Payne, ob. cit., pp. 244, 253 y 254. <<
- [25] Hilari Raguier, *El general Batet*, Península, Barcelona, 1996, pp. 53-55 y 329-332. <<
- [26] Francisco Franco Salgado, ob. cit., pp. 112-116. <<
- [27] Alfonso Carlos Saiz Valdivieso, *Indalecio Prieto. Crónica de un corazón*, Planeta, Barcelona, 1984, pp. 83-85. <<
- [28] Raymond Carr, ob. cit., pp. 504-505. <<
- [29] Stanley G. Payne, ob. cit., p. 296. <<
- [30] Sebastián Balfour, ob. cit., pp. 325-329. <<
- [31] Daniel R. Headrick, *Ejército y política en España (1866-1898)*, Tecnos, Madrid, 1981, p. 14. <<
- [32] Antonio Cerdón, ob. cit., pp. 79-98. <<
- [33] Ángel Viñas, *Franco, Hitler y el estallido de la Guerra Civil*, Alianza, Madrid, 2001, pp. 85-112. <<
- [34] Sebastián Balfour, ob. cit., pp. 250-300. <<
- [35] Ignacio Hidalgo de Cisneros, *Cambio de rumbo*, Ikusager, Vitoria, 2001, pp. 158-160. <<
- [36] Jesús Martínez Paricio y otros, ob. cit., pp. 35-37. <<
- [37] Carlos Blanco, *La Academia General Militar de Zaragoza (1928-1931)*, Labor, Barcelona, 1989, p. 235. <<



[1] Francisco Franco Salgado, *Mi vida junto a Franco*, Planeta, Barcelona, 1977, p. 97. <<

[2] Manuel Azaña, *Diarios completos*, Crítica, Barcelona, 2000, pp. 172, 175 y 234. <<

[3] Antonio Cordón, *Trayectoria*, Ebro, París, 1971, pp. 193-194. <<

[4] Carlos Blanco, *La Academia General Militar de Zaragoza (1928-1931)*, Labor, Barcelona, 1989, pp. 92-106. <<

[5] Miguel Campins, *La Academia General Militar de Zaragoza y sus normas pedagógicas*, inédito, de 201 folios mecanografiados (1932, Gerona), depositados en el Museo Archivo de la Academia General Militar, pp. 200-201. <<

[6] *Ibídem*, p. 186. <<

[7] Carlos Blanco, ob. cit., pp. 149-223. <<

[8] Francisco Franco Salgado, ob. cit., p. 147. <<

[9] Ignacio Hidalgo de Cisneros, *Cambio de rumbo*, Ikusager, Vitoria, 2001, p. 427. <<

[10] Enrique Lister, *Memorias de un luchador*, G. del Toro, Madrid, 1977, pp. 47-48. <<

[11] Carlos Blanco, ob. cit., pp. 109-112 y 126. <<

[12] Emilio Mola, *Obras completas*, Santarén, Valladolid, 1940, p. 970. <<

[13] *Ibídem*, pp. 938-939. <<

[14] Carlos Blanco, *General Mola. El ególatra que provocó la Guerra Civil*, La Esfera, Madrid, 2002, pp. 117-119. <<

[15] Ramón Garriga, *Juan March y su tiempo*, Planeta, Barcelona, 1976, p. 217. <<

[16] Manuel Azaña, ob. cit., pp. 551-552. <<

[17] Guillermo Cabanellas, *La guerra de los mil días*, Grijalbo, Barcelona, 1973, p. 229. <<

[18] Robert G. Colodny, *El asedio de Madrid*, Ruedo Ibérico, París, 1970, pp. 12-13. <<

[19] Félix Maíz, *Mola, aquel hombre*, Planeta, Barcelona, 1976, p. 92. <<

[20] Antonio Cordón, ob. cit., p. 212. <<

[21] Félix Maíz, ob. cit., p. 224. <<

[22] Carlos Blanco, *La incompetencia militar de Franco*, Alianza, Madrid, 2000, pp. 199-200. <<

[23] Carlos Blanco, *General Mola...*, pp. 267-279. <<

[24] Karl von Clausewitz, *De la guerra*, Ediciones Ejército, Madrid, 1980, p. 111. <<

- <<
- [1] Manuel Azaña, *Causas de la guerra de España*, Crítica, Barcelona, 1986, p. 69.
- <<
- [2] Juan Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables*, Grijalbo, Barcelona, 1978, p. 291.
- <<
- [3] Frank Jellinek, *La Guerra Civil en España*, Júcar, Gijón, 1978, p. 47. <<
- [4] Manuel Tagüeña, *Testimonio de dos guerras*, Planeta, Barcelona, 1978, p. 78. <<
- [5] Arturo Barea, *La forja de un rebelde*, Debate, Madrid, 2000, pp. 613-621. <<
- [6] Juan Simeón Vidarte, ob. cit., pp. 298-300. <<
- [7] Ignacio Hidalgo de Cisneros, *Cambio de rumbo*, Ikusager, Vitoria, 2001, pp. 434-435. <<
- [8] Gerald Howson, *Armas para España*, Península, Barcelona, 2000, pp. 52-55. <<
- [9] Manuel Tagüeña, ob. cit., p. 70. <<
- [10] Stanley G. Payne, *Ejército y sociedad en la España liberal (1808-1936)*, Akal, Madrid, 1977, p. 458. <<
- [11] Frank Jellinek, ob. cit., pp. 239-240. <<
- [12] Sebastián Balfour, *Abrazo mortal*, Península, Barcelona, 2002, p. 497. <<
- [13] Guillermo Cabanellas, *La guerra de los mil días*, Grijalbo, Barcelona, 1973, pp. 476-477. <<
- [14] Arturo Barea, ob. cit., pp. 640-641. <<
- [15] Michael Alpert, *El Ejército Republicano en la Guerra Civil*, Ruedo Ibérico, París, 1977, pp. 16-18 y 38. <<
- [16] Manuel Tagüeña, ob. cit., p. 86. <<
- [17] AHN-GR, caja 2, carpeta 5. <<
- [18] Arturo Barea, ob. cit., p. 632. <<
- [19] Claude Bowers, *Misión en España*, Grijalbo, Barcelona, 1977, p. 312. <<
- [20] Robert G. Colodny, *El asedio de Madrid*, Ruedo Ibérico, París, 1970, p. 148. <<

[21] Paul Preston, *La guerra civil española*, Plaza y Janés, Barcelona, 2000, pp. 93-94. <<

[22] Claude Bowers, ob. cit., p. 333. <<

[23] Gerald Howson, ob. cit., pp. 56-64. <<

[24] Vicente Rojo, *El imperialismo y las guerras mundiales*, Talleres Gráficos Bolivianos, La Paz, 1953, pp. 240-241. <<

[25] Gerhard L. Weinberg, *Un mundo en armas*, Grijalbo, Barcelona, 1995, pp. 34-47. <<

[26] Gerald Howson, ob. cit., p. 168. <<

[27] John F. Coverdale, *La intervención fascista en la guerra civil española*, Alianza, Madrid, 1979, p. 94. <<

[28] Sebastián Balfour, ob. cit., pp. 499-508. <<

[29] María Rosa de Madariaga, *Los moros que trajo Franco*, Martínez Roca, Barcelona, 2002, pp. 171-172. <<

[30] Gabriel Jackson, *La República española y la Guerra Civil*, Orbis, Barcelona, 1987, pp. 242-244. <<

[31] Gerald Brenan, *El laberinto español*, Ibérica de Ediciones y Publicaciones, Barcelona, 1977, pp. 385-386. <<

[32] María Rosa de Madariaga, ob. cit., pp. 296-306. <<

[33] Carlos Blanco, *La incompetencia militar de Franco*, Alianza, Madrid, 2000, pp. 117-118. <<

[34] Sebastián Balfour, ob. cit., pp. 395-397. <<

[35] Peter Wyden, *La guerra apasionada*, Martínez Roca, Barcelona, 1983, pp. 158-160. <<

[36] Michael Alpert, ob. cit., pp. 75-84 y 193. <<

[37] Enrique Líster, *Memorias de un luchador*, G. del Toro, Madrid, 1977, pp. 137-141. <<

[38] Mijail Koltsov, *Diario de la guerra de España*, Ruedo Ibérico, París, 1963, pp. 66-73. <<

[39] Ángel Viñas, «Los condicionantes internacionales», en Manuel Tuñón de Lara y otros, *La guerra civil española 50 años después*, Labor, Barcelona, 1989, pp. 137-146. <<

[40] Gerald Howson, ob. cit., pp. 89 y 355-357. <<

[41] Juan Simeón Vidarte, ob. cit., p. 467. <<

[42] Juan Modesto, *Soy del Quinto Regimiento*, Ebro, París, 1969, pp. 61-65. <<

[43] Ronald Fraser, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, Crítica, Barcelona, 1979, p. 360. <<

<sup>[1]</sup> Peter Wyden, *La guerra apasionada*, Martínez Roca, Barcelona, 1983, pp. 196-197. <<

<sup>[2]</sup> Carlos Blanco, *General Mola. El ególatra que provocó la Guerra Civil*, La Esfera, Madrid, 2002, pp. 297-299. <<

<sup>[3]</sup> Robert G. Colodny, *El asedio de Madrid*, Ruedo Ibérico, París, 1970, p. 38. <<

<sup>[4]</sup> Peter Wyden, ob. cit., p. 204. <<

<sup>[5]</sup> Mijail Koltsov, *Diario de la guerra de España*, Ruedo Ibérico, París, 1963, pp. 482-483. <<

<sup>[6]</sup> Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Librería Española, París, 1968, p. 197. <<

<sup>[7]</sup> Antonio Cordón, *Trayectoria*, Ebro, París, 1971, p. 278. <<

<sup>[8]</sup> Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos*, Ediciones Unidas, México, 1976, pp. 176-182. <<

<sup>[9]</sup> Vicente Rojo, *Así fue la defensa de Madrid*, Imprenta de la Comunidad de Madrid, 1987, pp. 32-33. <<

<sup>[10]</sup> Ignacio Hidalgo de Cisneros, *Cambio de rumbo*, Ikusager, Vitoria, 2001, p. 482. <<

<sup>[11]</sup> Guillermo Cabanellas, *La guerra de los mil días*, Grijalbo, Barcelona, 1973, p. 1103. <<

<sup>[12]</sup> Ángel Viñas, *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Alianza, Madrid, 1977, pp. 390-391. <<

<sup>[13]</sup> Carlos Blanco, *La incompetencia militar de Franco*, Alianza, Madrid, 2000, pp. 189-222. <<

<sup>[14]</sup> Ernesto Giménez Caballero, *Memorias de un dictador*, Planeta, Barcelona, 1981, p. 105. <<

<sup>[15]</sup> Ramón Soriano, *La mano izquierda de Franco*, Planeta, Barcelona, 1981, p. 28. <<

<sup>[16]</sup> Vicente Rojo, ob. cit., pp. 34-35 y 51-53. <<

<sup>[17]</sup> Arturo Barea, *La forja de un rebelde*, Debate, Madrid, 2000, p. 688. <<

- [18] Vicente Rojo, ob. cit., pp. 37-38. <<
- [19] J. F. C. Fuller, *Batallas decisivas del mundo occidental*, Ediciones Ejército, Madrid, 1979, p. 415. <<
- [20] Manuel Azaña, *Causas de la guerra de España*, Crítica, Barcelona, 1986, p. 75. <<
- [21] Vicente Rojo, ob. cit., pp. 23-24. <<
- [22] Idem, *España heroica*, Ariel, Barcelona, 1975, pp. 21-24. <<
- [23] Jesús Martínez Paricio y otros, *Los papeles del general Rojo*, Espasa-Calpe, Madrid, 1989, p. 65. <<
- [24] Francisco Franco Salgado, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Planeta, Barcelona, 1976, p. 189. <<
- [25] Vicente Rojo, *España heroica*, pp. 43-46. <<
- [26] Idem, *Así fue la defensa...*, pp. 40-41. <<
- [27] Enrique Lister, *Memorias de un luchador*, G. del Toro, Madrid, 1977, p. 169. <<
- [28] Mijail Koltsov, ob. cit., pp. 190-191. <<
- [29] Robert G. Colodny, ob. cit., p. 179. <<
- [30] Vicente Rojo, *España heroica*, p. 49. <<
- [31] Idem, *Así fue la defensa...*, pp. 66-72. <<
- [32] Norman F. Dixon, *Sobre la psicología de la incompetencia militar*, Anagrama, Barcelona, 1977, p. 194. <<
- [33] Arturo Barea, ob. cit., pp. 715-716. <<
- [34] Paul Preston, *Franco*, Grijalbo, Barcelona, 1994, p. 260. <<
- [35] Vicente Rojo, *Así fue la defensa...*, pp. 79-85. <<
- [36] Arturo Barea, ob. cit., pp. 690-691. <<
- [37] Mijail Koltsov, ob. cit., p. 220. <<
- [38] Julián Zugazagoitia, ob. cit., pp. 223-224. <<

- [39] Carlos Blanco, *La incompetencia...*, pp. 322-324. <<
- [40] Peter Elstob, *La Legión Cóndor*, San Martín, Madrid, 1973, pp. 108-110. <<
- [41] Gerald Howson, *Armas para España*, Península, Barcelona, 2000, pp. 383-390. <<
- [42] John F. Coverdale, *La intervención fascista en la guerra civil española*, Alianza, Madrid, 1979, pp. 112-118. <<
- [43] Robert G. Colodny, ob. cit., pp. 91 y 141. <<
- [44] Manuel Aznar, *Historia militar de la guerra de España*, Editora Nacional, Madrid, 1969, pp. 459-463. <<
- [45] Alfredo Kindelán, *Mis cuadernos de guerra*, Planeta, Barcelona, 1982, p. 86. <<
- [46] Paul Preston, ob. cit., pp. 261-262. <<
- [47] Joan Llarch, *Franco. Biografía*, ATE, Barcelona, 1985, p. 263. <<
- [48] John F. Coverdale, ob. cit., pp. 155-156. <<
- [49] Vicente Rojo, *España heroica*, pp. 58-69. <<
- [50] Ignacio Hidalgo de Cisneros, ob. cit., p. 484. <<
- [51] Vicente Rojo, *España heroica*, pp. 82-83. <<
- [52] John F. Coverdale, ob. cit., p. 170. <<
- [53] Gerald Howson, ob. cit., pp. 383-393. <<
- [54] Francisco Franco Bahamonde, *La voz y la obra de Francisco Franco*, Galea, S. L., 1983, p. 23. <<

[1] Manuel Aznar, *Historia militar de la guerra de España*, Editora Nacional, Madrid, 1969, pp. 478-479. <<

[2] John E Coverdale, *La intervención fascista en la guerra civil española*, Alianza, Madrid, 1979, pp. 166-169. <<

[3] Gerald Howson, *Armas para España*, Península, Barcelona, 2000, pp. 362-393. <<

[4] Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos*, Ediciones Unidas, México, 1976, p. 183. <<

[5] Burnett Bolloten, *La guerra civil española*, Alianza, Madrid, 1989, p. 568. <<

[6] Francisco Largo Caballero, ob. cit., pp. 199-201. <<

[7] John F. Coverdale, ob. cit., pp. 241-252. <<

[8] Gerald Howson, ob. cit., pp. 324-325. <<

[9] Francisco Ciutat, *Relatos y reflexiones de la guerra de España. 1936-1939*, Forma Ediciones, Madrid, 1978, pp. 53-60. <<

[10] Francisco Largo Caballero, ob. cit., p. 194. <<

[11] Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Librería Española, París, 1968, p. 102. <<

[12] Gerald Howson, ob. cit., pp. 38-39. <<

[13] Hew Strachan, *Ejércitos europeos y conducción de la guerra*, Ediciones Ejército, Madrid, 1985, pp. 276-279. <<

[14] Edward Bishop, *La batalla de Inglaterra*, San Martín, Madrid, 1975, pp. 13-21. <<

[15] Bernard Law Montgomery, mariscal, *Historia del arte de la guerra*, Aguilar, Madrid, 1969, p. 524. <<

[16] Francisco Ciutat, ob. cit., p. 60. <<

[17] Gordon Thomas y Max Morgan-Witts, *El día que murió Guernica*, Plazayjanés, Barcelona, 1976, p. 17. <<

[18] Burnett Bolloten, ob. cit., p. 190. <<

- [19] Hew Strachan, ob. cit., pp. 293-294. <<
- [20] Peter Elstob, *La Legión Cóndor*, San Martín, Madrid, 1973, pp. 151 y 153. <<
- [21] Mijail Koltsov, *Diario de la guerra de España*, Ruedo Ibérico, París, 1970, p. 257. <<
- [22] Francisco Ciutat, ob. cit., pp. 60-61. <<
- [23] Juan Antonio Ansaldo, *¿Para qué...?*, Vasca Ekin, Buenos Aires, 1951, pp. 178-179. <<
- [24] Fernando García de Cortázar, «Guernica, medio siglo después», *Historia 16*, 133 (1987), pp. 23-30. <<
- [25] J. F. C. Fuller, *La dirección de la guerra*, Ediciones Ejército, Madrid, 1984, pp. 223-225. <<
- [26] Ignacio Hidalgo de Cisneros, *Cambio de rumbo*, Ikusager, Vitoria, 2001, pp. 514-519. <<
- [27] John F. Coverdale, ob. cit., pp. 111, 117 y 172. <<
- [28] Gabriel Jackson, *Breve historia de la Guerra Civil española*, Grijalbo, Barcelona, 1986, p. 134. <<
- [29] Robert G. Colodny, *El asedio de Madrid*, Ruedo Ibérico, París, 1970, p. 207. <<
- [30] Ignacio Hidalgo de Cisneros, ob. cit., pp. 452-454. <<
- [31] Antonio Cerdón, *Trayectoria*, Ebro, París, 1971, pp. 262-263. <<
- [32] Francisco Largo Caballero, ob. cit., pp. 198-202. <<
- [33] Burnett Bolloten, ob. cit., pp. 811 y 816. <<
- [34] Ignacio Hidalgo de Cisneros, ob. cit., p. 481. <<
- [35] Juan Modesto, *Soy del Quinto Regimiento*, Ebro, París, 1969, pp. 97-98. <<
- [36] Manuel Tagüeña, *Testimonio de dos guerras*, Planeta, Barcelona, 1978, p. 104. <<
- [37] Julián Zugazagoitia, ob. cit., p. 20. <<
- [38] Salvador de Madariaga, *España. Ensayo de Historia contemporánea*, Espasa-

Calpe, Madrid, 1979, p. 443. <<

[39] Vicente Rojo, *España heroica*, Ariel, Barcelona, 1975, pp. 870-101. <<

[40] Francisco Ciutat, ob. cit., p. 71. <<

[41] Vicente Rojo, ob. cit., pp. 98-100. <<

[42] John F. Coverdale, ob. cit., pp. 252 y 255. <<

[43] Peter Wyden, *La guerra apasionada*, Martínez Roca, Barcelona, 1983, pp. 370 y 399. <<

[44] Alfredo Kindelán, *Mis cuadernos de guerra*, Planeta, Barcelona, 1982, pp. 132-136. <<

[45] Manuel Azaña, *Diarios completos*, Crítica, Barcelona, 2000, pp. 1041-1042. <<

[46] Vicente Rojo, ob. cit., pp. 103-115. <<

[47] Antonio Cordón, ob. cit., pp. 359-362. <<

[48] Ángel Viñas, *Guerra, dinero, dictadura*, Crítica, Barcelona, 1984, p. 144. <<

[49] Gerald Howson, ob. cit., pp. 330-331. <<

[50] Dolores Ibárruri y otros, *Guerra y Revolución en España*, Progreso, Moscú, 1977, pp. 202-203. <<

[51] John F. Coverdale, ob. cit., p. 284. <<

[52] Francisco Bastarache, «De nuestra guerra en el mar», en Universidad de Zaragoza (ed.), *La guerra de liberación nacional*, Talleres Octavio y Félez, Zaragoza, 1961, pp. 402-403. <<

[53] AHN-GR, caja 1, carpeta 3. <<

[54] Juan Modesto, ob. cit., pp. 135-136. <<

[55] Antonio Cordón, ob. cit., pp. 368-369. <<

[56] Peter Wyden, ob. cit., p. 400. <<

[57] Ángel Viñas, ob. cit., p. 152. <<

[58] Ignacio Hidalgo de Cisneros, ob. cit., p. 526. <<



[1] Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Librería Española, París, 1968, pp. 42-43. <<

[2] Juan Modesto, *Soy del Quinto Regimiento*, Ebro, París, 1969, pp. 136-137. <<

[3] AHN-GR, caja 1, carpeta 3. <<

[4] Francisco Ciutat, *Relatos y reflexiones de la guerra de España. 1936-1939*, Forma Ediciones, Madrid, 1978, pp. 106-112. <<

[5] Manuel Azaña, *Diarios completos*, Crítica, Barcelona, 2000, p. 1194. <<

[6] Vicente Rojo, *España heroica*, Ariel, Barcelona, 1975, p. 119. <<

[7] Alfredo Kindelán, *Mis cuadernos de guerra*, Planeta, Barcelona, 1982, pp. 140-147. <<

[8] Claude Bowers, *Misión en España*, Grijalbo, Barcelona, 1977, p. 381. <<

[9] Francisco Tarazona, *Yo fui piloto de caza rojo*, Fermín Uriarte, Madrid, 1968, pp. 31-32. <<

[10] Vicente Rojo, *Elementos del arte de la guerra*, Publicaciones de Defensa, Madrid, 1988, p. 443. <<

[11] Alfredo Kindelán, «La aviación en nuestra guerra», en Universidad de Zaragoza (ed.), *La guerra de liberación nacional*, Talleres Octavio y Félez, Zaragoza, 1961, pp. 370-371. <<

[12] Enrique Líster, *Memorias de un luchador*, G. del Toro, Madrid, 1977, pp. 303-305. <<

[13] Paul Preston, *Franco*, Grijalbo, Barcelona, 1994, pp. 365-366. <<

[14] Vicente Rojo, *España heroica...*, pp. 126-127. <<

[15] Carlos Blanco, *La incompetencia militar de Franco*, Alianza, Madrid, 2000, pp. 420-421. <<

[16] John F. Coverdale, *La intervención fascista en la guerra civil española*, Alianza, Madrid, 1979, p. 300. <<

[17] Beaufre, general, *Introducción a la estrategia*, Ediciones Ejército, Madrid, 1980, p. 191. <<

[18] Bernard Law Montgomery, mariscal, *Historia del arte de la guerra*, Aguilar,

Madrid, 1969, p. 22. <<

[19] Juan Modesto, ob. cit., pp. 141-143. <<

[20] Julián Zugazagoitia, ob. cit., pp. 59-62. <<

[21] AHN-GR, caja 2, carpeta 1. <<

[22] Gerald Howson, *Armas para España*, Península, Barcelona, 2000, p. 328. <<

[23] Julián Zugazagoitia, ob. cit., pp. 70-72. <<

[24] AHN-GR, caja 2, carpeta 1. <<

[25] Carlos Blanco, ob. cit., p. 428. <<

[26] John F. Coverdale, ob. cit., p. 301. <<

[27] Antonio Cerdón, *Trayectoria*, Ebro, París, 1971, pp. 370-372. <<

[28] Ronald Fraser, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, Crítica, Barcelona, 1979, p. 229. <<

[29] Juan Modesto, ob. cit., p. 144. <<

[30] AHN-GR, caja 3, carpeta 3. <<

[31] Carlos Blanco, ob. cit., p. 429. <<

[32] Julián Zugazagoitia, ob. cit., pp. 78-87. <<

[33] AHN-GR, caja 2, carpeta 5. <<

[34] Gerald Howson, ob. cit., pp. 328-336. <<

[35] Manuel Tuñón de Lara, *Historia de España*, vol. IX, Labor, Barcelona, 1983, pp. 446-450. <<

[36] Juan Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables*, Grijalbo, Barcelona, 1978, pp. 830-838. <<

[37] Burnett Bolloten, *La guerra civil española*, Alianza, Madrid, 1989, p. 962. <<

[38] Julián Zugazagoitia, ob. cit., pp. 139-140. <<

[39] John F. Coverdale, ob. cit., p. 317. <<

[40] Vicente Rojo, *España heroica...*, pp. 143-145. <<

[41] Idem, *¡Alerta los pueblos!*, Ariel, Barcelona, 1974, pp. 46-48. <<

[42] Idem, *España heroica...*, pp. 151-153. <<

[43] Manuel Tagüeña, *Testimonio de dos guerras*, Planeta, Barcelona, 1978, p. 154.

<<

[44] Alfredo Kindelán, *Mis cuadernos...*, p. 173. <<

[45] Julián Zugazagoitia, ob. cit., p. 157. <<

[46] John E Coverdale, ob. cit., pp. 324-325. <<

- [1] Vicente Rojo, *España heroica*, Ariel, Barcelona, 1975, pp. 154-158. <<
- [2] Manuel Aznar, *Historia militar de la guerra de España*, Editora Nacional, Madrid, 1969, p. 204. <<
- [3] Antonio Cordón, *Trayectoria*, Ebro, París, 1971, pp. 423-428. <<
- [4] Carlos Blanco, *La incompetencia militar de Franco*, Alianza, Madrid, 2000, p. 483. <<
- [5] Francisco Franco Salgado, *Mi vida junto a Franco*, Planeta, Barcelona, 1977, p. 264. <<
- [6] Enrique Líster, *Memorias de un luchador*, G. del Toro, Madrid, 1977, pp. 354-355. <<
- [7] Hew Strachan, *Ejércitos europeos y conducción de la guerra*, Ediciones Ejército, Madrid, 1985, p. 234. <<
- [8] Peter Wyden, *La guerra apasionada*, Martínez Roca, Barcelona, 1983, pp. 461-462. <<
- [9] Vicente Rojo, ob. cit., pp. 167-171. <<
- [10] B. H. Liddell Hart, *El otro lado de la colina*, Ediciones Ejército, Madrid, 1983, pp. 116-121. <<
- [11] Bernard Law Montgomery, mariscal, *Historia del arte de la guerra*, Aguilar, Madrid, 1969, p. 17. <<
- [12] Hugh Thomas, *La guerra civil española*, Grijalbo, Barcelona, 1976, p. 912. <<
- [13] Gabriel Jackson, *La República española y la Guerra Civil*, Orbis, Barcelona, 1987, pp. 396-397. <<
- [14] Arturo Barea, *La forja de un rebelde*, Debate, Madrid, 2000, p. 864. <<
- [15] Gerhard L. Weinberg, *Un mundo en armas*, Grijalbo, Barcelona, 1995, pp. 48-49. <<
- [16] Gerald Howson, *Armas para España*, Península, Barcelona, 2000, p. 338. <<
- [17] AHN-GR, caja 3, carpeta 4. <<
- [18] Burnett Bolloten, *La guerra civil española*, Alianza, Madrid, 1989, pp. 861-862. <<

[19] John F. Coverdale, *La intervención fascista en la guerra civil española*, Alianza, Madrid, 1979, p. 332. <<

[20] Gerald Howson, ob. cit., pp. 415-417. <<

[21] Juan Modesto, *Soy del Quinto Regimiento*, Ebro, París, 1969, pp. 237-245. <<

[22] Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Librería Española, París, 1968, p. 214. <<

[23] Vicente Rojo, *¡Alerta los pueblos!*, Ariel, Barcelona, 1974, pp. 37-39. <<

[24] Karl von Clausewitz, *De la guerra*, Ediciones Ejército, Madrid, 1980, p. 387. <<

[25] Vicente Rojo, *¡Alerta los pueblos!...*, pp. 37-39. <<

[26] AHN-GR, caja 2, carpeta 3. <<

[27] John F. Coverdale, ob. cit., p. 332. <<

[28] Dolores Ibárruri y otros, *Guerra y Revolución en España*, Progreso, Moscú, 1977, pp. 192-194. <<

[29] Vicente Rojo, *¡Alerta los pueblos!...*, pp. 203-209. <<

[30] Juan Modesto, ob. cit., pp. 246-251. <<

[31] Gabriel Cardona, «Las operaciones militares», en Manuel Tuñón de Lara y otros, *La guerra civil española 50 años después*, Labor, Barcelona, 1989, pp. 254-258. <<

[32] Dolores Ibárruri y otros, ob. cit., pp. 231-232. <<

[33] Ignacio Hidalgo de Cisneros, *Cambio de rumbo*, Ikusager, Vitoria, 2001, pp. 543-548. <<

[34] Julián Zugazagoitia, ob. cit., pp. 194-196. <<

[35] Juan Modesto, ob. cit., pp. 253-259. <<

[36] Vicente Rojo, *¡Alerta los pueblos!...*, p. 96. <<

[37] Peter Wyden, ob. cit., pp. 477-479. <<

[38] Vicente Rojo, *¡Alerta los pueblos!...*, pp. 128 y 143-144. <<

[39] Manuel Azaña, *Diarios completos*, Crítica, Barcelona, 2000, p. 1257. <<

[40] Burnett Bolloten, ob. cit., pp. 996-998. <<

[41] Julián Zugazagoitia, ob. cit., p. 219. <<

[42] Vicente Rojo, *¡Alerta los pueblos!...*, pp. 145-152. <<

[43] Antonio Cerdón, ob. cit., p. 465. <<

[44] Manuel Tuñón de Lara, *Historia de España*, vol. IX, Labor, Barcelona, 1983, pp. 497-498 y 510. <<

[45] Vicente Rojo, *¡Alerta los pueblos!...*, pp. 174-175. <<

[46] *Ibíd.*, *¡Alerta los pueblos!...*, pp. 180-194. <<

[47] Dionisio Ridruejo, *Casi unas memorias*, Planeta, Barcelona, 1976, pp. 149-150. <<

[48] Ronald Fraser, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 243-244. <<

